

ediciones
**IMAGO
MUNDI**



Cristian Caracoche

Duhaldismo, kirchnerismo y macrismo

El capitalismo argentino y su recurrencia histórica

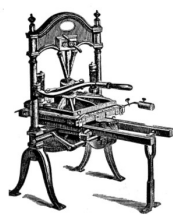


Cristian Caracoche

Duhaldismo, kirchnerismo y macrismo

El capitalismo argentino y su recurrencia histórica

ediciones
**IMAGO
MUNDI**



Colección Bitácora Argentina

Dirigida por Alejandro Falco

Cristian Caracoche

Duhaldismo, kirchnerismo y macrismo. El capitalismo argentino y su recurrencia histórica. 1a ed. Buenos Aires: 2020. 1a ed. digital Buenos Aires: 2023.

206 p.; 15.5x23 cm. ISBN 978-950-793-347-9

1. Historia Argentina. I. Título.

CDD 982

Fecha de catalogación: 17/03/2020

© 2020, Cristian Caracoche

© 2020, Ediciones Imago Mundi

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Ilustración de apertura: *Sísifo*, de Julián Anchoverri Lauberer

Revisión de texto: Matías García Charlín

Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 500 ejemplares

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor. Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2020 en Hoja x Hoja SRL, Sáenz Peña 1865, galpón 10, San Martín, provincia de Buenos Aires, República Argentina.

Sumario

Introducción	9
Elementos teóricos para el análisis de los ciclos de acumulación en la Argentina reciente	15
La centralidad de la inversión en los ciclos de acumulación capitalista	15
El rol de la Estructura Social de Acumulación en el devenir histórico	18
La burguesía, su preeminencia social y la clase trabajadora	19
2002-2003: la organización de la estructura social de acumulación que sostuvo al ciclo de gobiernos kirchneristas	21
1.1 Las consecuencias de la crisis del 2001	21
1.2 De la crisis del 2001 a la asunción de Eduardo Duhalde	23
1.3 La situación que asume Duhalde y los objetivos de su gobierno	25
1.4 El ajuste duhaldista y sus respectivas resistencias	26
1.5 De las resistencias a la consolidación de un nuevo consenso	32
1.6 Del consenso a la elección de Néstor Kirchner	37
1.7 La organización de la estructura social de acumulación en perspectiva	38
2003-2008: el desarrollo de la estructura social de acumulación que sostuvo al ciclo de gobiernos kirchneristas	41
2.1 La asunción de Néstor Kirchner y su autonomía relativa	42
2.2 La macroeconomía del crecimiento	46
2.3 Las disputas sociales y políticas enmarcadas en una economía expansiva	61
2.4 El desarrollo de la estructura social de acumulación en perspectiva	76
2008-2011: el agotamiento de la estructura social de acumulación que sostuvo al ciclo de gobiernos kirchneristas	79
3.1 El bienio 2008-2009: desde la asunción de Cristina	79
3.2 El bienio 2010-2011: de la derrota al cenit político	89
3.3 El agotamiento de la estructura social de acumulación en perspectiva	105
2011-2015: la crisis de la estructura social de acumulación que sostuvo al ciclo de gobiernos kirchneristas	109
4.1 La macroeconomía del estancamiento y los desequilibrios	110
4.2 Las contradicciones sociales y políticas en el contexto de estancamiento	126
4.3 La crisis de la estructura social de acumulación en perspectiva	146
2015-2019: ¿el inicio de una nueva estructura social de acumulación?	149

5.1 La asunción de Macri y su contexto	149
5.2 2015-2018: el gradualismo y su lógica interna	151
5.3 2018-2019: El contexto internacional y la aceleración del gradualismo.....	159
5.4 La unidad del peronismo y el desenlace electoral	165
5.5 2015-2019: El macrismo en perspectiva: un intento trunco	167
Reflexiones finales.....	171
Anexo estadístico.....	177
Anexo metodológico.....	181
Referencias	183

A mi madre, a mi padre, a mi hermano.

A Ludmila.

A Espartaco, por los años que vendrán.

Introducción

El período, las ideas y los debates

«Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos».

Karl Marx

Las razones que impulsaron la escritura del presente trabajo son múltiples y abarcativas. No obstante, entre dichas razones se destaca de manera especial una cuestión generacional, ya que quien escribe estas líneas es uno de los tantos que se han volcado de lleno al análisis social incentivados por la efervescencia que trajo consigo la crisis del 2001 y el proceso político que la sucedió.

El período que se pretendía estudiar originalmente era el ciclo de gobiernos kirchneristas, es decir, 2003-2015. Sin embargo, una vez puesta en marcha la investigación, el mismo método histórico obligó a incluir al duhaldismo en el análisis, encontrando así el primer punto de debate con un gran cúmulo de textos que en su afán de presentar al kirchnerismo en un carácter «fundacional», han invisibilizado los efectos expansivos del ajuste que el caudillo bonaerense descargó sobre la clase trabajadora. A su vez, la relevancia histórica que tomó el macrismo y el debate alrededor del mismo –en relación a sus quiebres y continuidades con respecto al último kirchnerismo– impulsaron también la integración de la etapa 2015-2019 a este volumen.

Como totalidad, el período 2002-2019 recibe una especial atención para cualquier estudioso de las ciencias sociales, ya sea por su cercanía temporal como por contener tanto al kirchnerismo como al macrismo, dos fenómenos políticos que se presentaron, al menos en el discurso, como contrapuestos. A

su vez, este período tiene un gran atractivo para todos los que nos reivindicamos marxistas, ya que da cuenta del proceso de restauración de aquellas instituciones que el «argentinazo» había intentado poner en duda.

Sobre este período mucho se ha escrito y teorizado. No obstante, dado su carácter reciente y a partir de las principales tendencias de la historiografía local,¹ resultan relativamente escasos los análisis «totales»² de larga escala que den cuenta del devenir histórico de la posconvertibilidad. En contraposición con esto, abundan los artículos específicos, los cuales suelen limitarse a abarcar determinados recortes del todo social. En función de lo anterior, el presente texto intentará aportar en esta área de vacancia, pretendiendo hacer un relato totalizante del proceso histórico que sucedió a la última gran crisis argentina.

Luego de varios años de estudio y discusión, fueron conformándose las principales hipótesis de esta investigación. A esto han aportado mucho los debates llevados adelante con colegas y estudiantes en el marco de la cátedra de Economía General de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, además de los diferentes intercambios realizados con diversos compañeros, tanto del ámbito académico como de ámbitos ajenos a la academia.

El trabajo parte de reconocer que a fines del año 2002 se dio un relanzamiento de la acumulación capitalista. A partir de este suceso, la primera idea que sostiene el texto propone que el proceso expansivo iniciado en el duhaldismo se vio impulsado centralmente por el incremento de la tasa de ganancia empresarial, elemento que incentivó de forma particular a la acumulación de capital reproductivo y de forma general a la totalidad de la acumulación capitalista.³

La segunda idea que subyace a lo largo del trabajo sostiene que el proceso de acumulación que se inició durante el gobierno de Eduardo Duhalde y que se prolongó al kirchnerismo fue acompañado por una «estructura social de

¹ Existe un amplio consenso entre los estudios que analizan la producción de los historiadores (tanto a nivel local como a nivel mundial) en el cual se sostiene que desde mediados de la década de 1970 se ha asistido a un proceso de acortamiento en los estudios históricos, tanto en términos de escala, como temporales y temáticos. Sobre esta cuestión, véase Campione (2002), Devoto y Pagano (2009) y Fontana (2001).

² Cuando se plantean análisis «totales», se hace alusión a una mirada histórica que prioriza la totalidad por encima de los análisis parciales o específicos. En este sentido, se toman a las distintas dimensiones del devenir histórico no como fin, sino como un medio para arribar a un estudio holístico de la realidad. Para ahondar en el concepto de totalidad, véase Lukács (2013) y Vilar (1983).

³ Cabe subrayar que la acumulación de capital reproductivo además de aportar al crecimiento del PBI por el lado de la demanda de inversión, también incrementa el producto potencial de la economía y tiende a elevar la ocupación y el consumo. Este planteo se basa en la teoría de las ondas largas de Mandel (1980a,b).

acumulación»⁴ particular, viéndose alternativamente potenciado, sostenido u obstaculizado por la misma. Es a partir de la forma concreta que fueron asumiendo estas dos categorías –la nombrada acumulación capitalista y su respectiva estructura social de acumulación– que se distinguen las etapas contenidas en cada capítulo.

El primero de los capítulos analizará lo que denominaremos la «organización de la estructura social de acumulación» que sostuvo al ciclo de gobiernos kirchneristas, que comprende temporalmente el período 2002-2003. El segundo capítulo corresponde al «desarrollo» de la estructura en cuestión, abarcando la etapa 2003-2008. El tercer capítulo estudia el «agotamiento» de la nombrada estructura social de acumulación, y se ubica entre los años 2008 y 2011. El cuarto capítulo describe la «crisis» de la misma estructura, y se sitúa entre 2011 y 2015. Finalmente, quinto capítulo indaga sobre la gestión de Mauricio Macri, planteando a este período como un «intento trunco» de iniciar un nuevo ciclo de acumulación dentro del capitalismo argentino.

Esta segmentación confronta con aquellos análisis que pretenden exponer al kirchnerismo como una unidad homogénea, sin distinguir los diferentes contextos y políticas llevadas adelante por las distintas gestiones presidenciales. Frente a esto, en el presente trabajo se intentará analizar cada uno de los aspectos fundamentales de cada etapa, sin perder de vista el proceso general del devenir histórico.

Cada capítulo encontrará su eje ordenador a partir de la estabilidad o la inestabilidad del período en cuestión. En el caso de que un determinado período cuente con una relativa estabilidad, la lógica del análisis se organizará alrededor de los aspectos fundamentales de la realidad histórica, teniendo en cuenta la preponderancia relativa de cada uno en el orden expositivo del texto. En el caso de que el período se caracterice por su inestabilidad, el eje principal del relato será cronológico. No obstante, en cualquier caso los resultados parciales serán retomados de forma recurrente para ir elevando sucesivamente el nivel del análisis. En esta lógica, se partirá de los elementos más básicos de la realidad concreta, para avanzar por medio de la teoría social desde lo particular a lo general, y desde lo simple a lo complejo, buscando siempre una mirada totalizante.

La tercera idea que recorre el texto propone la existencia de una íntima relación entre la forma que asume la acumulación capitalista, el ámbito donde esta acumulación se da –es decir, su estructura social de acumulación– y las distintas acciones concretas llevadas a cabo por los principales actores

⁴ Se define a la estructura social de acumulación como el conjunto orgánico de los distintos aspectos –sociales, económicos y políticos– que configuran el ámbito donde se desarrolla la acumulación capitalista. Esta categoría se profundiza en el siguiente apartado.

sociales.⁵ A partir de la idea precedente, estas líneas debaten con varios autores de ambas partes de la «grieta».⁶ De un lado, se discute con aquellos que adjudican todas las bondades de los primeros años del kirchnerismo a la capacidad del gobernante de turno, en tanto que señalan al contexto internacional y a la acción de algunos actores ajenos al gobierno como los culpables de los malos resultados de la etapa 2011-2015. Del otro lado se confronta con aquellas elaboraciones que señalan al contexto externo como la causa del crecimiento económico que caracterizó al primer gobierno kirchnerista, al tiempo que culpan a la misma Cristina Fernández por los magros resultados de su último mandato. Frente a estos dos grupos que según el período basan su análisis en un voluntarismo extremo o en un determinismo selectivo, se propone un relato que dé cuenta del contexto histórico, de sus condicionantes, y de las opciones que tuvo cada actor social, para finalmente poder entender sus acciones concretas y sus respectivas implicancias.

A partir de todo lo expuesto, como objetivo general, esta obra intentará entender la lógica interna de cada una de las diferentes etapas del período en cuestión, para luego alcanzar una visión general del movimiento histórico en el largo plazo. Para lograr este objetivo, se utilizará al marxismo como marco general, prestando especial atención a las elaboraciones de David Gordon y Ernest Mandel, dos teóricos poco explorados en la historiografía local. A su vez, dentro del relato asumirán una particular importancia las categorías propias del ya nombrado marco teórico, tales como la tasa de ganancia, la tasa de explotación, y la acumulación de capital, entre otras.

Al ubicarse dentro del marxismo, se tratará de hacer un aporte al germinal pero esperanzador proceso de resurgimiento que esta corriente viene registrando desde hace ya casi 20 años. Ligado a lo anterior, cabe reivindicar desde estas páginas la labor militante de muchos investigadores que día a día trabajan honesta e incansablemente en la dura tarea de difundir las ideas marxistas en una etapa tan sombría como la actual.

Terminando esta introducción, se hace más que necesario agradecer a quienes de distintas formas han hecho su contribución a la presente obra, dado que, como es de público conocimiento, no existen las autorías totalmente individuales. Inicialmente debo nombrar a Mabel Álvarez, mi madre, quien realizó una importante colaboración que ayudó a materializar esta publicación. Matías García Charlín hizo un aporte invalorable al dar claridad y fluidez a la prosa, con tal nivel de compromiso que lo considero casi un coautor del libro. El pincel de Julián Anchoverri Lauberer fue el encargado

⁵ Cuando se habla de actores sociales se incluye al gobierno de turno, a las clases fundamentales y sus respectivas capas y fracciones, a sus representantes gremiales, y a diversos grupos identificados en términos no clasistas que dependiendo del contexto histórico han tenido incidencia política.

⁶ Se entiende por «grieta» a la separación realizada por numerosos periodistas entre partidarios y detractores del kirchnerismo.

de dar vida al arte que abre este volumen, matizando la sobriedad de la investigación científica con su aporte de sensibilidad artística. A su vez, han sido de gran ayuda los consejos y los comentarios de Francisco Cantamutto, Juan Carlos Latrichano, Fabio Nigra, Alejandro Pérez, y Adrián Piva, colegas a quienes respeto profundamente por su humildad, su agudeza, y su fraternidad en la crítica. Asimismo, cabe agradecer a Juan Iñigo Carrera, Esteban Maito, y Gustavo Vega por las distintas series estadísticas que me han proporcionado de manera desinteresada.

Por último, nunca está de más aclarar que, a pesar de los aportes enumerados, todos los errores que hayan escapado a mi creciente miopía, corren bajo mi estricta responsabilidad.

Elementos teóricos para el análisis de los ciclos de acumulación en la Argentina reciente

En este breve apartado se intentará explicitar los principales elementos teóricos utilizados a lo largo del libro. Cabe señalar que las distintas teorías citadas en este capítulo no se utilizan de manera íntegra en el análisis, ya que en su mayoría han sido diagramadas y empleadas para estudiar períodos y países muy distintos a los que se abordan en la presente investigación. En función de lo anterior, se han seleccionado y repensado diversos elementos de aquellos planteos originales con la finalidad de conformar un cuerpo teórico específico, el cual permita entender y explicar los principales problemas de la Argentina reciente.

La centralidad de la inversión en los ciclos de acumulación capitalista

Para comprender el devenir histórico de cualquier país se hace necesario comprender su devenir económico. Esto no implica un esquema de análisis determinista, aunque sí plantea cierta preeminencia del aspecto económico por encima de las voluntades políticas de los distintos actores sociales.

En el caso de la historia reciente de la Argentina, se observa que aquellas coaliciones que han llegado a mostrarse dominantes en términos políticos lo han hecho en períodos donde la economía fue, en términos generales, expansiva. Por el contrario, aquellas coaliciones que gestionaron durante períodos de estancamiento o de recesión no llegaron nunca a establecer una dominancia política clara y duradera. Dentro del primer grupo de coaliciones podemos ubicar al menemismo y al kirchnerismo, en tanto que dentro del segundo grupo se encuentran los gobiernos de Alfonsín, De la Rúa, Macri y Alberto Fernández.

Ante la importancia que tienen los ciclos de acumulación en la historia reciente, resulta central analizar su lógica interna. Como cuestión general, se debe comprender que para que un ciclo de acumulación se mantenga en el mediano y en el largo plazo, se requiere como condición necesaria un proceso

sostenido de inversión productiva. Suponiendo un contexto donde por cualquier razón aumenta la demanda de mercancías elaboradas dentro del país, en el corto plazo puede incrementarse la producción de dichas mercancías sin problemas, registrando un crecimiento de la economía y del empleo. No obstante, en algún momento este crecimiento económico se enfrentará con el agotamiento de la capacidad instalada. Llegado a este punto, la continuidad del proceso de crecimiento dependerá de la realización de nuevas inversiones. En este marco, la inversión opera como posibilitador del crecimiento en el mediano y en el largo plazo, ya que amplía la capacidad productiva y aumenta la oferta de mercancías.

A su vez, la misma inversión productiva también actúa sobre la demanda interna. En este sentido, al darse un proceso sostenido de inversión, no solamente se generan nuevos puestos de trabajo, sino que también se incrementa la productividad del mismo trabajo, lo que abre la posibilidad al aumento salarial. De esta manera, la acumulación de capital se presenta como el eje central de todo ciclo económico, ya que no solamente expande la oferta y posibilita el crecimiento, sino que también amplía el empleo y la masa salarial, incentivando a la demanda interna.

Una vez identificado el rol crucial que tiene la inversión en cualquier proceso de crecimiento sostenido, cabe preguntarse por los determinantes de la misma. Dentro del modo de producción capitalista, es la burguesía la clase que a partir de la titularidad de los medios de producción acapara el excedente social y, por lo tanto, es esta misma clase la que en última instancia lleva adelante las decisiones de inversión. En función de esta realidad, las nombradas decisiones de inversión están ligadas íntimamente a las condiciones de valorización del capital. Esto implica que, de haber buenas condiciones de valorización en comparación con otros ámbitos de acumulación, las inversiones se llevarán adelante. Asimismo, de haber malas condiciones de valorización en comparación con otros ámbitos de acumulación, las inversiones no se llevarán a cabo.

En términos generales, la burguesía interpreta que existen buenas condiciones de valorización para su capital cuando encuentra dentro de un espacio de acumulación una elevada rentabilidad esperada -en comparación con otros espacios-, y un ámbito de acumulación estable y predecible.

En línea con lo planteado por Mandel (1980/a), se entiende que para elaborar sus expectativas sobre la rentabilidad futura, la burguesía se basa centralmente en la rentabilidad obtenida en el presente y en el pasado reciente. De esta forma, en tanto que los distintos indicadores de rentabilidad se encuentren en los últimos años en ascenso o estén relativamente estables en niveles elevados -en términos históricos-, las expectativas sobre la rentabilidad futura serán positivas, lo que genera un incentivo a la inversión. Asimismo, en tanto que los distintos indicadores de rentabilidad se encuentren en caída o

estancados en niveles bajos -en términos históricos-, las expectativas sobre la rentabilidad futura serán negativas, desincentivando así a la acumulación de capital.

Los indicadores de rentabilidad más básicos utilizados por los distintos capitales individuales surgen de sus propios libros contables. En este sentido, los registros de costos y ventas, los balances operativos y los flujos de fondos suelen dar una información precisa de los niveles de beneficio que percibe cada empresa. No obstante, para el estudio de la rentabilidad a nivel agregado de un determinado país o de una rama de producción específica dentro del mismo, los investigadores suelen acudir a distintas estimaciones sobre la masa de ganancias, la tasa de explotación y la tasa de ganancia, entre otros.

La proyección de la rentabilidad futura realizada por los distintos capitalistas individuales se encuentra íntimamente ligada a la estabilidad o a la inestabilidad del ámbito de acumulación. Como sostiene Gordon (1980), la estabilidad del ámbito de acumulación es un requerimiento central para realizar cualquier inversión. Según el autor, "La acumulación de capital en la producción capitalista no puede tener lugar en el vacío o en el caos. Los capitalistas no van a invertir en la producción si no pueden calcular razonablemente su esperada tasa de rendimiento" (Gordon, 1980, p. 22).

En términos concretos, antes de realizar una inversión es común que el burgués en cuestión realice una evaluación de las distintas alternativas que tiene para invertir su capital, buscando la opción más beneficiosa. Esta lógica de decisión opera en todos los niveles, tanto en una empresa multinacional que compara los posibles negocios que puede emprender en distintos países, como en el caso de un pequeño empresario que compara el rendimiento que puede obtener al poner su dinero en un plazo fijo con la rentabilidad que le puede generar la compra de una nueva maquinaria que aumente su capacidad productiva¹. En todos los casos, cuanto más estable sea el ámbito de acumulación, mayor certidumbre tendrá el inversor sobre sus propias proyecciones, lo que significa por definición un mayor incentivo a la inversión. De lo contrario, cuanto más inestable se presente el ámbito de acumulación, menor posibilidad tendrá el empresario de pronosticar de manera confiable su rentabilidad, por lo que tenderá a descartar aquellas opciones que involucren un mayor grado de incertidumbre y riesgo.

¹ En el caso de las grandes empresas, a la hora de tomar decisiones de inversión es común encontrar distintos indicadores comparativos de las diferentes opciones de inversión, tales como la proyección de la Tasa Interna de Retorno (TIR), del período de repago, del Valor Actual Neto (VAN), o del nivel de ganancias antes de intereses, impuestos y amortización (EBITDA). Por su parte, en empresas más pequeñas, si bien el mecanismo suele ser más rudimentario, la lógica de comparar distintos destinos para la inversión de capital es la misma. Esto implica que, para que un empresario realice una inversión no basta solamente con que en su proyección vaya a obtener ganancia, sino que se requiere que la ganancia esperada sea mayor que la que pueda obtener en las otras opciones posibles de inversión.

El rol de la Estructura Social de Acumulación en el devenir histórico

Para relanzar la acumulación capitalista es necesario recrear ciertas condiciones de valorización que favorezcan a la inversión productiva. La implementación de las nuevas condiciones de valorización posibilita el inicio de lo que Gordon denomina una nueva Estructura Social de Acumulación (ESA). A los fines del presente trabajo, definimos a la Estructura Social de Acumulación como el conjunto orgánico de los distintos aspectos - económicos, sociales y políticos- que configuran el ámbito donde se desarrolla la acumulación capitalista.

Como cuestión general, dentro de la lógica capitalista, una Estructura Social de Acumulación sólida tiende a apuntalar la rentabilidad y a proveer un ámbito estable para la inversión, lo que incentiva y sostiene una economía expansiva. Por el contrario, una Estructura Social de Acumulación débil trae consigo un ámbito inestable para la inversión, el cual obstaculiza a la acumulación capitalista y genera por consecuencia tendencias recesivas en la economía. Esto significa que, en última instancia, los distintos ciclos de acumulación tendrán una mayor o una menor vitalidad y duración en función del devenir de Estructura Social de Acumulación que los contenga.

Como contraparte de lo anterior, se observa que una acumulación expansiva contribuye a la solidez de la Estructura Social de Acumulación, ya que provee de recursos a la economía, suaviza los conflictos distributivos y aporta a la dominancia política de la coalición gobernante. Por el contrario, una acumulación declinante o estancada debilita a la misma Estructura Social de Acumulación, ya que implica cierta escasez de recursos para la economía, una intensificación del conflicto distributivo e importantes problemas de gobernabilidad.

En términos específicos, una Estructura Social de Acumulación será más sólida en su aspecto económico en tanto que pueda mantener en el mediano y en el largo plazo los precios relativos estables y en niveles compatibles con los requerimientos que tienen los empresarios para invertir. Para lograr esto, se requiere que la inflación se encuentre en valores bajos y/o controlados, y que la macroeconomía cuente con equilibrio tanto fiscal como externo, o que, en su defecto, disponga de una fuente de financiamiento segura para cubrir los déficits en el mediano y en el largo plazo, de manera de mantener lejos la amenaza de una crisis de gran escala.

Por su parte, una Estructura Social de Acumulación contará con mayor solidez en su aspecto social en tanto que pueda controlar de manera exitosa la conflictividad entre las distintas clases y fracciones. En este sentido, cuanto mejor se logre procesar el conflicto social y cuanto más aceptadas estén dentro

de la clase trabajadora las reglas de juego que propone la burguesía por medio de los funcionarios estatales, mejores condiciones habrá para la valorización del capital.

Asimismo, una Estructura Social de Acumulación será más sólida en términos políticos cuanto más consolidada se encuentre la coalición gobernante o los lineamientos generales que la misma propone. En este sentido, una coalición gobernante que posea dominancia política o una alternancia ordenada de coaliciones que no genere grandes cambios institucionales aseguran cierta estabilidad en la legislación empresarial y laboral, a la vez que garantizan cierta continuidad en los grandes trazos del rumbo económico.

Dado su carácter unitario, los distintos aspectos de la Estructura Social de Acumulación poseen una fuerte interrelación entre sí. Esto implica que la solidez o la debilidad de alguno de los distintos aspectos incide fuertemente en el estado de los otros. Por ejemplo, puede darse una situación donde un gobierno que exhiba una cierta debilidad política pueda, a partir de la holgura fiscal que le brinda la solidez del aspecto económico, recuperar su imagen pública al ofrecer una importante serie de subsidios a los sectores más empobrecidos de la clase trabajadora. También puede darse una situación donde, ante los primeros rasgos de inicio de un proceso inflacionario, un gobierno fuerte pueda acordar con el movimiento obrero la suspensión de paritarias y pueda llevar adelante un recorte de gasto público sin mayores costos políticos para recuperar la estabilidad en los precios. Asimismo, es posible que una coalición gobernante que se muestre dominante en términos políticos y que exhiba un importante control de la conflictividad social vaya perdiendo sucesivamente estos atributos ante un proceso recesivo de la economía que eleve la disputa distributiva y carcoma la legitimidad política de dicha coalición.

La burguesía, su preeminencia social y la clase trabajadora

Dentro del modo de producción capitalista, es la clase trabajadora quien produce la totalidad del valor social. Asimismo, es también esta clase la que posee la potencialidad de superar el modo de producción vigente. No obstante, a partir de lo expuesto a lo largo de este apartado podemos sostener que, dentro de la lógica del capitalismo, es la burguesía la clase que ostenta un carácter estratégico y privilegiado, el cual posee por el poder que le da el manejo de las decisiones de inversión (Acuña, 1995).

Este carácter estratégico que tiene la burguesía responde a que, dentro de un determinado espacio de acumulación, la inversión es la condición necesaria para el crecimiento económico sostenido y el consecuente aumento de

empleo, por lo que las decisiones de la burguesía resultan centrales para el devenir histórico de cualquier país capitalista. A partir de lo anterior, tanto la posibilidad de acceder a un empleo para los miembros de la clase trabajadora como la oportunidad de gestionar una economía expansiva para los funcionarios estatales dependen en el mediano y en el largo plazo del nivel efectivo que alcanza la inversión, el cual, como ya se explicó, está determinado en última instancia por la clase capitalista.

Por otra parte, el carácter privilegiado que posee la burguesía se debe a que para realizar las decisiones de inversión el capital exige previamente buenas condiciones de valorización. Esto último significa que, antes de que los integrantes de la clase trabajadora encuentren empleo y puedan disputar el producto social a partir de reivindicaciones salariales, y antes de que los funcionarios estatales puedan gestionar una economía expansiva, se deben cumplir de una u otra manera las demandas de la burguesía, por lo que esta clase, aún sin generar valor alguno, tiene por definición una clara preeminencia social.

Lo planteado hasta aquí implica que para la implementación de políticas redistributivas dentro de los márgenes del capitalismo se requiere previamente de un proceso de inversión sostenido, el cual posibilita el posterior crecimiento económico que se va a disputar y, en última instancia, a distribuir. Esto último supone una necesaria vinculación entre los procesos de ajuste de gran escala que brindan las condiciones de valorización que demanda el capital para invertir y los períodos expansivos que dan la posibilidad de alcanzar ciertas mejoras en los indicadores sociales. Por esta razón, no se puede entender el crecimiento económico de la convertibilidad sin la hiperinflación de 1989 y el ajuste llevado adelante por Menem; como tampoco se pueden comprender las mejoras sociales registradas durante el gobierno de Néstor Kirchner sin tener en cuenta el rol histórico que tuvieron la crisis del 2001 y el ajuste duhaldista.

Esto último demanda a la clase trabajadora la necesidad de revisar las expectativas que históricamente se han depositado en las diversas propuestas reformistas, ya que, vistas históricamente, estas propuestas no solo requieren de duros ajustes para su implementación, sino que también a mediano plazo derivan necesariamente en nuevos ajustes sobre el mismo proletariado.

Asimismo, a la luz de lo expuesto a lo largo del capítulo, también emerge la necesidad de comenzar a poner en el centro del debate a la propiedad de los medios de producción, ya que mientras dicha propiedad se encuentre en poder de la burguesía, tanto la inversión en particular como el devenir histórico en general continuarán a la merced de los dictados del capital.

Capítulo 1

2002-2003: la organización de la estructura social de acumulación que sostuvo al ciclo de gobiernos kirchneristas

Luego de los largos años de recesión que desembocaron en la crisis del 2001, se dio finalmente el relanzamiento de la acumulación capitalista en Argentina. Fue durante los años 2002-2003 que se dejaron sentadas las bases para el funcionamiento económico, político y social de la posconvertibilidad. A partir de lo anterior, se caracteriza al mandato presidencial de Eduardo Duhalde como la etapa de organización de la estructura social de acumulación que sostuvo al ciclo de gobiernos kirchneristas.

Este período contó con una elevada inestabilidad, la cual tuvo como causa central el choque entre las diferentes clases sociales y sus respectivas fracciones, las cuales, ante la posibilidad de imponer sus intereses sobre la nueva coalición gobernante, elevaron los niveles de disputa. Es, en función de esta inestabilidad, que el presente capítulo toma una lógica principalmente cronológica, para arribar finalmente a una visión general del mismo.

1.1 Las consecuencias de la crisis del 2001

El precipitado final del gobierno de De la Rúa trajo consigo varias cuestiones. Como elemento general, dejó planteada una gran crisis, tanto económica, como social y política. En términos particulares, luego de aquel convulsionado diciembre quedaba un enorme stock de deuda externa y una estructura productiva reprimarizada y extranjerizada, elementos que potencialmente se podrían convertir en grandes demandantes de divisas en el corto plazo. En el aspecto tributario, quedaba un esquema fuertemente regresivo, donde el IVA había aumentado al 21%, a la vez que se habían reducido los aportes patronales en el marco de la flexibilización laboral. En lo referente al gasto público se dejaba hecho un fuerte ajuste, principalmente

sobre los salarios estatales y sobre diversos rubros del gasto social. Y como ingrediente adicional, continuaba sin solución la crisis bancaria, que presentaba como su máxima expresión al «corralito».¹

En lo concerniente al mercado laboral, el legado de la convertibilidad establecía definitivamente a la precarización como instrumento para reducir los costos empresariales, a la vez que presentaba enormes cantidades de trabajadores desocupados que operaban como ejército industrial de reserva. En función de lo anterior, se observaba una clase trabajadora fragmentada, que luego de una década de pauperización de sus condiciones de vida, tenía como resultado una enorme masa de población sobrante, base fundamental para la aparición de la pobreza estructural como un nuevo elemento del paisaje urbano. Ante esta situación, se constituía como novedad la radicación definitiva de los movimientos piqueteros dentro del arco de los actores sociales. Contrariamente a estas fracciones altamente movilizadas, también quedaban grandes porciones del proletariado completamente descreídas de la clase política, lo que se evidenciaba en la baja participación que se registró en las elecciones de medio término.² Todos estos elementos tenían como telón de fondo el cántico «que se vayan todos», el cual aunaba en las calles a desocupados y a ahorristas afectados por el «corralito», y extendía en la población un tímido pero real manto de dudas sobre las instituciones burguesas.

Respecto a la burguesía, la década del noventa no solamente dejaba una clase dominante más extranjerizada, sino también más concentrada, la cual más allá de la caída de la tasa de ganancia de los últimos años, había establecido un piso elevado en los niveles de explotación.³ Sumado a esto, la convertibilidad permitió la diversificación y la expansión de los sectores más concentrados del capital. También, dado el atraso cambiario, en medio de la tendencia centralizadora, se posibilitó la importación barata de nueva tecnología productiva, lo que generó un cierto proceso de acumulación de capital focalizado en las principales fracciones, hecho que acentuó aún más su capacidad de imposición.

En estos términos, luego de la crisis del 2001, quedaba establecida la configuración social con la cual debía lidiar el próximo gobierno, con una clase trabajadora destruida, y una clase capitalista que, al son de la nombrada crisis, esperaba mejorar aún más sus privilegios.

¹ Se denominó corralito al conjunto de restricciones sobre los fondos bancarios que operó entre fines del 2001 y fines del 2002.

² Este descreimiento se plasmó en el elevado nivel de votos en blanco y anulados (que alcanzó casi un 25% de los votos emitidos) y en una relativamente alta abstención (que también escaló a casi a un cuarto del padrón electoral). Véase Ferreres (2005).

³ Véase anexo estadístico.

1.2 De la crisis del 2001 a la asunción de Eduardo Duhalde

Tiempo antes de la llegada de De la Rúa al poder, ya se hablaba en los ámbitos más politizados de la sociedad sobre la inviabilidad de mantener el régimen convertible en el tiempo. Sin embargo, en aquellos momentos no era muy beneficioso expresar esta opinión públicamente, debido a que en la mayoría de la población existía un fuerte apego a la convertibilidad, y todavía, a pesar del desempleo y la miseria creciente, existían amplios sectores sociales que disfrutaban los beneficios del atraso cambiario y del consumo en cuotas (Novaro 2010). Más allá de esto, entrado el año 2000, con la recesión auestas y con una crisis social ya indisimulable, las opiniones contrarias sobre la convertibilidad comenzaron a tener mayor visibilidad política, y el debate comenzó a ganar terreno progresivamente.

Frente a una clase trabajadora sin capacidad de impulsar opciones propias, ante la crisis se distinguían dos grandes propuestas desde los sectores patronales: la dolarización por un lado, y la devaluación por el otro.⁴

Detrás del proyecto dolarizador se encontraban aquellas fracciones que contaban con sus ingresos en moneda nacional. De concretarse su meta, estos capitales mantendrían o acrecentarían en dólares tanto el valor de sus ingresos como el valor de sus activos. Entre estas fracciones se destacaba todo el grupo de empresas privatizadas –en su mayoría de origen extranjero– las cuales cobraban tarifas en pesos y remitían utilidades en dólares; y gran parte del capital dedicado a las finanzas dentro del país, que, además de obtener beneficios en moneda local y contar con una importante cantidad de deuda en moneda extranjera, temía por la incobrabilidad o la licuación de sus préstamos internos ante una posible devaluación. En estos términos, al dolarizar la economía, se planteaba una relativa continuidad del perfil económico predominante durante la convertibilidad, encabezado por el desarrollo de los rubros relacionados a los servicios, lo que dejaba a la producción de bienes en un segundo plano.

Frente a aquel planteo dolarizador, otras fracciones de la burguesía ejercían presión para imponer una devaluación del peso y con ello verse favorecidas. Este planteo era impulsado por las fracciones del capital orientadas a la exportación de bienes, las cuales se caracterizaban por la posesión de ingresos en dólares. A su vez, también se encontraban detrás de este planteo las fracciones mercado internistas, las cuales buscaban en la devaluación del peso una protección comercial frente a los bienes importados. En estos términos,

⁴ Sobre los debates y las posiciones de las diferentes fracciones en torno al agotamiento de la convertibilidad, véase Basualdo (2010), Beltrán (2014) y Merino (2016).

se delineaba un perfil de país orientado a la producción de bienes transables, lo cual logró ganar el apoyo de vastos sectores de la dirigencia sindical.⁵

Con un fuerte condicionamiento por la desbocada conflictividad social y por las presiones patronales en relación a la salida de la crisis, se desarrolló la transición presidencial. Con el debate caliente y el sillón de Rivadavia vacante, el 21 de diciembre de 2001 Ramón Puerta tomó el cargo que días atrás ostentaba De la Rúa, con la obligación de llamar en 48 horas a la Asamblea Legislativa para la designación de un nuevo presidente. Una vez constituida, esta Asamblea se debatió entre la designación de un presidente interino con vistas a un rápido llamado a elecciones, o un presidente reemplazante que cubriera el resto del mandato correspondiente hasta fines del 2003.

Con un radicalismo derruido, al peronismo se le presentaba una oportunidad ideal para ocupar la presidencia. En medio de un proceso de reacomodamientos internos, el Partido Justicialista (PJ) llegó al poder designando a Adolfo Rodríguez Saá en el máximo cargo. El flamante mandatario asumió bajo una estricta condición impuesta puertas adentro de su partido, que consistía en llamar a elecciones en el término de 3 meses bajo el sistema de ley de lemas, de manera de permitir la participación simultánea de los diferentes candidatos del peronismo.

Una vez en el cargo, y acorralado por la situación financiera del país, el nuevo presidente declaró unilateralmente la cesación de pagos de la deuda que el Estado argentino mantenía con los acreedores privados del exterior. A su vez, con su marcada capacidad de oratoria, el nuevo mandatario ya perfilaba en sus discursos la búsqueda de una salida de la convertibilidad, avivando la posibilidad de una nueva moneda nacional, denominada «el Argentino».

Contrario a las expectativas de los principales referentes del PJ, las medidas tomadas por Rodríguez Saá no parecían propias de un presidente transitorio, ya que, para bien o para mal, comenzaban a delimitar la orientación que tomaría la salida de la crisis. Y es por ello que, frente a un complejo panorama social donde los piquetes y los cacerolazos se encontraban en alza, a los pocos días de su asunción, los mismos referentes del peronismo dejarían sin apoyo al puntano, obligándolo así a renunciar el 30 de diciembre (Novaro 2010).

Nuevamente, la Argentina se encontraría acéfala, y nuevamente se llamaría a una Asamblea Legislativa, ahora presidida por Eduardo Camaño. Y nuevamente, haciendo valer el peso del aparato político, luego de tensas negociaciones con el alfonsinismo, el 2 de enero otro peronista sería designado presidente. Esta vez recaería en Eduardo Duhalde la

⁵ Cabe subrayar que si bien existía una tendencia hacia la correspondencia entre la inserción productiva, la moneda en que las fracciones obtenían sus ingresos y el plan de salida de la crisis que dichas fracciones apoyaban, no siempre se cumplía. En este sentido, Enrique Crotto, principal referente de la Sociedad Rural Argentina en el año 2002, se mostró abiertamente en contra del plan devaluador llevado a cabo finalmente por Duhalde. Véase Merino (2016) y Rapoport (2007).

responsabilidad presidencial, la cual sería aceptada bajo la condición de completar el mandato. De esta manera, la decisión acerca del modo de salir de la crisis, terminó recayendo en la figura del caudillo bonaerense (L. A. Romero 2014).

1.3 La situación que asume Duhalde y los objetivos de su gobierno

El 2 de Enero del 2002 Eduardo Duhalde se hizo cargo de la presidencia de una Argentina hundida en lo peor de su crisis. En el aspecto económico, al momento de asumir el nuevo mandatario, el país iniciaba el cuarto año consecutivo de recesión, habiendo caído el PBI entre 1998 y 2001 casi un 10% (Ferrerres 2005). En el aspecto fiscal, el nuevo gobierno también enfrentaba una situación difícil, asumiendo luego de 8 años de creciente déficit, pero ahora en un contexto donde no existía la posibilidad de financiamiento (Ferrerres 2005). En el aspecto externo se arrastraban diez años de déficit en la cuenta corriente comercial, fruto principalmente del atraso cambiario. A su vez, esta complicación del frente externo se mostraba más preocupante a partir de la no renovación de los préstamos internacionales, reafirmada por la cesación unilateral de pagos realizada por Rodríguez Saá.

Salvo por la ausencia de inflación, se asistía al peor escenario que una macroeconomía podía enfrentar. Este escenario mezclaba una dura recesión, con déficits gemelos de larga data y ausencia de financiamiento, situación que con una tasa de ganancia que ya registraba 5 años de caída,⁶ planteaba un capitalismo en ruinas.

En sintonía con la dura situación económica, los aspectos sociales no tenían datos mucho más alentadores. En este ámbito, el principal problema que enfrentaba Duhalde era el sostenido crecimiento tanto de la desocupación como de la subocupación, las cuales afectaban hacia fines del 2001 a casi un tercio de la población económicamente activa. A su vez, para esa misma época, el trabajo informal cubría casi un tercio de los trabajadores ocupados, y también registraba una tendencia ascendente (Ferrerres 2005). En este marco, los movimientos piqueteros se nutrían de los cada vez más abundantes desocupados para expresar sus exigencias políticas, ganando progresivamente espacio en las calles y en los medios de comunicación. Estos factores empujaron, de forma lenta pero continua, al promedio salarial hacia abajo, poniendo a las cúpulas sindicales en la obligación de manifestar ciertos reclamos. Y por si fuera poco, una no desdeñable franja poblacional se encontraba en pie de guerra ante la vigencia del «corralito».

⁶ Véase anexo estadístico.

Luego del agitado diciembre que había visto desfilan cuatro presidentes por la Casa Rosada, el nuevo mandatario asumía en medio de repetidas marchas de ahorristas, sucesivos cortes de calle y masivas movilizaciones piqueteras, donde el grito de «que se vayan todos» aún se encontraba vigente. Se delineaba así un panorama agitado, que si bien no contaba con una dirección establecida ni un horizonte revolucionario, sí mostraba una creciente y heterogénea conflictividad social, la cual hacía cada vez más dificultoso el proceso de acumulación capitalista.

Todo este escenario imponía al nuevo presidente la labor de reorganizar el funcionamiento del capitalismo local. Y hacia este fin se dirigió Duhalde ya desde su discurso de asunción, donde expresó sus 3 objetivos básicos: «primero, reconstruir la autoridad política e institucional de la Argentina; segundo, garantizar la paz en Argentina; tercero, sentar las bases para el cambio del modelo económico y social».⁷

En términos concretos, los objetivos de Duhalde requerían la implementación de una nueva estructura social de acumulación. Y esta nueva estructura social de acumulación, debía necesariamente actuar de forma integral sobre 3 cuestiones fundamentales. Por un lado, debía relanzar la tasa de ganancia y la acumulación capitalista, además de hacer viable la gestión del Estado en el mediano plazo. A su vez, tenía que contener, de alguna forma, la conflictividad creciente de la clase trabajadora. Y finalmente, debía relegitimar las golpeadas instituciones burguesas.

1.4 El ajuste duhaldista y sus respectivas resistencias

Casi una semana después de su asunción, y luego de sucesivas reuniones con representantes de diversos sectores sociales,⁸ el nuevo equipo económico encabezado por Jorge Remes Lenicov estableció la base para el plan de acción que desarmaría definitivamente la convertibilidad. En este sentido, la ley de «emergencia pública y reforma del régimen cambiario»⁹ significó el primer gran paso hacia un nuevo esquema. En términos generales, esta ley asignaba al poder ejecutivo amplias atribuciones, que le darían al nuevo gobierno la capacidad legal de realizar modificaciones de fondo al funcionamiento económico y político del país. A su vez, las todavía frescas imágenes de diciembre de 2001 brindaban a la nueva coalición gobernante el respaldo

⁷ Véase Eduardo Duhalde (2002), Palabras del Presidente de la Nación, Doctor Eduardo Duhalde, ante la Asamblea Legislativa.

⁸ Entre ellos se encontraban tanto el Grupo Productivo, la CGT, entidades bancarias, e intendentes del conurbano bonaerense. Véase Merino (2016) y «Cronología de los 510 días» (2003), en presidenciaduhalde.com.ar.

⁹ Véase Senado y Cámara de Diputados de la Nación Argentina (2002), Ley de Emergencia Pública y Reforma del Régimen Cambiario, 6 de enero de 2002.

político necesario para llevar adelante estos cambios, frente a una sociedad todavía en shock.

Como primera cuestión, la ley de emergencia dotaba al poder Ejecutivo de facultades para «establecer el sistema que determinará la relación de cambio entre el peso y las divisas extranjeras, y dictar regulaciones cambiarias», lo que rompería con el 1 a 1, gran símbolo de la convertibilidad. De esta manera, se daba luz verde al gobierno entrante para devaluar la moneda. A partir de esto, el tipo de cambio «competitivo» sería una piedra angular de la nueva estructura social, lo que significaría por decantación un bajo nivel salarial en términos internacionales. Como complemento de lo anterior, se prohibieron los despidos por un plazo de 180 días, redondeando así una clara orientación hacia la promoción del empleo en detrimento al poder de compra real del salario.

Como segunda cuestión, esta ley establecía la derogación del sistema de actualización de tarifas en dólares para los servicios privatizados, por lo que el grupo de concesionarios de dichos servicios –principales impulsores de la fallida dolarización– se presentaba como el gran perdedor de las políticas duhaldistas dentro del conjunto de fracciones burguesas.

Como tercera cuestión, y en función de compensar los efectos de la futura devaluación, se facultó también al poder ejecutivo a implementar derechos de exportación a los hidrocarburos, lo que más adelante sería la base para expandir las arcas fiscales con la aplicación de retenciones a otros tipos de bienes.

Como cuarta cuestión, y también en línea con las políticas compensatorias de la devaluación, se determinaba la pesificación de los depósitos y las deudas nominadas en dólares, completando así el bosquejo de ganadores y perdedores del ajuste.

En este cuadro, ya con un hombre proveniente de la Unión Industrial Argentina (UIA) a la cabeza del Ministerio de Producción, el duhaldismo sentaba las bases para una nueva estructura de acumulación, orientada, como había anticipado el mismo Duhalde, a «terminar con un modelo agotado que ha sumido en la desesperación a la enorme mayoría de nuestro pueblo».¹⁰ Sin embargo, en la belleza de la plática se pasaba por alto la enorme transferencia de recursos que representaría la implementación del nuevo modelo, y también se omitían las resistencias que tendría el mismo al momento de su aplicación.

Ya contando con las herramientas necesarias, a partir del 7 de enero el nuevo gobierno se lanzó al ruedo. Y comenzó a consumarse gran parte de la potencialidad contenida en la aprobada ley de emergencia. Inicialmente se procedió a la planeada devaluación del peso. En este sentido, el precio de

¹⁰ Véase Eduardo Duhalde (2002), Palabras del Presidente de la Nación, Doctor Eduardo Duhalde, ante la Asamblea Legislativa.

largo plazo de la moneda extranjera ponía al gobierno ante una dura contradicción. Mientras que de un lado se encontraban las aspiraciones de las principales fracciones del capital productivo, que veían una relación directa entre el nivel de la devaluación y el crecimiento de sus ganancias; del otro lado aparecían los temores a los efectos adversos que podría traer aparejada dicha devaluación, que en el contexto de ascenso de la lucha de clases amenazaba con poner en juego la propia gobernabilidad del duhaldismo.¹¹

Complementando la devaluación, y en consonancia con la necesidad de divisas del gobierno nacional, Duhalde realizó un acuerdo con el sector agropecuario, mediante el cual los exportadores, a cambio de la mejora del tipo de cambio y algunos beneficios fiscales, se comprometían a liquidar de forma rápida sus existencias (Rodríguez Diez 2003).

Facultado también por la ley, en un primer momento el gobierno planteó pesificar todas las deudas menores a 100.000 dólares en una relación de 1 peso a 1 dólar, a la vez que a los depósitos en dicha divisa se les asignó un tipo de cambio de 1.4 pesos por moneda estadounidense. Ante esta medida, el Estado se hacía cargo del diferencial de tipo de cambio por medio de un bono, cubriendo así las pérdidas de los bancos. A su vez, al limitar la conversión 1 a 1 a deudas menores de 100.000 dólares, el ejecutivo dejaba fuera del beneficio a los grandes capitales (Peralta Ramos 2007; Rodríguez Diez 2003). No obstante, dada la influencia de este sector dentro del gabinete, para los primeros días de febrero del 2002, los grandes deudores accederían a la licuación de sus pasivos.¹²

Otra medida importante implementada al principio de aquel febrero, fue la flexibilización de los retiros de efectivo de las cuentas a la vista, medida que se combinó con la reprogramación compulsiva de todos los depósitos a plazo.¹³ Estas medidas, que originalmente buscaban apaciguar los ánimos de una gran franja social bancarizada, terminaron aportando a la bronca de los ahorristas, los cuales veían cómo licuaban sus deudas los grandes capitales, mientras sus ahorros perdían valor día a día.

Por otro lado, el duhaldismo también avanzaba en la política de contención de la conflictividad social. El 22 de enero se creaba formalmente por medio del decreto 165/02 el programa «Jefes de Hogar». Este plan, que tenía su origen en las jornadas de «Diálogo Argentino», se presentaba como la continuidad y a su vez como la expansión de diferentes subsidios a la pobreza y a la desocupación que venían desarrollándose previamente, y estaba

¹¹ Véase Maximiliano Montenegro (2002), «El peso finalmente cayó derrotado», en *Página 12* (7 de enero de 2002).

¹² Véase «Los sectores productivos respaldaron a Duhalde» (2002), en *La Nación* (31 de enero de 2002).

¹³ Véase «La gente y el corralito: el Presidente firmó anoche el decreto» (2002), en *Clarín* (1 de junio de 2002).

orientado a paliar la miseria creciente que se desarrollaba en el país, lo cual amortiguó el ascenso de la lucha de clases.¹⁴

En líneas generales, con la implementación inicial del ajuste y la instrumentación de sus políticas compensatorias, el nuevo gobierno mostraba una fuerte iniciativa política. Sin embargo, como era de esperar, todo este plan no se encontraría libre de resistencias.

Luego de los efectos iniciales, las consecuencias del nuevo plan económico fueron agregando presiones a la gestión duhaldista. Con la devaluación del 7 de enero, el precio de la divisa estadounidense comenzó su escalada, en un contexto donde se combinaban la ausencia de financiamiento externo, las expectativas de una mayor devaluación, y una demanda de dólares creciente que provenía de ahorristas desconfiados ante un «corralito» todavía vigente. En este marco, ya comenzando febrero, el tipo de cambio oficial superaba los 2 pesos por dólar, y prometía mantener su ascenso.

En términos macroeconómicos, esta devaluación significó para el primer trimestre del año 2002 una caída interanual del PBI de más del 15% (INDEC 2016a), mostrando en el corto plazo los efectos nocivos que tenía dicha devaluación en el crecimiento económico.

En términos distributivos, como era de esperar, a partir de la devaluación los márgenes de ganancias se multiplicaron, sumando al duhaldismo varias simpatías provenientes de diversas fracciones del capital. Por el contrario, para la clase trabajadora esta devaluación significó un enorme golpe. De un lado, la desocupación alcanzó en mayo del 2002 el 21.5%. A su vez, la pobreza escaló a poco más de la mitad de la población urbana del país, mientras que la indigencia alcanzaba casi a un cuarto de la misma población.¹⁵ completando así un cuadro propicio para el desarrollo de la protesta social.

Sin embargo, el gobierno no era improvisado, y en la discrecionalidad que le otorgaba la distribución de los subsidios encontró una importante arma política para la intervención en la lucha de clases. Tiempo antes del ascenso de Duhalde, entre los movimientos piqueteros ya existían diferencias notorias en torno a la relación de los mismos movimientos con el gobierno de turno. En este marco, se distinguía claramente una tendencia «dialoguista», que buscaba fundamentalmente una coordinación con el Estado para la obtención de subsidios y prebendas, conformada mayoritariamente por la Federación Tierra y Vivienda (FTV) y la Corriente Clasista y Combativa (CCC); frente a una

¹⁴ Para una mayor información sobre el programa «Jefes de Hogar» y su posterior desarrollo bajo el título de programa «Derecho Familiar de Inclusión Social: Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados», véase Neffa (2009).

¹⁵ Para octubre de 2001 la pobreza abarcaba el 38.3% de las personas en las áreas urbanas, mientras que en mayo de 2002 el mismo indicador marcaba un 53%. A su vez, en octubre de 2001 la indigencia alcanzaba el 13.6% de las personas en las áreas urbanas, mientras que en mayo de 2002 el mismo indicador llegaba al 24.8%. Véase INDEC (2016a).

tendencia con mayor combatividad, que se nucleaba en el Bloque Piquetero Nacional, y que se nutría principalmente de las organizaciones trotskistas y los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD) (Peralta Ramos 2007). Dadas estas diferencias, una vez llegado Duhalde al poder, realizó una convocatoria a los movimientos piqueteros para formar parte de los «consejos consultivos». Como era lógico, esta propuesta fue aceptada por parte de la mayoría de las organizaciones de la tendencia dialoguista, y rechazada por las corrientes más combativas. A su vez, el gobierno multiplicó el número de planes sociales, a la par que orientó su gestión hacia los consejos de emergencia comunales, generando así un aparato clientelar propio. Más allá de esto, también un número nada desdeñable de planes comenzaron a ser gestionados por las mismas organizaciones piqueteras, las cuales al mismo tiempo que veían potenciado su crecimiento territorial con los nuevos subsidios, se mostraban cada vez más divididas por sus distintas posiciones con respecto al Estado en general, y al gobierno de turno en particular. De esta forma, el duhaldismo intervenía de lleno en la lucha de clases, centralizando la gestión de recursos, profundizando las divisiones entre el movimiento piquetero, y acudiendo en los casos donde era necesario a la represión directa (Delamata 2004; Gómez 2007).

A la par que se desarrollaban las cuestiones centrales de la lucha de clases, el gobierno debía enfrentar también presiones que llegaban tanto desde las diferentes fracciones burguesas como desde diversos grupos de poder. En un escenario donde el plan dolarizador se mostraba derrotado, la antigua Corte Suprema menemista se presentaba como un importante vestigio institucional de la ya pasada convertibilidad. Con un fuerte rechazo de la población auestas, la vieja corte se plantó a la defensiva frente a Duhalde (Cobe 2009; Peralta Ramos 2007). Ante el inminente juicio político en su contra, el Supremo Tribunal declaró inconstitucional al «corralito». Dicho fallo golpeó fuerte al Duhaldismo y casi pone en jaque su plan económico.¹⁶ Dada esta situación, el mandatario interrumpió los juicios políticos, a cambio de que la Corte frenase los fallos en su contra. De esta forma, en pocos días el gobierno se reponía del fallo adverso y continuaba con sus planes, pero de cara al futuro quedaba evidenciada la necesidad de realizar reformas de fondo en el frente judicial.

Por otro lado, ante las distintas políticas que exigían crecientes recursos públicos –tales como la extensión del tope para la pesificación de deudas y la ampliación de los subsidios a la pobreza– y frente a una recaudación que no paraba de caer por los efectos recesivos de la devaluación, las necesidades fiscales aumentaban considerablemente. En esta situación, a la par que se congelaban los gastos públicos en términos nominales –lo que implicó su reducción en términos reales– el ejecutivo buscó nuevas fuentes de

¹⁶ Véase «La Corte Suprema decretó la inconstitucionalidad del corralito» (2002), en *La Nación* (1 de febrero de 2002).

financiamiento, las cuales se sumarían a la reciente aparición de los impuestos al cheque y a los combustibles. Luego de la negativa al aporte por parte de las grandes empresas manufactureras –fracciones centrales en el armado duhaldista– los nuevos impuestos se terminarían enfocando hacia el comercio exterior (Peralta Ramos 2007). Y en esta situación, a las ya planteadas retenciones a los hidrocarburos, se le sumó la aplicación de retenciones a la exportación de todos los productos primarios, tocando ahora los intereses de la fracción terrateniente, la cual, más allá de haber obtenido grandes beneficios por la devaluación, se sumaría secundariamente al grupo de fracciones descontentas con el duhaldismo.

Por último, con la aplicación de la ley de emergencia económica a cuentas, el cuadro de fracciones descontentas de la burguesía se completaba con el sector bancario. En este sentido, los cuestionamientos de los grandes bancos venían por dos frentes. Por un lado, este sector apuntaba contra la ley de quiebras vigente desde febrero, la cual, dada la ya reconocida influencia del Grupo Productivo sobre el gobierno, daba grandes ventajas a las empresas endeudadas ante una eventual cesación de pago, en claro detrimento de los acreedores. Por otro lado, este sector también despotricaba contra la ley de subversión económica proveniente de la década del setenta, la cual permitía la investigación de delitos económicos y financieros, y daba un andamiaje legal para juzgar potencialmente la participación de los principales bancos en la operatoria de fuga de divisas ocurrida en el último tiempo (Amadeo 2003; Cobe 2009).

En este panorama, para mediados de marzo el gobierno se encontraba con apoyos no muy balanceados. En tanto que contaba con el favor de los grandes capitales manufactureros, encontraba un panorama social más que complicado en la todavía sinérgica protesta de ahorristas y piqueteros, a la par que enfrentaba un gran abanico de demandas provenientes de varias fracciones de la burguesía. En este escenario, mientras los exportadores primarios retenían su producción –lo que desembocaba en el no ingreso de divisas al país– los sectores hidrocarburíferos aumentaban el precio del combustible en sus estaciones de servicio –alimentando aún más la escalada inflacionaria– y los bancos comerciales impulsaban una mayor devaluación por medio de su política especulativa hacia el dólar (Peralta Ramos 2007; Rodríguez Diez 2003).

De esta forma, ante el aumento de la divisa estadounidense que a fines de marzo ya superaba los 3 pesos, estallaba el primer fusible político del duhaldismo, materializándose en la renuncia de Remes Lenicov, el cual dejaba la gestión no sin antes haber sentado los principales elementos de la nueva estructura social de acumulación.

1.5 De las resistencias a la consolidación de un nuevo consenso

Para la llegada de Roberto Lavagna al Ministerio de Economía, el ajuste de fondo ya había sido realizado. Sin embargo, las reacciones de las diferentes fracciones ante dicho ajuste todavía exigían ciertas modificaciones para terminar de encarrilar al capitalismo argentino. Por otro lado, si bien la protesta social se encontraba cada vez más fragmentada, aún contaba con fuerza y legitimación (Rapoport 2007).

Lavagna, que venía de desarrollar funciones diplomáticas ante organismos multilaterales, se orientó desde un primer momento a resolver los problemas del frente financiero y sus respectivos actores. Las primeras medidas de su gestión apuntaron a satisfacer las demandas de los organismos de crédito internacionales y de la banca local. Luego de la amenaza de renuncia de Duhalde,¹⁷ el congreso aceptó derogar las leyes de quiebras y de subversión económica; a la par que los principales gobernadores provinciales aceptaron una fuerte reducción en las transferencias provenientes desde el ejecutivo nacional, compensando esto con el compromiso de reducir el déficit fiscal de cada provincia.¹⁸ Fue a partir de estas medidas que tanto los organismos multilaterales como las principales fracciones del capital financiero radicadas en el país comenzaron a congraciarse con el duhaldismo, abandonando sus posturas beligerantes.

Ya a mediados de junio, el nuevo ministro puso manos a la obra en el aún vigente problema del «corralito», lanzando un plan de canje voluntario de los depósitos. Este plan, además de dar buenas señales desde el sistema financiero hacia los ahorristas por su voluntariedad y variedad de opciones, ayudaba a reducir la potencial demanda de dólares. Esta medida, complementada con la «ley tapón»¹⁹ y con la activa intervención del Banco Central en el mercado de cambios,²⁰ comenzaría a surtir efecto en la estabilización del precio de la divisa estadounidense en el corto plazo.

A partir de la batería de políticas, la inicialmente resistida reprogramación de los depósitos fue paulatinamente aceptada. A su vez, con el nuevo paquete de medidas, el gobierno terminaba de socializar los pasivos de los grandes bancos, al hacerse cargo de sus deudas con los depositantes. Todo esto terminaría de consolidar el apoyo del sector financiero al duhaldismo, al

¹⁷ Véase «Duhalde amenazó con renunciar» (2002), en *parlamentario.com* (23 de mayo de 2002).

¹⁸ Véase «Cronología de los 510 días» (2003), en *presidenciaduhalde.com.ar*.

¹⁹ Véase ley 25.587.

²⁰ Esta intervención, además de la mera oferta y demanda de divisas por la autoridad monetaria, comprendió nuevas legislaciones sobre la liquidación de dólares correspondiente a los exportadores y la reducción de la posición en dólares de los bancos comerciales. Véase Frenkel (2007).

mismo tiempo que sacaría lentamente de la calle a una gran franja social que, días atrás, protestaba por sus ahorros.

Para mediados del 2002, con los márgenes de ganancia ya ampliados, se comenzaban a observar los efectos expansivos de la devaluación sobre la macroeconomía. A la par que crecía la actividad económica liderada por la industria sustitutiva de importaciones, comenzaba a ceder la desocupación ante la pujanza de las ramas con mayor intensidad de mano de obra (Rapoport 2007).

A la recuperación de la actividad interna, se le sumaba paulatinamente el mayor ingreso de divisas por medio del comercio internacional. A su vez, con el apoyo del sector financiero y sin la especulación sobre el precio del dólar, para mitad de año la divisa frenó su escalada y, poco a poco, trajo previsibilidad y un mayor consenso económico y social al gobierno. Además, con la estabilización del tipo de cambio en un nivel elevado, y luego de algunos conflictos con el sector terrateniente,²¹ comenzaron a liquidarse los stock agropecuarios que venían siendo retenidos a la espera de mayores devaluaciones. Todo esto potenció la entrada de dólares al país y dio mayor poder de fuego al banco central para controlar el tipo de cambio, tarea que para septiembre ya se encontraba relativamente realizada.

A su vez, con la recuperación de la actividad y las mejoras en el frente externo, también para mitad de año comenzaba a reducirse el ritmo inflacionario, lo que mejoraría aún más la previsibilidad y el clima para los negocios de la burguesía. En relación a esto, la devaluación se mostraba ante los ojos del capital como «exitosa», dado que frente a un aumento del tipo de cambio cercano al 250%, el incremento de los precios solamente se aproximaba a un 40%, limitado por el estancamiento y la desocupación de los últimos años.

Finalmente, con el congelamiento del gasto público y el incremento en la recaudación, también para la mitad del 2002 el problema fiscal parecía tender a solucionarse, lo cual completaba un panorama positivo en términos macroeconómicos.

²¹ Véase Franco Varise (2002), «Comenzó la protesta convocada por la Federación Agraria Argentina», en *La Nación* (27 de mayo de 2002).

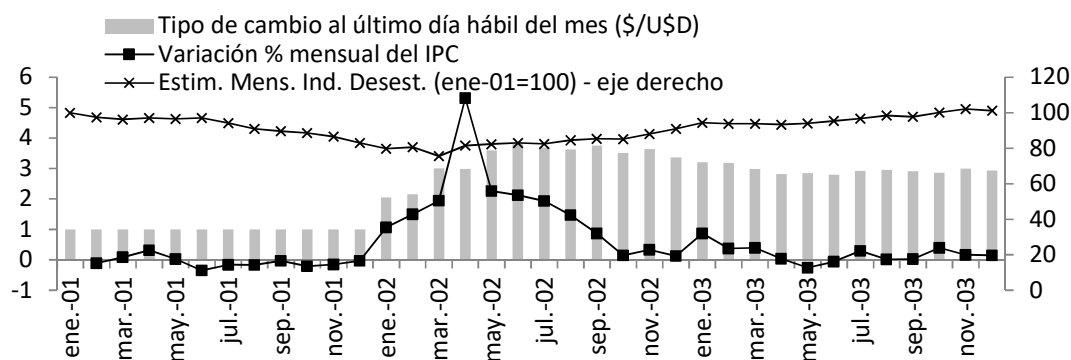


Figura 1.1. Tipo de cambio, variación % mensual del IPC y estimador mensual industrial (EMI) 2001-2003. Fuente: elaboración propia a partir de datos de BCRA (2016) y INDEC (2016c).

De forma paralela a las mejoras enunciadas, el 17 de Mayo, con el primer pago del plan Jefes y Jefas de hogar, se terminaban de centralizar las ayudas sociales, a la par que se formalizaba la institucionalización de las organizaciones piqueteras mayoritarias. En este marco, para septiembre del 2002 se estima que el plan ya contaba con poco más de un millón de beneficiarios (Neffa 2009), y era principalmente administrado por los consejos consultivos, compuestos tanto por funcionarios afines al gobierno, como por las organizaciones piqueteras de la rama dialoguista.²² Como consecuencia de esto, dichas organizaciones relajaron sus planes de lucha, mostrándose cada vez más partidarias de la negociación con el gobierno que de la movilización callejera.

Sin embargo, ni las mejoras económicas ni los planes sociales se trasladaban automáticamente al humor de la población, y a mitad del 2002 el conflicto en las calles encontraba su punto de quiebre. Mientras los ahorristas abandonaban las protestas con sus depósitos reprogramados y los piqueteros dialoguistas moderaban su movilización por la gestión de los planes sociales, la rama más combativa de las organizaciones de desocupados endurecía sus posiciones y salía a la calle con repetidos bloqueos en las principales vías de circulación.²³ En este panorama, ante una protesta dividida y menguada, el duhaldismo endurecía la represión. Y luego de varios episodios donde predominaron los palos y las balas de goma, el 26 de junio se concretó la masacre de Avellaneda, donde Maximiliano Kosteki y Darío Santillán cayeron asesinados por las fuerzas represivas (Hendler et al. 2012).

²² Si bien la mayoría de planes eran asignados por medio de canales institucionales, donde el poder de decisión se encontraba en manos del gobierno y secundariamente las organizaciones piqueteras dialoguistas, una proporción menor pero nada desestimable era manejado por organizaciones combativas. Véase Gabriel Sued (2002), «Los piqueteros ejercen control sobre los subsidios», en *La Nación* (23 de noviembre de 2002).

²³ Véase «Se realizó la primera jornada de la Asamblea Nacional Piquetera» (2002), en *La Nación* (22 de junio de 2002).

En medio de un elevado malestar social, la masacre de Avellaneda fue el elemento que selló el destino político de Duhalde. Frente a los hechos, con la inmediata movilización desatada y las presiones de los propios gobernadores, el caudillo lomense debió resignar sus aspiraciones a renovar su mandato, y se vio obligado a llamar a comicios anticipados, lo cual abrió la lucha por la sucesión presidencial hacia adentro del peronismo. Sin embargo, más allá de la imposibilidad de presentarse personalmente, Duhalde no perdió la iniciativa política y, luego de los episodios del 26 de junio activó nuevas medidas.

A la par que en Buenos Aires se promovía una limpieza en la cúpula de la policía, a nivel nacional se planteaba una atenuación en la política represiva. En esos términos, si bien la masacre de Avellaneda cerró el ya golpeado proceso de movilizaciones populares, también marcó un techo para la utilización de la represión, condicionando de forma concreta tanto al duhaldismo como a sus sucesores.

Como consecuencia de la delicada situación a la que quedó expuesto el gobierno, desde el poder ejecutivo se decretó un aumento para los trabajadores registrados y los jubilados, buscando abiertamente el apoyo de las dos fracciones de la Confederación General del Trabajo (CGT), que para el momento presentaban algunas diferencias con el duhaldismo, y amenazaban con la posibilidad de un paro general (Merino 2012).

Durante el último trimestre del año, pasada ya la tormenta que había hecho tambalear a la coalición gobernante, con la recuperación económica consolidada se comenzó a estabilizar el panorama social. Por un lado, la masacre de Avellaneda marcó un punto de inflexión en la movilización callejera, abriendo un período de reflujo de la misma. A su vez, la reactivación de la economía que asomaba a mediados de año, finalmente se tradujo en un aumento de la ocupación para el último trimestre del 2002, aportando a mejorar el clima social. Mientras tanto, luego del desplome del primer trimestre, los salarios comenzaron a estabilizarse y lentamente empezaron a recuperar terreno, encabezados por los trabajadores registrados del sector privado, quienes recibieron los mayores aumentos por la vía del decreto presidencial. Esta serie de decretos sirvió para terminar de estrechar un acercamiento entre el duhaldismo y las cúpulas de las CGT, a la vez que dio el puntapié inicial para tentar la idea de reunificar la central obrera (Merino 2012).

Finalmente, con la estabilización cambiaria y la reducción del ritmo inflacionario, se completaba un panorama donde el gobierno empezaba a recuperar la confianza de la población, iniciando lentamente la labor de reconstrucción de las instituciones burguesas.

De esta forma, para fin del 2002, con una recuperación económica consolidada y una conflictividad social relativamente controlada, la mayoría de las fracciones del capital lograban un acuerdo tácito. Y la base de ese acuerdo

era la distribución de los beneficios del ajuste. Por definición, con el aumento del tipo de cambio y con la escasa recomposición salarial, toda la clase capitalista recibía una enorme transferencia de ingresos, proveniente de la debacle de la clase trabajadora. A la par de esto, todos los grandes capitales, sin distinción, lograron un enorme beneficio con la pesificación de sus deudas. En términos particulares, los capitales manufactureros se beneficiaron enormemente con la devaluación, dada la mayor protección comercial que recibían, lo que obviamente redundó en mayores ganancias. Por otra parte, los capitales exportadores, más allá de la porción que debían resignar en concepto de retenciones, lograban incrementar su margen de rentabilidad a partir de la devaluación, dados sus ingresos nominados en dólares, frente a muchos de sus costos nominados en pesos. Por el lado del capital financiero, además de lograr impunidad con la derogación de la ley de subversión económica, alcanzaba una enorme victoria al conseguir que el Estado se hiciera cargo de sus pasivos por la reprogramación voluntaria de depósitos, redondeando así una década más que exitosa. Finalmente, se terminaba de configurar el cuadro de ganadores de la devaluación con los organismos multilaterales de crédito, quienes jamás dejaron de cobrar sus jugosos intereses. Del lado de enfrente se encontraba la clase trabajadora que, luego de una dura década de caídas, debió soportar nuevamente una enorme reducción en términos reales de su salario. A su vez, el cuadro de perdedores se completaba con los capitales concesionarios de los servicios públicos, que vieron menguados sus privilegios en lo que respecta a la dolarización de las tarifas.

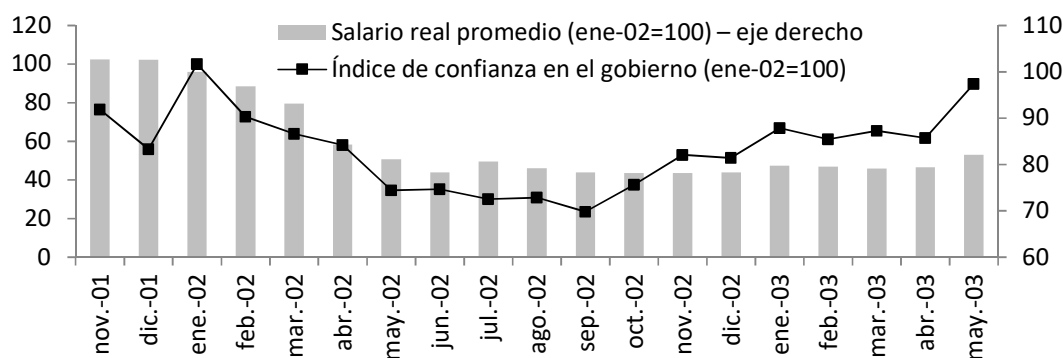


Figura 1.2. Índice de confianza en el gobierno (ICG), y salario real promedio (2002-2003). Fuente: elaboración propia a partir de datos de INDEC (2016c) y UTDT (2019b).

En estos términos, luego de un año de grandes dificultades, el duhaldismo finalmente lograba hacer pasar uno de los peores ajustes de la historia, y, más allá del problema que le significó la masacre de Avellaneda, iba recuperando posiciones ante la población de cara a las elecciones del 2003.

1.6 Del consenso a la elección de Néstor Kirchner

Con las principales variables estabilizadas y el conflicto social bajo control, para principios del 2003 el gobierno de Duhalde ya tenía sentadas las bases de la nueva estructura social de acumulación, levantada sobre las ruinas del proletariado. Solamente le quedaba formalizar un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI) para entregar una macroeconomía saneada, para luego enfocarse en los comicios presidenciales de abril. Y este acuerdo transitorio llegó en enero, y tendría vigencia hasta septiembre del 2003, dejando así el testimonio para el próximo gobierno.²⁴

Ya sin preocupaciones económicas, el centro de la política pasaba por la pelea en torno a la sucesión presidencial. Por fuera del peronismo las principales figuras eran Ricardo López Murphy y Elisa Carrió, ambos con discursos republicanos propios de dos figuras que en algún momento se encontraron cercanas o dentro de las filas del radicalismo. No obstante, la principal contienda se daba dentro del mismo peronismo. En esta contienda se encontraban 3 propuestas relativamente diferenciadas. Por un lado, Carlos Menem planteaba una vuelta a un programa de claro corte liberal, y contaba con el apoyo de varios gobernadores, fracciones del capital relacionadas a los servicios públicos y las finanzas, y un núcleo duro en la población que aún añoraba los dorados noventa. Por otro lado, Adolfo Rodríguez Saá prometía un plan de recomposición para las víctimas del ajuste duhaldista, y recurriendo a su capacidad de oratoria rememoraba su fugaz paso por la Casa Rosada. Finalmente, Néstor Kirchner se presentaba como el delfín de Duhalde, por lo que levantaba como promesa la continuidad de las mejoras logradas por su impulsor. En función de esto, contaba con el apoyo de una amplia franja poblacional que observaba con buenos ojos las políticas duhaldistas, tenía el favor de un gran sector de la burguesía que se había visto beneficiada con la devaluación, y descansaba en un poderoso aparato político a nivel nacional, armado originalmente por el mismo Duhalde (Novaro 2010).

En la primera vuelta se impuso Menem con un 24.45% de los votos, dejando en segundo lugar a Kirchner con un 22.24%, situación que obligaba a una segunda vuelta electoral. Sin embargo, dado el bajo techo de sufragios con el que contaba el riojano, el balotaje jamás se concretó, razón por la cual, finalmente, Duhalde terminaría entregando el poder a Néstor Kirchner el 25 de mayo del 2003, logrando aquello que, al menos en ese momento, sería una gran victoria para el caudillo bonaerense.

²⁴ Véase «Como se esperaba, el FMI aprobó el acuerdo» (2003), en *La Gaceta* (23 de enero de 2003).

1.7 La organización de la estructura social de acumulación en perspectiva

Como describimos a lo largo de todo el capítulo, la inestabilidad fue una característica central de la organización de la estructura social de acumulación que surgió luego de la convertibilidad. Eduardo Duhalde asumió en medio de una elevada fragilidad institucional, cristalizada en el paso por la Casa Rosada de 5 presidentes distintos en menos de dos semanas. A su vez, el caudillo bonaerense tomó el poder luego de 3 años de larga recesión, y en medio de una ola de protestas que abarcaba a un amplio espectro social, donde, además de los sectores más postergados que pedían por sus necesidades más básicas, también se encontraban gran parte de los sectores medios urbanos²⁵ que exigían la restitución de sus ahorros. En resumidas cuentas, Eduardo Duhalde asumió su rol presidencial en un marco donde las bases tanto objetivas como subjetivas del capitalismo argentino se encontraban comprometidas. Sin embargo, esto que se planteaba a primera vista como un gran problema podía ser también una carta blanca para las políticas de ajuste del flamante mandatario.

Valiéndose del aparato territorial del PJ y de la distribución selectiva de recursos del Estado, el nuevo presidente logró aplicar exitosamente un duro ajuste sobre la clase trabajadora por medio de la devaluación, a la vez que licuó el gasto público y amplió la recaudación impositiva con una nueva batería de tributos. De esta forma logró relanzar la tasa de ganancia y la acumulación de capital, al tiempo que reordenó las cuentas públicas y cambió el signo de la cuenta corriente externa, poniendo en pie la competitividad local y los superávits gemelos.

Para fines de 2002, el nuevo presidente lograba un perfil productivo que se sostenía en la baratura de los salarios. Esto, por un lado le daba el favor de toda la UIA, que veía incrementada su tasa de ganancia. A su vez, dado el aumento del empleo y ciertas mejoras salariales, fue obteniendo poco a poco el apoyo de los distintos sindicatos. Finalmente, por medio de la distribución de planes sociales, el gobierno también controlaba relativamente la protesta callejera, mientras iba dando soluciones a los ahorristas. Frente a este elenco de aliados, del otro lado se encontraban las empresas privatizadas y los sectores exportadores de productos básicos, quienes, junto con la clase trabajadora, fueron los principales financistas del ajuste.

²⁵ Cuando nos referimos a los «sectores medios urbanos», hacemos referencia a un difuso conjunto poblacional que se nuclea en las principales ciudades del país, que se nutre fundamentalmente de la pequeña burguesía (cuentapropistas o pequeños empresarios) y de asalariados de cuello blanco (asalariados con labores dirigenciales, administrativas o intelectuales), y se identifica a sí mismo en términos tales como «ciudadanos», «gente», o simplemente «clases medias». Cabe remarcar que si bien a este conjunto social no se lo entiende en términos de clase, sí se lo entiende como una identidad particular que aporta al presente estudio. Véase Bartra (1972).

En este marco, el duhaldismo coordinó inicialmente su labor histórica de reconstrucción del capitalismo argentino con sus intereses particulares de autoconstrucción política. No obstante, esta coordinación se vio parcialmente trunca al momento de la masacre de Avellaneda, hecho que dejó a Duhalde fuera de la contienda electoral e hizo entrar en un cuarto intermedio la recomposición subjetiva de las instituciones burguesas. Más allá de esto, quedó claro que la corta presidencia del bonaerense sirvió para poner en pie una nueva estructura social que, en su período de organización, logró exitosamente relanzar la tasa de ganancia y la misma acumulación capitalista.

En función de lo anterior, la victoria de Néstor Kirchner en las presidenciales de 2003 ratificaba el camino trazado originalmente por el lomense, pero, a su vez, también dejaba abierta la puerta a la implementación de ciertos cambios políticos y algunos virajes económicos.

Capítulo 2

2003-2008: el desarrollo de la estructura social de acumulación que sostuvo al ciclo de gobiernos kirchneristas

Los resultados de las elecciones presidenciales del 2003 dieron cuenta de la labor del duhaldismo como piloto de tormentas. En un análisis superficial, las cifras finales del escrutinio mostraron un claro avance de las variantes peronistas sobre las opciones por fuera del peronismo, resaltando la memoria de corto plazo de un electorado que no relacionó al PJ con las causas de la crisis del 2001.

Ya en un nivel de análisis más estructural, las elecciones del 2003 denotaron, en relación a las del 2001, un pequeño pero real incremento en la participación de los votantes, a la par que entre los votos emitidos, el porcentaje de sufragios en blanco y nulos se redujo drásticamente. Estos cambios en la disposición de la población frente a las elecciones, demostraron que si bien aquella crisis del 2001 presentaba síntomas en los aspectos políticos y sociales, su base fundamental y predominante era el aspecto económico. Es por esto que, una vez encaminado dicho aspecto, aquel descontento expresado en las calles y en las urnas tendía a volver a su relativa normalidad.

En líneas generales, el período 2003-2008 combinó una acumulación expansiva y una mejora sostenida en los indicadores sociales con la reconstrucción de las instituciones de la democracia burguesa y la consolidación del kirchnerismo como una coalición política dominante. Es, a partir de lo anterior, que se presenta a este período como la etapa de desarrollo de la estructura social de acumulación bajo análisis.

En oposición al capítulo previo, la estabilidad que caracterizó a esta etapa plantea una lógica expositiva diferente, por lo que se tomarán los distintos aspectos del devenir histórico como eje del relato, para finalmente arribar a una visión totalizante.

2.1 La asunción de Néstor Kirchner y su autonomía relativa

La asunción de Néstor Kirchner se insertaba en un contexto internacional con varias novedades. En el plano más general, en 2003 Estados Unidos finalmente se recuperaba de la explosión de la burbuja de las «.com», en tanto que China seguía a paso firme con su crecimiento económico, planteando junto con otros países emergentes la aparición de nuevos jugadores de peso en la economía mundial.

En el ámbito regional, los cambios eran más virulentos y se encontraban aún más evidenciados. En tanto que en la década del noventa la clase trabajadora había sido duramente golpeada, sus resistencias se hicieron presentes a lo largo de todo el continente. Desde el caracazo en Venezuela y sus posteriores reflujos, hasta la crisis de 2001 de Argentina, se fueron dando repetidos procesos que forjaron fuertes identidades de resistencia en las masas. Y estas masas, no tan identificadas en términos clasistas, tenían en común que ubicaban al neoliberalismo como la causa de la gran mayoría de sus problemas, a la par que presentaban en su movilización un cúmulo de las más diversas demandas sociales (Laclau 2006; Thwaites Rey 2010; Vilas 2005).

Frente a esta sociedad movilizada, luego de una década de clara predominancia liberal, ya para principios del siglo XXI el péndulo político de la región comenzaba a virar hacia variantes de corte reformista. Hugo Chávez lograba acceder a la presidencia de Venezuela en 1999, montado en un discurso confrontativo y nacionalista. El mismo año, el Frente Amplio de Uruguay –compuesto por diversos partidos de orientación progresista– conquistaba la primera minoría legislativa, y en Bolivia el MAS –frente político de fuerte impronta centroizquierdista– se planteaba como una alternativa real de poder. Y ya para 2003, año que asumiría Néstor Kirchner, en Brasil alcanzaba la presidencia el ex referente sindical Luiz Inácio Lula da Silva, por el Partido de los Trabajadores.

Todo esto mostraba en la órbita regional una tendencia hacia gobiernos que, sin cuestionar las bases capitalistas, planteaban propuestas reformistas de carácter antiliberal y latinoamericanista, y que, por medio de procedimientos institucionales, buscaban canalizar las demandas de aquellas masas anteriormente movilizadas (Ahumada y Angarita 2003). Empero, a diferencia de Chávez o de Lula, Kirchner no exhibía antecedentes de lucha contra el neoliberalismo. Muy por el contrario, en sus años como gobernador de Santa Cruz, Néstor Kirchner se presentaba como un aliado del menemismo¹ y de las privatizaciones de los años noventa.²

¹ Véase «Todos con Menem por la transformación» (1996), en *Página 12* (12 de septiembre de 1996).

² Véase Christian Sanz (2014), «El día que los Kirchner apoyaron la privatización de YPF», en *MDZ*.

En lo que respecta al ámbito local, el 25 de mayo de 2003, Eduardo Duhalde no solo entregaba a Néstor Kirchner un país con una economía en crecimiento, sino que entregaba un capitalismo argentino que se encontraba relativamente recompuesto en términos objetivos, sustentado en una nueva estructura social de acumulación. Entregaba un capitalismo argentino con un nuevo impulso en la tasa de ganancia y en la tasa de explotación, variables centrales para su funcionamiento. A su vez, entregaba un capitalismo argentino viable en el mediano plazo, con un tipo de cambio competitivo, y un abultado superávit de cuenta corriente externa. Además, entregaba un capitalismo argentino con una nueva distribución del excedente, que daba cierta capacidad al flamante mandatario para redistribuir a discreción una porción importante de los recursos. Y finalmente, entregaba un capitalismo argentino relativamente pacificado, donde tanto explotadores como explotados, con más o menos entusiasmo, aceptaban las condiciones de explotación.

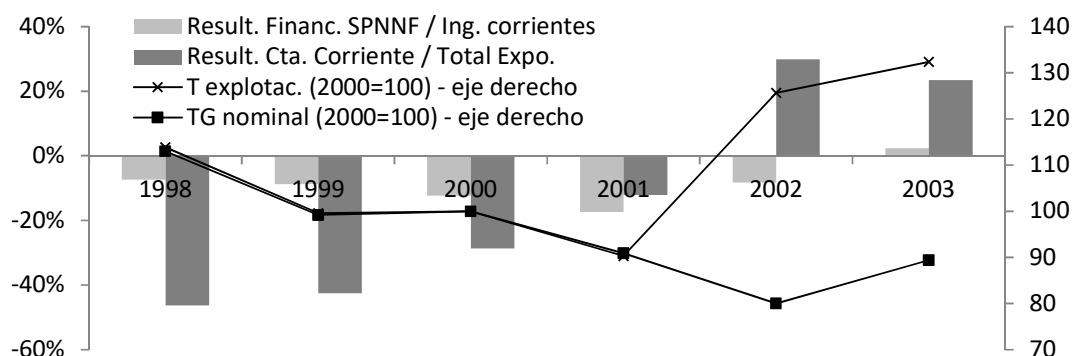


Figura 2.1. Resultado de la cuenta corriente, resultado fiscal, tasa de ganancia y tasa de explotación (1998-2003). Fuente: elaboración propia a partir de datos de INDEC (2016c) y anexo estadístico.

Sin embargo, este capitalismo no se encontraba totalmente repuesto, y todavía faltaba bastante para completar su recomposición en términos subjetivos. Además, dada la reticencia a competir en la segunda vuelta por parte de Carlos Menem, el nuevo presidente de la nación accedía al poder sin la legitimidad correspondiente, dado que en primera vuelta solamente había cosechado menos de un cuarto de los votos. Y, para completar la situación, cabe recordar que este nuevo mandatario llegaba a la Casa Rosada montado en un aparato político prestado, cuyo principal armador era Eduardo Duhalde.

Recapitulando, el panorama que encontraba Néstor Kirchner presentaba una economía mundial en relativo crecimiento, donde iban asomando nuevas potencias; una política regional que en respuesta a los años noventa mostraba claros signos de viraje hacia modelos de corte reformista, con orientación Latinoamericanista; una realidad local que a partir del ajuste duhaldista

planteaba, al menos en el mediano plazo, un futuro promisorio en lo económico, pero que a la vez exigía todavía la reconstrucción total de las instituciones de la democracia burguesa; y una situación particular que exponía a un nuevo presidente relativamente débil, que asumió con un escaso porcentaje de los votos, y que descansaba en un aparato político prestado, por lo que se esperaba que Néstor Kirchner sea simplemente una marioneta de Eduardo Duhalde (Dagatti 2013; Félix 2015; Gerchunoff y Kacef 2016).

Al momento de su asunción, Kirchner se mostró como una figura de cierta continuidad en relación a su predecesor e impulsor político. Como primera cuestión, cumpliendo su promesa de campaña, mantuvo en su gabinete a varios funcionarios duhaldistas, entre los que se destacaba el ministro de economía Roberto Lavagna (Bonnet 2015).

En línea con lo anterior, ya desde el discurso inaugural también se podían esperar continuidades en las futuras medidas de gobierno, dadas las claras alusiones a mantener un modelo económico recostado en la producción y en el empleo. En la misma tónica que sus símiles latinoamericanos, proponía al Estado como eje central del desarrollo económico, a la vez que lo postulaba como reparador de las desigualdades generadas por el mercado, y como garante de los derechos de las mayorías populares.³

Ya en las cuestiones más simbólicas, Kirchner se diferenciaba del caudillo bonaerense. Por empezar, rompía las formas solemnes, y se mezclaba entre la multitud a saludar a sus seguidores. A su vez, se presentaba a sí mismo como alguien externo al ambiente, que llegaba desde sur del país a brindar aires frescos a la vieja política, con una fuerte impronta patriótica, y un discurso de unidad hacia el resto de los partidos. Sin embargo, quizás la mayor diferenciación de Néstor Kirchner ante su predecesor, fue la alusión a la «generación diezmada» de la cual era contemporáneo,⁴ posición que lo diferenciaba discursivamente de la «mano dura» que en el pasado había promovido el duhaldismo.

Como cuestión estructural, a diferencia de Duhalde —el cual había recibido un gobierno con fuertes presiones al ajuste desde los sectores más concentrados de la burguesía, lo que limitaba su capacidad de acción— Néstor Kirchner recibía un gobierno con el «trabajo sucio» ya realizado, lo que dotaba a su gestión de cierta autonomía relativa para la toma de decisiones. En este marco, tanto la procedencia política del nuevo mandatario, como su base social de sustentación, sus formas discursivas, y el elenco de asesores que arrastraba de la gestión anterior, hacían suponer que estaría descartada de plano una vuelta a la política de apertura comercial y dólar barato; características de la década del noventa. A su vez, tanto por su discurso de

³ Véase «El texto completo del discurso presidencial» (2003), en *La Nación* (23 de mayo de 2003).

⁴ Véase Luis Bruschtein (2003), «Treinta años después, de la plaza al balcón», en *Página 12* (25 de mayo de 2003).

asunción⁵ como por la naturaleza policlasista propia del peronismo, era también lógico dejar fuera de las posibilidades cualquier tipo de planteo económico que se encontrara por fuera de las instituciones capitalistas.

A partir de lo anterior, el desarrollo de la estructura social de acumulación asumía diversos grados de libertad para su devenir, y se debatía dadas las condiciones previas, entre dos grandes polos. De un lado, se podía esperar un modelo de crecimiento económico impulsado por la inversión y las exportaciones, con un tipo de cambio elevado que protegiera la rentabilidad, la competitividad y el empleo, y un Estado con un presupuesto equilibrado que llevara adelante tareas limitadas en la órbita económica. En este modelo, el salario sería tomado como un costo laboral –por lo que se buscaría mantenerlo en niveles mínimos– y sus incrementos estarían atados al devenir de la productividad, para asegurar bajos niveles de inflación. Esta primera posibilidad se presentaba como una opción de crecimiento económico moderado y ordenado en el mediano plazo, con principal eje en el mercado mundial, donde se mantendrían en el tiempo tanto los altos niveles de ganancias como los superávits gemelos provenientes del ajuste duhaldista. De esta forma, los beneficios de aquel crecimiento se concentrarían en un primer momento en la burguesía, mientras que la clase trabajadora debería esperar mansamente a que el «derrame» de la economía se convirtiera en el largo plazo en una realidad salarial. Esto último, exigiría algún tipo de dispositivo de dominación que contuviera las demandas de una clase obrera que, aunque golpeada por las medidas duhaldistas, aún mantenía cierto nivel de organización y, en algunos sectores, también de movilización.⁶

Por otro lado, también como modelo extremo, se podía esperar un crecimiento económico impulsado por el consumo y el gasto público, donde, a partir de una política salarial expansiva y un aumento de las erogaciones estatales, se obtendrían mayores niveles de crecimiento de corto plazo. En el mediano plazo se irían reduciendo tanto los niveles de ganancia como los superávits gemelos. En este modelo, el salario se presentaría como una fuente de demanda agregada, y sus aumentos serían una variable política utilizada para incrementar el nivel de ingreso. En estos términos, el mercado interno tomaría mayor relevancia para la acumulación capitalista, y los beneficios del crecimiento económico se irían distribuyendo desde un primer momento, no solamente dentro de la burguesía, sino que también llegarían por la vía salarial a las mayorías populares. Esto último traería como ventaja al gobierno –al

⁵ En este sentido, en sintonía con Duhalde, Kirchner subrayó en su discurso de asunción la necesidad de «reconstruir un capitalismo nacional que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente». Véase «El texto completo del discurso presidencial» (2003), en *La Nación* (23 de mayo de 2003).

⁶ En este sentido, la primer opción se presenta cercana al modelo «impulsado por ganancias» (profit-led) planteado por Bhaduri y Marglin (1990).

menos en lo inmediato— una mayor gobernabilidad, a cambio de posibles complicaciones macroeconómicas a mediano y largo plazo.⁷

De esta forma, el nuevo gobierno se debatía en un amplio abanico de posibilidades que brindaban estos dos modelos extremos. No obstante, más allá de la forma que fuera a adquirir el aspecto económico, el objetivo obligado que tenía el kirchnerismo era el de combinar dicho modelo con un proceso de recomposición de las instituciones burguesas, a lo que podía sumarse opcionalmente la construcción de un capital político propio.

2.2 La macroeconomía del crecimiento

El período comprendido entre 2003 y 2008 se caracteriza, en su aspecto económico, por un aumento ininterrumpido del producto bruto interno. Como ya describimos previamente, a partir del ajuste duhaldista, Néstor Kirchner recibió un país saneado en términos económicos, con una tasa de ganancia en alza, y con superávit fiscal y de cuenta corriente. En estos términos, era lógico esperar un crecimiento sostenido al menos en el mediano plazo. Sin embargo, para el análisis de la macroeconomía del período en cuestión se requiere un estudio más exhaustivo, no solo del mero desarrollo de las principales variables macroeconómicas, sino también de las políticas activas que llevó adelante el kirchnerismo y que dieron sostén a este crecimiento.

2.2.1 El crecimiento económico entre 2003 y 2008. Causas, fracciones y rubros

Como se planteó anteriormente, la tasa de ganancia cumple un rol central en la economía capitalista. A partir de la devaluación de 2002, se puede observar un fuerte aumento de la tasa de ganancia,⁸ el cual inauguró un nuevo

⁷ Esta segunda opción se asemeja al modelo «impulsado por salarios» (wage-led) planteado por Bhaduri y Marglin (1990).

⁸ Al nombrado incremento de la tasa de ganancias aportaron la mejora en la tasa de explotación, y el crecimiento de la escala de explotación registrado entre 2003 y 2008, el cual fue posibilitado por la protección que brindó el tipo de cambio elevado a la producción de la burguesía local. Ambos efectos, sumados a una mejora en la productividad física por ocupado —la cual es tratada en estas páginas— generaron para el período 2003-2008 un fuerte crecimiento de la masa de ganancias, lo que derivó finalmente en un aumento de la tasa de ganancia. Para un mayor análisis de los valores, véase el anexo estadístico.

ciclo de acumulación capitalista que tuvo su momento de mayor expansión entre los años 2003 y 2008.⁹

En términos específicos, la fracción capitalista abocada a la producción de manufacturas orientadas a la exportación fue una de las más beneficiadas por el ajuste duhaldista. Al momento de la devaluación, esta fracción vio triplicados sus ingresos, frente a costos que se mantuvieron relativamente estables, mejorando así sus beneficios y su tasa de ganancia. Por otro lado, aquellos capitales exportadores de bienes básicos también lograron aumentar sus ingresos con la devaluación, pero, dadas las retenciones implementadas, no pudieron acaparar la totalidad de aquella nueva rentabilidad.

En función de su naturaleza dependiente del mercado mundial, las fracciones exportadoras no registraron grandes cambios en sus cantidades producidas, aunque sí experimentaron un enorme aumento en su ganancia unitaria. En estos términos, lograron consolidar su posicionamiento hacia dentro de la cúpula empresarial, ratificando así la orientación tomada por la estructura económica argentina durante la convertibilidad (Bonnet 2015; Piva 2015).

Acompañando al capital exportador, también cosechó grandes beneficios el capital destinado a la producción de bienes transables para el mercado interno.¹⁰ Esta fracción obtuvo con la devaluación una importante protección comercial, la cual le permitió aumentar tanto sus cantidades vendidas como su correspondiente precio de venta, dando como resultado una mejora de su tasa de beneficios. De esta forma, la devaluación explicó no solamente el incremento de los beneficios unitarios de esta fracción, sino que también impulsó su crecimiento extensivo, el cual se vio sustentado en gran parte por la inversión de capital fijo realizada durante la década previa. En estos términos, el devenir de esta fracción también tendió a reafirmar la estructura económica planteada durante la convertibilidad, dotando ahora de demanda efectiva a aquellos capitales que habían quedado ociosos en la última recesión.

A su vez, también en relación con la inversión realizada en la década de 1990, entre 2003 y 2008 se registró en todo el sector industrial un fuerte aumento de la productividad, lo que ayudó a sostener en el tiempo las mejoras en la rentabilidad y en la competitividad provenientes de la devaluación (INDEC 2016b).

⁹ Para profundizar sobre la evolución de la tasa de ganancia en Argentina, tanto en el largo plazo como en el corto plazo, véase Iñigo Carrera (2007), Maito (2015), Manzanelli (2012) y Michelena (2009).

¹⁰ Se denomina bienes y servicios transables a aquellos que pueden ser comercializados tanto en el mercado local como en el mercado internacional.

Por su parte, las fracciones productoras de bienes y servicios no transables¹¹ oscilaron entre la capitalización de alguna ventaja aislada y la pérdida directa de beneficios concretos. En términos generales, dentro de esta fracción no se registró un gran incremento en la rentabilidad unitaria, dado que, a partir de la devaluación, tanto sus precios como sus costos se movieron de forma relativamente similar. Dentro de los sectores que se encontraron relegados, cabe resaltar el congelamiento de los precios de los servicios públicos y la tajante reducción de las tasas de interés, ambas situaciones que para sus respectivas fracciones representaron grandes pérdidas. No obstante, en términos agregados, estas pérdidas aportaron para una mejora en los beneficios de las restantes fracciones del capital, las cuales pagaron la energía y el costo de financiarse en el mercado local mucho más barato. Por otro lado, algunos sectores no transables sí lograron aumentar su escala, mejorando así su rentabilidad y aumentando su empleo. Toda esta situación marcó un cambio en la cúpula empresarial, dejando durante esta etapa en un segundo plano a los capitales orientados a brindar servicios (Gaggero y Schorr 2016).

En resumen, a partir de la devaluación duhaldista, la tasa de ganancia promedio experimentó un fuerte incremento. Sin embargo, en lo que a sectores respecta, se observa cómo en un primer momento los productores de bienes transables tendieron a acaparar los beneficios de la devaluación, a costa de una importante reducción de los salarios reales y una transferencia de excedente hacia dentro de la misma burguesía.

Dado el incremento inicial de la tasa de ganancia, el producto bruto interno comenzó un proceso de crecimiento, el cual se desarrolló entre 2003 y 2008 de forma ininterrumpida (Félez 2015; Kicillof et al. 2007). En este período, el incremento total del PBI fue de más de un 45%, registrando a su vez una tasa promedio del 8 por ciento anual. Esta continuidad en el crecimiento se presentó como una novedad pocas veces vista en la historia argentina, a la par que la magnitud de tal crecimiento dotó a esta etapa de una excepcionalidad todavía mayor.¹² De esta forma, tanto el aumento inicial de la tasa de ganancia como el incremento sostenido en la acumulación capitalista se presentaron como elementos centrales de la etapa de desarrollo de la estructura social de acumulación que sostuvo al ciclo de gobiernos kirchneristas.

A raíz del incremento inicial de la tasa de ganancia, era lógico esperar que la inversión fuera uno de los principales rubros que empujara el crecimiento económico de estos años. En términos específicos, dentro del rubro se vieron impulsadas tanto la construcción como la acumulación de capital productivo, sus dos elementos más importantes. No obstante, si bien esta inversión

¹¹ Se denomina bienes y servicios no transables a aquellos que solo pueden ser comercializados en el mercado local.

¹² Los datos del presente apartado, salvo contraindicación surgen de Ferreres (2005), actualizados con datos de MECON (2020).

registró niveles de crecimiento superiores a los del producto, dicho crecimiento fue modesto en relación al enorme incremento en las ganancias. Las causas de esta modestia son atribuidas tanto al elevado nivel de capacidad ociosa resultante de la crisis del 2001 –lo que permitió incrementar la producción sin exigir grandes aumentos en el capital fijo– como al elevado tipo de cambio, que desalentó relativamente la inversión en nuevas maquinarias, en su mayoría importadas.

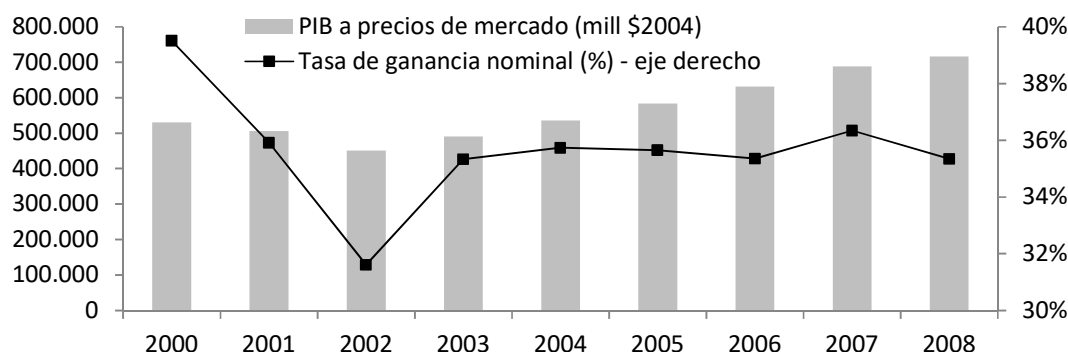


Figura 2.2. Tasa de ganancia nominal y PIB (2000-2008). Fuente: elaboración propia a partir de datos de Ferreres (2005) y MECON (2020) y anexo estadístico.

El consumo privado también acompañó el aumento del producto, registrando tasas de crecimiento similares entre 2003 y 2008. El incremento de este rubro se vio empujado por el alza del empleo y de los salarios, resultantes de la acumulación de capital productivo y de la protección comercial proveniente de la devaluación. A su vez, las tasas de interés negativas impulsadas desde el gobierno también acompañaron en este sentido.

Por otro lado, en este período el consumo público exhibió tasas de crecimiento menores a las del PBI, sobre todo en los primeros años del gobierno de Néstor Kirchner, lo que mostró para este tiempo cierta disciplina en el manejo de las cuentas fiscales, a la vez que remarcó la capacidad del sector privado para encabezar el crecimiento económico luego de la devaluación duhaldista.

En estos términos, la participación del consumo privado en el PBI se mantuvo relativamente estable, a la par que se registró cierta caída del consumo público, siendo esto último un elemento fundamental para explicar el superávit fiscal que caracterizó a toda esta etapa.

Por su parte, las exportaciones se mostraron como el rubro del PBI menos volátil frente a la crisis de 2001. Este rubro, dada su naturaleza relacionada directamente al mercado mundial, no se vio particularmente afectado ni por la crisis ni por la sucesiva devaluación, lo que significó, a partir de la caída de los rubros restantes, un salto en su participación dentro del producto interno. A

su vez, esta participación, luego del impulso inicial, se mantuvo relativamente constante durante todo el período, dada su tasa de crecimiento similar a la del PBI.

Por otro lado, las importaciones, naturalmente relacionadas con el nivel de ingreso interno, mostraron un claro comportamiento pro cíclico. A partir de la dura caída causada por la recesión y la devaluación del 2002, las tasas de crecimiento de este rubro se encontraron muy por encima de las del PBI, lo que representó, a medida que aumentaba el producto, una propensión marginal a importar cada vez mayor. En estos términos, frente a exportaciones que funcionaron de forma relativamente estable, la fuerte caída de las importaciones en 2002 explicó el surgimiento del superávit de cuenta corriente, característica central de la economía de esta etapa.

	PBI	Importaciones	Exportaciones	Consumo privado	Consumo público	Inversión	Inversión en construcción	Inversión en equipo durable
2001	-4%	-14%	3%	-7%	-2%	-16%	-9%	-25%
2002	-11%	-50%	3%	-17%	-5%	-37%	-32%	-44%
2003	9%	38%	6%	9%	1%	38%	35%	45%
2004	9%	40%	8%	9%	3%	40%	26%	53%
2005	9%	16%	12%	10%	8%	17%	17%	21%
2006	8%	11%	6%	8%	5%	17%	16%	19%
2007	8%	22%	8%	9%	8%	14%	8%	23%
2008	2%	14%	1%	5%	5%	-6%	5%	-21%

Cuadro 2.1. Variación (en porcentaje) del PBI y sus principales rubros respecto del año anterior. A= Importaciones; B= Exportaciones; C= Consumo privado; D= Consumo público; E= Inversión; F= Inversión en construcción; G= Inversión en equipo durable. Fuente: elaboración propia a partir de datos de Ferreres (2005) y MECON (2020).

2.2.2 El superávit de cuenta corriente y la acumulación de reservas: el primer pilar de la estructura social de acumulación

La acumulación capitalista requiere para su normal devenir un contexto macroeconómico estable. En este sentido, el crecimiento económico registrado durante el desarrollo de la estructura social de acumulación mostró una relativa estabilidad, libre de las recurrentes presiones devaluatorias que caracterizan históricamente a la economía argentina. Esta estabilidad se debió fundamentalmente a la acumulación de reservas registrada entre 2003 y 2008, elemento que dio una relativa sustentabilidad al planteo macroeconómico del kirchnerismo, quitando de la lista de problemas, al menos por un tiempo, a la vieja y conocida «restricción externa».

Esta acumulación de reservas tuvo como base fundamental el superávit de la cuenta corriente, el cual, a su vez, encontró su origen en la ya renombrada

devaluación llevada a cabo por Eduardo Duhalde. Dada la relación entre el nivel de ingreso y el nivel de las importaciones, la recesión iniciada en 1998 fue reduciendo sistemáticamente el valor de las compras de bienes y servicios importados. Esta reducción, año a año fue disminuyendo el déficit en el intercambio comercial, logrando ya para el 2001, crisis mediante, un tímido superávit en dicho intercambio. El año 2002 encontró especial importancia para el sector externo, ya que la devaluación duhaldista, además de reforzar la recesión que se venía arrastrando, impactó directamente en el precio interno de las importaciones, combinación que potenció fuertemente la caída de las cantidades importadas. En estos términos, aquel tímido superávit de intercambio comercial registrado en el 2001, creció en tal magnitud que para 2002 se convirtió en un significativo superávit de cuenta corriente, y ya para 2003 se tradujo en una balanza de pagos con resultados positivos. Este proceso se vio reforzado por la cesación de pagos declarada por Rodríguez Saá, la cual significó un importante ahorro de divisas. De esta forma, la recesión y la devaluación abrieron la posibilidad de registrar un proceso sostenido de acumulación de reservas, a la par que, como elemento novedoso, dejaron planteado un tipo de cambio competitivo.

A partir del 2003, ya con reservas en ascenso, el principal desafío del kirchnerismo en lo respectivo al sector externo era sostener dicha acumulación, para, como ya se dijo, mantener lejos aquel viejo fantasma de la restricción externa. El primer elemento con el que contaba el gobierno para lograr dicho objetivo era la competitividad del tipo de cambio, la cual tiene la capacidad principal de proteger al mercado interno de las importaciones, a la par que puede incentivar también, secundariamente, algunas exportaciones. Sin embargo, esta competitividad suele ir cediendo a medida que el proceso de acumulación de reservas avanza, sea por la inflación o por la mera revaluación de la moneda local. Frente a esta cuestión, el gobierno actuó de forma preventiva. Por un lado, ante la relativa abundancia de dólares, se presentó en el mercado cambiario como un fuerte demandante de divisas, evitando una caída en el tipo de cambio a la par que impulsaba el crecimiento de sus reservas (Piva 2015). Por otro lado, ante los capitales especulativos que con su ingreso al país amenazaban con reducir el tipo de cambio –y con ello, su competitividad– se implementaron mecanismos para dificultar su entrada, aportando así a la estabilidad del precio de la divisa estadounidense.¹³

El segundo elemento con el cual contó el kirchnerismo para impulsar la acumulación de reservas durante este período, fue la expansión económica de los países demandantes de exportaciones argentinas. En este sentido, entre 2003 y 2008, Brasil creció en promedio poco más del 4 por ciento anual, en

¹³ Véase «Kirchner avaló el control al ingreso de capitales» (2005), en *Los Andes* (13 de julio de 2005); «Kirchner firmó el decreto para controlar los fondos golondrina» (2003), en *La Nación* (23 de julio de 2003).

tanto que China superó el 10% para el mismo indicador. Esta expansión redundó en un aumento de los volúmenes exportados por Argentina.

Más allá de lo anterior, existió un elemento mucho más importante para explicar la acumulación de reservas durante la etapa en cuestión. A partir del frenético crecimiento económico de China y otros países emergentes, se registró a nivel mundial un sostenido aumento de la demanda de bienes básicos, y con ello, una suba de su precio. Este proceso decantó, en términos locales, en una mejora de los precios de las exportaciones, los cuales se incrementaron casi un 90% a lo largo de todo el período. De esta forma, entre 2003 y 2008, el valor total de las exportaciones argentinas registró un incremento cercano al 130%, explicado principalmente por la mejora de sus precios.

Las importaciones también mostraron un sendero ascendente. Sin embargo, la explicación del aumento en su valor operó a la inversa que en el caso de las exportaciones: en tanto que los precios de los bienes importados solo mostraron un crecimiento moderado, fueron sus cantidades las que ascendieron fuertemente.¹⁴

De esta manera, ante un crecimiento parejo tanto de exportaciones como de importaciones, se mantuvo durante todo el periodo 2003-2008 aquél superávit inaugurado con la devaluación duhaldista, ubicándose el intercambio comercial como la principal fuente para la acumulación de reservas.

Por su parte, el pago de intereses de la deuda externa mostró una caída a partir de 2005, brindando una mayor disponibilidad de divisas para el kirchnerismo. Sumado a esto, la extranjerización de la economía y las enormes ganancias producidas por la devaluación, generaron un crecimiento sostenido del giro de dividendos que contrarrestó la disminución en el rubro de intereses (Azpiazu et al. 2011; Bezchinsky et al. 2007). De esta forma, la salida de dólares por rentas se mantuvo en niveles elevados y relativamente constantes durante todo el período, representando casi la mitad del ingreso neto de dólares por la vía comercial (Schorr y Wainer 2015).

Finalmente, la cuenta capital y financiera se mostró ecléctica, presentando alternativamente entrada y salida de divisas. Este movimiento variable definió en términos netos la cuantía de la acumulación de dólares para cada año entre 2003 y 2008, acumulación que si bien no fue estable, resultó positiva durante toda esta etapa.

En suma, durante el período 2003-2008, el superávit del intercambio comercial se explicó fundamentalmente por la devaluación duhaldista, el mantenimiento de la competitividad del tipo de cambio, y la mejora en los términos de intercambio. Dicho superávit fue el gran proveedor de dólares del kirchnerismo: por un lado, cubrió la salida de dividendos e intereses; por el

¹⁴ Los datos sobre el sector externo de este apartado surgen de Ferreres (2005).

otro, soportó los vaivenes de la cuenta de capital, y además logró proveer las divisas suficientes para sostener ininterrumpidamente la acumulación de reservas internacionales. Todo este proceso, además de dar estabilidad a la estructura social de acumulación y posponer en el tiempo la aparición de la restricción externa, aportó a robustecer la situación del gobierno que pudo prescindir del financiamiento externo durante toda la etapa en cuestión.

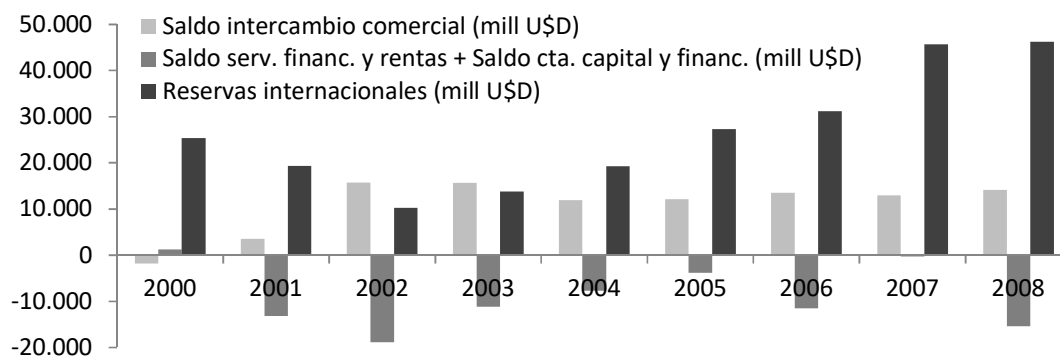


Figura 2.3. Saldo del intercambio comercial, saldo de servicios financieros y rentas, saldo cuenta capital y financiera, y evolución de las reservas internacionales. 2000-2008 (millones de USD). Fuente: elaboración propia a partir de datos de Ferreres (2005) y MECON (2020).

2.2.3 El superávit fiscal y la posibilidad de intervención: segundo pilar de la estructura social de acumulación

Como se sostuvo más arriba, la estabilidad es un requerimiento fundamental para el crecimiento económico y el incremento del capital productivo. En relación a las finanzas públicas, esta estabilidad requiere un equilibrio en las cuentas fiscales, o, si existiera algún tipo de desequilibrio, dicha estabilidad exige la capacidad de poder financiar en el tiempo la brecha entre gastos e ingresos sin que se genere ningún sobresalto. En este sentido, el kirchnerismo registró durante el período 2003-2008 un holgado superávit fiscal, elemento que no solamente aportó a la estabilidad de la estructura social, sino que también dotó al gobierno de gran capacidad para intervenir en la lucha de clases.

Al igual que el superávit comercial, el excedente fiscal encuentra gran parte de su origen en el período previo a la asunción de Duhalde, a la vez que se consolida por medio del ajuste implementado por el caudillo bonaerense. Previamente al año 2002, el sector público argentino arrastraba un déficit que podríamos denominar crónico. Entre 1990 y 2001, el balance del Sector Público argentino registró un déficit financiero permanente. Este déficit alcanzó su pico en el 2001, en plena crisis económica y social, trepando al 7

por ciento del PBI.¹⁵ Ya para el 2002, con Duhalde en el poder, esta brecha se redujo a menos del 1 por ciento, para inaugurar a partir del 2003 un período de superávit fiscal sostenido.

El primer elemento que aportó a la holgura fiscal de la posconvertibilidad fue el default declarado por Rodríguez Saá. El efecto de esta medida en las cuentas públicas significó una caída en el gasto dedicado a los intereses de deuda externa de casi un 3 por ciento en relación con el PBI (MECON 2020).

El segundo elemento que posibilitó el superávit fiscal fue el recorte en términos reales del gasto público, llevado adelante por Eduardo Duhalde. Como ya se explicó en otro apartado, a partir de la devaluación y su consecuente inflación, Duhalde optó por congelar el gasto en términos nominales, lo que implicó entre 2001 y 2002 una reducción de las erogaciones estatales de casi 6 puntos del PBI.¹⁶ Las partidas más golpeadas del presupuesto fueron las destinadas a pagar sueldos públicos, jubilaciones y pensiones, lo cual aportó a ampliar la brecha salarial entre los diferentes sectores de la clase trabajadora.

El tercer elemento que permitió el surgimiento del superávit fiscal fue la creación de nuevos tributos durante la gestión duhaldista. A partir de la ley de emergencia económica se crearon diversos impuestos y se extendieron otros, entre los que se destacaron las retenciones a las exportaciones y los gravámenes a los débitos y créditos bancarios. Estos nuevos tributos lograron aumentar la recaudación total del Estado entre 2002 y 2003 en casi un 3 por ciento del PBI, dando un gran respiro a las arcas estatales.

Es en este marco que Néstor Kirchner asumió el poder de un Estado saneado en términos económicos. Y, al igual que con el superávit comercial, su principal labor sería mantener esta brecha positiva en el tiempo. En líneas generales, como ya se anticipó, el kirchnerismo logró sostener entre 2003 y 2008 la holgura fiscal heredada de la gestión anterior. Sin embargo, más allá de que durante todo el período los ingresos fueron superiores a los gastos, en ambos rubros se observaron ciertos quiebres.

Entre 2003 y 2006 se experimentó un aumento de la recaudación total del orden del 3 por ciento del PBI, encabezado fundamentalmente por el incremento de los tributos relacionados con el nivel de actividad, principalmente IVA y ganancias. Ya entre 2006 y 2008, se volvió a registrar otro incremento de la recaudación, el cual se acercaba al 4 por ciento del PBI, pero esta vez protagonizado por las retenciones a la exportación y por los recursos provenientes de la seguridad social. En estos términos, la recaudación

¹⁵ Los datos sobre sector público enunciados en este capítulo, salvo contraindicación surgen de Ferreres (2005), actualizados con datos de MECON (2020).

¹⁶ En esta caída se incluye la reducción experimentada por la baja en el pago de intereses de deuda pública.

pasó de casi el 27% del producto en el año 2003, al 34% en el 2008, dando la pauta de una lenta pero constante suba de la presión tributaria.

En cuanto al gasto, también se identifican los mismos subperíodos, aunque con alguna diferencia con respecto a la evolución de la recaudación. Partiendo en 2003 de un gasto público que representaba el 25% del PBI, se registró un incremento cercano al 3 por ciento entre ese mismo año y el 2006. La principal causa de este crecimiento fue la reanudación del pago de la deuda externa, elemento que con su ausencia había permitido un importante ahorro de recursos.¹⁷

Sin embargo, entre los años 2006 y 2008 el aumento del gasto en relación al PBI alcanzó al 5 por ciento, impulsado principalmente por las erogaciones de subsidios para los servicios públicos y la suba de los pagos previsionales. El aumento en el primero de estos rubros tuvo su causa en el alza de la inflación, situación que obligó a la coalición gobernante a aumentar las transferencias a las empresas privatizadas con la finalidad de mantener congelados sus precios (Kulfas 2016). Por otro lado, el aumento en el segundo rubro encontró su origen en la gran moratoria previsional lanzada en 2007, año electoral, en el cual la cobertura jubilatoria aumentó significativamente (BID 2016). De esta forma, el gasto público total pasó de representar poco más del 25% del PBI en el 2003 a abarcar casi el 34% en el año 2008.

En resumidas cuentas, el surgimiento del superávit fiscal se explicó inicialmente por el default de Rodríguez Saá, el ajuste duhaldista, y la batería de nuevos tributos generados por el caudillo bonaerense. Fruto de estos episodios, en 2003 hizo su aparición una brecha positiva entre ingresos y gastos públicos, que se mantuvo robusta entre 2003 y 2006, alcanzando su pico en 2004. No obstante, a medida que avanzaba el tiempo, este superávit fue perdiendo cuantía, reduciéndose significativamente hacia 2008.

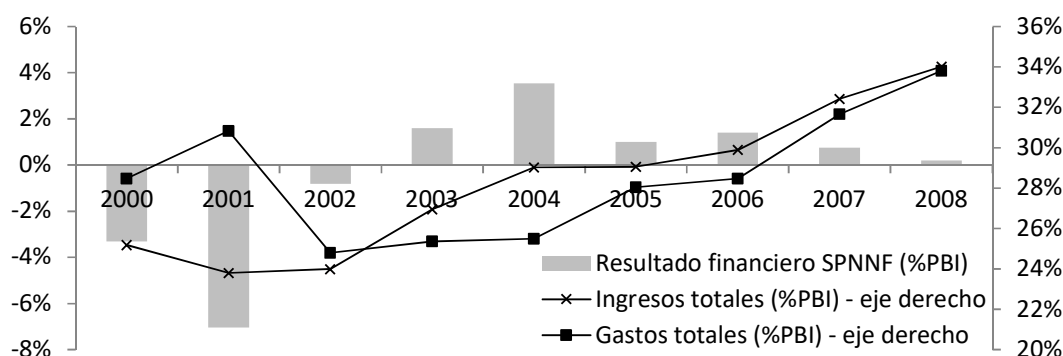


Figura 2.4. Recursos totales, gastos totales, y resultado financiero del sector público argentino, como% del PBI (2000-2008). Fuente: elaboración propia a partir de datos de Ferreres (2005) y MECON (2020).

¹⁷ Para profundizar sobre este tema, véase CIFRA (2015a), Kulfas (2016) y Selva (2014).

Mirando el período de forma integral, el superávit fiscal no solamente brindó estabilidad al contexto de acumulación, sino que también eliminó las necesidades de financiamiento y, como se describirá más adelante, posibilitó al gobierno la intervención directa en la lucha de clases.

2.2.4 La inflación y el tipo de cambio real: una sombra sobre el desarrollo de la estructura social de acumulación

Normalmente, además de un alto nivel de ganancia y cierta estabilidad en el sector externo y en las cuentas públicas, resulta positivo para alentar la acumulación capitalista un nivel inflacionario relativamente bajo y controlable, que no afecte los equilibrios fundamentales de la macroeconomía y que, a la vez, brinde cierta certidumbre a las decisiones de inversión. En este sentido, durante el desarrollo de la estructura social de acumulación, la inflación se presentó como una cuestión que, si bien causó tensiones, no ocupó un lugar central en la agenda política hasta 2007. Esto suena lógico, ya que más allá del aumento de precios registrado durante el período, los indicadores macroeconómicos mostraron un desarrollo positivo.

En términos generales, al analizar el período, se pueden distinguir dos etapas en relación al nivel inflacionario. Por un lado, entre 2003 y 2006 se observa una inflación que si bien fue significativa, no comprometió seriamente ningún elemento de la estructura social, promediando un 8 por ciento y alcanzando un máximo valor de poco más del 12% en 2005.¹⁸ Ya entre 2007 y 2008, esta inflación se tornó un tanto más preocupante al superar el umbral del 20%, lo que encendió las primeras alarmas en el gobierno y en no pocas fracciones del capital.

La devaluación duhaldista trajo como consecuencia directa casi un 40% de inflación para el año 2002. Esta inflación se explicó centralmente por la suba de los precios de los bienes transables, que luego de casi una década de rezago frente a los no transables, ahora tomaban la delantera en la escalada (Kicillof y Nahón 2006). No obstante, ya para 2003, el aumento promedio de precios bajó a un modesto 4 por ciento, para luego alcanzar un 6 por ciento en 2004.

Las razones de la fuerte desaceleración inflacionaria que se dio luego del 2002 fueron amplias. Por un lado, se encontraba la debilidad de la demanda interna que, luego de varios años de recesión, no estaba en condiciones de convalidar grandes aumentos de precio. Tan importante como lo anterior fue la estabilidad del tipo de cambio, que funcionó a lo largo del período como ancla inflacionaria. A su vez, el esquema de retenciones sirvió como un amortiguador de la inflación importada, al tiempo que el congelamiento de las

¹⁸ Dada la controversia sobre los datos de variación de precios confeccionados por el INDEC, se toma como fuente para dicho indicador a Ruiz (2016).

tarifas de los servicios públicos cumplió también un rol relevante en este sentido. Otro elemento que aportó a desacelerar la inflación fue la amplia capacidad ociosa con la que contaba la industria argentina a la salida de la convertibilidad, la cual permitió aumentar la producción manteniendo a la economía lejos de su pleno empleo (Peralta Ramos 2007). Y, en relación directa con lo anterior, el incremento de la productividad y la relativa debilidad del movimiento obrero organizado también permitieron negociar pautas salariales compatibles con los elevados niveles de ganancia empresarial, lo que no aportó grandes presiones sobre la puja distributiva (Bonnet 2015).

Esta desaceleración de la inflación se mostraba como una situación transitoria, ya que ni la demanda interna se mantendría débil eternamente, ni la capacidad industrial sería infinita, ni los incrementos de productividad se encontrarían siempre por encima de los aumentos salariales, así como tampoco se mantendrían siempre estáticas las relaciones de fuerza entre las diferentes clases y fracciones. Es por esto que, dadas sus circunstancias de emergencia, la devaluación y su consecuente tipo de cambio competitivo traían consigo un proceso inflacionario latente, que con el correr del tiempo era esperable que madurara (Heymann y Ramos 2010).

Aun sin representar un problema urgente en el panorama económico, la inflación de 2003 y 2004 generó ciertas fricciones dentro de la coalición gobernante. Estas fricciones pasaban por el diagnóstico de las causas de la suba de precios, y abrían un abismo en las recetas políticas que se pensaban aplicar. En tanto que el sector técnico del gobierno, encabezado por Roberto Lavagna, entendía que la razón de la inflación se encontraba en la expansión fiscal y salarial –una suerte de inflación de demanda– el sector más político del gobierno, encabezado por Néstor Kirchner, atribuía esta responsabilidad a los integrantes de la cadena de comercialización. En función de estas dos posturas, para los sectores técnicos era conveniente el enfriamiento de la economía por medio de una política fiscal menos expansiva y una política salarial más restrictiva; en tanto que los sectores con una orientación más política veían a la expansión económica y a las mejoras salariales como elementos centrales para su propia construcción, y entendían que la mejor forma de luchar contra la inflación eran los acuerdos de precios.¹⁹

La conclusión de este debate no tardó en llegar. Luego de que Lavagna concretó exitosamente el canje de la deuda y después que el kirchnerismo derrotó al duhaldismo en las elecciones parlamentarias del 2005 y se hizo del aparato del PJ, Néstor Kirchner le solicitó la renuncia a su ministro de economía y cerró la discusión.

¹⁹ Véase «Condenó Lavagna presiones populistas para subir el gasto» (2005), en *La Nación* (17 de mayo de 2005); «Kirchner atacó a los supermercadistas» (2005), en *La Nación* (25 de noviembre de 2005); «Las razones por las que Kirchner le pidió la renuncia a Lavagna» (2005), en *Infobae* (29 de noviembre de 2005).

Ya entre 2005 y 2006 la inflación rompió el umbral de un dígito, registrando un 12% en el primer año y un 10% en el segundo. Durante este período, los incrementos de precios combinaron aumentos tanto en bienes transables como en bienes no transables. Respecto de los bienes transables, los precios locales se vieron impulsados por la constante subida de los costos internacionales de los productos básicos. En el caso de los bienes no transables, los aumentos se explicaron por varias razones, entre las que se destacaron el traslado parcial a precios de los aumentos de salarios –los cuales superaron la mejora de la productividad– los incrementos en los precios de los insumos importados, la suba de las jubilaciones mínimas, y el crecimiento de la demanda interna. La sumatoria de todas las cuestiones enumeradas, convalidadas por el Banco central con una política monetaria expansiva, terminó de redondear la escalada inflacionaria (Piva 2015).

De esta forma, si bien esta segunda oleada elevó el parámetro de los precios, no afectó de forma determinante la estabilidad del contexto macroeconómico, aunque sí prendió las alarmas en el gobierno, que actuó en consecuencia.

Frente al incremento de la inflación, y en línea con la posición que se terminó de imponer hacia dentro del gobierno, ya en 2005 se habían comenzado a implementar los primeros acuerdos de precio puntuales. Sin embargo, ante la ineficiencia de los mismos, en 2006 fue designado Guillermo Moreno al frente de la Secretaría de Comercio Interior, el cual endureció la política de precios, trayendo, más allá de los elevados niveles de ganancia vigentes, las primeras quejas de parte de algunas fracciones de la burguesía.²⁰

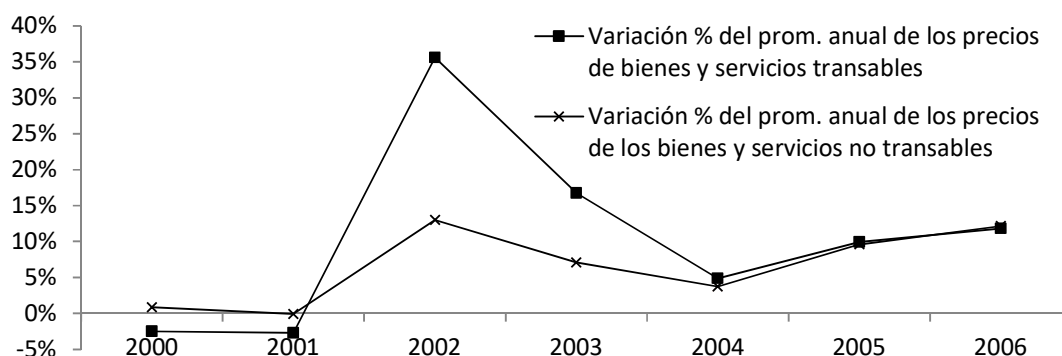


Figura 2.5. Variación de precios de bienes transables y no transables. 2000-2006. Fuente: elaboración propia a partir de datos de Ferreres (2005) y MECON (2020).

Ante la profundización de los controles de precios, el desabastecimiento de góndolas dejó casi sin efecto real a aquellas imposiciones, y la inflación, en

²⁰ Véase «Crisis por un precio clave» (2006), en Clarín (13 de abril de 2006); «Moreno, el hombre que provoca y presiona a los empresarios» (2006), en *La Nación* (3 de diciembre de 2006).

lugar de bajar, continuó su trayectoria ascendente, aunque contenida relativamente por la estabilidad del tipo de cambio. En esta situación, a finales de 2006, el flamante secretario de Comercio decidió intervenir al INDEC, y con ello, tratar de minimizar el fenómeno inflacionario intentando actuar sobre las expectativas futuras (Almeida 2014).

Más allá del avance sobre las estadísticas públicas, el bienio 2007-2008 implicó un nuevo escalón para el aumento de los precios, ahora medido solamente por entes provinciales y consultoras privadas. Al igual que en los dos años anteriores, la inflación no distinguía entre transables y no transables y alcanzaba en 2007 casi un 19%, para culminar en 2008 en más del 23%. Las causas centrales del proceso inflacionario volvieron a ser el incremento de los precios internacionales de los bienes primarios y el traslado parcial a precios de los respectivos aumentos salariales, que si bien en este período evolucionaron por debajo de la productividad, los empresarios igualmente buscaban recuperar aquella porción de ingreso perdida durante el bienio anterior. A su vez, a estos elementos se le agregó la aceleración del gasto fiscal, la incertidumbre de expectativas ante un INDEC poco creíble, y el shock de precios que trajo consigo el conflicto del gobierno con el sector agropecuario, lo que ante una política monetaria expansiva, resultó en una inflación en ascenso.

Como se explicó más arriba, la evolución del proceso inflacionario no detuvo el crecimiento económico que caracterizó al desarrollo de la estructura social de acumulación. Sin embargo, sí logró atenuarlo y plantearle hacia 2007 las primeras señales de alerta. Como cuestión general, una inflación elevada como la registrada entre 2007 y 2008, funcionó por sí misma como un elemento nocivo sobre el contexto de acumulación, aportando una creciente inestabilidad. A su vez, dicho proceso inflacionario comenzó a carcomer a mediano plazo los dos grandes pilares que sostenían a la acumulación capitalista. En cuanto al superávit fiscal, la inflación tuvo como contracara un incremento del gasto público, ya que con el aumento de precios, el gobierno debió cubrir con recursos propios los aumentos en los costos operativos de las empresas privatizadas, reduciendo así aquella holgura de años anteriores. Por otro lado, en lo respectivo a la acumulación de reservas, las consecuencias de la inflación también fueron manifiestas. A partir de la estabilización del tipo de cambio en 3 pesos por dólar en el año 2003, el precio de la moneda estadounidense casi no sufrió modificaciones en toda la etapa bajo estudio. Con esta suerte de tipo de cambio fijo, la inflación local acumulada rondó el 90% para el mismo período, desembocando así en una apreciación del tipo de cambio real. Y, como es esperable, esta apreciación del tipo de cambio real trajo consigo una tendencial caída en la competitividad internacional.

De esta manera, la inflación que asomaba al final del período comenzaba a mostrar los puntos débiles del modelo económico de la posconvertibilidad,

tendiendo a limitar su crecimiento, y planteando problemas de mediano plazo sobre sus pilares fundamentales.

2.2.5 Crecimiento económico, superávits gemelos e inflación durante el desarrollo de la estructura social de acumulación que sostuvo al kirchnerismo

Visto de forma global, el elemento económico central que caracterizó al desarrollo de la estructura social de acumulación fue el crecimiento tanto de la tasa de ganancia como del PBI. Este crecimiento económico se vio favorecido por un contexto estable para la acumulación capitalista.

El primer elemento que aportó a esta estabilidad fue el superávit comercial, el cual se convirtió en la fuente principal de divisas, permitiendo un aumento sostenido en las reservas, lo que posibilitó mantener alejada a la vieja y conocida restricción externa durante todo el período. El segundo elemento que contribuyó a la estabilidad del contexto de acumulación fue el superávit fiscal, elemento que además de no traer sobresaltos en las cuentas públicas, facilitó al gobierno la intervención directa en la lucha de clases, por medio de la redistribución de excedente en forma de subsidios y diversas políticas puntuales. A su vez, ambos superávits permitieron al kirchnerismo prescindir del financiamiento externo, dando así mayores grados de libertad a la política económica de la coalición gobernante.

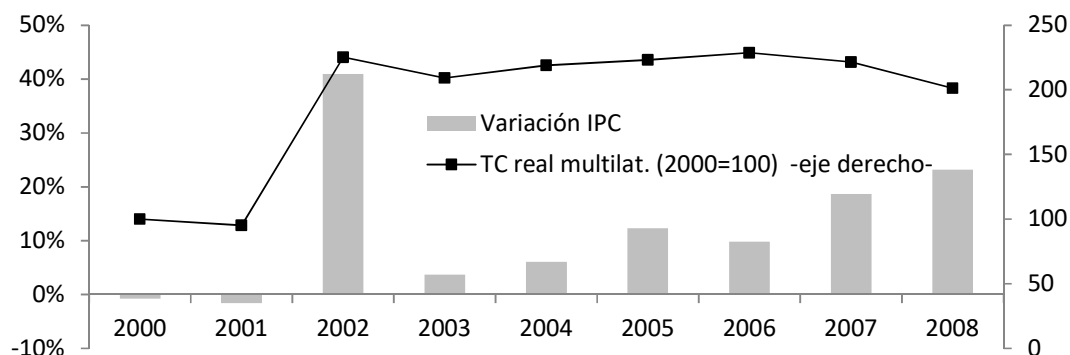


Figura 2.6. Variación del IPC y tipo de cambio real multilateral (2000-2008). Fuente: elaboración propia a partir de datos de BCRA (2016), Ferreres (2005) y MECON (2020).

Tanto la mejora en la tasa de ganancia –elemento central del crecimiento económico registrado entre 2003 y 2008– como los superávits gemelos –pilares del mismo crecimiento económico– tuvieron su origen en las políticas del duhaldismo, por lo que, una vez más, se vuelve a remarcar la importancia trascendental de dicho período en relación al devenir del ciclo de gobiernos

kirchneristas. Una vez surgido dicho crecimiento y establecidos aquellos pilares fundamentales, durante la etapa en cuestión estos elementos fueron mantenidos por el kirchnerismo, valiéndose tanto de las buenas noticias provenientes del contexto internacional como de la implementación de políticas activas. Sin embargo, ya hacia 2007 la inflación comenzó a hacer mella tanto en el crecimiento económico como en sus pilares de sustentación, trayendo así los primeros problemas a la estructura social de acumulación, y abriendo las puertas a su etapa de agotamiento.

2.3 Las disputas sociales y políticas enmarcadas en una economía expansiva

La lucha de clases y los conflictos de las diferentes fracciones son, desde el marco teórico marxista, el principal motor de la historia. Dichos conflictos se desarrollan en un contexto económico, social y político determinado que condiciona su devenir. De igual manera, el devenir de estos conflictos naturalmente influye en la trayectoria del contexto. En otras palabras, existe una relación dialéctica entre la lucha de clases y el desarrollo económico, político y social de un país. Dicho esto, por cuestiones expositivas se nos hace necesario un análisis secuencial, en función de sus preeminencias fundamentales.

En el caso del período comprendido entre 2003 y 2008, se entiende, a partir de lo expuesto en el apartado anterior, que la lucha de clases se desarrolló en medio de un proceso de crecimiento económico, con sus respectivas características ya especificadas. En este sentido, un proceso de crecimiento implica una mayor posibilidad de distribución del excedente entre las distintas clases, en contraposición con un contexto de estancamiento o recesión, donde la burguesía acapara más celosamente el producto social. No obstante, no todos los conflictos se dan en términos clasistas, sino que también se desarrollan hechos políticos protagonizados por diferentes grupos sociales que poseen identidades difusas en términos de clase, los cuales presentan demandas y actúan políticamente en diferentes circunstancias.

Es, en función de lo anterior, que en este apartado se intentará analizar cuál fue el accionar del gobierno, de las distintas clases, de sus diferentes fracciones, y de los diversos grupos sociales dentro del período de desarrollo de la estructura social en cuestión.

2.3.1 El gobierno, la burguesía, y las fracciones ocupadas de la clase trabajadora

Dentro de la lógica del capitalismo el mercado de trabajo es –al menos en épocas no revolucionarias– el principal escenario donde se disputa el producto social. Como ya se comentó repetidas veces, la devaluación trajo consigo un incremento de la tasa de ganancia, incremento que se mantuvo, en compañía del crecimiento económico, durante todo el período 2003-2008. Visto desde el mercado de trabajo, el nombrado crecimiento económico combinó un aumento en el empleo con un brusco incremento en la tasa de explotación. En este sentido, mientras que el empleo mantuvo un ascenso parejo, la tasa de explotación, luego de alcanzar su nivel máximo en 2002, registró altos niveles históricos durante toda la etapa en cuestión. De esta forma, la burguesía no solamente obtuvo una mejora inicial en la tasa de plusvalía, sino que también logró expandir su escala de explotación. Combinados ambos efectos, se produjo un aumento de la masa de beneficios empresariales, desembocando en un sostenido incremento de la tasa de ganancia.

En estos términos, la plusvalía experimentó un crecimiento de naturaleza absoluta, ya que además de acrecentarse por una reducción en los salarios reales y un aumento en el empleo, aportaron a su expansión la intensificación de los ritmos de trabajo y la extensión de la jornada laboral, dejando en un segundo plano a las mejoras de productividad generadas por la aplicación de nuevas tecnologías de producción (Varela 2013).

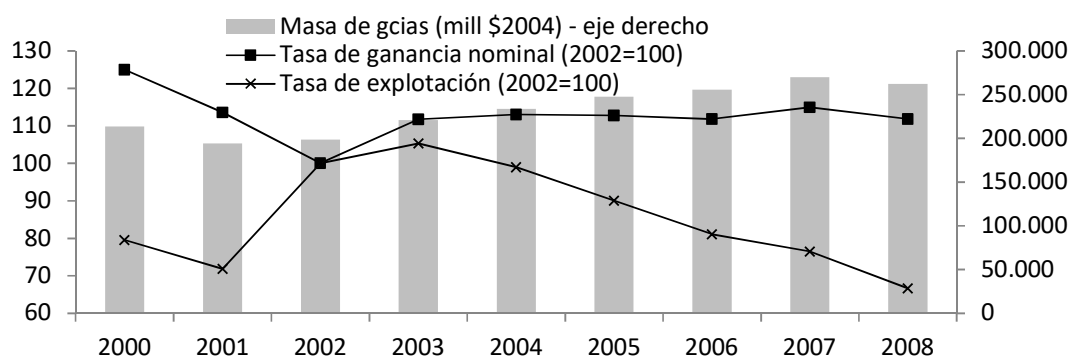


Figura 2.7. Tasa y masa de ganancias, y tasa de explotación (2000-2008). Fuente: elaboración propia a partir de anexo estadístico.

El nombrado incremento de la tasa de ganancia le valió al kirchnerismo el apoyo de la mayoría de la clase capitalista,²¹ el cual se expresó más

²¹ Cabe remarcar en este caso la excepción en el apoyo de la fracción terrateniente, la cual no acordaba con el cobro de retenciones a la exportación de bienes básicos. Para mayor información. Véase «Empresas y gremios dieron público apoyo a gestión de la economía» (2006), en *Infobae* (21

fervientemente en aquellas fracciones productoras de bienes transables. En cambio, la situación respecto de la clase trabajadora era distinta. Según diversas encuestas, al momento de asumir Néstor Kirchner la presidencia, la principal preocupación de la población era la falta de empleo,²² al tiempo que la tasa de desocupación superaba el 17%. Esta cifra, planteada aisladamente, se mostraba alarmante. Sin embargo, el nivel de ocupación está ligado íntimamente al nivel de actividad, y esta actividad había iniciado su ascenso a pocos meses de la devaluación del 2002.²³ En estos términos, el crecimiento económico trajo consigo un aumento en el empleo encabezado por el sector privado, decantando en una caída tendencial de la desocupación y la subocupación demandante, a tal punto que para 2007 ambos indicadores habían descendido a la mitad de sus valores de 2003.

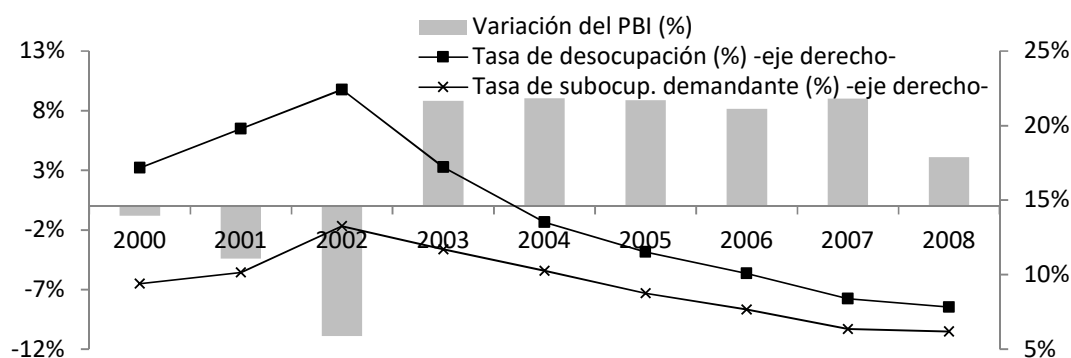


Figura 2.8. Variación del PBI, desocupación y subocupación demandante (2000-2008).
Fuente: elaboración propia a partir de datos de Ferreres (2005) y MECON (2020).

Con la caída de la desocupación, el kirchnerismo planteaba un nuevo elemento objetivo para su constitución política, tanto de cara a la población – que como ya se dijo, veía a la falta de trabajo como su principal preocupación– como de cara a las cúpulas sindicales –las cuales con el aumento del empleo vieron mejoradas tanto su relación con las bases como sus finanzas– lo que iría aportando a la consolidación del armado político de la coalición gobernante.

Por su lado, los salarios experimentaron un devenir bastante heterogéneo en función de los diferentes sectores de trabajadores. En términos objetivos, a partir del abrupto aumento de las ganancias resultante de la devaluación de

de mayo de 2006); «La pelea por el 2007: movida de las principales entidades empresarias y la CGT» (2006), en *Clarín* (20 de mayo de 2006).

²² Véase «Inseguridad, la gran preocupación» (2003), en *La Nación* (8 de junio de 2003); Raúl Kollmann (2003), «La prioridad es el empleo y la asistencia social», en *Página 12* (25 de mayo de 2003).

²³ Los datos del presente apartado, salvo contraindicación surgen de Ferreres (2005), actualizados sobre bases consistentes con las utilizadas en la publicación y de MECON (2020).

2002, la clase capitalista se encontraba con capacidad de ceder en cierta medida ante los reclamos salariales. A su vez, dada la situación que todavía exponía los ecos del 2001 sobre las instituciones burguesas, la política de ingresos se planteaba como un elemento importantísimo en la labor de controlar la conflictividad social. Es por esto que para la fecha de asunción de Néstor Kirchner, los salarios registrados del sector privado ya arrastraban casi 1 año de un modesto crecimiento, explicado centralmente por los aumentos decretados por Duhalde. Frente a esto, los ingresos de los trabajadores no registrados y estatales se mantuvieron estancados luego de la dura caída del 2002, lo que encontraba sus causas tanto en la incapacidad de intervención directa del gobierno en el mercado informal, como en una lisa y llana decisión política de ahorrar recursos públicos recortando en términos reales los salarios de los trabajadores del Estado.

Durante la gestión de Néstor Kirchner, aquella senda divergente continuó su rumbo. Siguiendo con la labor duhaldista de acercamiento a las cúpulas sindicales, los salarios de los trabajadores registrados del sector privado continuaron siendo impulsados por aumentos decretados desde el poder ejecutivo (Schneider 2013), para luego verse empujados por la emergencia de las paritarias, en un contexto de caída de la desocupación y de la subocupación demandante. Por su parte, los trabajadores no registrados del sector privado también acompañaron dicha mejora, aunque con varios meses de retraso, lo que consolidó la brecha salarial entre los trabajadores formales e informales. Finalmente, los trabajadores del sector público, luego del enorme retroceso que significó el congelamiento de sus ingresos por parte de Duhalde, durante el período en cuestión solo lograron que sus salarios no se siguieran depreciando en términos reales, acompañando con sus aumentos el ritmo inflacionario. De esta forma, a pesar del crecimiento económico y la mejora en el empleo, se consolidó aún más la fragmentación dentro de la clase trabajadora.²⁴

Al realizar un análisis de la lucha de clases por fuera de lo estrictamente económico, el desarrollo de la estructura social de acumulación mostró algunas novedades con respecto a su organización. Dada la nueva relación de fuerza que abrió el 2001 y la posterior caída tendencial del ejército de reserva, la clase trabajadora encaró desde sus propias bases un proceso de

²⁴ Véase figura 2.9. En relación a esta figura, cabe aclarar que a partir de la intervención del INDEC en 2007, las estadísticas en Argentina fueron duramente cuestionadas en general. Además del IPC y todos sus indicadores resultantes, el coeficiente de variación salarial correspondiente a los trabajadores no registrados del sector privado también fue duramente cuestionado. La base de este cuestionamiento partía del comportamiento de dicho indicador, que plantea desde la intervención un crecimiento del salario real de los trabajadores no registrados muy por encima que el de los trabajadores registrados. A su vez, generando más cuestionamientos, se muestra un crecimiento del salario real de los trabajadores no registrados en años de recesión económica, donde los salarios reales de los trabajadores registrados se reducen significativamente. Por esta cuestión se ha decidido analizar el devenir del salario no registrado solamente hasta el año 2006.

reivindicaciones básicas, centradas en mejoras salariales y condiciones laborales. En este marco, a partir de los conflictos protagonizados por los trabajadores de las concesionarias del subte y de las telefónicas, se fueron sucediendo distintas disputas llevadas adelante por direcciones que se mostraron independientes de las tradicionales cúpulas sindicales, tales como las luchas del hospital Garrahan, de la ex Jabón Federal, o de Southern Winds, entre otros.²⁵

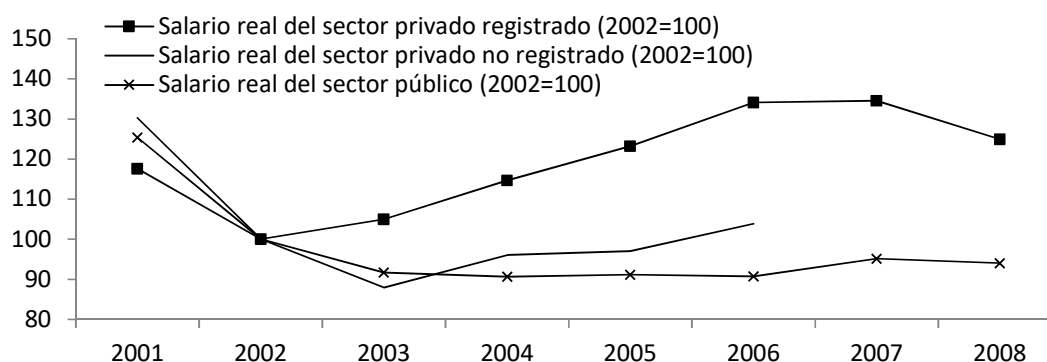


Figura 2.9. Salario real de las diferentes fracciones de la clase trabajadora (2001-2008). Fuente: elaboración propia a partir de datos de Ferreres (2005) y MECON (2020).

Ante la emergencia de los conflictos surgidos desde las bases, el kirchnerismo, en continuidad con los lineamientos duhaldistas, impulsó la centralización de la representación obrera, lo que además de significar la posibilidad directa de incidir en la lucha de clases, terminó de cerrar la alianza entre el nuevo gobierno y las principales representaciones de la clase trabajadora ocupada.

A pocos meses del inicio del conflicto de los trabajadores del subte, la CGT se reunió bajo el mando de un triunvirato que conjugaba a la vieja dirigencia «dialoguista» de la convertibilidad, con el sector más disidente, liderado por Hugo Moyano.²⁶ A partir de su creciente influencia, el dirigente camionero asumió la dirección en solitario de la central en 2005, apenas un año después de conformado el triunvirato.²⁷ La centralización de la CGT vino acompañada por la reimplementación de las paritarias, terminando de delinear el escenario tripartito. De esta forma, la nueva coalición gobernante se encontraba con una burguesía afín, que contaba con capacidad de convalidar ciertas mejoras salariales. Frente a esto, también había un sindicalismo centralizado, que si bien buscaba recomponer los ingresos de sus afiliados, se mostraba dialoguista

²⁵ Sobre esta serie de conflictos, véase Eskenazi (2011), Scolnik (2009) y Varela (2013).

²⁶ Véase «Un triunvirato conducirá la CGT unificada» (2004), en *La Nación* (15 de julio de 2004).

²⁷ Véase Diego Schurman (2005), «Hugo Moyano llegó a la cima de la CGT», en *Página 12* (7 de julio de 2005).

con el gobierno. Finalmente, de la mano de las paritarias aparecía en escena el Ministerio de trabajo como una institución gubernamental que, si alguna de las partes se salía del libreto, podía arbitrar directamente. En este marco, durante todo el período 2003-2008, la nueva CGT unificada se convirtió en el elemento central que le permitió al kirchnerismo conjugar el crecimiento salarial con un elevado nivel de tasa de ganancia, al administrar las pretensiones de la clase trabajadora ocupada.

En términos concretos, en tanto que la inflación no era tomada como un problema desde el gobierno, la nueva CGT se vanagloriaba de las mejoras salariales obtenidas. Sin embargo, a partir de 2006 –año en que se prendieron las primeras alarmas con respecto a la suba de precios– las negociaciones paritarias comenzaron a llevarse a cabo inicialmente con el gremio de camioneros, marcando la pauta –y a su vez, el techo– oficial para el resto de los acuerdos (Marticorena 2015). De esta forma, la figura de Hugo Moyano tomó un protagonismo particular, pasando de ser el emblema de la disidencia en la convertibilidad, a ser el mayor símbolo del dialogismo en la posconvertibilidad.

No obstante, la CGT no solo cumplió el rol de administrar los incrementos salariales, sino que también aportó a aislar y a desmovilizar la oleada de conflictos no institucionalizados que se sucedieron entre 2004 y 2005 (Varela 2013). Más allá de los distintos conflictos puntuales, dado el marco expansivo, la disputa entre la burguesía y la clase trabajadora ocupada transitó en términos relativamente tranquilos, combinando la canalización institucional de demandas (Piva 2015), con la represión selectiva y la criminalización de la protesta en los casos de los conflictos no institucionalizados (EMVJ 2012; Plataforma [2012] 2013).

De esta forma, el kirchnerismo no solo obtuvo en la CGT un gran aliado paritario, sino que también encontró un aliado político para contener dentro de ciertos límites el conflicto laboral. En este intercambio, la CGT no recibió solamente mayor cantidad de afiliados y mejores salarios, sino que también logró, aunque muy modesta y parcialmente, cierta reversión de la legislación laboral proveniente de los años noventa. No obstante, esta modesta reversión tuvo un limitado alcance, y en los hechos solo sirvió para frenar el avance flexibilizador y consolidarlo en los altos niveles heredados (Marticorena 2015).

Recapitulando: a partir de la enorme redistribución de ingreso que implicó el ajuste duhaldista, la burguesía se encontraba con cierta posibilidad de aceptar aumentos paulatinos en los salarios reales. Ya con el desarrollo de la estructura social de acumulación y su respectivo crecimiento económico, llegó la caída tendencial de la tasa de desocupación, lo cual mejoró la condición de negociación de la clase trabajadora. Frente a esto, los conflictos no institucionalizados no se hicieron esperar, y el kirchnerismo auspició la unificación de la CGT y la implementación de paritarias como mecanismos

para administrar las mejoras y controlar el conflicto laboral. A partir de esta configuración, los intereses se alinearon momentáneamente. Por un lado, el crecimiento del empleo, además de reducir la desocupación, impulsaba la imagen del nuevo gobierno y de las cúpulas sindicales de cara a las masas, al tiempo que expandía la escala de explotación de la burguesía, y acrecentaba las arcas de los gremios. A su vez, el crecimiento salarial de los trabajadores del sector privado, a la par de mejorar la situación objetiva de la clase trabajadora, también aportaba al gobierno y a las cúpulas sindicales de cara a sus votantes, en tanto que no impedía el aumento también sostenido de la tasa de ganancia, dadas las mejoras registradas en la productividad. De esta forma, a partir del avance en el empleo, en los salarios y en las ganancias, el kirchnerismo comenzó a construir un capital político propio, tanto frente a la población como frente a las principales representaciones gremiales de las clases en pugna.²⁸

2.3.2 El gobierno y las fracciones desocupadas de la clase trabajadora

Al igual que con la burguesía y la clase trabajadora ocupada, el kirchnerismo heredó del duhaldismo una buena relación con las principales representaciones de la clase trabajadora desocupada. Ya en su asunción, Néstor Kirchner contaba con una comunicación fluida con todo el arco de dirigentes dialoguistas del duhaldismo, a la vez que también poseía cierto poder discrecional en la distribución de los planes sociales, los cuales gestionaba en colaboración con estas organizaciones afines.²⁹

Otra herencia del período duhaldista que recibía el nuevo gobierno era la relativa limitación en el uso de la represión abierta, la cual, luego de la masacre de Avellaneda, no gozaba de mucha aceptación social (Peralta Ramos 2007).

En función de sus limitaciones y potencialidades, el período comprendido entre 2003 y 2005 se mostró contradictorio en relación a la conflictividad piquetera. La ya mencionada caída de la desocupación fue el primer elemento estructural que, poco a poco, fue quitando peso en la agenda política a las organizaciones de desocupados. Un segundo elemento —muy relacionado con el primero— fue la caída tendencial de la pobreza y de la indigencia, que si bien en términos históricos solo representaba una vuelta a los niveles promedio de la convertibilidad, en la memoria de corto plazo que todavía invocaba al 2002, se presentaba como un gran avance del kirchnerismo. De esta forma, a medida que mejoraban los indicadores sociales, los reclamos de la fracción

²⁸ Véase «A tres años de gobierno: Argentina en crecimiento. “Declaración conjunto de ADEBA, Bolsa de Comercio de Buenos Aires, Cámara Argentina de Comercio, Cámara Argentina de la Construcción, CGT, UIA y AEA”» (2006), en *Crítica* (21 de junio de 2006).

²⁹ Véase Gabriel Sued (2002), «Los piqueteros ejercen control sobre los subsidios», en *La Nación* (23 de noviembre de 2002).

desocupada de la clase trabajadora se fueron mostrando, a los ojos del resto de la población, como algo cada vez menos pertinente.

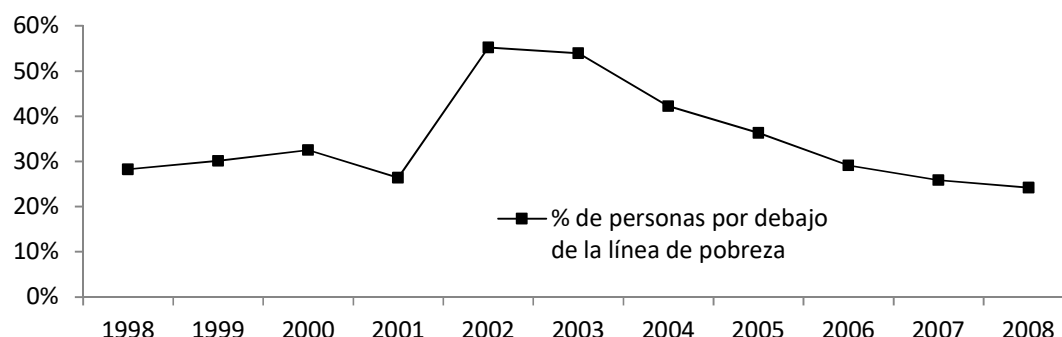


Figura 2.10. Personas por debajo de la línea de la pobreza (1998-2008). Fuente: elaboración propia a partir de CIFRA (2015b) y Ferreres (2005).

Por otro lado, profundizando la orientación del duhaldismo, ya desde el inicio del mandato de Néstor Kirchner se dio una progresiva ampliación de los piqueteros dialoguistas, los cuales, a partir del otorgamiento de planes o designaciones en cargos políticos fueron abandonando paulatinamente la calle para apoyar abiertamente a la nueva gestión.³⁰

Frente a un contexto que poco a poco los aislaba –tanto de cara a la sociedad como frente al resto de movimientos piqueteros– el conjunto de organizaciones combativas fue radicalizando la dureza de su actuar. En esta orientación, se alcanzó en 2005 el pico de la conflictividad callejera, tanto en la cantidad de acciones como en la contundencia de las mismas. Dado el contexto adverso, estas acciones tenían una orientación defensiva, ya que exigían fundamentalmente la incorporación de sus integrantes en la nueva oleada de planes sociales, además de ciertas reivindicaciones en relación al monto de los mismos (Audisio 2017).

Dada la limitación en el uso de la represión heredada del duhaldismo, el kirchnerismo optó por la estrategia de no dar «ni palos ni planes».³¹ De esta forma, el gobierno prefirió dejar fluir la protesta social y aportar desde el discurso oficial a su deslegitimación (Piva 2015), sin habilitar concesiones significativas a estas organizaciones díscolas ni recurrir abiertamente a la represión directa.

³⁰ Las principales organizaciones que formaron parte de este armado de piqueteros oficialistas fueron la Federación Tierra y Vivienda, el Frente Nacional Transversal y Popular, el Movimiento Evita, y Barrios de Pie –organización que rompería en 2007–. Véase Bonnet (2015) y Ollier (2015).

³¹ Véase Alejandro Rebossio (2003), «“Ni planes ni palos” es la directiva del Gobierno», en *La Nación* (5 de octubre de 2003).

Con la caída del desempleo, las mejoras en las condiciones de vida de la población, la asimilación de los grupos piqueteros mayoritarios, la judicialización de la protesta, y en casos puntuales, la represión selectiva (EMVJ 2012; Plataforma [2012] 2013); el kirchnerismo logró conformar en la opinión pública una imagen que contrastaba con la «mano dura» que años antes exhibía Eduardo Duhalde. No obstante, aquella imagen guardaba bajo la alfombra el continuo crecimiento de la represión a las capas de menores ingresos de la clase trabajadora, represión celosamente silenciada desde la coalición gobernante y los medios de comunicación (Becerra 2015; Sivak 2015). De esta forma, el incremento represivo que se había inaugurado en el duhaldismo, durante los primeros años del kirchnerismo solamente se apaciguó en lo relativo a la protesta social (Sartelli y Harari 2018), a la par que continuó su marcha silenciosa pero ascendente en las barriadas más humildes (CORREPI 2015; EMVJ 2012).

Ya para 2006, con un gobierno fortalecido por la victoria en los comicios legislativos, y con una profundización de los lineamientos ya nombrados, comenzó el reflujo del conflicto protagonizado por las organizaciones piqueteras.

En esta tónica, para el período 2006-2008, la estrategia oficial hacia la fracción desocupada de la clase trabajadora fue dando sus frutos. En tanto que el kirchnerismo logró desactivar la protesta callejera, aportando así a la estabilidad del ámbito de acumulación, también fue ganando como aliados políticos a las principales representaciones del movimiento piquetero, a la par que forjaba un discurso «progresista» de cara a la población.

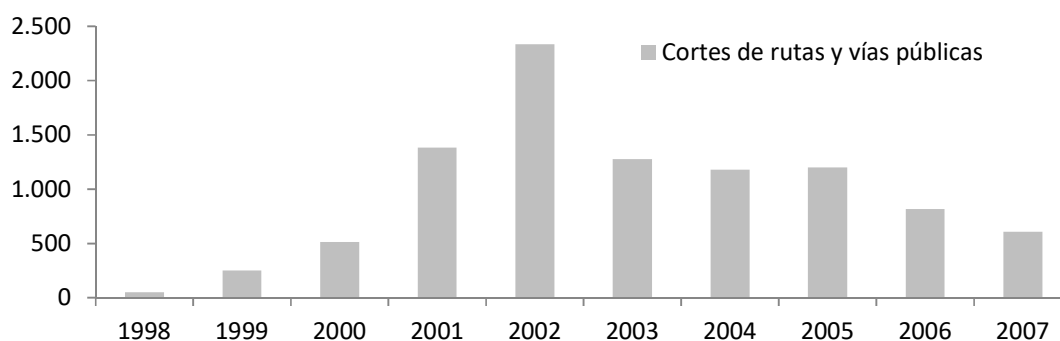


Figura 2.11. Cortes de rutas y vías públicas (1998-2007). Fuente: elaboración propia a partir de Nueva Mayoría (2016).

2.3.3 La autoconstrucción política del kirchnerismo

Para la coalición gobernante, el apoyo de las principales representaciones tanto de la burguesía como de la clase trabajadora significaba un piso nada

despreciable de gobernabilidad, ya que eliminaba de raíz la posibilidad de reclamos gremiales de gran escala. Sin embargo, si un mandatario tiene la finalidad de conservar el poder en el tiempo, se requiere, además de gobernabilidad, aprobación social. En este sentido, el crecimiento económico que conjugaba aumento salarial con tasas de ganancias elevadas no solamente operó como base material para lograr el apoyo de las principales representaciones de la burguesía y del proletariado, sino que también, por definición, estas mejoras alcanzaron a grandes masas de trabajadores, aportando a construir una imagen positiva del kirchnerismo en amplias franjas de la población. No obstante, el gobierno también tuvo una política orientada hacia diferentes grupos sociales no identificados en términos clasistas.

El crecimiento y la estabilidad que caracterizaron al desarrollo de la estructura social de acumulación fueron combinados por el kirchnerismo con una impronta confrontativa. Esta impronta planteaba al neoliberalismo como el eje de todos los males que aquejaron al país durante los últimos años, a la par que presentaba al mismo gobierno como su antítesis (Martínez 2013; Ollier 2015; Retamozo 2013). En función de esto, la coalición gobernante se dio a la tarea de canalizar institucionalmente y, en ciertos casos, de resignificar algunas demandas que habían sido marginadas en los años previos a la crisis de 2001, dando así un sustento objetivo a su discurso (Piva 2015).

Como ya se explicó más arriba, las mejoras objetivas experimentadas por la clase trabajadora durante el período 2003-2008, marcaron un claro contrapunto con los últimos años de la convertibilidad, caracterizados por el aumento del desempleo y la caída salarial. Este cuadro sería completado con las concesiones otorgadas a la fracción pasiva de la clase trabajadora, materializadas tanto en mejoras en la cobertura jubilatoria –registrada a partir de la moratoria previsional del 2005– como en sucesivos aumentos del poder de compra de gran parte de las jubilaciones y pensiones, especialmente las de menor valor.

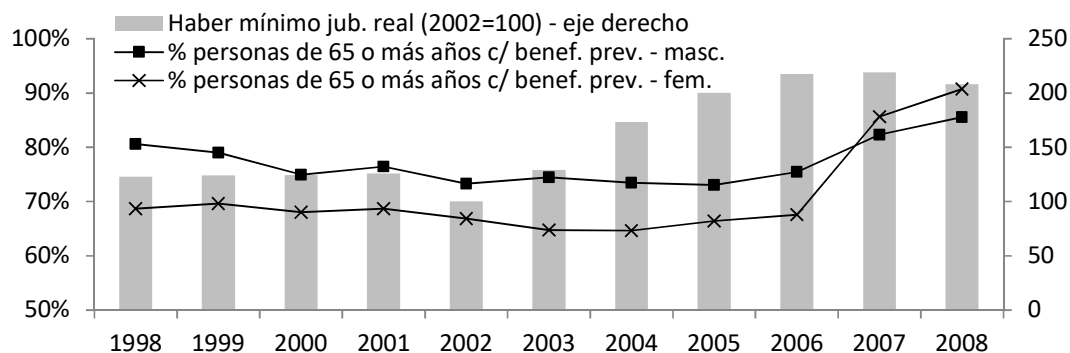


Figura 2.12. Monto de jubilación mínima –real– y cobertura jubilatoria (1998- 2007). Fuente: elaboración propia a partir de BID (2016), MECON (2020) y Ruiz (2016).

Como parte de la construcción de una identidad política, además de la administración de mejoras concretas a la población, el kirchnerismo se orientó a confrontar con parte del ideario, de las instituciones y de las corporaciones identificadas con el neoliberalismo en la Argentina (Novaro et al. 2014). Un primer conjunto de instituciones que confrontó la coalición gobernante fue aquel relacionado con la instauración local del neoliberalismo en el marco de la última dictadura. Siguiendo esta lógica, el gobierno centró sus políticas contra los sectores militares, dejando de lado las responsabilidades civiles y, sobre todo, las empresariales. Apenas llegado al poder, Néstor Kirchner encabezó una de las mayores purgas realizadas en las fuerzas armadas, separando de su cargo a casi la mitad de los oficiales de mayor jerarquía.³² Meses más tarde, el congreso votó la nulidad de las leyes alfonsistas de Obediencia Debida y Punto Final,³³ abriendo un proceso de juicios y condenas a los responsables del genocidio. Ya en 2004, en medio de un acto de fuerte carga simbólica, Néstor Kirchner ordenó quitar del Colegio Militar los cuadros de Videla y Bignone.³⁴ Como resultado de estas medidas, el gobierno fue ganando tanto el apoyo de los organismos mayoritarios de derechos humanos, como la simpatía de amplias franjas sociales identificadas con ideas progresistas (Bonnet 2007), las cuales emparentaban estas acciones con el discurso de «no represión a la protesta social» y la reivindicación discursiva de la juventud militante de la década del setenta (Wortman 2015).

Esta política mostraba de cuerpo entero la lógica del kirchnerismo en el poder. Por un lado, la coalición gobernante tomaba como propia la causa de los derechos humanos, una causa que en sus años de gobernador de Santa Cruz, Néstor Kirchner había dejado completamente abandonada.³⁵ Por otra parte, esta política hacía gala de la capacidad acomodaticia del gobierno, el cual al mismo tiempo que enjuiciaba genocidas y realizaba acciones simbólicas contra las fuerzas armadas, resguardaba celosamente los archivos de la dictadura, generando así una impunidad selectiva que dejaba libre de culpas a los capitales más concentrados del país, quienes eran por entonces sus aliados (EMVJ 2012; Plataforma [2012] 2013).

Un segundo conjunto de símbolos, instituciones y corporaciones puesto en cuestión por el kirchnerismo se encontraba relacionado con la consolidación del neoliberalismo, es decir, con la convertibilidad. En este conjunto, el primer elemento que se convirtió en blanco del gobierno fue la antigua Corte

³² Véase «Nueva etapa. Profunda movida en los altos mandos del ejército, la armada y la fuerza aérea» (2003), en *Clarín* (28 de mayo de 2003).

³³ Véase «Juicios por derechos humanos. Ofensiva del gobierno contra las leyes del perdón» (2003), en *Clarín* (13 de agosto de 2003).

³⁴ Véase Nora Veiras (2004), «Quedaron los clavos para la historia», en *Página 12* (25 de marzo de 2004).

³⁵ Véase «¿Qué hicieron cada 24 de marzo, Néstor y Cristina en Santa Cruz?» (2016), en *opisantacruz.com.ar* (24 de marzo de 2016); «El día que Kirchner ninguneó a Hebe de Bonafini y tuvo que pernoctar en un domicilio particular» (2012), en *opisantacruz.com.ar* (11 de octubre de 2012).

Suprema, símbolo central del menemismo. Ya en 2002, a partir del conflicto alrededor del corralito, Duhalde había amenazado con remover a sus integrantes. Con la asunción de Néstor Kirchner, el nuevo mandatario reactivó el proceso, logrando así la renuncia de cuatro jueces, para luego concretar la expulsión de otros dos por medio del juicio político. Una vez depurada, la nueva Corte Suprema fue completada por cuatro nuevos juristas, los cuales contaban con una reconocida trayectoria profesional y fueron elegidos de forma relativamente transparente, lo que aportó a la coalición gobernante una gran cuota de credibilidad de cara a la sociedad (L. A. Romero 2014).

Otro elemento representativo de la convertibilidad al que apuntó fuertemente el gobierno fue el conjunto de las empresas privatizadas. A diferencia de la política hacia la Corte, el avance sobre las privatizadas fue primordialmente discursivo,³⁶ en tanto que en términos objetivos las medidas hacia las concesionarias se limitaron a mantener la situación heredada del duhaldismo. En este marco, a partir de la transferencia de subsidios desde el gobierno hacia las privatizadas, el kirchnerismo se garantizó la estabilidad de los precios de los servicios públicos, a la vez que las concesionarias se aseguraron una ganancia operativa sin sufrir grandes controles en relación a sus inversiones. Este acuerdo tácito traería como lógica consecuencia el progresivo vaciamiento de las empresas concesionadas, lo que acarreó en el mediano plazo sucesivas crisis de infraestructura, siendo los casos del sector ferroviario los más destacados durante la etapa en cuestión. Luego del vaciamiento y frente a dichas crisis, el gobierno avanzó en un proceso de reestatización selectiva de empresas privatizadas,³⁷ convirtiendo esta política en un elemento central de su retórica estatista (Bonnet 2015).

Un tercer elemento constitutivo del discurso antineoliberal llevado adelante por el kirchnerismo fue su posicionamiento frente a los países centrales y ante los organismos multilaterales. A contrapunto de las relaciones cercanas que en su momento supo establecer Menem con respecto al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial, y al gobierno de Estados Unidos, Néstor Kirchner optó por estrechar relaciones con los países latinoamericanos, dotando así a su discurso de una impronta antiimperialista (A. Romero 2015). En los hechos, esta impronta se nutrió de la consolidación del MERCOSUR, de la creación de la UNASUR, del rechazo al ALCA por parte de la mayoría de los presidentes latinoamericanos, y del pago de la deuda que el país mantenía con el Fondo Monetario Internacional con reservas del Banco

³⁶ Véase «Dura crítica de Kirchner contra Aguas y las privatizadas» (2005), en *Infobae* (27 de enero de 2005); «Kirchner cargó contra las privatizadas» (2005), en *Los Andes* (19 de julio de 2005); «Kirchner le quita el Correo a Macri para escalear a las privatizadas» (2003), en *El Cronista* (19 de noviembre de 2003).

³⁷ Véase «Un recorrido por las empresas estatizadas durante los gobiernos kirchneristas » (2012), en *La Gaceta* (16 de abril de 2012).

Central. Sin embargo, este discurso encontraba ciertas contradicciones con la realidad, en tanto que se consolidaba la estructura productiva concentrada y extranjerizada (Burachik 2010), se utilizaba la regionalización por parte de la burguesía para incrementar su escala productiva, y el pago de la deuda externa se sustentaba en los frutos del ajuste sufrido por la clase trabajadora.³⁸

En estos términos, conjugando el contexto económico expansivo y estable con los ya descriptos elementos simbólicos, el kirchnerismo logró presentarse ante gran parte de la población como una coalición progresista, estatista y, sobre todo, antineoliberal (Novaro et al. 2014). De esta forma, además de la cercanía con las principales representaciones gremiales de la burguesía y el proletariado, el oficialismo sumaba a su arco político amplias franjas sociales que se identificaban con el ideario popular o progresista. Con este logro, la coalición gobernante volvía a demostrar su pragmatismo y su capacidad de adaptación, escondiendo bajo la alfombra años de apoyo y reivindicación tanto a las políticas³⁹ como a los políticos insignia del menemismo.⁴⁰

Frente a la impronta que caracterizó al primer kirchnerismo, las resistencias fueron diversas y se expresaron principalmente como contrapunto de alguna parte de aquel amplio ideario popular o progresista. Como grupo social, el principal portador de esta reticencia fue una parte significativa de los sectores medios urbanos, identificados en términos de «clases medias», «ciudadanos», y demás calificativos alejados de los términos clasistas (Piva 2015).

La reticencia hacia el kirchnerismo se expresó por diversas vías. Por un lado, se destacaron las demandas de «mano dura», las cuales, desde el sector más conservador de la sociedad se empalmaron con el repudio al discurso oficial sobre los años setenta y la política de derechos humanos (Murillo 2008).⁴¹

Por otro lado, en nombre del republicanismo se despotricaba contra el gobierno por sus formas confrontativas de discurso, por las sucesivas políticas que atentaban contra los límites institucionales, tales como la intervención del INDEC,⁴² o la cercanía y/o utilización de piqueteros oficialistas como fuerza

³⁸ En referencia al pago con reservas al FMI, Kirchner sostenía que «podemos hacerlo por la continuidad del notable esfuerzo en materia fiscal, que permite dar consistencia a sucesivos superávits, como por el dinamismo exportador creciente, que permite contar con superávit comercial y dar cuenta corriente de la balanza de pagos», donde, como venimos sosteniendo, ambos superávits se sustentan fundamentalmente en el ajuste duhaldista sobre la clase trabajadora. Véase Néstor Kirchner (2005), *Discurso del presidente Néstor Kirchner al anunciar el pago adelantado al FMI*, 15 de diciembre de 2005.

³⁹ Véase «Todos con Menem por la transformación» (1996), en *Página 12* (12 de septiembre de 1996), pág. 9.

⁴⁰ Véase Eduardo Nelson German (2015), *Kirchner Menem el mejor presidente desde Perón*, recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=5VzYH_I9XPU>.

⁴¹ Véase «El fascismo aguarda» (2006), en *Clarín* (18 de marzo de 2006).

⁴² Véase «Polémico cambio de metodología del INDEC» (2007), en *La Nación* (3 de enero de 2007); «Por primera vez un gobierno interviene en la estructura del INDEC, parece decidido a influir en

de choque (Peralta Ramos 2007),⁴³ y por las repetidas denuncias de supuestos hechos de corrupción, tales como el caso Skanska, Siemens, las valijas de Antonini Wilson, o el paquete de dinero encontrado en el despacho de Felisa Miceli.

Finalmente, el último conjunto de demandas opositoras venía desde el liberalismo económico, el cual no veía con buenos ojos a la inflación creciente, ni al avance estatista ni al mantenimiento en el tiempo de la batería de impuestos nacida durante el duhaldismo.⁴⁴

Más allá de la amplitud de las nombradas resistencias, durante el período en cuestión estas no llegaron a ser articuladas por ninguna representación ni coalición política, lo cual, sumado al contexto económico expansivo y a la buena relación que el kirchnerismo tenía con los principales medios de comunicación (Becerra 2015; Sivak 2015), hizo que dichas resistencias sean aisladas o marginales, por lo que no representaron una amenaza real para el gobierno.

2.3.4 Las disputas electorales y la consolidación política

Como ya se ha dicho, al asumir el poder, el kirchnerismo tenía como labor histórica la reconstrucción del capitalismo argentino, labor ya iniciada por su predecesor. A su vez, como también expresamos varias veces, Néstor Kirchner asumió montado en un aparato prestado, proveniente del que fue su padrino político, Eduardo Duhalde. Frente a esto, luego de la elección que coronó al santacruceño, se presentaba un peronismo dividido, ante el conjunto de las igualmente divididas fuerzas no peronistas. En este panorama, el kirchnerismo se vio ante la posibilidad de construir un capital político propio.

Como hemos explicado, la forma concreta que asumió la acumulación capitalista permitió al gobierno consolidar su alianza con las principales representaciones gremiales de la burguesía y de la clase trabajadora, lo cual, combinado con su discurso progresista aportó a forjar una buena imagen de su gestión en amplias franjas poblacionales, sumando así también a su propia construcción política. A su vez, estas mismas circunstancias fueron reconstruyendo lentamente las instituciones burguesas, lo cual, a medida que

las estadísticas y el peligro es que el dedo de K tuerza los índices» (2007), en *La Nación* (4 de febrero de 2007).

⁴³ Véase «Cada vez más piqueteros son funcionarios municipales» (2006), en *La Nación* (14 de septiembre de 2006); «Hasta dónde llegarán piqueteros» (2003), en *La Nación* (2 de noviembre de 2003).

⁴⁴ Véase «¿El regreso de las estatizaciones?» (2004), en *La Nación* (10 de febrero de 2004); «¿Más retenciones todavía?» (2007), en *La Nación* (2 de diciembre de 2007).

pasaba el tiempo iba dando mayor preponderancia política al nuevo presidente. Ante el ascenso de la figura presidencial, como era de esperar, florecieron las rispideces entre Eduardo Duhalde –aquel antiguo líder e impulsor de la coalición gobernante– y Néstor Kirchner, figura central de la misma coalición. La primera señal de distanciamiento se registró en marzo del 2004, durante el congreso del PJ, cuando en medio del conflicto tripartito entre kirchneristas, duhaldistas y menemistas/delasotistas, Cristina Fernández de Kirchner, e Hilda González de Duhalde se lanzaron acusaciones cruzadas.⁴⁵

A partir del intento fallido por parte de Néstor Kirchner de ganar la conducción del PJ y su posterior acefalía,⁴⁶ el kirchnerismo continuó firme con la consigna de transversalidad, consigna que intentaba, ante la ruina de las fuerzas políticas no peronistas, acercar a diferentes organizaciones y personalidades al armado oficial. Para esta labor, el gobierno se basaba tanto en su impronta progresista como en el control centralizado de los recursos públicos, lo cual le valió el apoyo de muchos gobernantes y dirigentes, tanto de extracción peronista como de otras fuerzas identificadas dentro del espectro de la centroizquierda.

Con el correr del tiempo, los cortocircuitos entre Duhalde y Kirchner siguieron en alza, hasta llegar a su quiebre definitivo en la discusión por la confección de las listas electorales para las legislativas de 2005. Ante este desacuerdo, el territorio bonaerense sería la arena de disputa entre el duhaldismo y el kirchnerismo, disputa que se concretaría en la contienda electoral entre Cristina Fernández de Kirchner e Hilda González de Duhalde.

El resultado de las elecciones fue aplastante. En la provincia de Buenos Aires, Cristina Fernández obtuvo poco más de 45% de los votos, aventajando en casi 25 puntos a «Chiche» Duhalde. A su vez, el kirchnerismo venció a los candidatos de Menem en La Rioja, lo cual, además de ser una victoria en los comicios, redondeaba un triunfo de hecho del mismo kirchnerismo sobre sus adversarios en la disputa interna del PJ.

En total, a partir de diferentes alianzas, la coalición gobernante se impuso en 17 provincias, lo cual, además de dar al poder ejecutivo un amplio manejo del congreso, lo dejaba a pocas bancas de lograr quórum propio en ambas cámaras.⁴⁷

De esta forma, a partir de las elecciones de 2005, el kirchnerismo se consolidó políticamente como la dirección del PJ, hecho que terminó de

⁴⁵ Véase «Se profundizó la división entre Kirchner y el PJ» (2004), en *La Nación* (27 de marzo de 2004).

⁴⁶ Véase «Y con la cáscara, ¿qué hacemos?» (2004), en *Página 12* (30 de marzo de 2004).

⁴⁷ Véase «Cristina arrasó y afianzó el proyecto político de Kirchner» (2005), en *Clarín* (24 de octubre de 2005); «Kirchner ganó poder en el Congreso y ahora lidera el PJ» (2005), en *Río Negro* (24 de octubre de 2005).

afirmar su dominio ante la dispersión opositora. En este marco, Néstor Kirchner prescindió de la última figura de peso ligada al duhaldismo que había en su gabinete, reemplazando a Roberto Lavagna por Felisa Miceli.

El panorama alentador que dejaban los resultados de las elecciones de 2005 para el kirchnerismo se fue consolidando aún más de cara a las presidenciales de 2007. En tanto que la economía continuó su senda expansiva acompañada de altas tasas de ganancias, aumento de empleo y mejora de salarios; la impronta progresista siguió trayendo nuevos aliados al kirchnerismo y consolidando los ya antiguos. Al mismo tiempo que la oposición se resquebrajaba aún más, el peronismo se alineaba en su mayoría detrás de Néstor Kirchner, y la coalición gobernante, a partir de su capacidad distributiva de recursos públicos, lograba traer a su círculo político a varios gobernadores e intendentes radicales.

Con la llegada masiva de nuevos dirigentes, el kirchnerismo presentó como fórmula presidencial en 2007 a Cristina Fernández acompañada de Julio Cobos. Esta fórmula logró una victoria sólida, superando el 45% de los votos, aventajando a la segunda coalición en más de 20 puntos. Estos resultados mostraban nuevamente la dominancia política del kirchnerismo, que se aseguraba un período más en el poder. A su vez, dejaba claramente planteada la dispersión que sufría la oposición.

Sin embargo, más allá de la gran ventaja lograda por el oficialismo en el agregado de los votos, el análisis de los resultados de los principales centros urbanos presentaba o derrotas, o victorias muy ajustadas para el gobierno, lo que encendería una alarma a futuro.⁴⁸

2.4 El desarrollo de la estructura social de acumulación en perspectiva

Visto de forma general, la etapa de desarrollo de la estructura social de acumulación registró una evolución relativamente estable en sus principales indicadores, correspondiéndose con un devenir bastante armonioso y sin grandes sobresaltos en las diferentes relaciones sociales y políticas que caracterizaron el período.

En el ámbito internacional, este desarrollo se vio favorecido por un crecimiento de la demanda mundial de bienes básicos, mejorando los términos de intercambio de la mayoría de los países de la región. A partir de esto, y basados en la autonomía política y económica que brindó el consecuente

⁴⁸ Véase «Con el 43,9% de los votos, Cristina es presidenta electa y no habrá segunda vuelta» (2007), en *Clarín* (29 de octubre de 2007); «Cristina Kirchner, presidenta» (2005), en *La Nación* (29 de octubre de 2005).

ingreso de divisas, durante este período comenzaron a surgir a lo largo de Latinoamérica gobiernos de orientación reformista, los cuales, luego de la ruina social que trajo consigo la década del noventa, fueron administrando mejoras a la población bajo un discurso antiliberal y latinoamericanista.

En el ámbito local, luego de la gran crisis del 2001, el kirchnerismo recibía de manos de Duhalde un capitalismo saneado en términos objetivos, con una tasa de ganancia nuevamente elevada que prometía un crecimiento de mediano plazo. A su vez, este potencial crecimiento se proyectaba sólido, ya que venía acompañado de superávits gemelos, que alejaban la restricción externa y la necesidad de financiamiento internacional, a la vez que brindaban al gobierno entrante una clara posibilidad de intervención política. Finalmente, este crecimiento también prometía un aumento del empleo, y, accesorio a eso, daba al kirchnerismo la opción de administrar un proceso de recuperación salarial. Más allá de la recomposición objetiva, el capitalismo argentino todavía exigía una reconstrucción subjetiva que, si bien ya había sido iniciada a partir de la votación de 2003, todavía se encontraba en ciernes. En función de esto, el nuevo gobierno se topaba con un proceso de crecimiento económico ya iniciado, sobre el cual debía recomponer las instituciones capitalistas, y sobre el que además tenía la oportunidad de construir un capital político propio.

El crecimiento que caracterizó al desarrollo de la estructura social de acumulación logró conjugar altas tasas de ganancia con aumento del empleo y mejoras salariales, siendo estos tres elementos fundamentales para el acercamiento del nuevo elenco gobernante con las principales representaciones de la burguesía y de la clase trabajadora ocupada. A su vez, la holgura fiscal característica de dicho crecimiento también permitió al kirchnerismo conceder subsidios a los desocupados y suministrar mejoras a los jubilados, ampliando así su base social. Además, este entorno económico expansivo dio la posibilidad al gobierno de construir una retórica antineoliberal que le significó la simpatía de amplias franjas poblacionales de orientación progresista. En estos términos, la forma concreta que asumió la acumulación capitalista dio a la coalición gobernante la posibilidad de administrar concesiones objetivas y simbólicas a distintos actores sociales, por medio de las cuales logró ampliar y sostener un extenso marco de alianzas policlasistas, cuyo embrión ya se encontraba en el duhaldismo. De esta forma, la misma acumulación capitalista aportó de manera decisiva al afianzamiento de la estructura social.

Al mismo tiempo, el gobierno orientó sus políticas a la consolidación del crecimiento económico, manteniendo los lineamientos fiscales establecidos por Duhalde, sosteniendo al tipo de cambio en niveles competitivos y aprovechando las buenas noticias de los mercados internacionales, lo cual tenía su expresión en los superávits gemelos. A su vez, a partir de la labor de la CGT unificada, el kirchnerismo logró institucionalizar el conflicto laboral, a la par que consiguió administrar las mejoras salariales en niveles compatibles

con las elevadas ganancias empresariales. Por otro lado, con la asimilación de las principales representaciones piqueteras, el gobierno apaciguó la conflictividad callejera. Vistos globalmente, estos elementos muestran una intervención gubernamental efectiva, que además de mantener estabilizado el ámbito de acumulación, logró impulsar a la misma acumulación capitalista.

En este marco, el kirchnerismo logró hacer coincidir su labor histórica de reconstrucción subjetiva de las instituciones burguesas con los intereses de las principales representaciones gremiales y con su propia construcción política. Para 2005 ya poco quedaba de aquel manto de dudas que el 2001 había puesto sobre el capitalismo argentino, al tiempo que el gobierno arrasaba en las elecciones y recibía el apoyo explícito tanto de la UIA como de la CGT, consolidándose así como una coalición dominante.

Sin embargo, aunque aún sin capacidad de comprometer aquella dominancia, asomaban algunos elementos que prometían romper con la relativa armonía que caracterizó a este período. Por un lado, en el ámbito internacional, la amenaza de crisis era cada vez más real y, si bien no golpeaba de lleno en el país, comenzaba a operar sobre los principales socios comerciales. Por otro lado, en el ámbito local, la inflación se dejaba ver como un problema económico a mediano plazo, en tanto que el descontento de los sectores medios urbanos se mostraba como un elemento político preocupante que podría ser fácilmente capitalizable en un futuro no muy lejano.

Capítulo 3

2008-2011: el agotamiento de la estructura social de acumulación que sostuvo al ciclo de gobiernos kirchneristas

El período 2008-2011 se caracterizó por su inestabilidad, tanto económica, como política y social. En esta etapa se interrumpió la sucesión de buenas noticias que tiempo atrás traían los distintos indicadores, a la par que por primera vez se vio amenazada la fortaleza política del oficialismo. Los vaivenes de la acumulación capitalista, la aparición de los déficits gemelos y el crecimiento de la inflación expresaban los límites del capitalismo argentino, al tiempo que surgían las primeras fisuras en el marco de alianzas del elenco gobernante, configurando así la fase de agotamiento de la estructura social de acumulación.

En línea con el eclecticismo que caracterizó este período, el presente capítulo vuelve a asumir una lógica primordialmente cronológica, para finalmente arribar a un análisis totalizante.

3.1 El bienio 2008-2009: desde la asunción de Cristina

Fernández a la primera derrota electoral del kirchnerismo En el aspecto económico, la nueva presidenta asumía luego de 5 años de crecimiento sostenido, crecimiento que había sido acompañado de varias mejoras sociales. Sin embargo, para la llegada de la nueva mandataria, ya se registraba una desaceleración en la evolución de los principales indicadores de la economía.

En el aspecto político, la victoria de Cristina Fernández representó una clara demostración de la consolidación del kirchnerismo, a la vez que ilustró la dispersión y desorientación que tenía la oposición. Más allá de lo aplastante del triunfo, las elecciones presidenciales de 2007 también mostraron un desgaste político del gobierno en los grandes centros urbanos, lo que

comenzaba a prefigurar a ciertas franjas poblacionales como una base social capitalizable por alguna fuerza opositora.

A su vez, en el plano internacional ya asomaban los primeros síntomas de lo que sería la nueva crisis mundial, aunque dada la inserción económica del país, se esperaba que el impacto local de dicha crisis –de la cual todavía no se tenían muchas certezas– no fuera tan directo.

Todo este marco planteaba de por sí varios desafíos para la coalición gobernante, y anticipaba un mediano plazo un tanto más complejo que aquel que recibió Néstor Kirchner el 25 de mayo de 2003.

3.1.1 El conflicto entre el gobierno y la burguesía agraria

Como explicamos anteriormente, un elemento importante a la hora de la asunción de Cristina Fernández era la desaceleración registrada en la evolución de varios de los indicadores económicos y sociales. Entre estos indicadores se destacaba particularmente la progresiva reducción del superávit fiscal, que se mostraba como un pilar central de la estructura social de acumulación. A su vez, dentro de los ingresos fiscales, un elemento importantísimo eran las retenciones a las exportaciones agrarias. En este marco, con el precio de la soja en pleno crecimiento, el gobierno divisó una oportunidad para extender en el tiempo aquella holgura en las cuentas públicas.

Con la firma de Martín Lousteau –nuevo ministro de economía– la resolución 125 decretó que las retenciones a los productos agropecuarios pasaban de ser fijas a ser móviles en función de su precio. Nominalmente, esta resolución buscaba controlar el precio interno de los alimentos, y brindar al productor cierta previsibilidad en su rentabilidad.¹ Sin embargo, en términos concretos, esta era una medida fundamentalmente recaudatoria, ya que la soja contaba con una influencia limitada en el nivel interno de precios, y la implementación de la resolución, si bien estabilizaría la rentabilidad, también elevaría varios puntos el porcentaje tributado por las exportaciones, dejando menos margen de renta para la burguesía agraria.

Ante esta resolución, las entidades gremiales del agro llamaron a un paro de toda la rama productiva, marcando el inicio del conflicto.² Las razones de la acción directa eran varias. Inicialmente, durante el gobierno de Duhalde, las

¹ Véase Ministerio de Economía y Producción. (10 de 03 de 2008). *Resolución 125/2008*. Recuperado el 07 de 08 de 2016, de Infoleg: <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/135000-139999/138567/norma.htm>.

² Cabe subrayar que si bien previamente a la resolución 125 existieron protestas provenientes de asociaciones rurales, con la inauguración del conflicto dichas protestas avanzaron en su intensidad y extensión. Véase «En el último día de paro agropecuario hubo una importante baja en el ingreso de animales» (2006), en *Diario 26* (25 de julio de 2006); «Habrán cortes en la ruta 2» (2006), en *La Nación* (7 de diciembre de 2006).

retenciones cumplieron la función de financiar el gasto público social que buscaba frenar la escalada de la protesta callejera. Empero, para 2006 esta protesta ya había sido controlada, por lo que las organizaciones gremiales pedían hacía tiempo la eliminación del arancel.³ A su vez, desde aquella implementación, las retenciones fueron elevándose progresivamente, a la par que crecía el precio internacional, reduciendo cada vez más la participación de la fracción terrateniente en la renta agraria. En este panorama, la gota que rebalsó el vaso fue la fecha de comunicación de la medida. Al intentar implementarse en marzo del 2008, la resolución 125 se comunicaba luego de la cosecha de la soja, es decir, luego de realizado todo el proceso productivo excepto su venta. Esto, en los hechos concretos, tiraba por tierra toda la planificación realizada, reduciendo de un momento a otro los márgenes de ganancia de la patronal. Como consecuencia de lo ya dicho, la fracción terrateniente salió a la calle, y el paro se complementó con cortes de ruta y piquetes por toda la región pampeana. De esta forma, el conflicto se extendió por casi 4 meses, dividiendo tanto a las fuerzas políticas como a la población en general.

Apoyando las retenciones móviles se encontraban los aliados que el primer kirchnerismo agrupó en su armado político: piqueteros oficialistas, sectores cercanos de la CGT y la CTA (Central de Trabajadores de la Argentina), intendentes y gobernadores de zonas no agropecuarias, y entidades empresariales ligadas a la UIA y a ADEBA (Asociación de Bancos Argentinos). En este marco de alianzas, la única gran novedad fue la conformación de Carta Abierta, espacio compuesto por diferentes intelectuales progresistas que, si bien ya venían apoyando al kirchnerismo, a partir del conflicto agrario lo comenzaron a hacer más orgánicamente (Sartelli 2008). Complementario a lo anterior, una porción progresista de la población también apoyó al gobierno, impulsada por la retórica oficial que oponía al «pueblo» con la «oligarquía».

Sin embargo, las cuestiones más importantes se dieron en relación a las alianzas políticas que se tejieron alrededor de los intereses de la burguesía agraria. Por empezar, a partir de las transformaciones que experimentó el sector agropecuario, muchos pequeños propietarios que años antes eran productores, pasaron a arrendar sus campos a los grandes exportadores, transformándose así en rentistas. Esto trajo consigo la coincidencia de intereses de todas las entidades agrarias, agrupando en la Mesa de Enlace⁴ tanto aquellas que representaban a los grandes terratenientes como aquellas que velaban por los intereses de los pequeños propietarios. Un segundo

³ Véase «El discurso de Luciano Miguens» (2007), en *La Nación* (5 de agosto de 2007).

⁴ La mesa de enlace funcionó como una instancia de coordinación de los principales reclamos de la burguesía agraria, y fue conformada inicialmente por los referentes de la Sociedad Rural Argentina (SRA), la Federación Agraria Argentina (FAA), Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), y CONINAGRO.

círculo de alianzas comprendió al resto de la cadena productiva que tomaba parte de la amenazada renta, abarcando acopiadores, comercializadores, y productores de alimentos. A su vez, dieron su apoyo las entidades ganaderas, las cuales hacía tiempo se encontraban opuestas al gobierno por diferentes legislaciones de comercio exterior que limitaban su ganancia. Por otro lado, se ligaron al reclamo amplias franjas de la población urbana cercana a los principales distritos agropecuarios, que a partir del crecimiento de la producción primaria vieron incrementados sus ingresos por la vía de la provisión de servicios (Giarracca y Teubal 2009).

Hasta aquí, todo parece lógico en función de los intereses materiales de las distintas fracciones. No obstante, el conflicto alrededor de las retenciones también sirvió para agrupar viejas y nuevas expresiones opositoras que parecían dispersas. Por un lado, gobernadores e intendentes de la oposición sumaron su apoyo abierto a la Mesa de Enlace. Por otro lado, varios gobernantes locales que hasta el momento eran oficialistas, tomaron distancia del gobierno por las exigencias de los distritos rurales que gestionaban.

La fracción terrateniente también sumó el apoyo de la cúpula de la Iglesia católica,⁵ la cual propició varias misas en lugares donde distintas figuras del sector agropecuario oficiaban de anfitrionas. Por otro lado, la línea política de la patronal agraria recibió un apoyo casi mayoritario de los principales medios de comunicación que históricamente habían sido opositores.⁶ A su vez, la Mesa de Enlace también contó con el favor del grupo Clarín, grupo que luego de recibir grandes beneficios de parte de Néstor Kirchner, adoptó sorpresivamente una mirada crítica hacia el oficialismo en medio del conflicto (Sivak 2015).

Por último, movilizados contra el supuesto autoritarismo de la medida, aquellos sectores medios conservadores de los grandes centros urbanos encontraron en el conflicto agrario un norte para expresar su heterogéneo desacuerdo con el gobierno, mostrando así su potencialidad como base social huérfana de liderazgo político (Sartelli 2008).

Como se explicó previamente, el conflicto tuvo por causa inicial la reducción de la holgura fiscal, lo cual empujó al kirchnerismo a intentar captar un mayor porcentaje de la renta, desatando así la contraofensiva de las patronales agrarias. Sin embargo, la centralidad del conflicto excedía la cuestión fiscal, ya que además de aportar grandes recursos a las arcas públicas, las exportaciones de oleaginosas representaban la principal fuente de divisas del país.

⁵ Véase «Las claves de la tensión entre Bergoglio y los Kirchner» (2013), en *BBC Mundo* (15 de marzo de 2013).

⁶ Entre estos medios se destacaban el diario La Nación y el grupo Perfil, entre otros. Véase Becerra (2015).

Dados los intereses económicos y políticos puestos en juego, ambos bandos contaban tanto con recursos como con una amplia base social para nutrir sucesivos actos y muestras de fuerza, posibilitando que con el correr del tiempo, el conflicto fuese escalando políticamente. En tanto se iban multiplicando los apoyos al «campo», los reclamos del bando agrario fueron avanzando desde aquellos estrictamente gremiales –en contra de los aranceles a las exportaciones– hasta llegar a pedidos mucho más amplios y ambiciosos –como la impugnación de la política láctea y ganadera o la solicitud de coparticipación de las retenciones– (Sartelli 2008). Como contrapartida, aunque con menor éxito, el kirchnerismo también fue adaptando su política en búsqueda de mayores apoyos, ya sea ofreciendo beneficios a pequeños productores, remarcando la importancia de la política social que estas retenciones venían a financiar, o denunciando desde el discurso la antigua relación entre la Sociedad Rural Argentina (SRA) y la última dictadura militar (Raiter 2013).

Finalmente, ante una creciente presión política, Cristina Fernández de Kirchner terminó enviando al congreso un proyecto de ley para ratificar por la vía parlamentaria aquella resolución que dio inicio a la discordia. Y finalmente, la posición del gobierno fue derrotada en el senado, abriendo así un nuevo período para el kirchnerismo y para la suerte de la estructura social de acumulación.

3.1.2 Los efectos de la desaceleración económica, del conflicto agrario y de la crisis mundial

Durante el año 2008 se combinaron tres grandes elementos que implicaron un quiebre en el devenir histórico local. Cronológicamente, el primero de ellos fue la desaceleración en la evolución de la mayoría de los indicadores económicos y sociales, fruto de la propia dinámica interna de una estructura social de acumulación que llevaba consigo un proceso inflacionario en ciernes. El segundo elemento fue la ya estudiada crisis política desatada alrededor de la 125, que planteó la primer gran derrota del kirchnerismo en el terreno político. Por último, el tercer elemento fundamental que aportó al quiebre fue el estallido de la crisis internacional, el cual si bien se había producido al margen del devenir de la estructura social de acumulación, hizo mella en el funcionamiento de la misma.

De los tres elementos nombrados, la desaceleración en los principales indicadores económicos y sociales era, por su carácter estructural, el menos disruptivo en el corto plazo, aunque también era el más preocupante en el largo plazo, ya que tendía a acentuarse en el tiempo. Frente a esta situación, el principal problema del kirchnerismo era su identificación discursiva con la expansión económica y las sucesivas mejoras sociales (Dagatti 2013), por lo

que todo freno en el crecimiento se presentaba como un riesgo para su capital político.

Ya el conflicto alrededor de la 125 planteó un quiebre, principalmente por el costado político. Por un lado, sirvió para dar visibilidad a varias figuras de la oposición que hasta el momento no tenían mucha llegada en la población. También fue la causa de bruscos reacomodamientos hacia dentro del armado kirchnerista, ya que dio el puntapié inicial para un largo éxodo de aliados del gobierno, entre los que se encontraron ministros del gabinete, gobernadores e intendentes ligados al PJ, legisladores de distintos niveles, y diferentes dirigentes sociales. A su vez, la 125 también fraccionó el esquema sindical, ya que separó formalmente al sector liderado por Luis Barrionuevo de la CGT hasta entonces unificada.⁷ Por otro lado, el conflicto agrario amplió y profundizó el descontento en los sectores medios urbanos, que a partir de este momento volvieron a salir a la calle con sus cacerolas en señal de protesta.⁸ También, ante el quiebre en la relación del gobierno con el grupo Clarín, se configuró una situación donde la amplia mayoría del espectro mediático presentaba líneas editoriales abiertamente opositoras. Y, finalmente, el conflicto también sirvió para blanquear la posición política de la Iglesia, que ya tiempo atrás se venía expresando enfrentada al oficialismo. De esta forma, comenzó a estructurarse un frente opositor, el cual si bien todavía no contaba con una articulación real, sí mostraba su existencia y su amplitud.

No obstante, todo este movimiento contrario al gobierno, también generó su contrapartida en amplias franjas de la población. A partir de la impronta nacional y popular que el kirchnerismo arrastraba, sumado al surgimiento de Carta Abierta como espacio relativamente orgánico, comenzaron a aparecer agrupaciones principalmente juveniles (Dobruskin y Garay 2012) que reivindicaban la gestión gubernamental y que serían, potencialmente, una nueva base social del kirchnerismo. Asimismo, la 125 abrió un proceso que dotó tanto de masividad como de intensidad al debate político, proceso que fue bautizado por muchos autores bajo el nombre de «crispación».⁹

A su vez, el conflicto agrario también trajo consecuencias económicas. A partir del desabastecimiento que generaron los piquetes dirigidos por la Mesa de Enlace, la falta de alimentos impulsó los precios en las góndolas, elevando la inflación a más del 20% para 2008, lo que significaría a futuro un piso difícil de perforar. Además, luego de la derrota del gobierno frente a la fracción terrateniente, volvían a aparecer como prioridad gubernamental las necesidades fiscales, lo que empujaría en el mediano plazo al kirchnerismo a buscar nuevos ingresos.

⁷ Véase «Tras la reelección de Moyano como secretario general, se fracturó la CGT» (2008), en *La Nación* (8 de julio de 2008).

⁸ Véase «¿El regreso del cacerolazo?» (2008), en *BBC Mundo* (27 de marzo de 2008).

⁹ Véase «La crispación no construye una Argentina inclusiva» (2009), en *Clarín* (16 de marzo de 2009); «La utilidad del diálogo político» (2009), en *Clarín* (19 de agosto de 2009).

Finalmente, en el segundo semestre de 2008 la crisis mundial alcanzó su pico máximo con la caída de Lehman Brothers, trayendo efectos nocivos en el ámbito local fundamentalmente por el costado económico. La primera consecuencia venía apareciendo desde 2007, y se encarnaba en el crecimiento de la salida de capitales que abandonaban los mercados emergentes hacia destinos más robustos, exigiendo al banco central volúmenes crecientes de divisas para su cobertura. Esta fuga de capitales golpeó a toda la región, dando como resultado la segunda consecuencia de la crisis: una ola de devaluaciones sobre las monedas latinoamericanas. En este escenario, el peso argentino sufrió una devaluación relativamente pequeña, haciendo caer el tipo de cambio real y, por tanto, reduciendo también la competitividad de los productos locales.¹⁰

A su vez, la crisis mundial mermó la demanda global y, con ello, la demanda agregada local. Por el lado de las exportaciones, varias ramas de la industria, tales como la automotriz y la siderurgia, se vieron duramente golpeadas.¹¹ El descenso de la demanda global también impactó en los precios internacionales de los productos básicos, motivo por el cual cayeron los términos de intercambio locales, agregando más complicaciones a la situación externa.

En síntesis, el año 2008 trajo consigo varios problemas para la coalición gobernante. De un lado, quedó evidenciada la finitud del crecimiento económico del cual hacía gala el primer kirchnerismo, poniendo cada vez más en riesgo a una de las principales banderas políticas del gobierno. Por otro lado, e íntimamente ligado a lo anterior, durante este 2008 también se rompió el armado de alianzas que había consolidado al mismo kirchnerismo como una coalición dominante, mostrando ahora a una oposición cada vez más amplia y con niveles de coordinación crecientes.

Sin embargo el gobierno aún mantenía la capacidad de acción política y, frente a estos hechos, sus acciones no se hicieron esperar.

3.1.3 Las reacciones del kirchnerismo, sus efectos, y el resultado de las elecciones de medio término

Luego de la negativa del sector agrario y de la posterior derrota que implicó la 125, el kirchnerismo requería una nueva fuente de financiamiento. Frente a esto, la crisis internacional complicaba aún más la desaceleración económica que ya se asomaba desde 2007, por lo que la necesidad de recursos para financiar el gasto público contracíclico se hacía más patente.

¹⁰ Véase «América Latina y la fuga de capitales» (2008), en *BBC Mundo* (23 de diciembre de 2008).

¹¹ Véase «Qué industria en la Argentina es la primera gran víctima de la crisis internacional» (2008), en *Ipofesional* (27 de noviembre de 2008).

A partir de la quiebra de Lehman Brothers, los principales índices bursátiles alrededor del mundo se desplomaron.¹² Con la caída en los valores de las acciones y los títulos, caía también el valor de las colocaciones financieras de las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP). En este contexto, bajo el argumento de presentarse como garante de los activos pertenecientes a los futuros jubilados, el gobierno impulsó por medio del congreso la re estatización del sistema previsional (Kulfas 2016).

En el aspecto discursivo, las AFJP representaban un símbolo en pie de la década del noventa, por lo que la re estatización empalmaba con la impronta estatista y antineoliberal que defendía el gobierno (Guzmán 2009; Raiter 2013; Wortman 2015).

No obstante, el costado más importante de la medida era el fiscal. Por un lado, esta re estatización implicaba el ingreso de un flujo de recursos corrientes en forma de aportes y contribuciones, que previamente percibían las AFJP. Por otro lado, al estatizar a las aseguradoras, el gobierno se hacía de un amplio conjunto de acciones y títulos, lo que además de significar un gran stock de recursos, brindaba una renta a su nuevo titular, a la vez que daba participación en directorios de varias de las empresas más grandes del país. Finalmente, la estatización de las AFJP implicaba también el rescate de varios títulos de deuda pública, hasta entonces en poder de distintas aseguradoras previsionales (CIFRA 2009).

Acompañando a esta medida, y a la vez dándole legitimidad y sirviendo como política anticíclica, el gobierno implementó la ley de movilidad jubilatoria,¹³ inyectando así demanda agregada a un mercado interno que se encontraba en recesión.

Otro elemento contracíclico que instrumentó el kirchnerismo fue la implementación del Programa de Recuperación Productiva (REPRO), consistente en el pago directo por parte del gobierno de una parte de los salarios de aquellas empresas en situación de «crisis», formando así una política que a la par que intentaba sostener el empleo y la demanda, subsidiaba con recursos públicos la ganancia de los principales capitales locales.

De acuerdo a la lógica contracíclica, el gasto público consolidado aceleró su camino ascendente, pasando de representar poco menos del 33% del PBI en el año 2007, a alcanzar casi el 40% en el año 2009, incrementando sobre todo el gasto público social y el empleo estatal (MECON 2020).

Más allá del nuevo ingreso de recursos que significó la estatización de las AFJP, la política contracíclica llevada adelante desembocó en el año 2009 en la aparición del déficit financiero en las cuentas fiscales, rompiendo por primera

¹² Véase «Los principales cracks bursátiles» (2008), en *El Economista* (8 de octubre de 2008); «Wall Street vive su peor día desde 1987» (2008), en *El País* (10 de octubre de 2008).

¹³ Véase «Sancionan la ley de movilidad jubilatoria» (2008), en *La Nación* (1 de octubre de 2008).

vez desde la asunción de Néstor Kirchner con los superávits gemelos, pilares fundamentales de la estructura social de acumulación.

Por otro lado, frente a la salida de capitales que generó la crisis mundial, el Banco Central intervino activamente como vendedor en el mercado de divisas. Basado en la gran acumulación de reservas registrada en los últimos años y utilizando los crecientes saldos comerciales que daba la recesión, la entidad monetaria logró mantener relativamente estabilizado el tipo de cambio. De esta forma, se manejó una devaluación moderada, que en el contexto recesivo vigente en aquella época, no se trasladó de forma significativa a precios. Sin embargo, al ser esta devaluación menor que la realizada en los países vecinos, se profundizó durante el bienio 2008-2009 el proceso de pérdida de competitividad que allá por 2007 se mostraba meramente como una amenaza.

No obstante, ninguna de estas políticas pudo quebrar las tendencias fundamentales de la acumulación capitalista sobre las cuales el kirchnerismo intentó operar, logrando únicamente una atenuación de las mismas. Por el lado de la actividad interna, luego de un 2008 con un crecimiento modesto, el 2009 rompió la racha de 6 años de aumento sostenido del PBI, con una caída interanual de casi un 6 por ciento.

En 2008, la combinación de los techos a paritarias –dictados desde el Ministerio de Trabajo (Marticorena 2015)– y la escalada inflacionaria –fruto del desabastecimiento que generaron los piquetes agropecuarios– dio como resultado un paréntesis en la tendencia al aumento del salario real, el cual registró en dicho año una caída de casi el 7 por ciento. Asimismo, la recesión de 2009 llegó acompañada de un aumento de la tasa de desocupación y de la tasa de subocupación demandante, completando así un panorama ya no tan beneficioso para la clase trabajadora.

A partir de la recesión, de la caída salarial, y de la pérdida de empleo, se vio alimentada la protesta social, la cual mostró un claro avance (MTSS 2016; Nueva Mayoría 2015). Aun estando políticamente afectado por este panorama, fue durante este período que el kirchnerismo estrechó más aún los lazos con Moyano (Varela 2013), asegurando a la coalición gobernante cierto sostén político frente a esta nueva ola de protestas. De esta forma, ante conflictos de gran envergadura como los sucedidos en Dana, Mafissa, o Fate, el kirchnerismo no dudó en separarse de su discurso no represivo para militarizar fábricas y reprimir a los trabajadores, a la vez que la CGT hacía la vista gorda y aislaba a los obreros en lucha. Sin embargo, estos hechos puntuales fueron simplemente la cara visible de un proceso represivo en franco crecimiento (Sartelli y Harari 2018), que ubicaba al año 2009 como un año récord en relación a los asesinatos perpetrados por el aparato represivo estatal (CORREPI 2015). A su vez, en el bienio 2008-2009 la criminalización de la protesta también alcanzó un nuevo nivel, registrando como caso

paradigmático el encarcelamiento de los petroleros de Las Heras (EMVJ 2012).

Por su parte, la burguesía tampoco salió indemne de la recesión de 2009, ya que vio caer tanto su masa de ganancias como su tasa de ganancia, después de 6 años de crecimiento sostenido. Como se explicó anteriormente, el kirchnerismo subsidió los salarios amortiguando la caída. No obstante, luego de la crisis de la 125 que enfrentó al gobierno con algunas cámaras empresariales –principalmente de la rama alimenticia– se comenzaron a observar abiertamente los primeros cortocircuitos en la relación del kirchnerismo con la UIA,¹⁴ organización que años antes había apoyado abiertamente la campaña presidencial de Cristina Fernández, y que durante el conflicto de la 125 se mostró orgánicamente del lado del gobierno.

Recapitulando, el conflicto agrario y la crisis internacional acentuaron las tendencias al agotamiento que la estructura social de acumulación mostraba desde 2007. A su vez, la aplicación de las políticas contracíclicas dio cuenta de la capacidad del kirchnerismo para responder ante los cambios. Sin embargo, fueron justamente estas políticas las que aceleraron aún más el nombrado agotamiento: por un lado, con la finalidad de mantener la actividad y el empleo, la coalición gobernante sacrificó la holgura fiscal característica del período anterior; por otro lado, al frenar el impacto cambiario, el kirchnerismo resignó niveles de competitividad internacional, lo que desembocó en un estancamiento de la acumulación de reservas. De esta forma, el elenco gobernante privilegió el corto plazo por encima del largo plazo, solventando los problemas inmediatos al costo de acelerar las crecientes contradicciones.

Cerrando este bienio gris para el kirchnerismo, llegaron las elecciones de medio término. Y al impacto negativo que la recesión trajo en la popularidad del oficialismo, se le sumaron varios elementos políticos que ya venían madurando. Por un lado, luego de la 125, la oposición fue avanzando organizativamente, y si bien no se encontraba unificada a nivel país, sí había armado coaliciones fuertes en los principales distritos electorales. Por otro lado, desde la última elección, también había crecido el malestar hacia el kirchnerismo en los sectores medios urbanos, potenciado por la misma 125, por el endurecimiento del discurso oficial hacia diferentes sectores opositores, y por el adelantamiento discrecional de las elecciones y la propuesta de «candidaturas testimoniales»,¹⁵ entendiéndose estos últimos elementos como recursos que jugaban en los límites de la democracia burguesa. Enfrentado a estas tendencias, crecía un voto progresista en apoyo al gobierno, aunque esta emergencia asumía un carácter germinal en relación al avance opositor.

¹⁴ Véase «Gobierno-UIA: la relación que ya no es» (2009), en *Norte* (30 de noviembre de 2009).

¹⁵ Las «candidaturas testimoniales» consistían en la postulación de candidatos que se sabía de antemano que de ser electos para el cargo, no asumirían. Véase «Testimoniales, parientes y otras sorpresas del cierre de las listas» (2009), en *Clarín* (11 de mayo de 2009).

En este marco, el resultado de los comicios terminó siendo el esperable. Dada la fragmentación a nivel nacional que exhibía la oposición, el kirchnerismo se impuso como primera fuerza en todo el país, sacando escasa diferencia al Acuerdo Cívico y Social. Pero también, dados los armados distritales, la oposición en sus diferentes expresiones triunfó en varios de los centros urbanos más populosos, venciendo inclusive a la candidatura de Néstor Kirchner en la provincia de Buenos Aires.

El resultado electoral implicó un golpe durísimo para el oficialismo, que veía derrotada a la que era su principal figura pública. No obstante, esta situación también abría un nuevo período, que de la mano de una iniciativa política renovada, sería un tanto más positivo para la coalición gubernamental.

3.1.4 El saldo del bienio 2008-2009

El bienio 2008-2009 mostró sin dobleces el agotamiento de la estructura social de acumulación, que si bien ya se venía vislumbrando desde 2007, a partir de 2008 se agudizó con la aparición del conflicto alrededor de la 125 y el estallido de la crisis mundial. Este agotamiento se expresó en el quiebre de los elementos principales que caracterizaron el período anterior. Por un lado, se interrumpió el crecimiento económico, el aumento del empleo, y las subas del salario y las ganancias. A su vez desapareció la holgura fiscal, y la competitividad internacional registró una seria reducción.

El bienio 2008-2009 también rompió con el panorama de alianzas que había caracterizado a la gestión de Néstor Kirchner. En tanto que luego del conflicto agrario el bloque de la burguesía ya no se mostraba unificado detrás del gobierno, con la caída del empleo y el salario, las bases trabajadoras comenzaron a poner cierta distancia, al tiempo que las cúpulas sindicales afianzaban aún más su cercanía con la coalición gobernante. A su vez, la oposición avanzó en su coordinación, a la par que ganaba apoyo en amplias franjas poblacionales, rompiendo así, al menos temporariamente, con la posición dominante del kirchnerismo en el esquema de coaliciones.

3.2 El bienio 2010-2011: de la derrota al cenit político

La etapa de agotamiento de la estructura social de acumulación se caracterizó por su inestabilidad y eclecticismo. En esta caracterización, como venimos planteando, el aspecto principal que dominó fue el político, aspecto que a su vez fue acompañado en sus vaivenes por el movimiento de las principales variables sociales y económicas.

Como explicamos previamente, el bienio 2008-2009 interrumpió la dominancia del kirchnerismo a partir del conflicto agrario y la derrota electoral del mismo Néstor Kirchner. La economía del período también cortó el crecimiento sostenido del PBI y, a su vez, varias de las fracciones burguesas que años atrás apoyaban las medidas oficiales tomaron distancia del armado político de la coalición gobernante. Como contracara a esto, el bienio 2010-2011 implicó nuevamente un quiebre, ya que el kirchnerismo recuperó el centro de la escena a partir de su iniciativa política, la macroeconomía retomó aquella senda de crecimiento de los años anteriores, y se registró una reestructuración en el marco de alianzas alrededor del gobierno.

3.2.1 2009: luego de la derrota, una iniciativa política renovada

A partir de sus intervenciones discursivas y diversas políticas concretas, el primer kirchnerismo había erigido una imagen que, más allá de diversos hechos contradictorios, a los ojos de la población se mostraba contraria al neoliberalismo, se planteaba en favor del estatismo y de la integración latinoamericana, reivindicaba y apoyaba la lucha contra los crímenes de lesa humanidad de la última dictadura, y además proclamaba la consigna de «no represión a la protesta social». Esta impronta, acompañada del crecimiento económico y las mejoras sociales objetivas que se registraron luego del ajuste duhaldista, forjaron alrededor del gobierno una identidad política progresista, nacional y popular.

Por su parte, el conflicto originado a partir de la resolución 125 cristalizó a un creciente conjunto de intelectuales alrededor de Carta Abierta, a la par que se iba conformando germinalmente un nuevo apoyo social basado en las franjas más progresistas de los sectores medios urbanos.

Por otro lado, la misma 125 aportó de forma decisiva a consolidar a un arco opositor que previamente se encontraba disperso y con poca fuerza, pero que luego del conflicto salió fortalecido y con cada vez mayores niveles de coordinación. De cara a las elecciones de 2009 dicho arco se amplió, y al conjunto de partidos opositores, fuerzas armadas, empresas privatizadas y organismos multilaterales de crédito; se le sumaba el sector agrario, la Iglesia Católica y todo un espectro de medios encabezados por el grupo Clarín. Sin embargo, frente a este elenco opositor ampliado, el kirchnerismo no retrocedió, sino que profundizó su impronta, impulsando medidas políticas concretas y endureciendo aún más la confrontatividad de su discurso.

La primera medida de peso luego de la derrota en las elecciones legislativas fue la implementación del programa Fútbol para Todos. Este programa consistía en la transmisión gratuita de los partidos de la Primera División del fútbol argentino. Con esta medida, el gobierno ganaba adeptos entre la

población, ya que brindaba gratuitamente un servicio que anteriormente era cobrado por las compañías de cable. A su vez, el oficialismo pasaba a manejar la propaganda emitida durante los partidos, aportando también a la construcción de su imagen pública. Por último, con la gratuidad de las transmisiones, el kirchnerismo le quitaba una jugosa fuente de ingresos al grupo Clarín (Servetti 2013),¹⁶ que para estas alturas era señalado sin miramientos desde el oficialismo como su mayor adversario político.¹⁷

A la par de la implementación de Fútbol para Todos, el gobierno impulsó el debate alrededor de la ley de Servicios de Comunicación Audiovisual – también llamada ley de Medios– ley que sería aprobada a fin de 2009 con amplia mayoría en el congreso. Nominalmente, el espíritu de esta ley estaba orientado a la democratización de toda la comunicación audiovisual. No obstante, el contexto histórico de su aplicación la dotaba de una clara finalidad política específica, ya que el principal perjudicado de su sanción era el mismo grupo Clarín, quien según la ley debía deshacerse de cuantiosos activos (Becerra 2015).

Impulsado por el enfrentamiento con el multimedio de Héctor Magnetto, el kirchnerismo comenzó la reorganización de la pauta oficial, redirigiéndola a un nuevo conjunto de medios con líneas editoriales afines, entre los que se destacaban, además de los medios públicos, las empresas privadas de Cristóbal López, Diego Gvirtz, y Sergio Szpolski, entre otros.¹⁸ Este dispositivo mediático alternativo no solamente sirvió de contrapeso frente a las críticas opositoras provenientes desde los medios privados mayoritarios, sino que también puso en discusión el rol social de los mismos medios de comunicación y su supuesta independencia y objetividad, sembrando no pocas dudas en la confianza que antaño la población tenía en el producto de las empresas informativas.¹⁹

Finalmente, el kirchnerismo cerró el 2009 implementando dos planes sociales de gran escala: el Programa Ingreso Social con Trabajo (Argentina Trabaja), y la Asignación Universal por Hijo (AUH). Originalmente, la primera de estas medidas era una continuación y ampliación de políticas previas, y estaba orientada a personas que carecían de ingresos formales en su grupo familiar. Esta política consistía en la formación de cooperativas de

¹⁶ Véase «Fútbol para Todos mejora la imagen de Cristina Kirchner» (2013), en *La Nación* (27 de enero de 2013).

¹⁷ Véase «Kirchner, furioso: “¿Qué te pasa Clarín? Hablá con la verdad”» (2009), en *La Política Online* (9 de marzo de 2009).

¹⁸ Las expresiones más identificadas de este nuevo dispositivo mediático afín al kirchnerismo fueron los periódicos *Página 12* y *Tiempo Argentino*, los canales C5N, CN23 y la TV Pública, y los programas televisivos 678, TVR, y Duro de Domar, siendo estos últimos todos programas producidos por la productora PPT. Véase Becerra (2015), Poder Ciudadano (2011) y Wortman (2015) y «Una gran red de medios alineados» (2012), en *Clarín* (9 de diciembre de 2012).

¹⁹ Véase los datos referidos a la confianza en los medios de comunicación en UCA (2016).

servicios, cuyos integrantes recibían una renta mensual a cambio de una jornada laboral estipulada en 40 horas semanales (Mario 2017).

Por su parte, la AUH se inspiraba en iniciativas formuladas en el pasado por la CTA y el Frente Nacional contra la Pobreza (FRENAPO), y otorgaba una transferencia monetaria a aquellos padres y madres desocupados o empleados informalmente que contaban con hijos menores de 18 años. Esta transferencia no exigía ninguna contraprestación por parte de los padres, y solo requería la escolarización del niño y el cumplimiento del cronograma de vacunación correspondiente (Audisio 2017).

En tanto que económicamente el Programa Ingreso Social con Trabajo y la Asignación Universal por Hijo aportaron a incrementar el consumo, en términos sociales sirvieron para reducir la pobreza y la indigencia, y en términos políticos sumaron al kirchnerismo un elemento concreto más en su impronta progresista, mejorando su imagen entre los sectores más desprotegidos de la población.

Sin embargo, estas medidas no estuvieron libres de críticas. Desde distintos sectores conservadores se apuntó a una supuesta destrucción de la «cultura del trabajo» generada desde la AUH,²⁰ en tanto que desde movimientos piqueteros disidentes se denunció la discrecionalidad con la que se repartieron los fondos para las nuevas cooperativas.²¹

En estos términos, luego de la elección del 2009 el gobierno planteaba dos grandes frentes para su acción política: de un lado, el enfrentamiento abierto con el grupo Clarín; y del otro lado, el nuevo impulso de una agenda progresista, que hacía especial foco en las fracciones desocupadas u ocupadas informalmente de la clase trabajadora. De esta forma, se mostraba que más allá de la derrota electoral, el kirchnerismo aún mantenía intacta su iniciativa política.

3.2.2 2010-2011: La profundización de la agenda progresista y sus réditos políticos

Ya durante el bienio 2010-2011 se profundizaron aquellos dos frentes encarados por el kirchnerismo luego de su derrota. En lo que a medidas progresistas respecta, el año 2010 fue clave: en abril fue lanzado el plan Conectar Igualdad, el cual originalmente planteaba la distribución gratuita de netbooks entre todos los estudiantes de nivel secundario de escuelas públicas. Este plan, al igual que la AUH y el Argentina Trabaja, apuntaba a brindar mejoras a los sectores más marginados de la población. La medida, además del

²⁰ Véase «Cultura del trabajo» (2012), en *Página 12* (24 de junio de 2012).

²¹ Véase Frente Popular Darío Santillán. (13 de 04 de 2010). *Por cooperativas sin punteros y trabajo digno*.

efecto concreto, traía consigo un nuevo elemento para la construcción simbólica del kirchnerismo, tanto en su discurso progresista –ya que daba acceso tecnológico a estudiantes que anteriormente no lo tenían– como en su discurso nacionalista y productivo, ya que la medida impulsaba la industria tecnológica local.²²

Continuando con la saga de elementos simbólicos, en mayo de aquel 2010 se llevaron a cabo las celebraciones por el Bicentenario, oportunidad donde se realizó una majestuosa puesta en escena que remarcaba la imagen de una nación unificada y a la vez plural, tanto política como étnica y culturalmente, agregando nuevas piezas a la impronta en construcción (Bonnet 2015).²³

Ya en junio de 2010 se aprobó de forma ajustada en el congreso la ley de Matrimonio Igualitario, reglamentación que extendía a las parejas del mismo sexo todos los derechos y obligaciones que anteriormente solo gozaban las parejas heterosexuales. Esta legislación trajo consigo la simpatía de la mayoría de la comunidad homosexual, que luego de años de lucha veía reconocido un conjunto de derechos fundamentales. A su vez, el kirchnerismo siguió sumando adeptos en las franjas más progresistas de la población, ya que la medida ratificaba el discurso plural del que hacía gala el gobierno (Bonnet 2015). Finalmente, esta política también trajo aparejado el enojo de la Iglesia Católica,²⁴ circunstancia que además de profundizar aquella «crispación» en la población, continuaba cimentando a la institución eclesiástica como un enemigo importante de la coalición gobernante.

A fines de octubre del 2010, la repentina muerte de Néstor Kirchner agregó épica a la impronta kirchnerista, a la vez que inauguró el tiempo de Cristina Fernández como líder indiscutida dentro de su espacio político. Además de la identificación creciente entre los sectores progresistas, la figura de Néstor Kirchner tenía especial llegada a la juventud, llegada que fue construida desde el inicio de su presidencia (Dobruskin y Garay 2012; Larrondo 2013; Vázquez 2013). Dadas las condiciones repentinas de la muerte en plena vigencia política, tuvo lugar una construcción heroica alrededor del líder, coronada finalmente por la difusión del uso de la imagen del «Nestornauta» (Martínez 2013), el cual se convertiría en un elemento central dentro de la liturgia kirchnerista. A partir de la referencia nombrada, el funeral público del ex presidente se convirtió en un gran acto de masas, con una cuidadosa estética a cargo del mismo equipo que había llevado adelante las celebraciones del Bicentenario. A su vez, al realizarse con el cajón fúnebre cerrado, toda la

²² Véase «Cristina lanzó plan de netbooks para estudiantes por más de USD 1.000 millones» (2010), en *Iprofesional* (6 de abril de 2010); «La Presidenta prometió entregar una computadora por alumno» (2010), en *Clarín* (7 de abril de 2010).

²³ Véase «El acto de cierre de los festejos por el Bicentenario fue el que más gente reunió en la historia argentina» (2010), en *La Nación* (26 de mayo de 2010).

²⁴ Véase «Bergoglio dice que la boda gay “es la pretensión destructiva del plan de Dios”» (2010), en *La Nación* (8 de julio de 2010); «Bergoglio pidió apoyo a la “guerra de Dios” contra el matrimonio gay» (2010), en *Página 12* (8 de julio de 2010).

atención de las transmisiones se centró en Cristina Fernández, quien, a partir de la muerte de su esposo, lució durante un largo tiempo ropa de luto, elemento que simbólicamente ratificó su renovado liderazgo hacia dentro del kirchnerismo (Wortman 2015). De esta forma, lejos de verse perjudicada, la coalición gobernante salió fortalecida luego de la desaparición física de su mayor exponente.

En diciembre del mismo 2010, se dio finalmente el encarcelamiento de Jorge Rafael Videla.²⁵ Este hecho fue un elemento central en la construcción política del gobierno, ya que no solamente implicaba el esperado castigo al mayor símbolo de la última dictadura, sino que se producía al poco tiempo del deceso de Néstor Kirchner, quien años atrás había mandado a descolgar el cuadro del ex dictador del Colegio Militar. En estas circunstancias, más allá de las contradicciones ya señaladas, se reforzaba de cara a la población la arista orientada a los derechos humanos con la que contaba la impronta kirchnerista.

En paralelo con el avance de la agenda progresista, el conflicto del gobierno con Clarín continuaba profundizándose. Luego de la sanción de la ley de Medios en 2009, comenzó un largo período donde el grupo multimedio en cuestión ejerció una dura resistencia a la aplicación de la legislación vigente. Frente a esto, además de las sucesivas apelaciones y medidas cautelares, se registraron fuertes cruces discursivos entre ambas partes.²⁶ Estos cruces mostraban a un grupo empresarial que, luego de haber crecido al calor de acuerdos con todos los gobiernos precedentes –inclusive con el primer kirchnerismo– se encontraba en defensiva, frente a un gobierno que, subido a una popularidad creciente, avanzaba contra su principal adversario político (Becerra 2015; Sivak 2015).

En medio de esta disputa, el gobierno desempolvó la estrecha relación que el multimedio mantuvo con la última dictadura, denunciando las condiciones poco claras en las que el grupo Clarín adquirió Papel Prensa (MECON 2010) y planteando la posibilidad de que los hijos adoptivos de Ernestina Herrera de Noble –propietaria del multimedio– hubieran sido en realidad hijos de desaparecidos.²⁷ De esta forma, para 2011 no quedaban dudas de que el kirchnerismo había elegido a Clarín como blanco de sus ofensivas,

²⁵ Véase «Videla fue condenado a prisión perpetua e irá a una cárcel común» (2010), en *La Nación* (22 de diciembre de 2010).

²⁶ Véase «Cristina destacó la importancia de la ley de Medios para consolidar la democracia» (2010), en *Infografía* (15 de septiembre de 2010); «La carpeta roja privada de Clarín que denuncia los ataques del Gobierno» (2010), en *MDZ* (15 de agosto de 2010); «Ley de Medios: Kirchner denunció lobby de Magnetto ante la Corte Suprema» (2010), en *La Política Online* (1 de mayo de 2010).

²⁷ Véase APM [Abuelas de Plaza de Mayo] (2011), Informe sobre el caso Herrera, 18 de julio de 2011; «Cristina dijo que el caso Noble es “la prueba de ácido” de la democracia y amenazó con ir a la justicia internacional» (2010), en *La Política Online* (24 de marzo de 2010).

denominando a la disputa con el grupo mediático como «la madre de todas las batallas».²⁸

Recapitulando, luego de la derrota de 2009, el kirchnerismo se abocó como nunca antes a la construcción simbólica de su capital político. Por un lado, agregó a su discurso progresista elementos concretos: la AUH, los programas Argentina Trabaja y Conectar Igualdad, y el matrimonio igualitario. Por otro lado, profundizó su discurso confrontativo al enfrentarse con tres sectores históricamente poderosos: la iglesia, la burguesía agraria y el grupo Clarín. Ligado a esto, relacionó directamente a estos sectores con la dictadura militar, dándole coherencia a su construcción simbólica. A su vez, más allá de sus contradicciones, el gobierno mantuvo su apoyo a los organismos de derechos humanos oficialistas, reforzando esta relación con el encarcelamiento del mismo Videla. También sostuvo su discurso de no represión a la protesta social, usando ahora el nuevo arco mediático oficialista para invisibilizar el crecimiento represivo que reverdeció a partir de 2009. Finalmente, los pomposos festejos del Bicentenario aportaron solidez al aspecto nacionalista del discurso, en tanto que la muerte de Néstor Kirchner terminó de nutrir de épica y heroísmo a la impronta del gobierno.

Como veremos en el próximo apartado, toda esta renovación y profundización de la impronta simbólica del kirchnerismo estuvo acompañada de un nuevo período de crecimiento económico. Este nuevo crecimiento, trajo consigo mejoras en el empleo y en el salario, lo que brindó más fundamentos objetivos a la nombrada impronta.

Como resultado de todos los elementos anteriormente nombrados, se dio la consolidación definitiva de amplios sectores juveniles y progresistas como una base social fundamental en el armado kirchnerista. Este proceso ya venía desarrollándose desde hacía tiempo, pero terminó de madurar al calor de las políticas llevadas a cabo durante el bienio 2010-2011 (Rocca Rivarola 2017). Por un lado, la consolidación de la que hablamos se vio verificada en el surgimiento y la expansión de nuevas organizaciones que nacieron a partir del apoyo al kirchnerismo, como fue el caso de Carta Abierta o de La Cámpora (Dobruskin y Garay 2012; Natalucci y Pérez 2012; Vázquez 2013).²⁹ Por otro lado, también dan cuenta de dicha consolidación la asimilación por parte del gobierno de diversas organizaciones de centroizquierda otrora independientes, tales como el Partido Comunista, Nuevo Encuentro, o el Partido Humanista, entre otros.³⁰ De esta forma, con el bienio 2010-2011 llegaría una renovación

²⁸ Véase «CFK vs Clarín: la madre de todas las batallas» (2011), en *La Gaceta* (29 de diciembre de 2011); «Scioli desatado» (2010), en *Página 12* (10 de octubre de 2010).

²⁹ Véase «El divino tesoro que busca el kirchnerismo» (2010), en *La Nación* (9 de noviembre de 2010).

³⁰ Véase «Con los viejos camaradas» (2010), en *Página 12* (9 de mayo de 2010); «Cristina ganó con el voto de distintas clases sociales» (2011), en *Clarín* (16 de agosto de 2011).

al conjunto de actores y alianzas de la coalición gobernante, que marcaría al kirchnerismo para el resto de su mandato.

A su vez, luego de varias elecciones donde el nivel de participación volvía a la normalidad, las instituciones de la democracia burguesa se mostraban sólidas,³¹ en tanto que desde el mismo discurso oficial y desde la pluma de sus principales editorialistas se reivindicaba el rol activo de la política y de sus políticos (Patrouilleau 2010; Vázquez 2015).³²

3.2.3 La vuelta al crecimiento económico

La agenda progresista impulsada desde el kirchnerismo luego de su primera derrota electoral logró un gran impacto en la población, resultando en una clara recuperación de la imagen pública del gobierno. Sin embargo, el impacto de esta agenda no hubiera tenido la misma magnitud sin el acompañamiento de la recuperación económica que se registró durante el bienio 2010-2011. De esta forma, el kirchnerismo empalmaba aquel conjunto de políticas progresistas con una economía en recuperación, volviendo a brindar mejoras materiales al grueso de la población. Todo esto, dotaba de mayor coherencia a la renovada impronta del gobierno.

Luego de la drástica caída del producto, el 2010 volvió a ubicar a la economía local en la senda del crecimiento. En tanto que la principal causa de la recesión del 2009 había sido la crisis mundial, a partir de la tibia recuperación de la demanda global se logró en el año siguiente un crecimiento del 10% del PBI, para llegar al 2011 con un incremento de casi el 6 por ciento en el mismo indicador.

El devenir de la tasa de ganancia se encontró asociado a los avatares del PBI. En tanto que con la recesión económica esta tasa cayó, con la recuperación entre 2010 y 2011 volvió a niveles cercanos al 2008, configurando así un relativo estancamiento durante toda la etapa en cuestión.

³¹ Sobre esta cuestión, además de analizar los hechos puntuales que se vienen desarrollando en el texto –tales como la participación en los comicios– resulta útil analizar la mejora en los datos referidos a la confianza en los partidos políticos en UCA (2016) y la reducción de la violencia sociopolítica en los datos de Nueva Mayoría (2015).

³² Véase «La primacía de la política» (2011), en *Página 12* (15 de mayo de 2011).

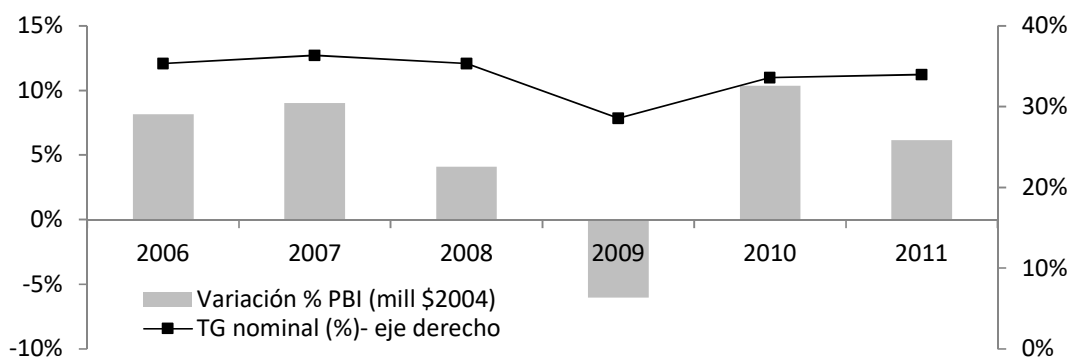


Figura 3.1. Tasa de ganancia y variación% del PBI. 2006-2011. Fuente: elaboración propia a partir de Ferreres (2005) y INDEC (2016a) y anexo estadístico.

El aumento del PBI se vio impulsado principalmente por la inversión, el rubro más golpeado en la recesión de 2009, lo que mostraba la importancia del rebote en el nuevo crecimiento económico. El consumo privado también empujó este crecimiento, alimentado por los planes sociales, un incremento en el salario real y por el aumento de los créditos al consumo (Gerchunoff y Kacef 2016; Kulfas 2016). Este nuevo protagonismo del crédito en la economía implicó que la rentabilidad del capital financiero supere a la del capital industrial, reconfigurando así el esquema sectorial de las fracciones burguesas, y cuestionando en los hechos aquel discurso productivista que solía despotricar contra el negocio de las finanzas (Mussi 2015).

Luego de su expansión contracíclica del bienio anterior, el gasto público bajó relativamente su participación durante 2010, volviendo transitoriamente a aportar un tímido superávit fiscal. Ya en el año 2011, coincidiendo con el clima electoral, este gasto volvió a tomar protagonismo de la mano de las mejoras en los niveles jubilatorios, del mantenimiento de la política social iniciada en 2008, y del incremento sostenido de los subsidios a los servicios públicos, lo que llevó a las cuentas fiscales de forma definitiva a la senda deficitaria.

Este renovado crecimiento llegó con un nuevo impulso inflacionario, el cual se encontró en 2010 con un marco propicio para su expansión. Por un lado, la capacidad ociosa de la industria se mostraba limitada, a la vez que existía una demanda interna que tenía cierta capacidad para convalidar aumentos de precios. Por otro lado, si bien no existía un pleno empleo, las relaciones de fuerza mostraban una clase trabajadora en condiciones de dar pelea por mejoras salariales, las cuales, ante el estancamiento relativo de la productividad, tendían a ser trasladadas por la burguesía al nivel de precios. De esta forma, tanto por el lado de la oferta como por el lado de la demanda, con la vuelta al crecimiento económico, reverdecía el proceso inflacionario. En esta situación, el gobierno intentó frenar el alza de precios por medio de la implementación de techos a las paritarias (Marticorena 2015; Varela 2013). Sin

embargo, ante el fracaso de esta política, debió convalidar monetariamente los sucesivos aumentos.

Ya para 2011, con un gobierno con necesidades de financiamiento y sin posibilidad de tomar deuda a valores razonables, al impulso inflacionario que arrastraba la puja distributiva se le agregó la monetización del déficit fiscal. De esta forma se fue consolidando un piso inflacionario superior al 20% anual (Piva 2015), constituyendo un problema más que carcomía las bases mismas de la estructura social de acumulación. Frente a este problema, con el INDEC intervenido y sin indicadores oficiales confiables, el gobierno desde sus discursos y sus medios afines oscilaba entre la negación de la inflación³³ y el señalamiento de los «formadores de precios» como los principales causantes de la misma.³⁴

No obstante, este proceso inflacionario combinado con un tipo de cambio relativamente fijo trajo consigo una caída tendencial en la competitividad internacional, planteando dificultades al esquema macroeconómico. Para el 2010, los términos de intercambio recién alcanzaban los valores previos a la crisis mundial, y el crecimiento económico local y su sucesiva crisis energética demandaban un volumen cada vez mayor de importaciones. Ante esto, el atraso cambiario de la moneda nacional hacía menos competitiva a la producción argentina, a la par que incentivaba el giro de utilidades por parte de los capitales extranjeros. En este marco, hizo su aparición el tan temido déficit de cuenta corriente. A partir de la aparición de dicho déficit, se agotó la fuente principal que nutría la acumulación de divisas en el Banco Central, configurando –combinado con la masiva fuga de capitales– un relativo estancamiento en el nivel de las reservas (A. Romero 2015; Schorr y Wainer 2015; Selva 2014), agregando otro elemento al agotamiento de la estructura social de acumulación.

La tendencial desaparición de los superávits gemelos conjugada con la imposibilidad de tomar deuda en los mercados internacionales, empujó al gobierno a emprender políticas orientadas a la búsqueda de fuentes de financiamiento alternativas. Durante el 2009, luego de la ya nombrada estatización de las AFJP, el kirchnerismo implementó de forma relativamente exitosa un blanqueo de capitales y una moratoria impositiva,³⁵ obteniendo por medio de estas políticas algunos ingresos extra que sirvieron para financiar la fuga de divisas y la política contracíclica que hizo frente a la crisis mundial. Por otro lado, el gobierno comenzó a financiarse cada vez más por medio del impuesto a las ganancias de cuarta categoría, denominado también «impuesto

³³ Véase «Para Boudou no hay inflación, sino “reacomodamientos de precios”» (2010), en *Clarín* (9 de febrero de 2010); «Tampoco para Cristina Kirchner hay inflación, sino “dispersión” de precios» (2010), en *La Nación* (9 de febrero de 2010).

³⁴ Véase «Formadores de precios» (2011), en *Página 12* (2 de febrero de 2011); «Las causas de la inflación» (2011), en *Página 12* (11 de febrero de 2011).

³⁵ Véase «Satisfacción oficial con el blanqueo» (2009), en *La Nación* (2 de septiembre de 2009).

al trabajo», a la vez que ahorraba recursos fiscales con la sucesiva caída de los salarios del sector público.

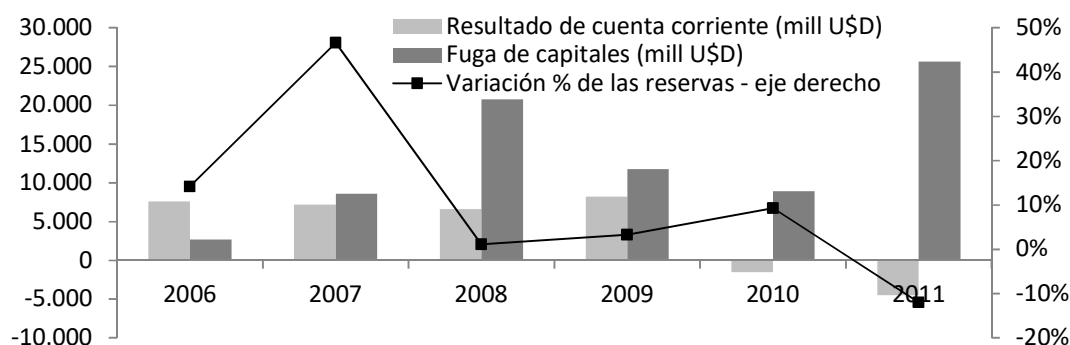


Figura 3.2. Resultado de la cuenta corriente, fuga de capitales, y variación% de las reservas. Fuente: elaboración propia a partir de BCRA (2016), GERES (2017) y MECON (2020).

En este contexto de necesidad de financiamiento, a fines del 2009 fue creado el Fondo del Bicentenario, un instrumento que permitiría pagar parte de los vencimientos de la deuda externa directamente con reservas del Banco Central. En línea con la impronta nacionalista, esta medida planteaba avanzar en el desendeudamiento del país, por lo que era presentada desde el discurso oficial como un logro de gestión.³⁶ No obstante, la medida devino en un duro litigio entre el mismo gobierno y el presidente del Banco Central, Martín Redrado, quien apoyado por toda la oposición se negó a entregar los recursos, amparándose en la independencia del organismo que presidía. Esta disputa terminó con la destitución de Redrado a principios de 2010, y permitió la asunción de Mercedes Marcó del Pont, quien hasta el momento ejercía como diputada por el mismo Frente para la Victoria. Este cambio, por un lado planteaba una gestión un tanto más amigable a los intereses del poder ejecutivo, quien buscaba en el Banco Central un nuevo financista. Y, por otro lado, este cambio dejaba sentadas las bases para la futura modificación de la carta orgánica de la institución, la cual cristalizaría en la letra la relación que Marcó del Pont ya establecía con el gobierno en los hechos (Aronskind 2015; Kulfas 2016; Piva 2015).

Por último, en la búsqueda de retornar a los mercados internacionales de crédito, en 2010 el kirchnerismo volvió a abrir el canje de deuda que había cerrado en 2005. Con esta reapertura, el gobierno logró regularizar el 92.9% de la deuda en default (Kulfas 2016; Selva 2014). Sin embargo, el restante 7 por ciento se negó a la negociación, e impidió la salida final de la situación de cesación de pagos, posponiendo así la entrada del país en los mercados internacionales de deuda, y complicando aún más el horizonte a futuro.

³⁶ Véase «Justificó el Gobierno el uso de las reservas del Banco Central para pagar deuda» (2009), en *La Nación* (15 de diciembre de 2009).

Todo este panorama terminaba de configurar un esquema macroeconómico por demás contradictorio. En tanto que el bienio 2010-2011 trajo aparejado un nuevo proceso de crecimiento económico, a la vez también trajo consigo la llegada de los déficits gemelos y la consolidación de la inflación en niveles ya preocupantes. Este escenario describía lo endeble del nuevo crecimiento, a la vez que mostraba el deterioro de las bases de la misma estructura social de acumulación, expresando así su agotamiento.

3.2.4 Las contradicciones en el aspecto social

Como venimos diciendo, la recuperación de la iniciativa política del kirchnerismo vino acompañada de la vuelta del crecimiento económico, crecimiento que trajo consigo la aparición de grandes desequilibrios estructurales. Esta renovada iniciativa también llegó apoyada en mejoras de los indicadores sociales, mejoras que también pusieron de relieve varias contradicciones políticas.

Por un lado, el ya nombrado quiebre en la trayectoria de la tasa de ganancia y el impacto que implicó el conflicto agrario, rompieron aquel apoyo relativamente mayoritario que recibía el kirchnerismo de parte de la burguesía. Estos hechos, más allá de que no lesionaron gravemente la rentabilidad empresarial, sí trajeron sus diferencias hacia dentro del elenco patronal, por lo que si bien el gobierno mantuvo ciertas simpatías dentro de la clase propietaria, también perdió algunas otras.³⁷

En cuanto a la clase trabajadora, luego de la recesión del 2009, la vuelta al crecimiento económico reimpulsó el empleo, reduciendo así tanto la tasa de desocupación como la tasa de subocupación demandante. Estas circunstancias fortalecieron la posición del proletariado, dando un aliento adicional a las demandas salariales. Con respecto al sector privado, estas demandas se vieron mediadas por los techos paritarios impulsados desde el gobierno y sostenidos desde los principales gremios (Marticorena 2015; Varela 2013), permitiendo así ciertas mejoras dentro de los parámetros establecidos. De esta forma, el 2010 registró una leve mejoría del salario en términos reales, la cual sería potenciada en el año 2011, año electoral. Por el contrario, ante la ya nombrada necesidad de financiamiento por parte del sector público, el gobierno impulsó –con acuerdo de los gremios mayoritarios– aumentos salariales por debajo de la inflación, lo que representó para el bienio 2010-2011 una dura caída en el ingreso real de los trabajadores estatales.

³⁷ Véase «CAME ratificará su apoyo al modelo industrial en la reunión con Cristina» (2011), en *Tiempo Sur* (10 de mayo de 2011); «De Mendiguren asume en la UIA» (2011), en *Clarín* (22 de abril de 2011); «Grietas entre los industriales: Quién es quién en la pelea interna de la UIA, la cámara empresaria más poderosa del país» (2011), en *La Nación* (13 de febrero de 2011).

Las mejoras en el empleo en general y en el salario real del sector privado en particular aportaron a recuperar la imagen pública del gobierno, en tanto que también ayudaron a afianzar la relación del kirchnerismo con la CGT que dirigía Hugo Moyano. Este afianzamiento había comenzado a forjarse en 2009, cuando el líder camionero alcanzó la vicepresidencia del peronismo bonaerense, pero terminó de cristalizarse en 2010, cuando dicho dirigente asumió finalmente como presidente del mismo órgano (Marticorena 2015).

Estas mejoras económicas también trajeron consigo buenas noticias en los indicadores de pobreza e indigencia, los cuales luego de un 2009 con una leve suba, entre 2010 y 2011 volvieron a su senda descendente.

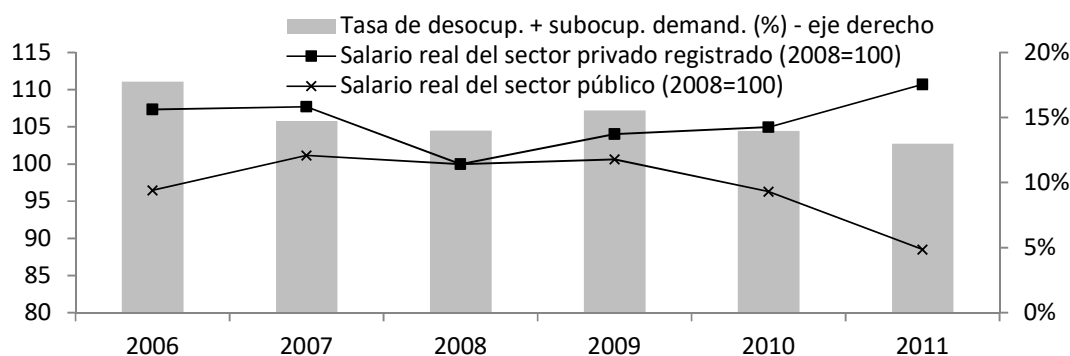


Figura 3.3. Desocupación, subocupación demandante, y salarios reales. Fuente: elaboración propia a partir de MECON (2020).

En tanto que durante la etapa anterior los economistas afines al gobierno remarcaban el crecimiento económico «a tasas chinas»,³⁸ el nuevo período expansivo trajo consigo la consigna de «crecimiento con inclusión social».³⁹ De esta forma, desde las principales líneas editoriales cercanas al kirchnerismo se quitaba centralidad al aspecto meramente macroeconómico de las estadísticas —el cual había sufrido un altibajo en 2009— y se daba un mayor lugar al aspecto social de las mismas, aspecto donde la evolución de los principales indicadores fue en términos generales positiva, y relativamente pareja.

Más allá de las mejoras objetivas administradas entre el gobierno y la CGT, la mejora económica y la reducción del desempleo también trajeron consigo un reverdecer en los conflictos laborales, los cuales no siempre corrieron por los canales institucionales. En tanto que la mayoría de los gremios se mantuvieron dentro de los parámetros establecidos desde la dirigencia sindical, otros avanzaron en la conquista efectiva de mejores condiciones laborales y salariales, e incluso en algunos casos, ante las exigencias de las

³⁸ Véase «Renta agropecuaria» (2006), en *Página 12* (29 de junio de 2006).

³⁹ Véase «La economía kirchnerista» (2011), en *Página 12* (13 de febrero de 2011).

bases, los desacuerdos entre trabajadores y burgueses decantaron en disputas de diversa intensidad.

Los diferentes conflictos registrados luego de la elección de 2009, desnudaron abiertamente las grandes contradicciones entre el discurso progresista del kirchnerismo y una realidad laboral que se mostraba cada vez más represiva. El primer caso destacado sucedió en septiembre de 2009 en la fábrica Kraft Foods, donde luego de un largo conflicto originado en la exigencia de mejores condiciones laborales, la policía bonaerense –dirigida políticamente por Daniel Scioli, gobernador kirchnerista– reprimió duramente a los trabajadores despedidos.⁴⁰ Ya en 2010, luego de repetidos reclamos por pase a planta permanente de los tercerizados del ramal Roca, se produjo el asesinato de Mariano Ferreyra, un joven militante del Partido Obrero que apoyaba la lucha de los trabajadores. Este asesinato fue llevado a cabo por un grupo armado paraestatal ligado a la Unión Ferroviaria –gremio cercano al kirchnerismo– el cual atacó a los tercerizados en medio de una «zona liberada» por la misma policía bonaerense –cuyo responsable político de turno también era Scioli– (Rojas 2012).

Durante el 2011, los conflictos no institucionalizados continuaron su rumbo. Por un lado, la exigencia de personería gremial de los trabajadores del subte volvió a sufrir la represión tercerizada de un grupo relacionado con la UTA.⁴¹ También el mismo año se registraron varios tiroteos entre dirigentes de base de la línea 60 y grupos armados ligados a dicho sindicato de transporte.⁴² Por otro lado, se produjeron varios ataques contra miembros del SITRAIC –Sindicato de Trabajadores de la Construcción, dirigido por corrientes de izquierda– perpetrados por afiliados de la UOCRA –sindicato dialoguista aliado al gobierno–.⁴³

Todos estos casos de conflictos no institucionalizados ratificaban la existencia de una construcción política en ascenso que la izquierda argentina supo cimentar al calor del crecimiento económico del primer kirchnerismo. Frente a esto, cada desborde de los canales institucionales trajo consigo represión directa, realizada por fuerzas estatales; o represión indirecta, realizada por grupos armados ligados a sindicatos afines al gobierno, contando siempre con la connivencia de las fuerzas policiales. De esta forma, en tanto que el Estado brindaba directamente protección a la propiedad burguesa, la CGT aliada al gobierno no solamente aislaba los conflictos dirigidos por

⁴⁰ Véase «Violento desalojo de la fábrica de Kraft» (2009), en *La Nación* (26 de septiembre de 2009).

⁴¹ Véase «Pasajeros de subte, otra vez rehenes» (2011), en *La Nación* (1 de abril de 2011).

⁴² Véase «Nuevo paro y graves incidentes en el conflicto de los choferes de la línea 60» (2011), en *El Día de Escobar* (19 de septiembre de 2011).

⁴³ Véase «Denuncian un ataque a un gremialista que denunció a Gerardo Martínez» (2011), en *La Prensa* (30 de agosto de 2011); «Lomas de Zamora: pelea entre trabajadores de la construcción» (2011), en *La Nación* (3 de febrero de 2011).

trabajadores «díscolos», sino que también intervenía como fuerza de choque frente a quienes intentaban limitar la explotación (Sartelli y Harari 2018).

En los ámbitos externos a la clase trabajadora ocupada, dadas las contradicciones sociales crecientes, la política oficial también fue dando cada vez más centralidad a la represión como herramienta de intervención en la lucha de clases. En el plano más general, al proceso de criminalización de la protesta ya nombrado en apartados anteriores, se le sumó la llegada de un nuevo piso histórico de gatillo fácil, nivel que no descendería ya hasta el final del ciclo de gobiernos kirchneristas (CORREPI 2015).

Sin embargo, dentro de la cuestión represiva, quizás el elemento más importante de este período fue el gran crecimiento que experimentaron los asesinatos en situación de represión a la protesta social. En este aspecto, los sucesos más importantes fueron los 3 muertos en el desalojo del Parque Indoamericano –desalojo realizado en conjunto por las fuerzas represivas dependientes de Nación y de la ciudad de Buenos Aires–⁴⁴ los asesinatos sufridos por la comunidad QOM en Formosa por disputas territoriales –llevados a cabo por la policía de la provincia bajo el mandato de Gildo Insfrán, quien había sido electo por el Frente Para la Victoria–⁴⁵ y los 4 muertos resultantes de la desocupación del Ingenio Ledesma, desocupación llevada adelante por la policía jujeña durante el mandato de Walter Barrionuevo, también de procedencia electoral kirchnerista.⁴⁶

Como se puede ver, en los tres episodios comentados se encuentra algún dirigente del Frente para la Victoria ligado a la responsabilidad política de la represión. No obstante, el kirchnerismo actuó hábilmente en términos mediáticos. En este sentido, al tiempo que los medios opositores dedicaron poco espacio a relatar las diferentes represiones, en los medios cercanos al gobierno se encargaron de desviar la responsabilidad de las muertes hacia la figura de los diferentes gobernantes locales, preservando así el creciente capital político del kirchnerismo.

3.2.5 2010-2011: recuperación, contradicciones, y 54%

Como explicamos hasta aquí, el bienio 2010-2011 se caracterizó por ser un bienio contradictorio. En tanto que el kirchnerismo hacía gala de una renovada impronta progresista, nacional y popular, y disfrutaba de los beneficios de un nuevo proceso de crecimiento económico con mejoras

⁴⁴ Véase «Claves y cronología de un complejo conflicto» (2010), en *La Nación* (10 de diciembre de 2010).

⁴⁵ Véase «Las víctimas tienen nombre: Roberto López y Sixto Gómez» (2010), en *Pájaro Rojo* (1 de octubre de 2010).

⁴⁶ Véase «Jujuy: cuatro muertos en desalojo de tierras del ingenio Ledesma» (2011), en *La Capital* (29 de julio de 2011).

sociales, detrás de escena asomaban los desequilibrios macroeconómicos, a la vez que la represión tomaba cada vez más centralidad como instrumento de intervención en la lucha de clases. Dado el marco contradictorio, este reverdecer económico y político se erigía sobre bases endebles, marcando abiertamente el agotamiento de la misma estructura social de acumulación. No obstante, es en la capacidad de mantener tras bambalinas esta contradicción donde se volvió a demostrar la capacidad de maniobra política de la coalición gobernante.

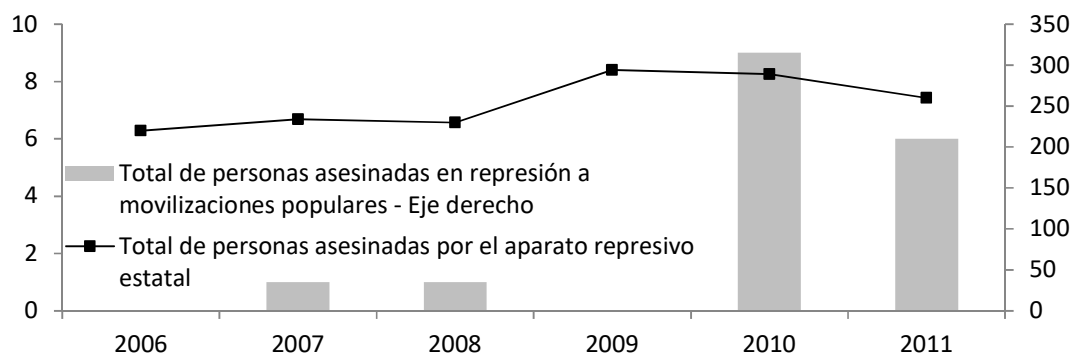


Figura 3.4. Total de personas asesinadas por el aparato represivo y personas asesinadas en situación de movilización popular. Fuente: CORREPI (2015).

A la par que crecían los desequilibrios y las contradicciones, en este período también se ampliaron los bandos oficialistas y opositores al calor de la «crispación». Ya en el mandato de Néstor Kirchner el mismo gobierno había apuntado como enemigos al conjunto de partidos opositores, a las empresas privatizadas, a los organismos multilaterales de crédito, y a las fuerzas armadas. Comenzada la gestión de Cristina Fernández, a aquel conjunto inicial se le sumó la burguesía agraria, los principales medios de comunicación privados encabezados por el Grupo Clarín, y la Iglesia Católica; a la par que amplias franjas poblacionales provenientes de los sectores medios urbanos se acoplaban a este elenco, tanto en las calles como en las urnas.

Frente al ahora ampliado arco opositor, la coalición gobernante todavía tenía a su favor el apoyo de gran parte de la burguesía industrial, de un amplio conjunto de organismos de derechos humanos, de las organizaciones piqueteras mayoritarias, y de la CGT moyanista. A su vez, con el devenir de la primera presidencia de Cristina Fernández, a estos actores se les fueron agregando un grupo cada vez mayor de organizaciones de intelectuales y jóvenes de corte progresista.⁴⁷ Al mismo tiempo, con la recuperación económica y la profundización de la agenda orientada a los sectores más desprotegidos de la sociedad, amplias franjas poblacionales apoyaron la

⁴⁷ Véase «Cristina Kirchner supera el 52% y Binner va segundo» (2011), en *La Nación* (9 de octubre de 2011).

impronta nacional y popular del kirchnerismo, reivindicando nuevamente el rol de la clase política y de las instituciones de la democracia burguesa.

Ante esta situación, la coalición gobernante supo sacar partido de la tensión creciente, logrando un nuevo avance en su construcción política, lo que si bien era insostenible en el largo plazo, le sería muy redituable en el corto plazo.

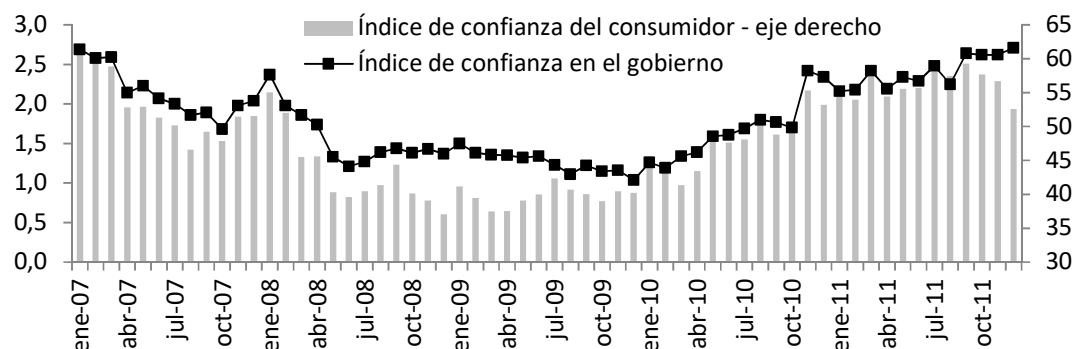


Figura 3.5. Índice de confianza del consumidor e Índice de confianza en el gobierno. Fuente: elaboración propia a partir de UTDT (2019a,b).

En estos términos, el kirchnerismo hizo prevalecer las buenas noticias que mostraban los indicadores económicos y sociales por encima de los desequilibrios y las contradicciones crecientes que se acumulaban conforme pasaba el tiempo, cosechando así un apoyo social en ascenso. Y, a partir de esto, en las elecciones presidenciales de 2011 el elenco gobernante logró un arrollador 54%, porcentaje que habilitaba un segundo mandato de Cristina Fernández de Kirchner, y que también volvía a consagrar al kirchnerismo como una coalición dominante.

3.3 El agotamiento de la estructura social de acumulación en perspectiva

Hasta aquí, se explicó cómo durante la etapa de agotamiento de la estructura social de acumulación el gobierno pasó de la crisis económica y la derrota política a retomar la iniciativa y relanzar la acumulación capitalista.

Visto en perspectiva, el primer gran rasgo del período 2008-2011 fue el quiebre en el devenir de las principales variables económicas y sociales. En este sentido, la etapa en cuestión presentó una interrupción en el crecimiento del PBI, en el aumento de los salarios y de la tasa de ganancia, y en el incremento del nivel de las reservas, entre otros elementos. A su vez, también se detuvo la senda descendente del nivel de desocupación y de la pobreza e indigencia. Sin embargo, si se analiza el período de punta a punta, se observa

que entre 2008 y 2011 existe una suerte de estancamiento de las principales variables, muy distinta a la mejora generalizada que se exhibía durante la gestión de Néstor Kirchner.

Otro rasgo de esta etapa fue su relativa inestabilidad. Si bien este período no estuvo dotado del vértigo que caracterizó al mandato de Eduardo Duhalde, sí se apreció de forma clara dos etapas bien diferenciadas hacia su interior, dentro de las cuales, la mayoría de los indicadores económicos y sociales y las relaciones políticas predominantes tuvieron un comportamiento coordinado. Sin embargo, al comparar estas sub etapas entre sí, se observan movimientos diametralmente diferentes, que dan cuenta de su cuota de inestabilidad.

Como elemento transversal del agotamiento de la estructura social de acumulación se puede observar la continua iniciativa del kirchnerismo, la cual registró tanto formas como resultados dispares durante cada uno de los dos bienios analizados. Por un lado, durante el bienio 2008-2009 las iniciativas del gobierno se centraron en el aspecto económico, logrando amortiguar con relativo éxito las consecuencias de la crisis mundial, aunque no pudiendo evitar la recesión, la crisis política, y la derrota en las legislativas de 2009. Ya durante el bienio 2010-2011, con una tibia recuperación económica a cuestas, las iniciativas gubernamentales se orientaron principalmente a los aspectos más simbólicos de su construcción política, logrando un rotundo éxito que se expresó en aquel 54%.

Por último, otro elemento que cruzó a ambos bienios fue la progresiva acumulación de desequilibrios y contradicciones. Por un lado, durante el bienio 2008-2009 hizo su aparición el déficit fiscal, a la par que se expandía el conjunto de adversarios políticos del kirchnerismo, y la coalición gobernante hacía cada vez un mayor uso de la represión para intervenir en la lucha de clases. Por otro lado, en el bienio 2010-2011 se sumó el arribo del déficit de cuenta corriente externa, la consolidación de la inflación en un piso elevado, y la ampliación del círculo de aliados kirchnerista. En este marco, el elenco gobernante logró llegar a las elecciones de 2011 con un apoyo por demás amplio, ponderando de cara a la opinión pública los resultados positivos de sus iniciativas, y dejando en un segundo plano a los desequilibrios y a las contradicciones crecientes que iban carcomiendo las bases de la estructura social de acumulación. De esta forma, el gobierno volvió a mostrar su capacidad de manejar en el tiempo las mismas contradicciones de la acumulación capitalista, y utilizarlas en su favor.

Dicho lo anterior, se observa cómo ante la aparición de problemas, el kirchnerismo, en lugar de solucionarlos, optó por agudizarlos en algunos casos, o a lo sumo por atenuarlos en otros. Esta orientación privilegió el crecimiento de corto plazo por encima del sostenimiento de largo plazo, sembrando diversos desequilibrios y contradicciones, los cuales en lo inmediato eran manejables, pero en el transcurso del tiempo se tornarían cada

vez más complejos. Este accionar, en un contexto donde las instituciones de la democracia burguesa ya se encontraban fuera de discusión, permitía que en los hechos la coalición gobernante fijara mayor atención en su propia construcción política que en las mismas necesidades concretas de la acumulación capitalista. De esta forma, se logró amortiguar la crisis y potenciar el posterior crecimiento, pero al precio de empujar al capitalismo argentino por fuera de sus equilibrios fundamentales.

Como corolario del período, la aplastante victoria en las elecciones de 2011 cristalizaba el resurgir político del kirchnerismo, y volvía a posicionarlo de manera indiscutida como una coalición política dominante. Sin embargo, el conjunto de desequilibrios y contradicciones que asomaban por lo bajo, anticipaba un futuro bastante más complejo que lo que podía observarse superficialmente.

Capítulo 4

2011-2015: la crisis de la estructura social de acumulación que sostuvo al ciclo de gobiernos kirchneristas

La victoria electoral que dio al kirchnerismo el 54% de los sufragios ayudó a dejar en un segundo plano a los desequilibrios y a las contradicciones que se acumularon durante el primer gobierno de Cristina Fernández. También renovó las esperanzas del electorado kirchnerista, que esperaba para el segundo mandato una continuidad de las buenas noticias registradas durante los últimos dos años. Sin embargo, frente al optimismo propio que generó la victoria, el gobierno planteaba que se venían tiempos de «sintonía fina»,¹ y llamaba a un diálogo amplio para repartir políticamente las penas del ajuste que la acumulación capitalista estaba exigiendo.

Ante la dificultad de implementar aquel ajuste y relanzar la acumulación, el capitalismo argentino volvía a entrar en una nueva etapa de virtual estancamiento del PBI, con una tasa de ganancia que caía en picada. A la par de esto, el gobierno perdía sus principales aliados políticos, y se registraban cada vez más enfrentamientos entre las clases y las fracciones en pugna. En este marco, un conjunto creciente de actores sociales exigía cambios de fondo en la estructura social de acumulación, configurando así su crisis.

Frente a la compleja situación, el kirchnerismo orientó sus acciones a llegar al final de su tercer mandato sin grandes sobresaltos, acumulando en esta tarea cada vez más desequilibrios económicos y contradicciones políticas y sociales, por lo cual esta etapa se caracterizó extrañamente por cierta estabilidad en su decadencia. En función de lo anterior, el presente apartado está ordenado a partir de los principales aspectos del devenir histórico, dejando en un segundo plano la cuestión cronológica.

¹ El término «sintonía fina» fue utilizado por Cristina Fernández fundamentalmente al comienzo de su segundo mandato, y anticipaba un conjunto de políticas tendientes a incrementar selectivamente la injerencia estatal en la economía y racionalizar los recursos del Estado. Véase «La hora de la “sintonía fina”» (2011), en *El Economista* (23 de noviembre de 2011).

4.1 La macroeconomía del estancamiento y los desequilibrios

El período comprendido entre 2008 y 2011 tuvo como características la consolidación de la inflación en niveles superiores al 20% anual y la aparición de los déficits fiscal y externo. Durante aquella etapa, estos desequilibrios no imposibilitaron el crecimiento económico y cierta mejora en las condiciones de vida de la población. No obstante, a partir de 2011, estos problemas serían los elementos centrales que marcarían el devenir histórico, afectando no solo a la macroeconomía, sino también a los aspectos sociales y políticos.

4.1.1 El estancamiento del PBI, la caída de la tasa de ganancia, la declinación en la acumulación de capital y el incentivo al consumo

Como ya ha quedado establecido, dos elementos centrales del tercer gobierno kirchnerista fueron la caída de la tasa de ganancia y el estancamiento de la acumulación capitalista. Ya durante el mandato inicial de Cristina Fernández salieron a la luz varios problemas importantes de índole económica, los cuales fueron atenuados por medio de la intervención estatal. Sin embargo, en el tercer mandato del kirchnerismo estas tendencias se intensificaron y encontraron, como ya veremos más adelante, a un gobierno con cada vez menor capacidad de intervención frente a un movimiento obrero fortalecido y conforme pasaba el tiempo, más alejado de la coalición gobernante. Esta realidad permitió que la clase trabajadora, y especialmente aquella fracción registrada y empleada por el sector privado, pudiera lograr ciertas mejoras salariales dentro del contexto de estancamiento del PBI y de la productividad, lo cual redundó en una retracción de la masa de ganancias y, a su vez, de la tasa de explotación. Esta retracción desembocó en un descenso tendencial de la tasa de ganancia, que se perpetuó durante todo el período 2011-2015.

El descenso del nivel de ganancias fue el principal factor que desalentó la acumulación de capital productivo. A su vez, esta caída de la rentabilidad venía acompañada por una inestabilidad macroeconómica y política que se visualizaba desde varios sectores,² desanimando también a la misma inversión. No obstante, estos elementos negativos tuvieron algunos contrapesos. De un lado, a lo largo del último mandato del kirchnerismo, el tipo de cambio se mostró cada vez más atrasado, abaratando la importación de equipos del

² Véase «El mercado argentino es una montaña rusa» (2014), en *Ámbito Financiero* (2 de junio de 2014); «Inestabilidad y crisis recurrentes detrás de la maldición del BCRA» (2015), en *El Cronista* (11 de diciembre de 2015); «Inflación: ¿hasta cuándo resiste la Argentina con estas tasas?» (2013), en *Clarín* (14 de julio de 2013); «Los ciclos fiscales son fuente de inestabilidad» (2014), en *Ámbito Financiero* (6 de octubre de 2014).

exterior para la producción local. Por otro lado, la capacidad instalada no era ya tan abundante como en el primer gobierno kirchnerista, razón que también daba incentivo a la acumulación de capital productivo. Sin embargo, el resultado neto de la combinación de los elementos enumerados fue un nivel de acumulación decreciente, lo cual le quitó pujanza al crecimiento económico, redujo la participación de la inversión dentro del producto, y forjó gran parte de las tendencias recesivas que operaron sobre el PBI durante todo el período.

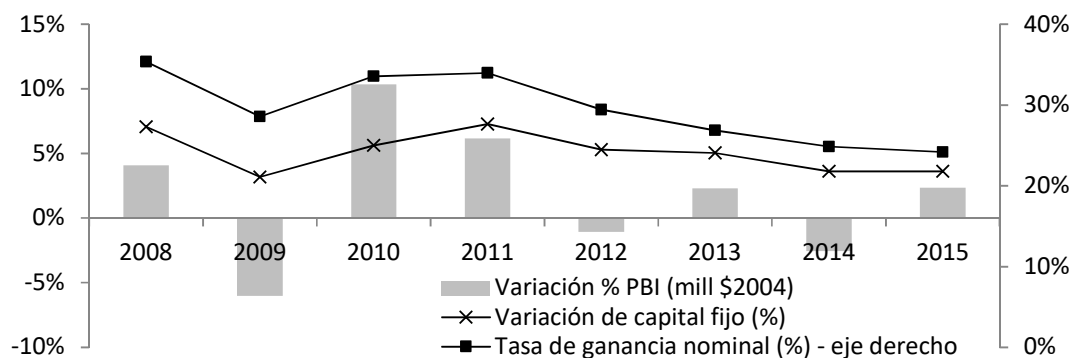


Figura 4.1. Variación del PBI, variación del stock de capital fijo, y tasa de ganancia (2008-2015). Fuente: elaboración propia a partir de INDEC (2016a) y MECON (2020) y anexo estadístico.

Como contrapartida de la decreciente acumulación de capital fijo, durante la etapa 2011-2015 aumentó sostenidamente la participación del consumo dentro del producto. El primer elemento que aportó a esta situación fue el tenue y desperejo crecimiento de la masa salarial. Frente a esto, las políticas públicas fueron el gran puntal del consumo privado, ya que impulsaron un amplio abanico de opciones para el endeudamiento de los hogares (Kulfas 2016). En este marco, creció fuertemente tanto la deuda por la vía de préstamos como por las tarjetas de crédito,³ siendo los planes PROCREAR,⁴ PROCREAUTO⁵ y Ahora 12⁶ los máximos exponentes del fenómeno.

De esta forma, el fomento al endeudamiento de los hogares contribuía a mantener relativamente elevada a la golpeada demanda agregada, que contaba con una inversión cada vez más débil, y una masa salarial que si bien crecía, lo hacía de forma lenta y despereja. Este mecanismo buscaba así compensar por

³ Véase «Consumo popular» (2012), en *Página 12* (22 de abril de 2012); «Hasta la comida se compra en cuotas» (2012), en *La Nación* (3 de septiembre de 2012).

⁴ Véase «¿Cómo es el plan Procrear de créditos para viviendas?» (2013), en *La Nación* (26 de septiembre de 2013).

⁵ Véase «Cómo funciona el plan Pro.Cre.Auto» (2014), en *Ámbito Financiero* (1 de julio de 2014).

⁶ Véase «Comenzó el plan “Ahora 12” para estimular el consumo con tarjeta de crédito» (2014), en *El Cronista* (13 de septiembre de 2014).

medio de intervenciones estatales la insuficiencia de la propia acumulación capitalista, logrando contrarrestar parcialmente las tendencias recesivas que operaban sobre el PBI. No obstante, esta política que se presentaba útil en el corto plazo, acorde pasaba el tiempo se tornaba cada vez más insostenible, generando crecientes niveles de endeudamiento en los hogares.

4.1.2 El crecimiento del gasto público y del déficit fiscal

Acompañando al aumento del consumo, durante el segundo gobierno de Cristina Fernández, el otro rubro que sostuvo al PBI fue el ascendente gasto público. Sin embargo, al momento de la segunda asunción de la mandataria, el fuerte crecimiento de las erogaciones estatales no parecía estar entre los planes del gobierno. La «sintonía fina» que inicialmente se pregonaba desde los discursos oficiales⁷ tenía como base el conocimiento firme de una realidad macroeconómica cada vez más desequilibrada. Es por esto que este slogan era la forma elegante de expresar allá por 2011 la necesidad de realizar diversos ajustes en la macroeconomía. Sin embargo, estos ajustes confrontaban abiertamente con la impronta del gobierno que ostentaba al crecimiento económico y a la redistribución progresista del ingreso como logros propios.

Uno de los costados más importantes de esta «sintonía fina» era el fiscal. Dado el abultado déficit que se registraba en 2011 y la escasa capacidad que tenía el gobierno de encontrar financiamiento para el mismo, se planteaba una situación que si bien en el corto plazo era transitable, se iría tornando cada vez más compleja conforme pasara el tiempo. En función de esto, el kirchnerismo avanzó en la revisión de las cuentas públicas. El primer intento de ajuste importante llegó pocos meses después del 54%, enfocado en los crecientes subsidios a los servicios públicos. La idea original de la coalición gobernante era una reducción selectiva de los subsidios, orientada a dejar fuera del beneficio a los hogares de mayores ingresos. El primer paso en este sentido consistió en una renuncia voluntaria, intento que obtuvo escaso éxito.⁸ La segunda fase de este proceso fue la eliminación directa de los subsidios a la luz, al gas y al agua en los barrios de mayores ingresos, medida que si bien no fue muy resistida, tampoco logró ahorrar grandes cantidades de recursos.⁹ Sin embargo, entrado el 2012, la tragedia de Once –la cual ratificaba una vez más el desmanejo de las privatizadas y su connivencia con el gobierno (Bonnet 2015)– vetó la posibilidad de una drástica quita de subsidios a los transportes;

⁷ Véase Cristina Fernández (2011), *Asunción de Cristina Kirchner*, 10 de diciembre de 2011.

⁸ Véase «En la renuncia a los subsidios, Cristina perdió por goleada: sacó el 0.25%» (2012), en *Clarín* (5 de noviembre de 2012); «Los políticos y famosos que dieron el primer paso» (2011), en *Página 12* (24 de noviembre de 2011).

⁹ Véase «Los countries, barrios privados y la quita de subsidios: ¿golpe a los ricos o a la clase media?» (2011), en *Iprofesional* (17 de noviembre de 2011).

a la vez que durante el correr del año, con la recesión postelectoral, terminaron de naufragar todas las intenciones de recorte en este sentido (Kulfas 2016).

Asumida la imposibilidad de reducción del gasto, y con las tendencias recesivas a cuestas, el kirchnerismo volvió a usar a este mismo gasto público como herramienta para contrarrestar la caída económica. De esta manera, hasta el final del segundo mandato de Cristina Fernández, las erogaciones consolidadas del Estado se incrementaron sostenidamente.

El aumento del gasto público tuvo varios componentes. Por un lado, ante la ya nombrada imposibilidad de recorte de subsidios, la partida dedicada a servicios económicos creció lenta pero constantemente. No obstante, cabe mencionar que a lo largo del período, se fue concretando cierta quita en los subsidios, pero a un ritmo menor que la inflación, lo que en términos reales implicó un crecimiento de los mismos.

Otro elemento que aportó al crecimiento del gasto público fue el aumento del personal estatal en sus diferentes formas, tanto de manera formal como precarizada (ATE 2015). Este incremento de la plantilla estatal tuvo un rol central en la generación de trabajo durante todo el período, ante un sector privado relativamente estancado.

Por último, el gasto social fue el rubro de mayor expansión dentro las erogaciones del Estado. Esta expansión estuvo motivada principalmente por la continuidad de la moratoria jubilatoria y el aumento en términos reales de los haberes previsionales, a la vez que aportaron también la creación de nuevos planes sociales –tales como el PROGRESAR– y la ampliación de antiguos programas, tales como el Argentina Trabaja o la AUH. Este crecimiento también estuvo acompañado de aumentos en las partidas dedicadas a educación y salud, las cuales registraron un crecimiento sostenido durante todo este último mandato.

Toda esta política fiscal expansiva, unida al fomento del consumo, ayudó a compensar relativamente las tendencias recesivas del PBI. A su vez, estas políticas también aportaron en el sostenimiento del empleo y de las condiciones de vida de los sectores pasivos y desocupados de la clase trabajadora, sectores que serían un gran puntal social del gobierno.

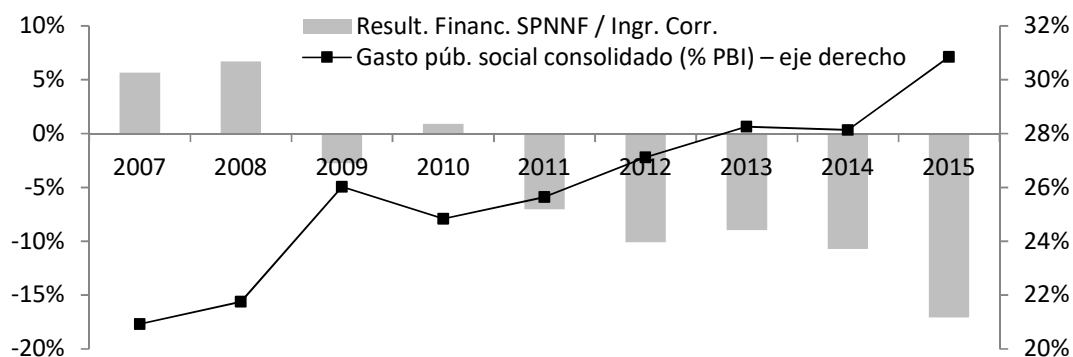


Figura 4.2. Resultado financiero del SPNMF, y gasto público consolidado como % del PBI (2008-2015). Fuente: elaboración propia a partir de MECON (2016, 2020).

No obstante, estas medidas expansivas hacían crecer cada vez más el déficit fiscal. Y, ante la expansión del déficit fiscal, como ya lo venía haciendo anteriormente, el kirchnerismo intentó ampliar sus recursos para cubrir la brecha, lo que potenció los conflictos del gobierno con diferentes fracciones tanto del capital como de la clase trabajadora. En lo relativo a la recaudación, durante este período la mayor novedad fue el incremento del pago del impuesto a las ganancias, en especial aquel rubro que abarcaba a los asalariados con mayores ingresos (Argañaraz y Mir 2015; FIEL 2015).¹⁰ El incremento de este rubro se dio por la falta de actualización tanto del mínimo no imponible como de las diferentes escalas de tributación. Por otro lado, ante el aumento de los gravámenes provinciales y la falta de legislación impositiva referida al ajuste contable por inflación, también creció durante esta etapa la presión tributaria sobre las empresas, motivando varios choques entre el empresariado más concentrado y el gobierno kirchnerista.¹¹

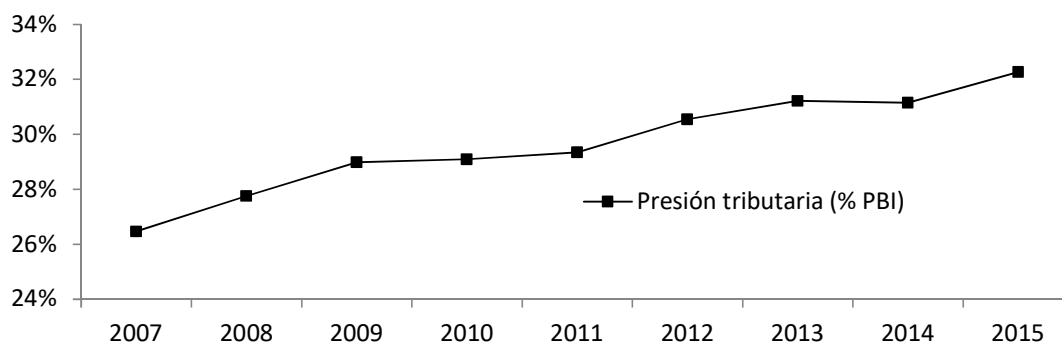


Figura 4.3. Presión tributaria bruta, en porcentaje del PBI (2008-2015). Fuente: elaboración propia a partir de MECON (2016, 2020).

¹⁰ Véase «Durante el kirchnerismo se duplicó la presión tributaria» (2016), en *Clarín* (16 de enero de 2016).

¹¹ Véase «Críticas de la UIA por la inflación, los costos y la presión impositiva» (2013), en *Clarín* (3 de septiembre de 2013).

A la par que la coalición gobernante incrementaba su recaudación impositiva, para financiar su déficit también absorbía recursos no tributarios por la vía del endeudamiento interno. Como ya dijimos, luego de la estatización de las AFJP, el ANSES se convirtió en una nueva caja, que proveyó sostenidamente de fondos al kirchnerismo durante su último mandato,¹² tanto por la vía de los ingresos corrientes como por el lado de los préstamos del Fondo de Garantía del organismo. A su vez, con la reforma del Banco Central materializada en 2012,¹³ se terminaba de dar vía libre al ejecutivo para financiarse con fondos de la entidad, permitiendo así monetizar libremente el déficit y disponer de las reservas internacionales para el pago de obligaciones en moneda extranjera (Bonnet 2015; Piva 2015). De esta manera, el gobierno continuaba buscando parches para sus desequilibrios económicos, sin atacar la causa de los mismos. Por otro lado, esta forma de financiamiento intra Estado, a la par que dejaba sin recursos a los organismos públicos, nacionalizaba gran parte de la deuda que años atrás estaba extranjerizada, aportando al discurso nacionalista que llevaba adelante el elenco gobernante (Selva 2014).

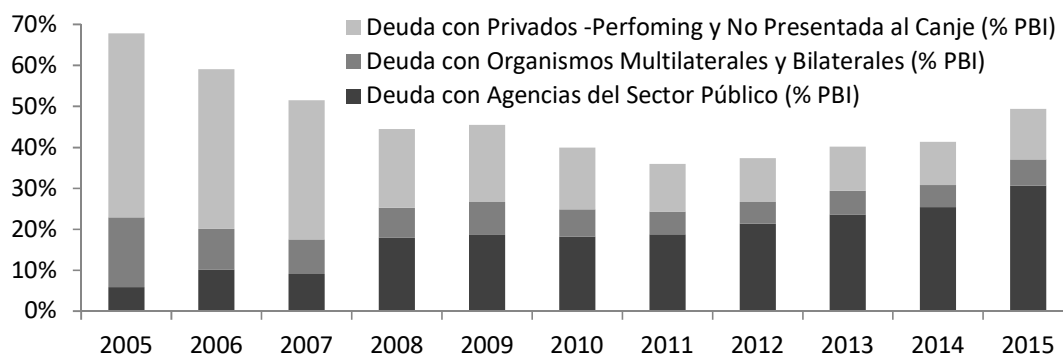


Figura 4.4. Deuda pública en porcentaje del PBI por tipo de acreedores (2005-2015). Fuente: elaboración propia a partir de MECON (2016).

Complementando el incremento del endeudamiento interno, las necesidades financieras del último kirchnerismo también empujaron al gobierno, aunque sin mucho éxito, a buscar financiamiento externo, labor que será analizada en los próximos apartados.

Luego de un frustrado intento de recorte inicial, el gasto público siguió representando un gran elemento contracíclico, frente a las tendencias recesivas que arrastraba el PBI. Esto mostraba que la «sintonía fina» que se lanzó al principio del último mandato kirchnerista, fue solamente un tibio intento de

¹² Véase «Dinero de ANSeS: para todo menos para lo que deben» (2012), en *Urgente 24* (13 de junio de 2012).

¹³ Véase «Banco Central: los puntos principales de la reforma» (2012), en *El Cronista* (22 de marzo de 2012).

ajuste que finalmente fue frustrado por las presiones políticas de la realidad. No obstante, durante el devenir del período se fueron ampliando los desequilibrios fiscales, haciendo cada vez más insostenible la situación. Frente a esto, el kirchnerismo aumentó la presión tributaria sobre distintas fracciones, a la vez que acaparó recursos de diferentes organismos públicos.

Toda esta situación planteaba un círculo vicioso. Ante las tendencias recesivas propias del devenir de la estructura social, el gobierno aumentaba el gasto público, incrementando su déficit, lo cual lo empujaba a subir la presión tributaria, afectando los salarios registrados de mayor cuantía y la rentabilidad empresarial. Esto último potenciaba la tendencia hacia la recesión, reeditando nuevamente el mismo circuito, solo que cada vez con mayores desequilibrios fiscales y mayor presión tributaria. De esta forma se configuraba, desde el lado fiscal, una situación contradictoria, ya que en tanto se sostenía la acumulación capitalista desde el gasto público, también se obstruía la misma acumulación al afectar las ganancias empresariales con el creciente cobro impositivo, desanimando la inversión. A su vez, al desfinanciar los distintos organismos públicos, se mostraba la finitud de las políticas, que exigían cada vez más fondos para cubrir la brecha corriente.

A la par que todo este conjunto de medidas traía malestar en la opinión pública, también enemistaba cada vez más al gobierno con las principales representaciones gremiales de las diferentes fracciones en pugna, intensificando las contradicciones políticas que caracterizaron al segundo mandato de Cristina Fernández.

4.1.3 La inflación como consolidación de la crisis

Como explicamos anteriormente, la tendencia al incremento de la inflación se vislumbraba desde el gobierno de Néstor Kirchner. En este marco, ya en los últimos 2 años del primer mandato de Cristina Fernández, el aumento de precios había superado el 20% anual. Este problema continuó a lo largo de toda la crisis de la estructura social de acumulación, dotándola de inestabilidad y afectando fuertemente a la misma acumulación capitalista.

Los principales motivos de la elevada inflación que caracterizó el segundo mandato de Cristina Fernández ya se encontraban vigentes tiempo atrás, aunque no se expresaban plenamente. Por un lado, la puja distributiva ya venía elevando su tenor, aunque durante la etapa anterior la misma estaba relativamente controlada desde el gobierno por medio de su llegada con los principales sindicatos. Luego de la ruptura de la coalición gobernante con Moyano, se le hizo cada vez más difícil al kirchnerismo operar sobre las aspiraciones salariales de los trabajadores, por lo que la puja distributiva tomó impulso. A su vez, la intervención del INDEC y la falta de estadísticas

confiables alimentaban las expectativas sobre los precios, frente a una amplia diversidad de indicadores que o bien subestimaban, o bien sobreestimaban los niveles inflacionarios (Cavallo et al. 2013).¹⁴

Por otro lado, la aparición y el crecimiento sostenido del déficit fiscal y su posterior monetización, también dieron impulso al proceso inflacionario. En tanto que entre 2011 y 2015 el PBI creció en total casi un 7 por ciento, la base monetaria lo hizo en el mismo período casi un 300%, mientras que la inflación acumuló aproximadamente un 290%. Los datos anteriores no implican que necesariamente la inflación haya tenido como causa exclusiva a la monetización del déficit, aunque sí ubican a la emisión monetaria como una causa importante del aumento de precios. En este sentido, además de impulsar la inflación, la emisión también fue consecuencia del mismo proceso inflacionario, ya que convalidó los resultados de la puja distributiva en curso (Piva 2015).

El tercer elemento que hizo su aporte a la consolidación del proceso inflacionario fue el limitado pero sostenido aumento que sufrió el tipo de cambio. Este proceso combinó una tendencia alcista del precio del dólar que se registró durante todo el segundo mandato de Cristina Fernández, con una devaluación puntual registrada a principios de 2014 que terminó de sumar el elemento cambiario al aumento sostenido de los precios de la economía.

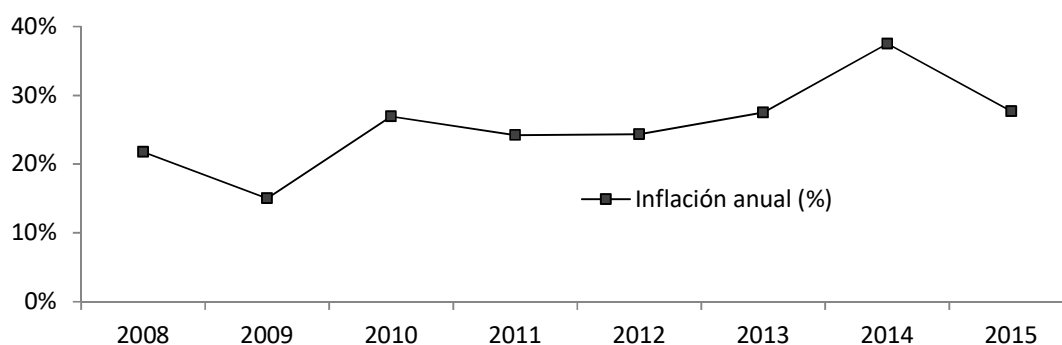


Figura 4.5. Inflación anual (2008-2015). Fuente: elaboración propia a partir de Ruiz (2016).

Ante el desarrollo de este proceso inflacionario, el gobierno se debatía entre negar la inflación, o culpar a los «formadores de precios» de la misma.¹⁵ En línea con el diagnóstico, el kirchnerismo actuó directamente sobre la cadena de distribución de bienes y servicios, estableciendo numerosos controles de

¹⁴ Véase «Estadísticas para creyentes» (2013), en *Ámbito Financiero* (14 de junio de 2013).

¹⁵ Véase «La Presidenta solicitó a formadores de precios dejar de lado abusos a la hora de fijar el valor de sus productos» (2014), en *Casa Rosada* (21 de febrero de 2014); «Señaló a Coto y a Carrefour como los supermercados más denunciados por no respetar los precios cuidados» (2014), en *La Prensa* (12 de febrero de 2014).

precios,¹⁶ enviando militantes propios a realizar estos controles,¹⁷ e inclusive coqueteando con la aplicación de la ley de abastecimiento,¹⁸ todas medidas que fueron fuertemente criticadas por todo el elenco de la burguesía (Castellani y Gaggero 2017). Nuevamente, las medidas llevadas a cabo poco hacían frente al avance del problema, que tendía a ser más grande acorde pasaba el tiempo.

Durante su vigencia, la crisis de la estructura social de acumulación registró una inflación promedio superior al 25%, la cual, al dotar de inestabilidad al ámbito local, afectaba negativamente a la acumulación capitalista. Nuevamente, el kirchnerismo entraba en un círculo vicioso. La puja distributiva se planteaba inercial, y el gobierno lejos estaba de contar con la capacidad política para interrumpirla. La falta de estadísticas confiables terminaba impulsando a esta puja, trayendo así más complicaciones. El déficit fiscal se mostraba como una causa clave del proceso inflacionario, el cual crecía con la misma inflación, dada la mayor necesidad de recursos fiscales para cubrir los crecientes subsidios a los servicios públicos. Por último, la misma inflación desalentaba a las decisiones de inversión, requiriendo consecuentemente mayores erogaciones estatales para mantener el nivel de demanda agregada, lo que a su vez tenía como consecuencia el incremento del déficit fiscal, volviendo así a iniciar el círculo vicioso.

Ante el crecimiento de los desequilibrios, el kirchnerismo respondía con mayor cantidad de intervención y regulaciones, las cuales mostraban recurrentemente su incapacidad de dar soluciones de fondo. Y nuevamente, cuidando su capital político, el gobierno simplemente posponía el ajuste que la acumulación del capital le exigía, profundizando cada vez más sus contradicciones.

4.1.4 El desequilibrio externo y las regulaciones estatales

Si los desequilibrios macroeconómicos no reciben una solución efectiva, suelen propagarse y potenciarse en su devenir. En este sentido, el déficit fiscal hizo un gran aporte al crecimiento del ritmo inflacionario, establecido ya por encima del 20%. Dicha inflación, al no verse acompañada por una devaluación de valores similares, se tradujo en atraso cambiario. Y este atraso cambiario, además de afectar el nivel de ganancias por el aumento de los

¹⁶ Véase «Extienden el congelamiento de precios» (2013), en *La Nación* (6 de febrero de 2013); «Obligan a los supermercados a congelar precios por 60 días» (2013), en *La Nación* (5 de febrero de 2013).

¹⁷ Véase «Organizaciones sociales comenzaron con los controles de precios» (2013), en *La Nación* (31 de mayo de 2013).

¹⁸ Véase «El kirchnerismo impulsa una ley para tener más control sobre empresas y expropiar mercaderías» (2014), en *Ámbito Financiero* (21 de febrero de 2014).

costos en dólares, implicó una caída sostenida de la competitividad internacional, lo que representó el principal elemento estructural para el crecimiento del desequilibrio externo.

Con el atraso cambiario a cuestas, el aumento de las importaciones se potenció. El primer factor que aportó a este aumento fue el crecimiento extensivo de la industria. Este crecimiento no significó para este sector un cambio estructural, sino que se mantuvo igual de atrasado y dependiente (Bonnet 2015; Piva 2015; Schorr 2013), por lo cual fue demandando cantidades cada vez mayores de insumos importados, lo que sumado a la pérdida de competitividad internacional, terminó de configurar un déficit creciente en el saldo comercial de manufacturas. Acompañando lo anterior, la mejora tendencial de los salarios de los trabajadores registrados en combinación con el ya nombrado atraso cambiario, abarataron los destinos en el exterior, trayendo consigo el surgimiento del déficit en el rubro turismo. Esta mejora del poder de compra en dólares del salario también aportó a profundizar aún más el déficit de manufacturas, demandando cada vez más artículos de consumo importados. Por su lado, la crisis energética que ya venía asomando desde el primer mandato de Cristina Fernández, también hizo su contribución al déficit externo, al exigir cantidades crecientes de energía producida en el extranjero.

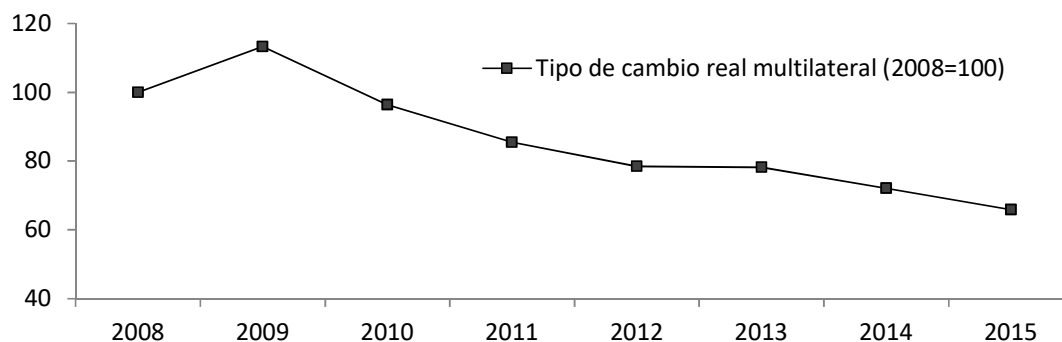


Figura 4.6. Tipo de cambio real multilateral [2008=100] (2008-2015). Fuente: elaboración propia a partir de BCRA (2016).

En tanto que las importaciones requirieron cada vez más divisas en función del aumento de sus cantidades, las exportaciones vieron limitado su valor tanto por el lado de las cantidades como por el lado de los precios. Aportaron a la limitación de las cantidades exportadas el ya nombrado atraso cambiario, la consecuente especulación de los exportadores locales, y la desaceleración del crecimiento económico de China y Brasil, principales destinos de las ventas argentinas. Por otra parte, los efectos de la crisis internacional colaboraron a la limitación del precio de las exportaciones, afectando directamente la cotización de los bienes básicos.

Combinando el crecimiento de las importaciones con las limitaciones de las exportaciones, se reforzaban las tendencias recesivas dentro de la economía argentina, exigiendo mayores recursos públicos para evitar la recesión. A su vez, también menguaba el resultado positivo del intercambio de bienes y servicios, elemento que a lo largo de toda la estructura social de acumulación había sido la principal fuente de divisas del gobierno. Frente a esta caída, el resultado del rubro de rentas –íntimamente relacionado con el pago de intereses y la remisión de ganancias al exterior– se mantuvo en niveles relativamente elevados, aportando al creciente déficit de cuenta corriente externa (Kulfas 2016; Schorr y Wainer 2015).

Al tiempo que se registraba este desequilibrio en la cuenta corriente, el atraso cambiario elevaba las expectativas de devaluación, terminando de alentar la salida de capitales, dados los numerosos diagnósticos de inestabilidad económica, política y social.¹⁹ A su vez, los compromisos de la deuda externa también requerían grandes cantidades de divisas, situación que engrosaba aún más la salida de dólares. Sumados todos estos elementos, finalmente, terminaron decantando en una caída tendencial de las reservas en poder del Banco Central, conformando así la expresión más cruda del desequilibrio externo.



Figura 4.7. Resultado de la cuenta corriente y reservas internacionales (2008-2015). Fuente: elaboración propia a partir de BCRA (2016) y MECON (2020).

Esta caída en las reservas internacionales planteaba sin rodeos la reaparición de la restricción externa, a la par que realimentaba las presiones devaluatorias, y presentaba a la crisis cambiaria como una posibilidad cada vez más cercana.

Para solucionar el problema externo, la opción de largo plazo era un cambio completo en la estructura productiva, que hiciera menos dependiente

¹⁹ Véase «El mercado argentino es una montaña rusa» (2014), en *Ámbito Financiero* (2 de junio de 2014); «Inestabilidad y crisis recurrentes detrás de la maldición del BCRA» (2015), en *El Cronista* (11 de diciembre de 2015); «Inflación: ¿hasta cuándo resiste la Argentina con estas tasas?» (2013), en *Clarín* (14 de julio de 2013); «Los ciclos fiscales son fuente de inestabilidad» (2014), en *Ámbito Financiero* (6 de octubre de 2014).

a la economía local de las importaciones y menos vulnerable a la remisión de utilidades. En lo inmediato, la lógica del mercado cambiario exigía una dura devaluación para cortar la sangría de divisas. La primera parte de dicha solución, en aquel entonces ya se encontraba fuera del alcance del kirchnerismo que, como ya hemos expuesto, luego de sus años de bonanza mantenía todavía una estructura productiva similar a la de la convertibilidad. Y la segunda parte, si bien sí estaba al alcance del gobierno, implicaba necesariamente pagar el costo político de un ajuste cambiario.

Frente a la disyuntiva, el kirchnerismo optó, nuevamente, por la instrumentación de medidas de corto plazo que, en lugar de dar soluciones al problema externo, solo se limitaban a posponerlo en el tiempo. Así, el gobierno volvía a dar preferencia al corto plazo por encima del largo plazo, privilegiando los intereses de su propia construcción política por encima de las necesidades de la acumulación capitalista. Y, nuevamente, todas estas medidas, además de posponer el problema, aportaban a su profundización.

La primera política puntual que encaró el gobierno para frenar las presiones devaluatorias llegó apenas superadas las elecciones de 2011: frente al atraso cambiario se orientó a limitar la demanda especulativa de divisas tanto por empresas como por particulares. Esta medida exigía el permiso de la AFIP para la adquisición de moneda extranjera, y sería el puntapié inicial de lo que con el tiempo se llamaría «cepo cambiario».²⁰ Ya durante el 2012 se avanzó aún más en esta orientación, prohibiendo la compra de dólares a empresas para girar ganancias, y no permitiendo la adquisición de moneda extranjera para atesoramiento por parte de particulares.

En los hechos, la remisión de utilidades y el atesoramiento de divisas encontraban su principal motivación en el atraso cambiario y sus consecuentes expectativas de devaluación, por lo que tanto particulares como empresas buscaban hacerse de dólares a un precio que, dados los diagnósticos, parecía barato. Frente a esto, la prohibición de estas operaciones trajo consigo un malestar que fue en aumento. En términos generales, tanto para las empresas como para muchos particulares, el cepo cambiario representaba un avance sobre la misma propiedad privada y la seguridad jurídica.²¹ A su vez, en términos particulares, la prohibición del giro de ganancias afectaba también a las decisiones de inversión, ya que ponía en peligro la libre disposición de los beneficios.²²

²⁰ Véase «Cronología del cepo al dólar: el día a día de las restricciones» (2014), en *La Nación* (24 de enero de 2014).

²¹ Véase «El cepo cambiario es inconstitucional» (2012), en *El Cronista* (13 de agosto de 2012); «Punto final al mercado libre de cambios en Argentina: expertos dan su “veredicto” y dicen si el cepo es inconstitucional» (2012), en *Profesional* (18 de julio de 2012).

²² Véase «Para el FMI, el control de cambios afecta la confianza y la inversión» (2013), en *La Nación* (17 de abril de 2013).

Todos los limitantes impuestos para la obtención libre de divisas tuvieron resultados contradictorios. A la par que limitaron en los hechos la compra y el giro de dólares, también incentivaron a la especulación cambiaria. En función de esto, apareció el dólar informal, también llamado «blue». La emergencia de este tipo de dólar era una muestra más del desequilibrio externo, por lo que a la par que crecía la brecha con el dólar oficial, aumentaban las expectativas devaluatorias. A su vez, estas expectativas devaluatorias alimentaban tanto la demanda de moneda extranjera como las limitaciones sobre esa misma demanda, ampliando aún más la brecha y completando de esta manera, un nuevo círculo vicioso para el kirchnerismo.

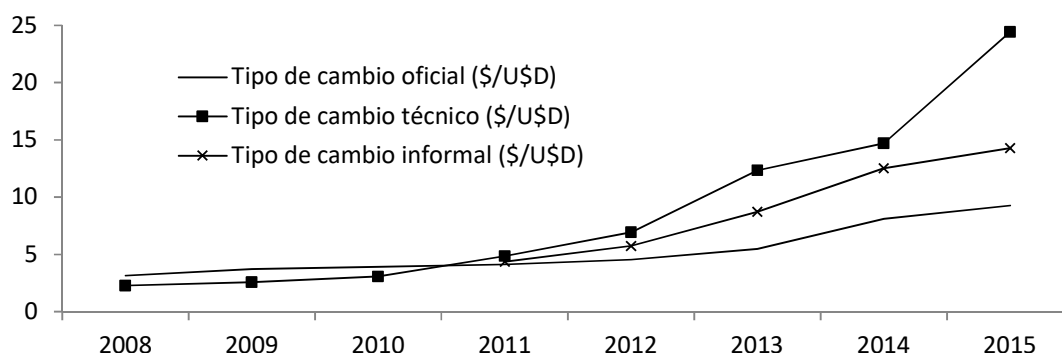


Figura 4.8. Tipo de cambio oficial, técnico e informal (2008-2015). Fuente: elaboración propia a partir de BCRA (2016) y La Nación (2016).

Además de operar sobre la demanda especulativa de dólares y el giro de utilidades, el gobierno llevó adelante políticas para mejorar el resultado comercial de la cuenta corriente: en 2012 se implementaron medidas para limitar el gasto de dólares destinado al turismo, exigiendo a los particulares permisos de AFIP, y recargando estos consumos con un porcentaje creciente de impuestos.²³ Con estas medidas se planteó una devaluación implícita para tratar de mejorar el balance del rubro turismo, lo que resultó meramente en un aumento del malestar de los sectores medios urbanos.

A su vez, ante el déficit energético, el gobierno decidió re estatizar YPF y realizar un acuerdo con Chevron, medida que si bien apuntaba pragmáticamente a frenar la salida de divisas, fue duramente criticada. En tanto que algunos grupos sociales veían en la re estatización un ataque a la propiedad privada,²⁴ otros sectores señalaban varios puntos poco claros del acuerdo con la empresa estadounidense,²⁵ mientras que otras críticas

²³ Véase «Cronología del cepo al dólar: el día a día de las restricciones» (2014), en *La Nación* (24 de enero de 2014).

²⁴ Véase «YPF, una confiscación, no una expropiación» (2012), en *La Nación* (21 de abril de 2012).

²⁵ Véase «La cláusula secreta del acuerdo YPF-Chevron» (2013), en *Iprofesional* (24 de octubre de 2013).

apuntaban a la contradicción discursiva de un gobierno que hacía gala de su nacionalismo, y que a la vez pactaba secretamente con capitales extranjeros.²⁶

Por otro lado, dado el atraso cambiario y el consecuente aumento de la demanda de bienes importados, el gobierno avanzó en la implementación de barreras comerciales. Por medio de las declaraciones juradas anticipadas de importaciones (DJAI) y las licencias no automáticas, la Secretaría de Comercio funcionó como elemento de veto a los productos extranjeros. Esta intervención logró poner cierto freno a la sangría de dólares por la vía comercial, al costo de perjudicar la producción de varios sectores que utilizaban insumos traídos del exterior²⁷ bosquejando nuevamente una política con resultados contradictorios.

Aunque con escaso éxito, el kirchnerismo también aplicó medidas orientadas al aumento de las exportaciones. Dadas las expectativas devaluacionistas, sobre todo en los últimos años del tercer mandato kirchnerista, los exportadores de granos tendieron a retener sus cosechas, agregando así más presión sobre el precio de la divisa.²⁸ Frente a estas presiones, el kirchnerismo fue instrumentando devaluaciones parciales, que si bien no compensaban el incremento inflacionario, daban temporalmente cierto oxígeno al tipo de cambio. No obstante, ante la falta de dólares, el gobierno permitió en 2014 un salto de casi un 30% en el precio de la moneda extranjera, que si bien no solucionó el atraso cambiario, impulsó momentáneamente la liquidación de exportaciones, aunque también frenó la actividad económica y aceleró el ritmo inflacionario de dicho año. Sin embargo, dada la limitación de estas medidas, la coalición gobernante amenazó al sector agrícola con la aplicación de la ley de Abastecimiento,²⁹ amenaza que si bien nunca llegó a materializarse, recibió el repudio generalizado del sector empresario (Castellani y Gaggero 2017).

Todas las políticas aplicadas sobre la cuenta corriente externa, además de reducir el comercio exterior del país, lograron atenuar momentáneamente el desequilibrio, permitiendo posponer el ajuste.

A partir del 2013 la caída de reservas se consolidaba, y la brecha entre el dólar oficial y el dólar informal amenazaba cada día más con una corrida. En este marco, además de la ya nombrada devaluación de principios de 2014, la carta que le quedaba al kirchnerismo para llegar al final de su mandato sin

²⁶ Véase «Un proyecto de ley de hidrocarburos escrito por Chevron, Soros y Schlumberger» (2014), en *Partido Obrero* (20 de septiembre de 2014).

²⁷ Véase «Las trabas a las importaciones y la falta de dólares profundizan la recesión industrial» (2014), en *lprofesional* (13 de octubre de 2014).

²⁸ Véase «Agro: continúa la retención de la cosecha de soja y las divisas siguen en baja» (2014), en *Télam* (24 de octubre de 2014); «Soja: retienen sin vender el 60 por ciento de la cosecha récord» (2014), en *Clarín* (24 de junio de 2014).

²⁹ Véase «Con la Ley de Abastecimiento buscan soja sin vender» (2014), en *Fortuna* (21 de septiembre de 2014).

grandes sobresaltos era la búsqueda de financiamiento en moneda extranjera. Así, la vuelta al endeudamiento externo, si bien iría en contra del discurso nacionalista y soberano que llevaba adelante el elenco gobernante, sería menos nociva para su capital político que una fuerte devaluación, por lo que la opción fue tomando cada vez más importancia. El primer gran intento de obtener divisas por la vía financiera se materializó con el relanzamiento en 2013 del blanqueo de capitales abierto años antes, que ahora traía como novedad instrumentos de inversión en dólares. Sin embargo, este relanzamiento tuvo un éxito muy limitado (Selva 2014),³⁰ obligando al gobierno a buscar otras salidas.

Entre fines de 2013 y la primera mitad de 2014, con el objetivo de volver al endeudamiento en los mercados internacionales, el kirchnerismo fue avanzando exitosamente en acuerdos de pago para la regularización de sus obligaciones con el CIADI y el Club de París, dos de los mayores actores dentro del mercado de crédito global. Logrados sendos objetivos, a mediados del mismo 2014 apareció como obstáculo el fallo del juez Griesa, el cual obligaba a Argentina a cancelar la totalidad de la deuda con aquellos acreedores que no habían entrado en los canjes previos. Este fallo impidió el pago efectivo por parte del gobierno a los acreedores que sí habían ingresado en dichos canjes, por lo que Argentina volvió al estado de default, frustrando las intenciones del kirchnerismo de regresar a los mercados de deuda internacionales.³¹

Necesitada de dólares, a los pocos días del veto de Griesa, la coalición gobernante encontró en China una fuente de financiamiento alternativa. En función de la buena relación comercial que el país oriental tenía con Argentina, el gobierno celebró un acuerdo de divisas, que permitía aumentar las reservas de libre disponibilidad en el Banco Central.³² Esto le dio mayor cantidad de dólares a la entidad para hacer frente a la creciente demanda, la cual más allá de encontrarse relativamente contenida por las diferentes medidas, seguía presionando hacia la devaluación.

Finalmente, en 2015 el gobierno terminó de asegurarse la llegada ordenada al final de su mandato, al desinflar parcialmente la demanda de divisas por medio de la venta de contratos de dólar a futuro.³³

En estos términos, ante el crecimiento del desequilibrio externo, el elenco gobernante volvía a actuar políticamente, logrando un resultado

³⁰ Véase «Ponen fin al blanqueo de capitales creado por el kirchnerismo» (2015), en *La Nación* (31 de diciembre de 2015).

³¹ Véase «Argentina y los “fondos buitres”, una historia que comenzó en 2001» (2014), en *La Gaceta* (30 de julio de 2014).

³² Véase «El Banco Central activó el swap con China y sumará más de USD 800 millones a las reservas» (2014), en *Ámbito Financiero* (30 de octubre de 2014).

³³ Véase «El Banco Central vendió dólares a futuro a “precios de liquidación”» (2015), en *Ipofesional* (25 de marzo de 2015).

contradictorio. Al posponer en el tiempo la devaluación, se acumulaba cada vez más atraso cambiario, lo cual alentaba aún más el aumento en el precio del dólar. A su vez, a medida que crecían las presiones, se endurecían cada vez más las restricciones. En función de esto, en tanto que el cepo limitaba la salida de divisas por la vía de las importaciones, del giro de dividendos y de la fuga de capitales; el mismo cepo también frenaba la entrada de dólares, ya que fomentaba a la retención de cosechas, desalentaba a las inversiones extranjeras, y frenaba el crecimiento económico.

Al igual que en lo tocante a la inflación y al déficit fiscal, las políticas llevadas a cabo por el kirchnerismo frente a un nuevo desequilibrio posponían la resolución del problema, atenuaban en el corto plazo a dicho desequilibrio, pero exigían en el tiempo más y más intervenciones, dado que la brecha continuaba en su crecimiento. Sin embargo, con esta lógica, y con los desequilibrios crecientes auestas, la coalición gobernante logró llegar al final de su mandato, evitando la brusca devaluación que el mismo mercado le exigía.

4.1.5 La macroeconomía de la crisis: el estancamiento y los desequilibrios vistos en conjunto

El período 2008-2011 había dejado planteados en sus últimos años grandes desequilibrios macroeconómicos, materializados en una inflación elevada, déficit fiscal y déficit externo. No obstante, de cara a la población, poco importaba esto, ya que por esos años la economía crecía y en las elecciones el kirchnerismo se imponía con niveles de aceptación históricos. Consciente de los desequilibrios, la coalición gobernante intentó al principio del segundo mandato de Cristina Fernández aplicar un ajuste parcial, ajuste que al poco tiempo debió dejar de lado ante las tendencias recesivas de la economía.

Con la masa y la tasa de ganancia en caída, el gobierno buscó compensar la poca fuerza de la inversión incentivando al consumo y aumentando el gasto público, lo que contrarrestó parcialmente las nombradas tendencias recesivas. De esta forma, el kirchnerismo logró un tercer mandato que, mirado en conjunto, mantuvo el PBI estancado.

Detrás del estancamiento que se presentaba en superficie, el descenso de las ganancias y el crecimiento de los desequilibrios macroeconómicos se planteaban cada vez más preocupantes. Por lo tanto, para relanzar la acumulación capitalista y dar estabilidad en el mediano plazo era necesario un duro recorte fiscal e impositivo, una fuerte devaluación, y un férreo manejo de los posteriores aumentos salariales. En otras palabras, para relanzar la acumulación del capitalismo argentino, el kirchnerismo necesitaba de un

«nuevo duhaldismo». No obstante, la aplicación de estas medidas implicaba para el gobierno sacrificar completamente su capital político.

Ya con las instituciones burguesas fuera de discusión, el kirchnerismo optó por proteger su propia construcción, implementando sucesivas medidas para evitar el tan temido ajuste. Estas medidas si bien no lograron revertir los desequilibrios, sí pudieron atenuarlos, postergando así su resolución para el siguiente mandatario. De esta forma, sin más plan que llegar al final de su gestión sin sobresaltos, el kirchnerismo avanzaba dentro de un círculo vicioso donde, con la finalidad de posponer el ajuste presente, se profundizaban los desequilibrios futuros, exigiendo así cada vez mayor nivel de intervenciones acorde pasaba el tiempo. En este marco, la estructura social funcionaba al mismo tiempo como sostén y como obstáculo de la misma acumulación, ya que operaba de manera contra cíclica ante las tendencias recesivas, a la vez que alimentaba tanto a esas mismas tendencias como a los desequilibrios macroeconómicos. De esta forma, se daba una lógica abiertamente contradictoria, que dada la naturaleza de los desequilibrios, era por definición insostenible en el largo plazo.

4.2 Las contradicciones sociales y políticas en el contexto de estancamiento

En un marco de estancamiento económico, la puja distributiva se vio exacerbada, y la estructura social fue acumulando cada vez más tensiones en su interior. Frente a esta situación, se planteaba un gobierno cada vez más limitado por los desequilibrios macroeconómicos, gobierno que cuidando su propio capital político solamente tendió a gestionar el conflicto social con medidas cada vez más conservadoras. En este contexto, desde el 54% del 2011, el kirchnerismo fue perdiendo gradualmente su apoyo popular, para llegar finalmente al desenlace registrado en la elección presidencial de 2015.

4.2.1 La ruptura del gobierno con Moyano y la declinante relación con las representaciones de la burguesía

La ruptura del gobierno con el que hasta entonces era el secretario general de la CGT es uno de los elementos centrales de la crisis de la estructura social de acumulación. Si bien desde el comienzo del kirchnerismo existieron desacuerdos entre los planteos poco ortodoxos del elenco gobernante con las posiciones más tradicionales de las direcciones sindicales peronistas (Camino Lagorio 2015), el quiebre final de esta alianza encuentra sus primeras señales claras durante todo el año previo a la elección de 2011. Con la desaceleración

de la actividad económica y la inauguración de los déficits gemelos auestas, en la última parte de 2010, los reclamos de la CGT hacia el gobierno todavía se daban en el marco de la fraternidad. Las demandas en cuestión eran exigencias que las bases obreras venían levantando hacía tiempo, las cuales acumulaban presión sobre las espaldas de las principales representaciones gremiales. Los puntos fundamentales del reclamo consistían en el pedido por la recuperación de los fondos de las obras sociales,³⁴ la solicitud del aumento del mínimo no imponible del impuesto a las ganancias de cuarta categoría, la universalización de las asignaciones familiares,³⁵ y la aprobación del proyecto de ley que buscaba dar participación a los trabajadores en la ganancia empresarial (Wyczykier y Anigstein 2013). En tanto que la concesión de las tres primeras cuestiones implicaba un golpe directo al corazón de las ya delicadas finanzas del gobierno; el último punto exigía el sacrificio de una burguesía cuya rentabilidad si bien se encontraba elevada, había dejado de crecer hacía varios años. Fue en función de estas limitaciones materiales que el gobierno tendió a ser esquivo con las demandas de la central sindical.

Frente a la actitud de la coalición gobernante, los reclamos comenzaron a escalar en intensidad.³⁶ Y luego de la muerte de Néstor Kirchner, con los limitantes ya mencionados auestas, el aumento de las tensiones entre Moyano y Cristina Fernández se correspondió proporcionalmente con el incremento de la preponderancia de la rama juvenil y territorial dentro del kirchnerismo. Toda esta situación se terminó expresando en la distribución de cargos para las elecciones de 2011, donde el sindicalismo quedó completamente eclipsado por las nuevas agrupaciones oficialistas, lo cual fue el elemento final para que al poco tiempo de realizados los comicios, se oficialice la ruptura de Hugo Moyano con el elenco gobernante (Varela 2013).

Al consumarse la ruptura, el gobierno perdió el relativo control que tenía sobre las aspiraciones salariales de la clase trabajadora. De esta forma, la mayor independencia de amplios sectores del movimiento obrero fue el posibilitador para romper sucesivamente los techos paritarios planteados desde el ejecutivo, logrando así, sobre todo entre los trabajadores del sector privado, ciertas mejoras salariales en términos reales. Todo esto, dado el contexto de estancamiento del PBI y de la productividad por ocupado, implicó una retracción de la masa de ganancias y de la tasa de explotación, decantando finalmente en un derrumbe de la tasa de ganancia.

³⁴ Véase «El Ejecutivo no repartirá los millonarios fondos que reclaman las obras sociales» (2011), en *El Cronista* (12 de mayo de 2011).

³⁵ Véase «Ganancias: La CGT solicitó una reunión con la Presidenta» (2011), en *Diario de Cuyo* (28 de marzo de 2011).

³⁶ Véase «Mensajes entrelíneas de Moyano y Cristina durante el acto de la Lealtad» (2010), en *La Voz* (15 de octubre de 2010).

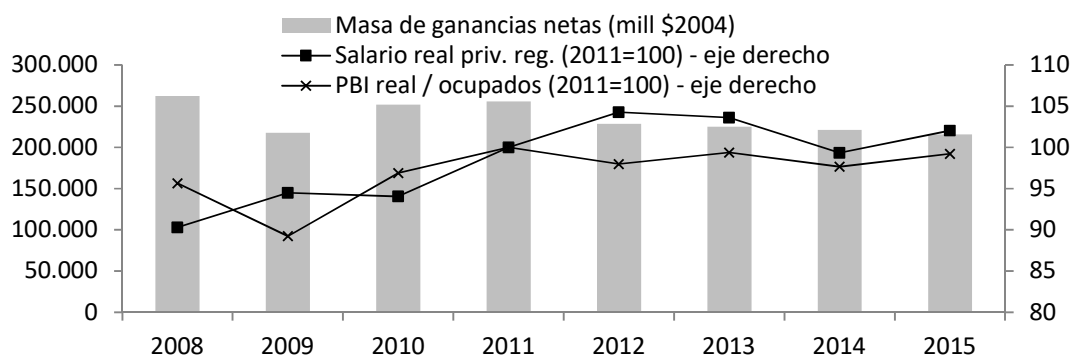


Figura 4.9. Masa de ganancias, salario real privado registrado, y productividad por ocupado (2008-2015). Fuente: elaboración propia a partir de Maito (2017) y MECON (2020) y anexo estadístico.

La caída de las ganancias fue la causa fundamental del alejamiento entre el gobierno y las principales representaciones del capital. En función de lo anterior, aparecían desde las cámaras empresariales los reclamos relacionados al atraso cambiario, a la presión tributaria, y a los costos laborales.³⁷

Sin embargo, la caída de la tasa de ganancia no fue la única causa del alejamiento, ya que también aportaron de forma decisiva otras razones. La primera de estas razones fue la restricción al giro de utilidades que formó parte del cepo cambiario. Esta medida impedía a las empresas la libre disposición de las ganancias obtenidas, lo cual significaba una limitación excepcional en el marco del capitalismo contemporáneo. Esta restricción se veía desde el punto de vista de las corporaciones como una limitación directa de la propiedad privada, generando gran intranquilidad dentro de la burguesía. A esta última cuestión se le agregaba la seguidilla de iniciativas que concreta o potencialmente tendían a acotar el campo de decisiones que podía tomar la patronal, tales como las sucesivas estatizaciones, las repetidas amenazas del gobierno sobre la aplicación de la ley de abastecimiento, y la frustrada iniciativa sobre la participación de los trabajadores en las ganancias (Castellani y Gaggero 2017). De esta forma, además de la caída de la rentabilidad, todo este abanico de medidas preocupaba aún más al empresariado, ya que mostraba que la estructura social de acumulación, además de no garantizar elevadas ganancias, ya ni siquiera daba garantías sobre la libre disposición de las mismas.

Además de los problemas objetivos que la burguesía señalaba, las cuestiones simbólicas comenzaron a tomar importancia en los reclamos empresariales. Ya desde la asunción de Néstor Kirchner existía un sector importante de la clase capitalista que no compartía la retórica progresista y estatista del gobierno. Sin embargo, en tanto las ganancias eran abultadas, este

³⁷ Véase «Se consolida el éxodo del país de firmas extranjeras» (2014), en *La Nación* (7 de septiembre de 2014).

planteo ocupaba un rol secundario entre los empresarios. Ya con la rentabilidad en decaída y con la inflación en aumento, Cristina Fernández intensificó su discurso contra los «formadores de precios»,³⁸ a la par que, con el desarrollo del conflicto con el grupo Clarín, el gobierno comenzó a incluir en sus prédicas términos como «corporaciones» o «monopolios», ambos cargados de una connotación negativa,³⁹ sumando al malestar de la clase poseedora.

Los elementos anteriormente citados hicieron mella principalmente en las posiciones del capital industrial más concentrado. Esta fracción, nucleada en la UIA, había apoyado al kirchnerismo durante sus primeros dos mandatos, pero ahora, con una ganancia en caída, un atraso cambiario importante, y una presión impositiva creciente, se expresaba abiertamente opositora.⁴⁰ Por su parte, el capital agropecuario se ubicó dentro del bando opositor ya desde la implementación de las retenciones sobre sus exportaciones, posición que se mantendría durante todo el segundo gobierno de Cristina Fernández, y se intensificaría con el avance de la apreciación real del peso.⁴¹ A su vez, el sector bancario, gran ganador de la política crediticia del último kirchnerismo (Mussi 2015), se mostró ambivalente frente al gobierno, presentando posiciones críticas en función a su cercanía con el resto de fracciones, pero matizadas en función de su realidad objetiva.⁴²

Todo el descontento de los sectores más concentrados del capital terminó de materializarse en la inauguración del Foro de Convergencia Empresarial, donde también se sumaban las voces críticas de los representantes de las principales cadenas de comercialización (Castellani y Gaggero 2017; Cioce 2015).

³⁸ Véase «La Presidenta solicitó a formadores de precios dejar de lado abusos a la hora de fijar el valor de sus productos» (2014), en *Casa Rosada* (21 de febrero de 2014); «Señaló a Coto y a Carrefour como los supermercados más denunciados por no respetar los precios cuidados» (2014), en *La Prensa* (12 de febrero de 2014).

³⁹ Véase «Cristina asumió su segundo mandato, dijo que no es presidenta de corporaciones y criticó a los gremios» (2011), en *La Voz* (10 de diciembre de 2011); Cristina Fernández de Kirchner (2013), *Cristina en La Matanza, con los candidatos del FPV*.

⁴⁰ Al analizar los principales comunicados de prensa de la UIA entre 2003 y 2015 se puede observar como la entidad pasó de un apoyo abierto que duró hasta la elección de Cristina Fernández, a un apoyo crítico que se inició con el conflicto de la 125 y se mantuvo durante todo el segundo mandato kirchnerista, para terminar en una posición altamente crítica con las políticas gubernamentales del tercer mandato del kirchnerismo. Los comunicados de prensa de la UIA están disponibles en: <http://www.uia.org.ar/prensa/comunicados>.

⁴¹ Véase «Debates, capacitación y fuertes críticas a la política agropecuaria» (2015), en *La Capital* (8 de agosto de 2015); «El sector agropecuario y opositores respaldaron las críticas de Etchevehere al Gobierno» (2014), en *Infobae* (26 de julio de 2014); «Fuertes críticas del campo por el cepo cambiario» (2012), en *Infobae* (7 de septiembre de 2012).

⁴² Al analizar los principales comunicados de prensa de ADEBA se puede observar que durante el segundo mandato de Cristina Fernández tuvo una posición que si bien fue crítica, no se planteó en los mismos términos que los propuestos por la UIA o la SRA. Los comunicados de prensa de ADEBA están disponibles en: <http://www.adeba.com.ar/comunicados.php>.

Frente a la oposición abierta del capital más concentrado, se observaban los apoyos críticos al kirchnerismo desde las representaciones gremiales de los pequeños y medianos empresarios nucleados en CAME.⁴³ En términos objetivos, esta fracción todavía gozaba de los beneficios de la protección comercial que otorgaba el gobierno, a la vez que no se veía perjudicada directamente por las restricciones cambiarias, y podía morigerar el impacto de la presión tributaria en función de su elevada informalidad.

En estos términos, dentro de una estructura social de acumulación que era cada vez más incapaz de asegurar altos niveles de ganancia y su libre disponibilidad, el kirchnerismo terminó sufriendo el alejamiento de las fracciones más concentradas de la burguesía, conservando únicamente el apoyo del pequeño y mediano capital. Esto mostraba un claro debilitamiento del conjunto gobernante, que años antes supo contar con el favor explícito de los principales sectores empresariales del país.

4.2.2 La ruptura del gobierno con Moyano y la disputa entre burguesía y trabajadores ocupados

Durante el período 2008-2011 se habían registrado algunas rupturas en el escenario sindical. Posteriormente del conflicto agrario se separó de la CGT unificada la fracción dirigida por Luis Barrionuevo, denominada CGT Azul y Blanca. A su vez, luego de varias disputas internas, en el año 2010 se dio la fractura de la CTA entre la línea de Yasky, que adoptaría una posición cercana al gobierno, y la línea de Micheli, quien tomaría una posición opositora. Más allá de estos fraccionamientos, durante todo el primer mandato de Cristina Fernández se podía encontrar en Hugo Moyano un liderazgo indiscutido dentro del movimiento obrero organizado, ya que bajo su égida se aglutinaban los mayores sindicatos del país.

Con el divorcio político entre el gobierno y el dirigente de los camioneros, todo este esquema se modificó de forma radical. Inicialmente, el kirchnerismo perdía un aliado fundamental tanto en términos simbólicos –dado que Moyano había sido el principal referente gremial que se rebeló contra el menemismo– como en términos operativos, ya que el líder sindical era el principal aliado del kirchnerismo para instrumentar los techos paritarios y aislar los conflictos encabezados por dirigentes de base.

Como consecuencia de esta ruptura, en 2012 se dio una nueva separación dentro de la CGT, dejando de un lado al flamante bando oficialista liderado por el metalúrgico Antonio Caló, y del otro lado al bando opositor, liderado por el mismo Moyano. A partir de esto, el nuevo mapa sindical exhibía un

⁴³ Los comunicados de prensa de CAME se pueden consultar en <http://www.redcame.org.ar/sitio/prensa>.

total de cinco centrales, de las cuales tres eran opositoras, —la CGT de Moyano, la CGT de Barrionuevo, y la CTA de Micheli— y dos oficialistas —la CGT de Caló y la CTA de Yasky—. Dentro de este panorama se agregaba el creciente sindicalismo antiburocrático —apoyado por las organizaciones de izquierda— que históricamente venía exigiendo mayor combatividad a las direcciones tradicionales.

Si bien la CGT oficialista contaba con los sindicatos más numerosos,⁴⁴ Caló no tenía ni la legitimidad de Moyano ni controlaba un gremio clave como era el de camioneros, lo que le hacía perder al kirchnerismo una gran capacidad de incidencia en la lucha de clases. A la par de esto, con el liderazgo de Moyano en la vereda de enfrente, se terminó formando un amplio frente gremial opositor, con una importante capacidad de movilización y disputa, sumando una amenaza más al capital político del gobierno.

Toda esta fragmentación sindical se daba dentro de un panorama de estancamiento económico y caída de la tasa de ganancia, donde —a partir de las tendencias recesivas originadas en el descenso de la inversión y las exportaciones— el sector privado se mostraba cada vez más incapaz de generar empleo. En este marco el kirchnerismo profundizó las políticas de fomento del trabajo, buscando mantener el nivel de ocupación, elemento fundamental en su discurso progresista. Dentro de estas políticas se destacaron la continuidad del Programa de Recuperación Productiva (REPRO), la multiplicación de las cooperativas de trabajo, y la contratación directa de trabajadores por parte del Estado: todas medidas que se encontraban en sintonía con el crecimiento del gasto público anteriormente analizado. El resultado de estas políticas fue relativamente efectivo, dado que la tasa de desocupación se mantuvo estable entre el 6 por ciento y el 8 por ciento, preservando el capital político del kirchnerismo. Nuevamente surgía el problema del cortoplacismo, ya que mantener el nivel de ocupación requería una creciente presión tributaria y una elevada emisión monetaria, circunstancias que en condiciones de dominación capitalista son por definición insostenibles en el largo plazo.

⁴⁴ Véase «Nómina de la CGT de Caló» (2012), en *Mundo Gremial* (4 de octubre de 2012).

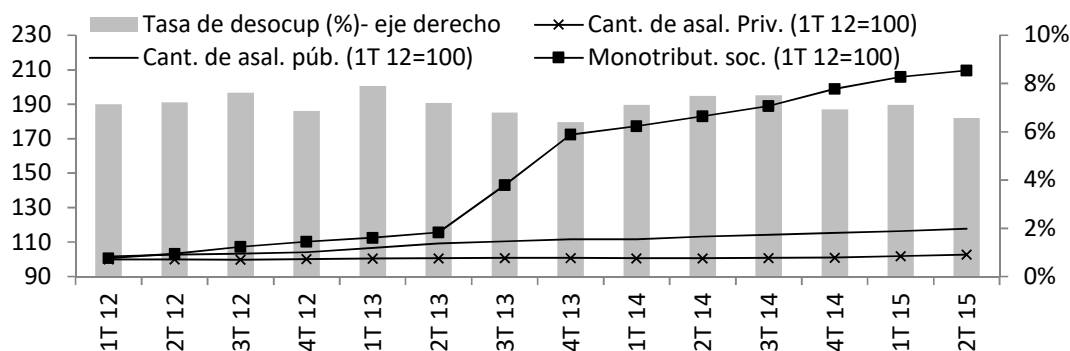


Figura 4.10. Tasa de desocupación, cantidad de asalariados registrados públicos y privados, y monotributistas sociales (2012-2015). Fuente: elaboración propia a partir de MTSS (2016).

Con una ocupación relativamente estable, la CGT opositora se centró en las exigencias salariales e impositivas de los trabajadores registrados, dejando de lado los reclamos de los sectores desocupados y precarizados. En lo relativo a los salarios, el estancamiento de la productividad era la principal condicionante, planteando un juego de suma cero en el ámbito de las paritarias. Por lo tanto, todo avance de la clase trabajadora significaba un retroceso de la burguesía, motivo por el cual la puja distributiva ganaba un mayor protagonismo como causal de inflación. Nuevamente, los problemas macroeconómicos incidían directamente en la lucha de clases, trayendo contradicciones crecientes en el aspecto social.

Durante toda la etapa 2011-2015, tanto burguesía como gobierno apuntaron a calmar las pretensiones salariales de los sindicatos. Mientras que el sector empresarial exigía desde techos paritarios hasta la misma anulación de las negociaciones salariales;⁴⁵ desde la coalición gobernante se pedía «responsabilidad» a los gremios, a la par que también se los tildaba de «extorsionadores» por sus reclamos.⁴⁶ Frente a esta orientación, los sindicatos disidentes demandaban mejores remuneraciones, empujados tanto por su posición opositora como por las mismas bases; mientras que las centrales oficialistas se posicionaban ambivalentes, debatiéndose entre las presiones de sus afiliados y sus alianzas políticas.

⁴⁵ Véase «Daniel Funes de Rioja: “El Gobierno debe intervenir más fuerte en las paritarias”» (2014), en *La Nación* (17 de mayo de 2014); «De Mendiguren: “La inflación está alta y complica”» (2012), en *Apertura* (28 de noviembre de 2012); «La UIA reclama aumentos por decreto» (2015), en *Diario Móvil* (4 de mayo de 2015); «Méndez afirmó que “es necesario el tope del 18 por ciento para paritarias para que no se disparen los salarios”» (2013), en *Diario Chaco* (28 de diciembre de 2013).

⁴⁶ Véase «Cristina contra los gremios: “¿En qué mundo viven?”» (2013), en *El Cronista* (28 de enero de 2013); «Cristina cuestiona “extorsión” gremial» (2012), en *Color ABC* (27 de junio de 2012); «Cristina dijo que el Gobierno va a respetar las paritarias con negociaciones libres» (2013), en *La Prensa* (28 de enero de 2013); «Inauguración de obras en el Instituto Balseiro en Bariloche: palabras de la Presidenta de la Nación» (2013), en *Casa Rosada* (4 de julio de 2013).

Este panorama llevó al aumento sostenido de los conflictos laborales por rama, situación que fue utilizada por el sindicalismo opositor para mostrar su fuerza en la disputa salarial. Ante esto, el gobierno comenzó a utilizar su poder de veto en la homologación de los acuerdos paritarios, llegando inclusive en algunos casos al cierre unilateral de discusiones salariales por la vía del decreto (Marticorena 2015).

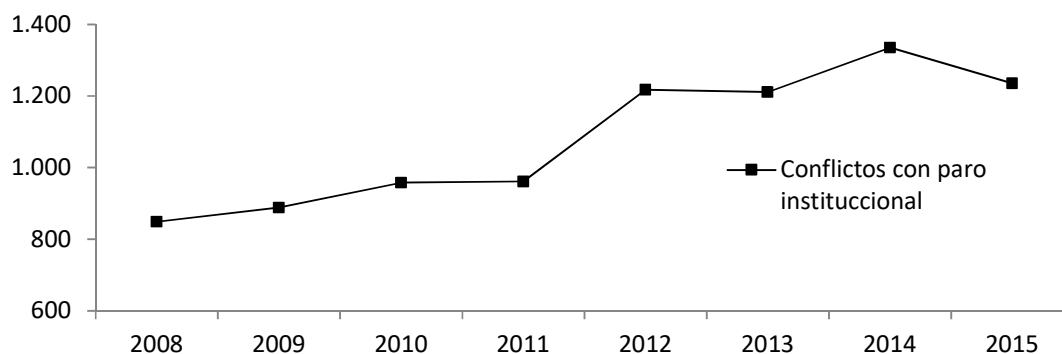


Figura 4.11. Conflictos laborales con paro institucional (2008-2015). Fuente: elaboración propia a partir de MTSS (2016).

La seguidilla de disputas alrededor de las paritarias tuvo resultados dispares. En las diferentes ramas del sector privado, donde el empleo se mantuvo relativamente estancado y donde era mayor la injerencia de las centrales sindicales opositoras, fue donde se superaron repetidamente los techos paritarios. Esto decantó en la ya nombrada tendencia al aumento del salario real promedio del sector, tendencia quebrada solamente por la devaluación de 2014. Por el contrario, en el sector público, con el empleo en aumento y una mayor presencia de las centrales oficialistas, los techos paritarios tuvieron mayor acatamiento, lo cual decantó en una tendencia a la baja del salario real de los trabajadores estatales.

Acompañando a los cruces por motivos salariales, el otro gran punto de disputa de las centrales sindicales opositoras era su desacuerdo con el impuesto a las ganancias de cuarta categoría, tributo cobrado directamente sobre los salarios registrados de mayor cuantía. Accesorio a esto se presentaba el reclamo contra el recorte de asignaciones familiares que sufrían los asalariados de mayores ingresos. Si bien estos problemas ya asomaban desde 2008, para 2011 tomaban una dimensión considerable (CIFRA 2012). Ambas cuestiones expresaban cada vez más abiertamente las limitaciones materiales que enfrentaba el gobierno, mostrando también sus preferencias distributivas. En tanto que el kirchnerismo aumentaba la AUH y las jubilaciones – beneficiando a los sectores pasivos, precarizados y desocupados de la clase trabajadora– recortaba asignaciones familiares y cobraba cada vez más

impuestos sobre la franja mejor remunerada del proletariado, al tiempo que el avance sobre la burguesía era tenue y selectivo.

Aun cuando las problemáticas relacionadas con las asignaciones familiares y el impuesto a las ganancias solamente afectaban a una limitada porción de los asalariados, estas cuestiones fueron el eje central de la movilización del conjunto del sindicalismo opositor durante todo el segundo mandato de Cristina Fernández (Wyczykier y Corral 2014). En dicho período, este frente gremial llevó adelante 5 paros generales de manera exitosa, a la vez que protagonizó diversas huelgas y movilizaciones sectoriales.

Visto en perspectiva, el incremento de la conflictividad laboral y la aparición de la huelga general como elemento novedoso se dieron en un contexto signado por las limitaciones materiales que tenía el kirchnerismo para dar concesiones objetivas a la clase trabajadora, lo cual además de precipitar la ruptura de Moyano con el gobierno, agregó día a día más presión sobre la lucha de clases.

El aumento de la conflictividad aportó al crecimiento del sindicalismo antiburocrático, que traía consigo posiciones combativas hacía ya varios años (Varela 2013). En función de la coincidencia con el frente sindical opositor, este sector llevó adelante en cada huelga general una serie de piquetes a lo largo de los accesos a los principales centros urbanos e industriales del país, limitando así la circulación de mercancías. Además, al igual que antes de la ruptura del gobierno con Moyano, fue el sindicalismo combativo y antiburocrático el que lideró los principales conflictos puntuales, los cuales tendieron a concentrarse en los últimos dos años del kirchnerismo. Dentro de estos conflictos, cabe remarcar los casos de Gestamp, Lear, la línea 60, Emfer-Tatsa, y la industria aceitera, todos dirigidos por delegados de base (Marticorena 2015). Asimismo, más allá de no detentar la dirección gremial, en los sucesivos conflictos docentes este grupo fue el encargado de radicalizar las demandas.

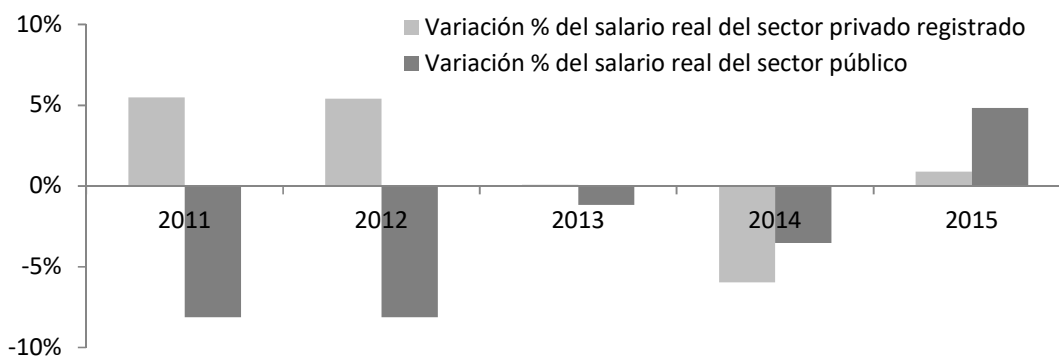


Figura 4.12. Variación real de los salarios del sector privado registrado y del sector público (2011-2015). Fuente: elaboración propia a partir de MECON (2020).

Frente al incremento de la conflictividad de la clase trabajadora, la reacción gubernamental tuvo diversas formas. Como ya se señaló anteriormente, el kirchnerismo apuntó discursivamente sobre todo el arco sindical opositor, con acusaciones tanto de desestabilización como de golpismo, poniendo así a este sector en su nómina de adversarios.⁴⁷ En línea con esta nueva orientación discursiva, además de desestimar abiertamente la ley de participación de los trabajadores en la ganancia empresarial, el gobierno dio como concesión a la burguesía una nueva legislación sobre accidentes de trabajo y enfermedades profesionales, mejorando ostensiblemente la posición de negociación de los sectores patronales frente a aquellos trabajadores accidentados en el proceso de producción.⁴⁸

Acompañando el aumento de la combatividad de la clase trabajadora, se dio también una escalada de la represión a los conflictos laborales liderados por el sindicalismo antiburocrático. Este avance represivo, si bien ya se encontraba vigente desde hacía tiempo, se agudizó a partir del 2014 con la represión abierta y repetida de los trabajadores de Lear y de la línea 60,⁴⁹ lo cual se sumaba a diversas militarizaciones de fábricas como Gestamp o Paty,⁵⁰ entre otros hechos (CORREPI 2015; Sartelli y Harari 2018). En línea con el avance represivo, Cristina Fernández llegó a pedir abiertamente una ley antipiquetes,⁵¹ terminando de delinear discursivamente el endurecimiento de la política represiva que ya se veía en los hechos.

Recapitulando, a lo largo de toda la crisis de la estructura social de acumulación, la disputa entre burguesía y trabajadores ocupados fue escalando en tensión. En este marco de estancamiento económico, cualquier avance de alguna de las partes implicaba necesariamente una pérdida del otro lado. A su vez, con los desequilibrios crecientes encima, el kirchnerismo se encontraba cada vez más limitado para la intervención en esta disputa. Por un lado, el gobierno no podía aplicar el ajuste de fondo exigido por la burguesía, ya que esto implicaba la lapidación completa de su propio capital político. Por otro

⁴⁷ Véase «CFK: hoy no fue huelga ni paro, fue un apriete con amenazas a los trabajadores » (2012), en *La Voz* (20 de noviembre de 2012); «Cristina y los sindicatos, en un clima prebélico» (2014), en *Clarín* (28 de julio de 2014); «El paro nacional y después: el enfrentamiento entre Cristina y los sindicatos» (2015), en *La Izquierda Diario* (2 de abril de 2015); «La CGT rechazó la acusación de “golpistas” lanzada por “funcionarios del Gobierno”» (2012), en *Iprofesional* (25 de junio de 2012).

⁴⁸ Véase «Diputados aprobó ley de ART que elimina “doble vía”» (2012), en *Ámbito Financiero* (24 de octubre de 2012).

⁴⁹ Véase «Por orden de Berni, hubo una violenta represión a choferes de la línea 60 en Panamericana» (2015), en *El Cronista* (29 de julio de 2015); «Salvaje represión a los obreros de Lear en la Panamericana» (2014), en *La Izquierda Diario* (24 de octubre de 2014).

⁵⁰ Véase «Denuncian militarización del frigorífico Paty» (2014), en *Infogremiales* (17 de junio de 2014); «Despedidos de autopartista en Escobar denuncian “militarización”» (2014), en *Diario Popular* (9 de mayo de 2014).

⁵¹ Véase «Cristina propuso una ley para impedir piquetes y fue aplaudida por el PRO» (2014), en *La Política Online* (1 de marzo de 2014); «El kirchnerismo presentó su proyecto contra los piquetes y generó reacciones en la oposición» (2014), en *Iprofesional* (17 de abril de 2014).

lado, la coalición gobernante debía limitar el avance objetivo de la clase trabajadora para lograr un relativo control de la puja distributiva y de los desequilibrios macroeconómicos, con el objetivo de llegar al final de su mandato sin grandes sobresaltos. En los hechos, terminó dando o aceptando ciertas concesiones puntuales a las diferentes fracciones con la finalidad de posponer la resolución de esta puja, mostrándose impotente para resolverla. A su vez, la represión abierta sobre la clase trabajadora se consolidó como una herramienta central para frenar la protesta social. Como resultante de todo este panorama, el kirchnerismo fue perdiendo progresivamente el apoyo de las principales representaciones de la burguesía y del movimiento obrero organizado, quedando cada vez más aislado políticamente.

4.2.3 Desocupados, condiciones de vida, conflictividad social y represión

Una característica central del segundo mandato de Cristina Fernández fue la incapacidad del sector privado para crear empleo. Para mantener el nivel de ocupación, el gobierno funcionó como empleador directo, a la vez que desplegó una política social que apuntó a la creación de cooperativas de trabajo. A su vez, con la finalidad de paliar los efectos del estancamiento económico, se incrementaron los subsidios directos a los grupos sociales más comprometidos, ampliando los programas creados con anterioridad (Trujillo 2017). Estas medidas tendían a contener a las capas más desprotegidas de la clase trabajadora, en contraposición con el avance fiscal que se daba sobre las capas ocupadas y mejor remuneradas del proletariado y el aumento de la presión tributaria ejercido sobre algunas fracciones de la burguesía.

Visto en perspectiva, estas políticas tuvieron diversas razones. Inicialmente, la creación de cooperativas apuntalaba el empleo, eje central del discurso kirchnerista. Por otro lado, con la ruptura del gobierno con Moyano y el sucesivo alejamiento de las principales representaciones de la burguesía, las organizaciones territoriales tomaron nuevamente una especial importancia dentro del armado kirchnerista, gestionando directamente gran parte de los planes sociales (Dobruskin y Garay 2012; Natalucci y Pérez 2012; Vázquez 2013). A su vez, en el marco de limitaciones materiales que planteó el período 2011-2015, estas políticas redistributivas encajaban perfectamente con el discurso oficial, por lo que Cristina Fernández pedía repetidamente «solidaridad» a los trabajadores mejor remunerados para financiar los subsidios a los sectores desocupados y precarizados.⁵²

⁵² Véase «Cristina devaluó el paro y reclamó más solidaridad» (2015), en *LM Neuquén* (1 de abril de 2015).

Además de la creación de cooperativas y de las erogaciones orientadas a los subsidios a la pobreza, durante el segundo mandato de Cristina Fernández se elevó el gasto previsional, sosteniendo la cobertura con un nuevo tramo de la moratoria, e incrementando el poder de compra de los haberes por medio de la ley de movilidad jubilatoria. Esto, además de ser una concesión a los jubilados, aportaba a la construcción del gobierno, que desde la estatización de las AFJP hacía gala de las mejoras objetivas brindadas a los sectores pasivos de la clase trabajadora.

Con el estancamiento económico a cuestas, el aumento de la política social logró continuar bajando la pobreza hasta el año 2013. En 2014, fruto de la fuerte devaluación que se registró a principio de año y su consecuencia inflacionaria, se revirtió esta tendencia. Finalmente, el 2015 cerró sin grandes cambios en las condiciones de vida de la clase trabajadora, lo que visto en perspectiva mostraba en el final del mandato de Cristina Fernández un nivel de pobreza similar al de 2011.

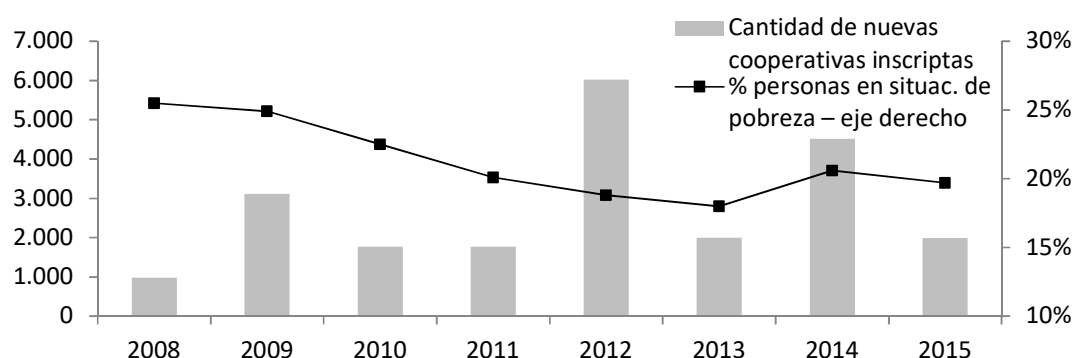


Figura 4.13. Porcentaje de personas por debajo de la línea de pobreza y cantidad de nuevas cooperativas (2008-2015). Fuente: elaboración propia a partir de CIFRA (2015b) y INAES (2017).

En este escenario, la protesta llevada a cabo por las organizaciones piqueteras opositoras se movió al compás de los vaivenes en las condiciones de vida de los sectores más desprotegidos. Entre 2011 y 2013, dada la relativa mejora en los niveles de pobreza, las protestas de las organizaciones discolas continuaron ocupando el lugar marginal que tenían desde 2006. No obstante, el empeoramiento de las condiciones de vida registrado en 2014 fue acompañado por un repunte de la conflictividad social. En este sentido, las protestas crecieron principalmente en términos cuantitativos, ligadas a las necesidades materiales de las franjas desocupadas y precarizadas (Audisio 2017).

Este avance de la protesta callejera protagonizado por los sectores más desprotegidos de la clase trabajadora se daba a la par del ya nombrado crecimiento de la conflictividad laboral, protagonizada por los sectores

registrados de la misma clase. La combinación de estos hechos terminó configurando al período 2014-2015 como un bienio agitado en lo referente a la protesta social, que si bien no planteó un peligro real para el mismo kirchnerismo, fue desgastando lentamente su capital político.

Frente a la escalada de las protestas, la respuesta desde el gobierno fue un aumento y un endurecimiento de la criminalización y la represión del conflicto social. No obstante, este avance no surgió en 2014, sino que ya venía desarrollándose previamente (Sartelli y Harari 2018). En 2011, a escasas semanas del contundente 54%, la coalición gobernante avanzó en la sanción de la ley antiterrorista,⁵³ la cual consolidaba el marco legal para la persecución de luchadores sociales (Plataforma [2012] 2013). En esta misma tendencia se ubicó la sucesiva militarización de los barrios populares del conurbano bonaerense y de las periferias de las grandes ciudades, política que ubicó a la Gendarmería Nacional como una fuerza central en el esquema represivo (Ponce y Sanz Cerbino 2018; Rodríguez 2015; Tufró y Perelman 2014). También se mantuvieron las sucesivas persecuciones y represiones sobre los pueblos originarios, llevadas adelante principalmente por las diversas policías provinciales, dependientes de gobernadores tanto oficialistas como opositores (Picón y Santillán 2014). Por otro lado, en 2012 salió a la luz el «proyecto X», el cual consistía en una recurrente práctica de espionaje que venía realizando la misma Gendarmería sobre organizaciones populares, bajo el conocimiento pleno de la ministra de seguridad Nilda Garré.⁵⁴ Durante el mismo año fue designado como secretario de seguridad Sergio Berni, ex militar que había dirigido la sangrienta desocupación del Parque Indoamericano, y sobre quien pesaban varias denuncias de infiltración en conflictos sociales.⁵⁵ En línea con lo anterior, en 2013 fue designado como jefe de Estado Mayor del Ejército César Milani, otro militar que contaba en su currículum con denuncias por delitos de lesa humanidad.⁵⁶

Con los antecedentes descriptos, el año 2014 representó un escalón más en la política represiva. En dicho año la misma Cristina Fernández impulsó la idea de una legislación antipiquetes, que luego sería presentada por los mismos diputados de la bancada kirchnerista como proyecto de ley.⁵⁷ A su vez, durante el bienio 2014-2015 se registraron sucesivas represiones sobre trabajadores ocupados, las cuales también encontraron su correlato en los

⁵³ Véase «El kirchnerismo impuso su mayoría y aprobó la polémica ley antiterrorista» (2011), en *La Nación* (22 de diciembre de 2011).

⁵⁴ Véase «Garré: “Proyecto X es una herramienta informativa, no un plan secreto de espionaje”» (2012), en *La Nación* (24 de febrero de 2012).

⁵⁵ Véase «Sergio Berni: prontuario de un carapintada» (2012), en *La Verdad Obrera* (1 de noviembre de 2012).

⁵⁶ Véase «Milani, un represor» (2013), en *Prensa Obrera* (18 de julio de 2013).

⁵⁷ Véase «Diputados kirchneristas presentaron el proyecto antipiquetes» (2014), en *Clarín* (16 de abril de 2014).

repetidos desalojos de tomas y cortes llevados adelante por organizaciones piqueteras opositoras (CORREPI 2015). Y, como era de esperar, en este marco de violencia institucional creciente, se dio un proceso de multiplicación de las fuerzas represivas, el cual se coronó con la aparición de las policías municipales a lo largo del conurbano bonaerense (Ponce y Sanz Cerbino 2018; Rodríguez Games et al. 2016).⁵⁸

Visto en conjunto, todo este avance represivo tuvo diversas consecuencias. En el terreno simbólico, significó para el kirchnerismo una contradicción plena con su discurso progresista. No obstante, aun habiendo hecho cierta mella en su capital político, no lo golpeó plenamente ya que la coalición gobernante contó con todo el arco de organizaciones oficialistas de Derechos Humanos que minimizaron estas cuestiones,⁵⁹ y todo el conjunto de medios masivos –tanto oficialistas como opositores– que dieron a estos hechos una cobertura escasa.⁶⁰ En lo tocante a la conflictividad social, ante las limitaciones objetivas, este avance represivo le permitió al gobierno disuadir diversas demandas emanadas de sectores de la clase trabajadora. Por último, en el plano estructural, la sanción de las diversas leyes antiterroristas, la relocalización de la Gendarmería en el territorio, la aparición de las nuevas fuerzas policiales, y el crecimiento numérico de las fuerzas ya existentes, terminaron de ampliar el aparato represivo del Estado (Ponce y Sanz Cerbino 2018), a la vez que también lograron consolidar a la represión institucional en nuevos niveles históricos (CORREPI 2015).

4.2.4 Las alianzas políticas, el núcleo duro y la derrota de 2015

La forma concreta que asumió la acumulación capitalista, y la pugna entre la burguesía, la clase trabajadora, y el gobierno, moldearon en gran parte las alianzas políticas expresadas a lo largo del segundo mandato de Cristina Fernández.

Enmarcado en una estructura social que ya no aseguraba ni altas rentabilidades ni la libre disposición de las ganancias, el gobierno fue perdiendo sus principales apoyos dentro de las representaciones del capital más concentrado: pasó de gozar de un amplio aval del empresariado más

⁵⁸ Véase «Cómo funcionará la policía municipal en la Provincia de Buenos Aires» (2014), en *Clarín* (2 de julio de 2014).

⁵⁹ Véase «Bonafini contra los que critican: “Vendieron la sangre de sus hijos”» (2013), en *Clarín* (20 de diciembre de 2013); «Las Madres, Línea Fundadora manifestaron que Elia Espen “no refleja el pensamiento de la institución”» (2014), en *Télam* (16 de septiembre de 2014).

⁶⁰ Véase «La movilización que rompió un cerco: la historia de Luciano Arruga» (2014), en *Anred* (2 de febrero de 2014); «Relatos Civiles» (2014), en *Anred* (4 de septiembre de 2014); «Volver a desaparecer a Luciano Arruga» (2014), en *Anred* (19 de octubre de 2014).

poderoso a quedarse únicamente con el favor de las representaciones gremiales del capital más atomizado y de menor peso.

Por otro lado, dadas las fuertes limitaciones para otorgar concesiones materiales a la clase trabajadora, la coalición gobernante pasó de tener a la mayoría del sindicalismo unificado entre sus alianzas más cercanas, a encontrarse frente a un amplio arco sindical opositor, que contaba con una gran capacidad de disputa y movilización. Acompañando lo anterior, gran parte de la base obrera que años antes había aportado a aquel 54%, pasó a ser cada vez más crítica de la gestión gubernamental.

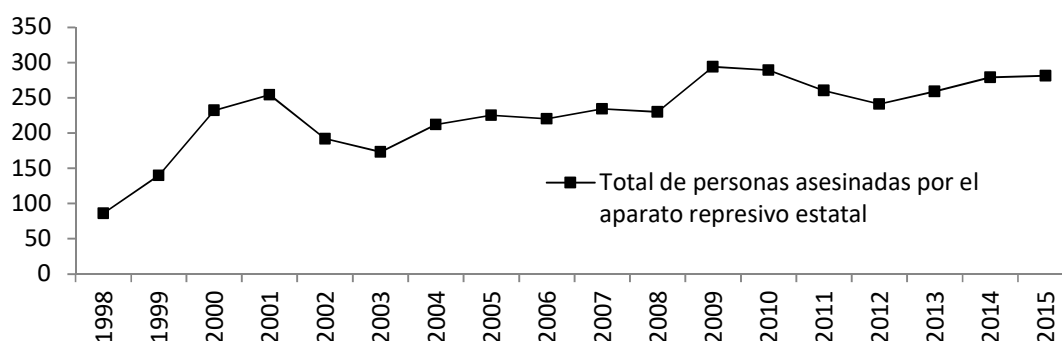


Figura 4.14. Total de personas asesinadas por el aparato represivo estatal (1998-2015). Fuente: elaboración propia a partir de CORREPI (2015).

En el marco nombrado, la devaluación de 2014 trajo consigo un reverdecir del conflicto social que, luego de varios años de relativa tranquilidad, volvió a poner en el centro de la escena a las organizaciones piqueteras opositoras. Dado el relativo empeoramiento de los indicadores sociales, el kirchnerismo también perdió adeptos entre los sectores desocupados y precarizados de la clase trabajadora.

Toda esta situación dejaba al gobierno cada vez con menos aliados entre las representaciones de las principales fracciones de clase, a la par que generaba cada vez menos simpatías dentro de sus respectivas bases.

Sin embargo, durante este período, la base social del kirchnerismo terminó de mutar al calor de la creciente polarización de la opinión pública.⁶¹ La principal expresión de apoyo que tuvo a favor el gobierno durante el último mandato de Cristina Fernández, radicó en el creciente conjunto de organizaciones juveniles kirchneristas. Estas organizaciones tuvieron sus primeros pasos alrededor del conflicto agrario, pero fue con el fallecimiento de Néstor Kirchner, y luego con el divorcio entre el gobierno y Hugo Moyano

⁶¹ Véase «El periodismo y la “grieta”, otra vez eje de un debate caliente» (2013), en *Clarín* (3 de diciembre de 2013); «Polarización y después: ¿tiene la pelea K- anti-K su fin de ciclo?» (2013), en *La Nación* (10 de noviembre de 2013).

que, finalmente, ocuparon el lugar central dentro del esquema kirchnerista. Este protagonismo se consolidó en 2012 con la creación de Unidos y Organizados, hecho que potenció el enorme crecimiento numérico experimentado durante el período 2011-2015 (Natalucci 2016). Como rasgo común, las principales organizaciones que componían este ámbito reivindicaban las políticas del gobierno (Dobruskin y Garay 2012), encontraban en sus orígenes relaciones directas con algún dirigente de peso dentro del mismo kirchnerismo –tales como fueron los casos de La Cámpora con Néstor y Máximo Kirchner, o Kolina con Alicia Kirchner– y se caracterizaban por tener entre sus referentes numerosos funcionarios públicos de elevado rango (Cantamutto 2017; P. Vommaro 2015). Esto constituía a las direcciones de estas organizaciones como apéndices directos de la gestión gubernamental, combinándolas con bases juveniles que fundaban su apoyo principalmente en las grandes políticas llevadas a cabo durante los dos primeros gobiernos kirchneristas (Dobruskin y Garay 2012).

Otro conjunto de aliados que tuvo el elenco gobernante durante esta etapa provino del ámbito intelectual. Como ya se dijo, a partir del enfrentamiento con el sector agropecuario surgió Carta Abierta, que continuó emitiendo documentos de apoyo al gobierno hasta el final del segundo mandato de Cristina Fernández. El respaldo de estos sectores de la intelectualidad fue aumentando con la inauguración de universidades nacionales a lo largo de todo el conurbano bonaerense, las cuales fueron dirigidas en su mayoría por cuadros políticos del entorno kirchnerista.⁶² El gobierno también creó organizaciones propias de intelectuales, siendo el caso paradigmático el de La Gran MaKro, una agrupación de economistas apadrinada por el mismo Amado Boudou, quien por entonces era vicepresidente.⁶³

Por otro lado, aunque sin una estructura orgánica definida, se sumaron muchas voces de apoyo al kirchnerismo provenientes del ambiente artístico,⁶⁴ las cuales reivindicaban de forma particular a la política cultural del gobierno.

En conjunto, los sectores provenientes de la juventud, de la intelectualidad y de la cultura se identificaban fuertemente con la impronta progresista que propugnaba el gobierno, y reivindicaban globalmente las políticas llevadas adelante por el mismo. Estos sectores se potenciaron con la expansión del nuevo dispositivo mediático afín al kirchnerismo, logrando así nuclear un número creciente de militantes.

En un contexto de limitaciones objetivas, las organizaciones juveniles y los diferentes grupos relacionadas a la cultura y a la intelectualidad no

⁶² Véase «La caja negra de las universidades nacionales» (2016), en *La Nación* (9 de octubre de 2016).

⁶³ Véase «La “graN maKro”, jóvenes que responden a Boudou, se suben a la escena» (2011), en *Clarín* (27 de julio de 2011).

⁶⁴ Véase «Gieco, Páez, La Mancha de Rolando...: clientelismo vs convicción» (2012), en *Urgente 24* (23 de junio de 2012).

representaban directamente a ninguna fracción central de la lucha de clases y, en muchos casos, habían sido creados desde el mismo kirchnerismo, razones por las cuales no tenían grandes exigencias materiales hacia el gobierno (Natalucci 2016).

De esta forma, las alianzas de la coalición gobernante se fueron adaptando al contexto de limitaciones, dejando de lado aquellos sectores con mayores demandas –tales como las representaciones gremiales de la burguesía y el movimiento obrero– y recostándose en aquellos otros sectores que presentaban mayor cercanía y menores exigencias –tales como los sectores de juventud, intelectualidad y cultura–.

Frente a estos cambios en la composición de las alianzas del gobierno, el arco opositor fue creciendo sucesivamente. Como ya se planteó anteriormente, con la ruptura de la CGT unificada terminó de consolidarse el frente sindical no oficialista, a la par que con la caída de las ganancias empresariales apareció sin mediaciones el descontento de las principales fracciones de la burguesía, expresado en el Foro de Convergencia Empresarial. A este proceso superestructural se le sumaba el estancamiento de los indicadores económicos y sociales que caracterizó al período, elemento que fue afectando tendencialmente la imagen del gobierno en amplias franjas populares de la población.

Si bien durante esta etapa el rechazo al kirchnerismo fue un fenómeno amplio en términos sociales, fueron los sectores medios urbanos quienes más encarnaron y expresaron esta posición. Y, pese a que grandes franjas de estos sectores ya se habían planteado como opositoras desde el conflicto agrario, fue durante el segundo mandato de Cristina Fernández cuando creció más ampliamente aquel descontento.

Las razones del descontento hacia el kirchnerismo fueron amplias, y abarcaron varios aspectos (Gómez 2014; Kabat 2015). Por un lado, se intensificaron muchas de las cuestiones que generaban rechazo anteriormente. Se produjo un endurecimiento en el discurso oficial, planteando cada vez mayores niveles de confrontación (Vitale 2013). También fue creciendo tendencialmente la inflación y la intervención estatal en la economía. El INDEC se mantuvo intervenido, por lo que las estadísticas públicas seguían careciendo de credibilidad. Asimismo, continuaron saliendo a la luz varias denuncias de corrupción que recaían sobre miembros del gobierno.⁶⁵ Y a la par de todo esto, fue escalando la disputa del kirchnerismo con el grupo Clarín, al tiempo que crecía a la sombra de la pauta oficial el arco mediático

⁶⁵ Véase «Claves para entender el caso» (2011), en *La Nación* (8 de junio de 2011); «La cronología de un negocio en el que resaltan las huellas del poder» (2012), en *La Nación* (9 de marzo de 2012); «Nuevos lazos entre los hoteles de Cristina y Cristóbal López» (2015), en *La Nación* (10 de febrero de 2015).

oficialista, cuestión que desde los sectores opositores era vista como un avance sobre la libertad de expresión.

Por otro lado, surgieron nuevos elementos que aportaron al descontento hacia la coalición gobernante. En 2011, con la implementación del cepo cambiario, comenzaron las trabas para la importación, para el turismo en el extranjero, y para la adquisición de dólares. Esto afectó directamente las decisiones de compras y ahorros de una parte significativa de los sectores medios urbanos, cuestión que no fue bien recibida en dichas franjas poblacionales.⁶⁶ En 2012 se sumaron las disputas del gobierno con el poder judicial y su consecuente intento de «democratización de la justicia».⁶⁷ A su vez, en 2013 surgió la supuesta intención de Cristina Fernández de buscar la reelección presidencial indefinida.⁶⁸

En conjunto, los elementos preexistentes y aquellos que se sumaron a partir del segundo mandato de Cristina Fernández, significaban a los ojos de una gran parte de la población un avance sobre las instituciones democráticas (Bonnet 2015); perspectiva que se vería reforzada en 2014 con la muerte en dudosas circunstancias del fiscal Alberto Nisman.⁶⁹

En este contexto, el único sector de peso que no radicalizó su oposición frente al kirchnerismo fue la iglesia católica, ya que ante la elección de Jorge Bergoglio como Papa, el gobierno cambió rotundamente su impronta confrontativa hacia la institución, reemplazándola por un discurso cordial y dialoguista.⁷⁰ Esto implicó que a partir de 2013 la institución eclesiástica se mostrara ambivalente ante las políticas del gobierno, expresando alternativamente tanto críticas como ciertos apoyos.⁷¹

Más allá de la posición que tomó la iglesia, durante la crisis de la estructura social de acumulación fue creciendo tendencialmente dentro de la población el descontento hacia el gobierno. Dentro de esta tendencia, el bienio 2012-2013 representó la mayor caída en la popularidad del kirchnerismo, para luego en el bienio 2014-2015 mantener niveles de aceptación estables pero reducidos en relación a los logrados en la elección de 2011.

⁶⁶ Véase «Cepo cambiario: enojo y desconcierto en Mendoza por el recargo del 35 por ciento a compras en el exterior» (2013), en *El Sol* (3 de diciembre de 2013); «Pinti, enojado con el cepo al dólar: “y ahora esta loca me pide que pesifique”» (2013), en *El Cronista* (28 de enero de 2013).

⁶⁷ Véase «CFK presentó el proyecto para democratizar la Justicia» (2013), en *Página 12* (8 de abril de 2013).

⁶⁸ Véase «Argentina debate reelección de Cristina Fernández» (2012), en *Voa Noticias* (3 de septiembre de 2012).

⁶⁹ Véase «Por qué la muerte del fiscal argentino Alberto Nisman deja tantas dudas» (2015), en *BBC Mundo* (20 de enero de 2015).

⁷⁰ Véase «Las claves de la tensión entre Bergoglio y los Kirchner» (2013), en *BBC Mundo* (15 de marzo de 2013).

⁷¹ Véase «El Gobierno y la Iglesia: una relación que mejora y una senadora con lazos en Roma» (2014), en *La Nación* (20 de enero de 2014).

De esta forma, se daba un proceso donde a la par que crecían las organizaciones que respondían directamente al kirchnerismo, aumentaba la desaprobación al gobierno dentro de la población, configurando así una situación contradictoria para la coalición gobernante, la cual dejaba ver finalmente la conformación de su «núcleo duro» (Álvarez 2015).

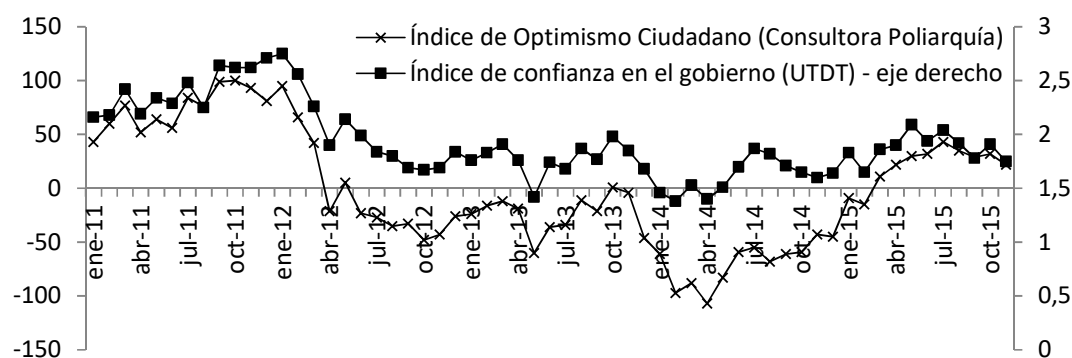


Figura 4.15. Índice de confianza en el gobierno e Índice de optimismo ciudadano (2011-2015). Fuente: elaboración propia a partir de Poliarquía Consultores (2017) y UTDT (2019b).

El nombrado descontento encontró distintas formas de manifestarse. Por un lado, se hizo evidente en sucesivas convocatorias masivas, donde las expresiones políticas del arco opositor lograron conjugar en cada movilización diferentes sectores sociales con demandas de las más diversas (Gómez 2014; Kabat 2015). En este marco, entre 2012 y 2013 se realizaron dos cacerolazos en el centro porteño, que contaron con grandes convocatorias y se replicaron en las principales ciudades del país.⁷² A su vez, en 2014 con la muerte de Nisman se llevó a cabo otra masiva movilización, esta vez organizada y encabezada por figuras del poder judicial, secundadas por políticos opositores, y acompañadas por un gran número de asistentes.⁷³ En relación a estas grandes movilizaciones, cabe subrayar que si bien se encontraron nutridas principalmente de sectores medios urbanos, las convocatorias excedieron a ese sector social, llegando incluso a registrar una vasta asistencia de personas provenientes de sectores populares (Gómez 2014).

Por otro lado, al son del avance de la crisis de la estructura social de acumulación, el descontento también se manifestó en los resultados de las elecciones de 2013 y 2015. En las legislativas de medio término, el kirchnerismo logró a nivel nacional casi un 34%, estableciéndose, dada la

⁷² Véase «Cacerolazo 18A: multitudinarias protestas contra el Gobierno en todo el país» (2013), en *La Nación* (18 de abril de 2013); «Un masivo cacerolazo de protesta contra el Gobierno se sintió en todo el país» (2012), en *La Nación* (14 de septiembre de 2012).

⁷³ Véase «Marcha 18F: bajo la lluvia, miles de personas se movilizaron con los fiscales y la familia de Nisman a Plaza de Mayo» (2015), en *La Nación* (19 de febrero de 2015).

dispersión de la oposición, como primera fuerza a nivel país. Sin embargo, en relación al histórico resultado del 2011, el gobierno caía casi 20 puntos porcentuales, lo que de por sí, más allá de las diferencias entre los cargos votados, mostraba el estrepitoso descenso en términos cuantitativos. Reflejando el rechazo descrito en párrafos anteriores, la caída porcentual llegó acompañada de duras derrotas en los principales centros urbanos. En función de esto, el oficialismo no solamente perdió en los distritos más populosos que ya le venían siendo adversos como Santa Fe, Córdoba o la ciudad de Buenos Aires, sino que también sufrió duras derrotas en distritos donde se había impuesto cómodamente 2 años antes, como la provincia de Buenos Aires o Mendoza. Los resultados de estas legislativas marcaron claramente la pérdida de apoyo que sufrió el kirchnerismo en tan solo dos años, a la vez que también plantearon el crecimiento de la oposición, que aún se mantenía dispersa a lo largo de todo el territorio.

De cara a las elecciones presidenciales de 2015, el gobierno se encontraba en una situación compleja. En tanto que crecía el descontento en la población y la economía exigía un duro ajuste que comprometería al capital político de quien lo ejecutara; Cristina Fernández no podía postularse nuevamente, y la coalición gobernante no encontraba una figura propia que contara con proyección nacional. En este marco, la elección de Daniel Scioli como candidato presidencial por el oficialismo no resultó sorpresiva. Por un lado, éste tenía la proyección requerida, y a la vez, de resultar elegido y aplicar el ajuste, se podía presentar como ajeno al espacio, dándole cierta protección al capital político del kirchnerismo. Sin embargo, la elección de Scioli no estuvo libre de críticas, ni de propios ni de ajenos. En tanto que desde el núcleo duro de la militancia oficial catalogaban negativamente al nuevo candidato,⁷⁴ desde sectores de izquierda se remarcaba su pasado menemista y sus declaraciones a favor de la dictadura militar.⁷⁵

Frente a Scioli, los principales candidatos opositores eran Sergio Massa –quien contaba con el apoyo del peronismo no kirchnerista– y Mauricio Macri –quien había concretado una alianza entre su espacio de centroderecha y el histórico radicalismo–. En este escenario, en octubre de 2015 el kirchnerismo logró ganar ajustadamente la primera vuelta de las elecciones generales, obligando a disputar una segunda vuelta con Mauricio Macri, el candidato de Cambiemos. Y, finalmente, en esta segunda vuelta se terminó imponiendo el postulante opositor, poniendo fin tanto al ciclo de gobiernos kirchneristas, como a la estructura social de acumulación que lo sostuvo.

⁷⁴ Véase «Lo que decían de Scioli los oficialistas antes de ser electo candidato a presidente del FPV» (2015), en *Salta Cultura y Actualidad* (1 de julio de 2015).

⁷⁵ Véase «Exclusivo: el día que Scioli justificó la intervención de la dictadura del 76 y elogió a Menem» (2015), en *Informador Público* (11 de junio de 2015).

4.3 La crisis de la estructura social de acumulación en perspectiva

Como se dijo al principio del capítulo, la crisis de la estructura social de acumulación fue un período que contó con una extraña estabilidad dentro de la cual, a medida que crecían los desequilibrios macroeconómicos y las contradicciones sociales, se fueron implementando una sucesión de medidas que apuntaron a contener dichos problemas, posponiendo su solución de fondo hacia el futuro.

El kirchnerismo arrancó su último mandato con el respaldo político que le daba una economía en crecimiento y una elevada aprobación social. Sin embargo, detrás de estos datos también se encontraba una inflación en ascenso, la emergencia de los déficits gemelos, una creciente lista de demandas provenientes de las principales fracciones en disputa, y un gobierno que —a causa de los problemas enumerados— se encontraba cada vez más limitado para brindar concesiones materiales.

A lo largo del segundo mandato de Cristina Fernández se terminaron de imponer aquellos elementos negativos que al inicio se mostraban meramente en potencia. Frente al crecimiento de los desequilibrios macroeconómicos, el gobierno, en lugar de dar soluciones de mediano plazo, incrementó la intervención estatal. Esta política, en tanto que posponía el ajuste de fondo, requería sucesivamente mayores niveles de intervención, lo que a su vez decantaba en mayores desequilibrios, reiniciando así el círculo vicioso. Por un lado, esto planteaba la insostenibilidad del esquema macroeconómico que exigía cambios cada vez más profundos; por otro lado mostraba la incapacidad de las políticas implementadas para dar una solución de fondo a las exigencias de la misma acumulación capitalista.

En un contexto de limitaciones objetivas, el gobierno intentó mediar entre las crecientes demandas que afloraban desde las principales fracciones en disputa. Luego de la elección del 2011, con el alejamiento de Moyano, el kirchnerismo perdió una de sus principales herramientas de intervención en la lucha de clases. A su vez, con la caída de la tasa de ganancia y la restricción al giro de dividendos, la estructura social de acumulación mostraba que ya no podía asegurar ni elevada rentabilidad ni la libre disponibilidad de la misma, por lo que también el gobierno fue perdiendo sus principales aliados provenientes de la burguesía. En este marco, la coalición gobernante se encontraba en una encrucijada. En tanto que satisfacer los pedidos del movimiento obrero implicaba una profundización de los desequilibrios macroeconómicos; atender los reclamos de la burguesía y llevar adelante el ajuste requerido decantaba necesariamente en la dilapidación de su propio capital político.

A la par que escalaban las presiones desde las representaciones gremiales, crecía la desaprobación a la gestión oficial en el resto de la población. Con la

intensificación de las medidas económicas y el endurecimiento del discurso y la impronta del gobierno, aumentaba el descontento entre los sectores medios urbanos; al tiempo que con el estancamiento de los indicadores sociales, el kirchnerismo perdía apoyo dentro de los sectores populares.

Frente a la diáspora de aliados y ante a un arco opositor creciente, la coalición gobernante tendió a apoyarse cada vez más sobre sus propias organizaciones, las cuales tenían muchas menos demandas materiales que aquellas representaciones del movimiento obrero y del capital, a la vez que brindaban al gobierno un soporte más incondicional y menos crítico.

Dada la compleja situación, la estructura social de acumulación tuvo un funcionamiento ambivalente. Al mismo tiempo que la intervención estatal actuaba contra cíclicamente sosteniendo la actividad económica, esta misma intervención terminaba funcionando como obstáculo para la acumulación al posponer el ajuste, profundizando cada vez más los desequilibrios. Esto, si bien exponía cierta capacidad para compensar las tendencias recesivas, también mostraba una clara incapacidad para aplicar los ajustes necesarios y relanzar la acumulación capitalista.

En estos términos, los principales actores sociales demandaban cambios de fondo. No obstante, el gobierno se mostraba impotente de avanzar en las demandas, lo que pintaba de cuerpo completo la crisis de la misma estructura social de acumulación.

Ya con las instituciones de la democracia burguesa fuera de discusión, el kirchnerismo en retirada se orientó principalmente a cuidar el capital político forjado durante sus tres mandatos. La realidad concreta planteaba una abierta contradicción entre los distintos intereses del gobierno, la burguesía y el movimiento obrero organizado, lo cual elevaba tendencialmente la inestabilidad económica y política. Frente a esta situación, el elenco gobernante optó por brindar concesiones limitadas y puntuales a las partes, a la par que multiplicaba las regulaciones económicas e incrementaba abiertamente el nivel represivo sobre la clase trabajadora.

De esta forma, el kirchnerismo privilegió el corto plazo por encima del largo plazo, priorizando su propia construcción política sobre las necesidades que exigía el capitalismo argentino. En función de esto, la coalición gobernante obtuvo resultados relativamente positivos, ya que si bien a lo largo de todo el período fue perdiendo apoyo y terminó derrotada en las elecciones presidenciales de 2015; logró llegar al final de su tercer mandato sin grandes sobresaltos, con un capital político importante, y con un apoyo social nada despreciable. Frente a esto, la estructura social también llegaba a su anunciado final, planteando para el siguiente mandatario la necesidad objetiva de fuertes ajustes de fondo para relanzar nuevamente la acumulación capitalista.

Capítulo 5

2015-2019: ¿el inicio de una nueva estructura social de acumulación?

El balotaje de 2015 prometía ser un punto de no retorno para la política argentina, ya que enfrentaba a dos opciones que, al menos nominalmente, se anunciaban como opuestas. Por un lado, millones de personas depositaban sus esperanzas en Daniel Scioli bajo el slogan «el candidato es el proyecto»,¹ abogando así por la continuidad de las políticas kirchneristas. Por el otro lado, una masiva cantidad de votantes expresaban un hartazgo de larga data por medio del apoyo a Mauricio Macri, al tiempo que exigían cambios de fondo para los años venideros.

Con la victoria de Cambiemos y el posterior devenir de su gobierno, aquellas dos opciones que se presentaban como antagónicas, comenzaron a exponer en su pragmatismo una cercanía creciente. En tanto que las reformas macristas tardaban en llegar obstaculizadas por una clase trabajadora bastante reticente al ajuste, el peronismo oscilaba entre el colaboracionismo directo con el nuevo gobierno y una tibia oposición al mismo.

Más allá de las dificultades, Cambiemos fue avanzando gradualmente en sus objetivos, lo cual vino acompañado de una inestabilidad creciente. Es en función de dicha inestabilidad, que el presente capítulo vuelve a tomar una lógica primordialmente cronológica, para arribar finalmente a una visión general del período.

5.1 La asunción de Macri y su contexto

El 10 de diciembre de 2015 Mauricio Macri asumió la presidencia de Argentina. Para ese tiempo, la tendencia bajista de los precios de los productos básicos ya había hecho mella en las principales experiencias

¹ Véase «El candidato es el proyecto» (2015), en *Página 12* (8 de marzo de 2015).

populistas de Latinoamérica.² En este marco, el triunfo de Macri dio inicio a una seguidilla de victorias electorales protagonizadas por coaliciones que se presentaban con un discurso predominantemente conservador en lo político y liberal en lo económico, entre las cuales se destacaron los triunfos de Sebastián Piñera en Chile y de Jair Bolsonaro en Brasil (Bárbara y Gómez Daza 2018).

A nivel local, como expresamos en el capítulo anterior, el macrismo recibió una situación compleja. Por un lado, el producto bruto interno contaba con casi un lustro de estancamiento en términos netos, registrando aumentos en los años electorales, y caídas en los años no electorales. En íntima relación con esto último, tanto la tasa como la masa de ganancia arrastraban una caída sostenida, potenciando así las tendencias recesivas. A su vez, tanto el déficit fiscal como el déficit externo y la inflación se mostraban crecientes, aportando inestabilidad al ámbito de acumulación. Y, como cuestión complementaria, el cepo cambiario dificultaba la libre disponibilidad de las ganancias de la burguesía, a la vez que representaba una preocupación para no pocas franjas poblacionales pertenecientes a los sectores medios urbanos.

Las circunstancias descriptas mostraban un panorama insostenible en el mediano plazo, donde, de no mediar nuevas medidas, tarde o temprano la situación desembocaría en una crisis cambiaria y/o inflacionaria de gran magnitud. Dada esta situación, con 4 años de mandato por delante, el macrismo se planteó desde su comienzo como un gobierno de ajuste.

En esta realidad, los grandes objetivos de la nueva gestión serían claros: relanzar la rentabilidad y la acumulación capitalista, estabilizar el ámbito de acumulación, y dar al capital libre disponibilidad sobre sus ganancias. A partir de esta orientación, el flamante presidente llegaba al poder apoyado por las fracciones más concentradas de la burguesía,³ quienes serían los principales patrocinantes –y beneficiarios– del nuevo plan de gobierno. Por su parte, de cara a la población Macri exhibía dos períodos consecutivos al frente de la ciudad de Buenos Aires, los cuales ostentaban una buena valoración entre los vecinos, dadas las sucesivas victorias electorales. Además de estos antecedentes, el nuevo mandatario anunciaba la conformación de un equipo nutrido por varias personalidades provenientes del ámbito empresarial, lo que respaldaba aún más un discurso que ponía a la gestión por encima de la misma política (CIFRA 2016; Schuttenberg 2017) y que hacía especial énfasis en

² Véase «La pobreza crece fuerte en Brasil por el ajuste que aplicó Dilma Rousseff» (2015), en *La Nación* (2 de noviembre de 2015); Alfredo Meza (2014), «La inflación, la escasez y el precio del petróleo lastran a Venezuela», en *El País* (26 de diciembre de 2014)

³ Véase «Los patrones prefieren a Macri como futuro presidente» (2015), en *Conclusión* (17 de octubre de 2015); «Macri organizó una cena a 500 mil pesos por mesa y agotó las entradas» (2015), en *La Política Online* (10 de marzo de 2015), entre otros.

aquellos temas dejados de lado por el gobierno de Cristina Fernández, tales como la inseguridad y la corrupción.⁴

En conjunto, Cambiemos asumía el poder montado sobre una base social amplia y policlasista, la cual, más allá de su heterogeneidad, encontraba como elemento de cohesión el completo rechazo a la anterior gestión (Gómez 2014; Tagina 2015).

5.2 2015-2018: el gradualismo y su lógica interna

Si bien la implementación del ajuste bajo la lógica del capitalismo era una condición necesaria para evitar una crisis a gran escala, la forma que tomaría este ajuste no tenía, al menos inicialmente, un destino predeterminado. En este sentido, el macrismo podía optar por la vía del shock, o podía apostar por una opción más gradual.

Como condición de inicio, las medidas poco populares que llevaría a cabo el flamante gobierno vendrían luego de la salida del kirchnerismo. Si bien la gestión anterior había exacerbado los desequilibrios, también había logrado entregar el poder evitando la explosión de una gran crisis, razón por la cual, a los ojos de la población, no se planteaba de forma patente la necesidad del ajuste. En consecuencia, resultaba complejo en términos políticos la implementación de cualquier tipo de medidas regresivas,⁵ por lo que la vía gradual se presentaba como la más viable. Acompañando a los ya nombrados desequilibrios macroeconómicos, el macrismo también heredaba un gobierno que si bien no contaba con acceso a los mercados, tenía en términos técnicos una buena capacidad de endeudamiento, dado su bajo ratio de deuda sobre PBI (Selva 2014). En estos términos, el endeudamiento se convertiría en el principal posibilitador del gradualismo, cubriendo los déficits durante la implementación del plan.

Sabiendo los condicionantes, el gobierno puso en marcha de forma simultánea tanto el ajuste gradual como las gestiones para levantar la cesación de pagos que pesaba sobre el país y regresar al mercado de deuda internacional. La primera política de gran impacto puesta en práctica por Cambiemos fue la eliminación del cepo cambiario.⁶ Esta medida era una demanda muy sentida tanto para la burguesía –que ahora podría disponer

⁴ Véase «El macrismo no es un golpe de suerte» (2017), en *Página 12* (17 de octubre de 2017).

⁵ Dada la situación descripta, Macri negó repetidas veces la necesidad de ajuste durante toda su campaña presidencial. Véase «Debate: cruces con repetición de lemas de campaña» (2015), en *Ámbito Financiero* (15 de noviembre de 2015); «El debate presidencial» (2015), en *Clarín* (16 de noviembre de 2015).

⁶ Véase «El Gobierno levanta el cepo: se unifica tipo de cambio y se podrán comprar hasta USD 2 millones al mes» (2015), en *Ámbito Financiero* (17 de diciembre de 2015).

libremente de sus ganancias— como para el núcleo duro de votantes macristas, ya que era una de las principales promesas de campaña.⁷ El resultado casi inmediato de la eliminación del cepo cambiario fue una rápida devaluación, la cual redujo en términos reales el poder de compra de los salarios y mejoró la rentabilidad empresarial. A su vez, esta devaluación también aportó, aunque de forma limitada, a disminuir el déficit externo, al volver momentáneamente más caros los productos extranjeros.

Casi al mismo tiempo que se liberalizaba el mercado de cambios y se producía la devaluación, el gobierno comenzaba a implementar el tan discutido ajuste fiscal. En este sentido, se planteaba una reducción gradual del gasto público en subsidios, una disminución también gradual de las retenciones a la soja, y la eliminación total de las retenciones a la exportación de diversos productos básicos, tales como el trigo, el maíz, la carne vacuna, y los derivados de la minería.⁸ Estas primeras medidas tuvieron un efecto contradictorio, ya que si bien con el recorte del gasto se achicaba el déficit fiscal, con la reducción y la eliminación de las retenciones se ensanchaba aquella brecha.

En tanto la devaluación se transformaba en inflación y junto a los recortes de subsidios licuaba el salario real, durante el segundo trimestre del 2016 el gobierno llegó a un acuerdo con aquellos tenedores de bonos de deuda pública en default⁹ —también denominados holdouts o fondos buitres— con lo que el macrismo terminó de asegurarse la vuelta a los mercados internacionales de crédito. Ya con este elemento, el nuevo gobierno se garantizaba —al menos en el mediano plazo— los recursos suficientes para financiar su estrategia gradualista.

A la par que la coalición gobernante acordaba con los acreedores internacionales, por medio del Ministerio de Trabajo se operaba sobre las paritarias,¹⁰ buscando así mejorar la ganancia capitalista y reducir la presión sobre el proceso inflacionario. En este sentido, el gobierno negoció con las cúpulas sindicales la aceptación de paritarias a la baja, utilizando recursos variados, que fueron desde la entrega de fondos correspondientes a las obras

⁷ Véase «Macri insistió en que el 11 de diciembre levanta el cepo y citó a “Pepe” Mujica» (2015), en *Clarín* (22 de julio de 2015).

⁸ Véase «Confirmado: Macri anunció retenciones cero, salvo para la soja» (2015), en *La Nación* (14 de diciembre de 2015); «El Gobierno anunció una quita de subsidios a la luz y el gas que impactará en las tarifas» (2015), en *Infobae* (14 de diciembre de 2015); «Macri anunció la eliminación de las retenciones al sector minero» (2016), en *Ambito Financiero* (12 de febrero de 2016).

⁹ Véase «Argentina firmó un acuerdo con holdouts» (2016), en *Clarín* (5 de octubre de 2016); «Se aprobó el acuerdo con los holdouts» (2016), en *Infobae* (30 de marzo de 2016).

¹⁰ Véase «Presión a los gobernadores para ponerles techo a las paritarias» (2016), en *La Voz* (18 de enero de 2016); «Triaca insiste en cerrar paritarias entre 20 y 25 por ciento» (2016), en *Ambito Financiero* (2 de febrero de 2016).

sociales¹¹ hasta la persecución directa sobre diversos líderes sindicales.¹² Complementando este proceso, los diferentes niveles de gobierno emprendieron una ola masiva de despidos,¹³ lo cual a la vez que aportaba al ahorro de recursos fiscales, golpeaba directamente la capacidad de negociación de los empleados públicos, potenciando así la caída del salario.

De esta forma, en los primeros 4 meses de gobierno ya se encaminaban los principales elementos del gradualismo macrista: recorte del gasto público, disminución selectiva de la presión tributaria, sucesivos techos a paritarias, devaluación administrada, y endeudamiento externo para cubrir los déficits que aún se mantenían vigentes.

El ajuste continuó de manera relativamente controlada durante casi los primeros dos años del mandato de Cambiemos. En este sentido, el gobierno mantuvo la tendencia bajista de los salarios reales, aprovechando la continuidad de los despidos como elemento disciplinador sobre la clase trabajadora (CIFRA 2018a), lo que se veía reforzado con el gran número de dirigentes sindicales que además de aceptar paritarias a la baja, llamaban a la desmovilización de sus bases (ODS 2018).

En el costado fiscal, a la rebaja de subsidios y a la reducción de retenciones se sumaba la caída de las remuneraciones de los empleados públicos y el incremento tendencial de la cantidad de trabajadores abarcados por la cuarta categoría del impuesto a las ganancias.¹⁴ Todo esto, combinado con el crecimiento del pago de intereses de la deuda externa,¹⁵ daba como resultado neto un nivel de déficit fiscal abultado, inclusive mayor al registrado durante el kirchnerismo (MECON 2020), pero ahora en condiciones muchísimo más beneficiosas para la burguesía.

A su vez, con el aumento de los precios de los servicios públicos y de los combustibles, la inflación también continuaba en niveles similares a los del período anterior (CIFRA 2018a). Esto, luego de la fuerte devaluación de principios de 2016, trajo consigo un creciente atraso cambiario, que combinado con la apertura comercial y la liberalización del mercado de divisas devino en una profundización del déficit de cuenta corriente externa (MECON 2020).

¹¹ Véase «Macri devuelve a las obras sociales sindicales una parte del dinero que el gobierno anterior retenía» (2016), en *Télam* (2 de agosto de 2016).

¹² Véase «Quiénes son los sindicalistas que están presos e investigados por la Justicia» (2018), en *El Cronista* (11 de enero de 2018).

¹³ Véase «El gobierno argentino profundiza la ola de despidos del sector público» (2016), en *El País* (31 de marzo de 2016).

¹⁴ Véase «Aumentó 50 por ciento el número de trabajadores que pagan ganancias» (2018), en *Tiempo Argentino* (2 de julio de 2018).

¹⁵ Véase «Se duplicó el pago de intereses de la deuda» (2017), en *Nuestras Voces* (25 de septiembre de 2017).

Frente a la necesidad de recursos que exhibían los déficits gemelos, el macrismo se servía del ingreso de dólares que llegaban por medio del endeudamiento externo, complementando esta fuente principal con fondos provenientes del polémico blanqueo de capitales,¹⁶ lo que permitió un relativo control sobre el tipo de cambio durante los primeros dos años y medio de gobierno (CIFRA 2018a).

De esta forma, el gradualismo avanzaba sin prisa pero sin pausa, mostrando distintos ritmos de progreso en sus diferentes frentes, pero teniendo a la rentabilidad empresarial y a su libre disposición como primera prioridad.¹⁷

No obstante, la velocidad del ajuste generaba grandes debates, tanto dentro como fuera del gobierno. Mientras que la aceleración del mismo mejoraba las ganancias empresariales y aportaba a estabilizar los desequilibrios macroeconómicos, también traía consigo un creciente malestar social por parte de quienes sufrían los recortes y los despidos en carne propia. En función de lo anterior, eran los empresarios aliados al gobierno¹⁸ y varios economistas de tinte liberal quienes exigían mayor velocidad en las reformas, confrontando con diferentes dirigentes de Cambiemos que veían en la gradualidad la manera de proteger tanto la gobernabilidad como su propio capital político.¹⁹

5.2.1 Los discursos y las resistencias alrededor del gradualismo

Ante la población, el gobierno presentaba al ajuste como la condición necesaria para lograr un crecimiento ordenado y de largo plazo, con «bases sólidas», «sin atajos ni avivadas».²⁰ No obstante, más allá de las prédicas oficiales, amplias franjas de la clase trabajadora planteaban de diversas maneras su descontento.

¹⁶ Véase «Oficial: el blanqueo de capitales alcanzó los USD 116.800 millones» (2017), en *Ámbito Financiero* (4 de abril de 2017).

¹⁷ En los primeros tres años de gobierno macrista, además de dar libre disponibilidad a la burguesía sobre sus ganancias por medio de la eliminación del cepo cambiario, se vio incrementada la masa de ganancias en términos reales, la tasa de explotación, y se frenó la caída de la tasa de ganancia. Véase anexo estadístico.

¹⁸ Véase «Los empresarios piden acelerar reformas» (2017), en *Mendoza Post* (23 de octubre de 2017).

¹⁹ Véase «La pelea que faltaba: “kirchneristas de buenos modales” vs “liberalotes, llorones y plateístas”» (2018), en *Clarín* (6 de marzo de 2018).

²⁰ Véase «El discurso completo de Macri al llamar a una reforma por consenso» (2017), en *La Voz* (17 de octubre de 2017); «El presidente Macri: La Argentina tiene una capacidad de crecimiento infinita» (2017), en *Casa Rosada* (6 de abril de 2017); «Macri, con emprendedores: “No renuncien a sus sueños y sigan apostando por el país”» (2017), en *Casa Rosada* (30 de noviembre de 2017), entre otros.

Con una CGT inicialmente dividida, durante más de dos años el macrismo logró contener de forma relativamente exitosa el malestar de los trabajadores por medio de acuerdos con los principales referentes sindicales,²¹ utilizando, como ya se dijo más arriba, tanto la distribución puntual de recursos como la persecución selectiva de dirigentes. Dada la pasividad de las cúpulas, las bases expresaban su malestar por carriles cada vez más inorgánicos, lo que fue desembocando en sucesivos desbordes.²² Estos desbordes empujaron a la burocracia a convocar algunas movilizaciones y medidas de fuerza, las cuales, más allá de contar con la enorme masividad que motivaba el contexto de ajuste, tenían un carácter puntual y aislado,²³ lo que a fin de cuentas terminaba aportando a la gobernabilidad de Cambiemos.

Entre los trabajadores desocupados e informales la situación fue un tanto diferente. Si bien el ajuste recayó sobre toda la clase trabajadora en forma de caída salarial e incremento del desempleo y la precarización, los principales movimientos sociales adoptaron una estrategia de mayor movilización que los sindicatos, logrando cierta ampliación de la cobertura de los subsidios a la pobreza, aun a costo de ver reducido el poder de compra de los mismos.²⁴ Esto ubicó al Ministerio de Desarrollo Social como un protagonista central en la lucha de clases, logrando, no sin dificultades, un control relativamente exitoso –al menos durante los primeros dos años de mandato– de la protesta callejera (Diagnóstico Político 2020).

Como en todo proceso de ajuste, frente al malestar de la población, las tareas de contención de los dirigentes dialoguistas se complementaron con una dura escalada represiva sobre aquellos elementos díscolos. En función de esto, el macrismo potenció y dio rienda suelta al ya enorme aparato represivo heredado del kirchnerismo (Ponce y Sanz Cerbino 2018), dotándolo ahora de un apoyo público de parte de los mayores referentes del gobierno.²⁵ En esta lógica, como era de esperar, creció tanto la represión directa como la criminalización de la protesta social (Marchini 2019; ODS 2018), en el marco

²¹ Véase «El colectivo Fernández, el aliado clave de Macri para enfrentar los paros» (2016), en *LaPolíticaonline* (31 de marzo de 2016); «Macri sumará a sindicalistas aliados a su viaje a España» (2017), en *La Nación* (1 de febrero de 2017); «Mauricio Macri se reunió con los líderes de las tres CGT» (2015), en *La Nación* (11 de febrero de 2015).

²² Véase «Luego de 12 horas de debate y una batalla campal, el Gobierno logró aprobar la reforma previsional» (2017), en *Infobae* (10 de diciembre de 2017); «Poné la fecha: el reclamo que desató una batalla en la marcha de la CGT» (2017), en *Perfil* (7 de marzo de 2017).

²³ Véase «Los motivos de los 4 paros de la era Macri» (2017), en *El Cronista* (7 de marzo de 2017).

²⁴ Véase «El Gobierno anunció medidas para reforzar la cobertura social: cómo evolucionaron los planes sociales, la AUH y las jubilaciones» (2018), en *Chequeado* (6 de septiembre de 2018).

²⁵ Véase «Mauricio Macri, a Chocobar: “Estoy orgulloso de que haya un policía como vos, al servicio de los ciudadanos”» (2018), en *La Nación* (1 de febrero de 2018); «Patricia Bullrich defendió a las fuerzas de seguridad: “No queremos más ciudadanos perseguidos por usar uniforme”» (2019), en *Infobae* (1 de julio de 2019); «Patricia Bullrich: “Gendarmería es la institución más valorada del país, más que la educación pública”» (2019), en *Minuto 1* (19 de julio de 2019), entre otros.

de un discurso de «mano dura»²⁶ que alimentaba el apetito del electorado oficialista.

Ante el ajuste en marcha, la oposición peronista se dividió las tareas entre aquellos dirigentes que acompañaron abiertamente las políticas regresivas del gobierno –ayudando a aprobar diversas leyes y ejecutando dichas políticas en sus respectivos distritos–²⁷ y aquellos que, en línea con la tibieza de las cúpulas sindicales, se limitaron a expresar su desacuerdo discursivamente o en ciertas instancias legislativas.²⁸

A su vez, el gradualismo también fue tropezando repetidamente con una resistencia silenciosa, que no se veía materializada en grandes protestas callejeras, pero que se expresaba en forma de malestar social entre los elementos menos movilizados de la clase trabajadora. En este sentido, la coalición gobernante fue acomodando el avance de sus políticas al son de los resultados de las distintas encuestas de opinión,²⁹ lo que terminó de delinear al ajuste macrista como un proceso de prueba y error.

Acompañando este ajuste, Cambiemos construyó una impronta discursiva que en términos generales pretendía polarizar con el kirchnerismo. Al presentar al ajuste como una iniciativa que sentaba las «bases sólidas» para el crecimiento de largo plazo, el elenco gobernante prometía un modelo de desarrollo que se ubicaría en las antípodas de los últimos años kirchneristas, caracterizados por los desequilibrios macroeconómicos y las medidas cortoplacistas. Como ya se expresó, esta diatriba venía acompañada de una elevada dotación de «CEOs» entre las principales figuras del gobierno, lo que además de priorizar la gestión por encima de la política, intentaba reivindicar socialmente el rol del empresario y la figura del «emprendedor» (CIFRA 2016; Schuttenberg 2017). Empalmando con esto último, se daba un lugar central al individualismo como mecanismo de progreso social, encontrando su máxima expresión en el protagonismo que la «meritocracia» tenía en el discurso oficial. A su vez, en la práctica concreta, se prescindía de toda la liturgia de masas tan característica del peronismo, reemplazando esto por el contacto directo e individualizado con el votante, que se materializaba en el timbreo o en las

²⁶ Véase «Debate por la inseguridad: El proyecto oficial para bajar la edad de imputabilidad, demorado» (2017), en *Clarín* (11 de junio de 2017); «Patricia Bullrich: el inquietante ascenso de la mano dura de Macri» (2018), en *Infobae* (4 de febrero de 2018), entre otros.

²⁷ Entre estos se puede ubicar a la mayoría del peronismo no kirchnerista y varias figuras provenientes del mismo kirchnerismo, tales como Alicia Kirchner, Juan Manuel Urtubey o Miguel Pichetto. Véase «Así votaron los senadores el pago a los fondos buitres» (2016), en *La Izquierda Diario* (31 de marzo de 2016); «El Gobierno logró que se apruebe el 72,4% de sus proyectos de ley» (2018), en *La Nación* (7 de enero de 2018); «Santa Cruz: represión y heridos en la Legislatura» (2017), en *Perfil* (29 de diciembre de 2017), entre otros.

²⁸ Este grupo se nutrió principalmente de dirigentes provenientes del kirchnerismo más duro.

²⁹ Véase «Gobierno de los “marcha atrás”: cuál es el costo del prueba y error» (2017), en *Perfil* (15 de junio de 2017); «Las 10 medidas con las que el Gobierno dio marcha atrás» (2018), en *Apertura* (10 de octubre de 2018), entre otros.

campañas de comunicación segmentadas por redes sociales.³⁰ A toda esta retórica se le sumaba la reivindicación de los valores «republicanos», oponiendo estos últimos a la corrupción y al autoritarismo que se le señalaba a la anterior gestión (G. Vommaro 2016). Finalmente, de manera transversal a todo el discurso, se levantaban las banderas del orden en el sentido más conservador del término, intentando revitalizar la figura de autoridad, tanto en la calle –con la defensa del rol de las fuerzas represivas– como dentro de la fábrica, reivindicando a la figura del patrón (Piva 2017).

Empero, esta construcción discursiva muchas veces se vio en contradicción con la realidad. Al mismo tiempo que Cambiemos normalizaba el INDEC y encarcelaba a varios dirigentes del kirchnerismo por causas relacionadas a hechos de corrupción; jugaba en los límites de la legalidad al nombrar jueces por decreto, utilizar repetidamente el recurso del veto presidencial, y recibir numerosas denuncias de corrupción en su contra, entre otros hechos.³¹ Sin embargo, dada la cercanía del macrismo con los principales medios de comunicación, pocos de estos sucesos tomaron notoriedad.³²

5.2.2 La victoria de 2017 y las primeras nubes en el horizonte

La forma concreta que fue asumiendo el gradualismo arrojó como resultado una fuerte contracción de la economía para 2016, pero permitió una mejora coyuntural en 2017. Este resultado, combinado con la impronta discursiva descripta anteriormente, permitió a Cambiemos triunfar en las legislativas de medio término,³³ lo que fortaleció políticamente a la coalición gobernante.

Hasta aquí, en tanto que los recursos del endeudamiento llegaban ininterrumpidamente, el macrismo había controlado a su voluntad la velocidad del ajuste, logrando alinear con sus medidas –aunque de manera parcial y limitada– las demandas generales de la acumulación capitalista, su propia construcción política, y los intereses concretos de varias fracciones de la patronal. En este marco, a pesar del ajuste, la coalición gobernante lograba mantener un elevado nivel de popularidad y apoyo en la población, al tiempo

³⁰ Véase «El macrismo no es un golpe de suerte» (2017), en *Página 12* (17 de octubre de 2017).

³¹ Véase «Corrupción: Los casos que más incomodan a Macri» (2017), en *Perfil* (10 de febrero de 2017).

³² Véase Sebastián Lacunza (2019), «Informar, ocultar, operar», en *Anfibia* (17 de febrero de 2019); «Macri y los medios: voces y silencios frente a la “señal de ajuste”» (2016), en *La Izquierda Diario* (13 de junio de 2016), entre otros.

³³ Véase «Mauricio Macri logra una victoria aplastante en las Elecciones de Argentina» (2017), en *El País* (23 de octubre de 2017).

que gozaba del favor de las principales representaciones de la burguesía local.³⁴

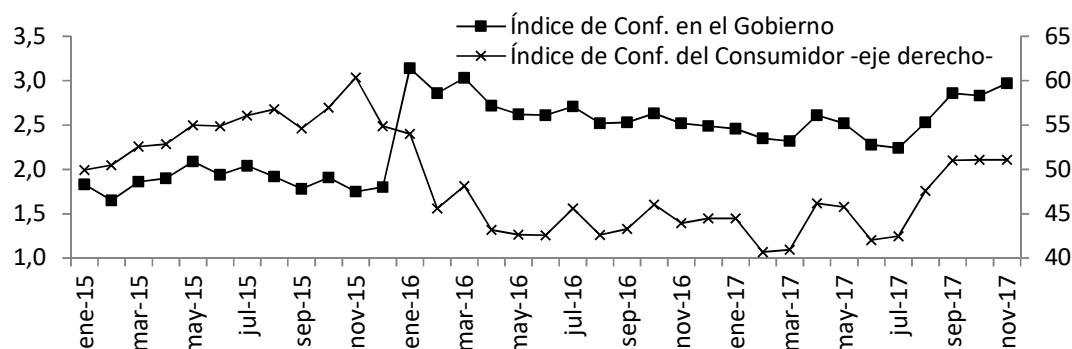


Figura 5.1. Índice de confianza del consumidor e Índice de confianza en el gobierno. Fuente: elaboración propia a partir de UTDT (2019a,b).

Legitimado por la victoria electoral, el gobierno intentó acelerar su gradualismo enviando al congreso las reformas tributaria y previsional. En tanto que la primera reducía la presión impositiva sobre las empresas,³⁵ apuntando a mejorar su rentabilidad; la segunda significaba un recorte directo en el gasto público destinado a jubilaciones y pensiones, implicando así un empeoramiento de las condiciones de vida de la clase trabajadora pasiva.³⁶ Esta última cuestión despertó una masiva reprobación entre la población, al tiempo que alentó una enorme movilización al congreso los días de su tratamiento, decantando esto en sucesivos episodios de conflictividad callejera y represión. En este sentido, la sanción de la ley se convirtió en una «victoria pírrica» para el macrismo, ya que implicó la pérdida de gran parte de la autoridad política que meses atrás le había otorgado el triunfo en las urnas.

Para principios de 2018, los resultados del gradualismo todavía eran pobres en términos estructurales. Si bien se había avanzado en materia previsional y tributaria, el avance era mínimo en relación a lo que el gobierno y el empresariado esperaban de la reforma laboral,³⁷ la cual luego de aquel

³⁴ Véase «Los empresarios festejan el plan de reformas de Macri y se suman a las mesas de diálogo» (2017), en *Infobae* (31 de octubre de 2017); «Los empresarios le renuevan el crédito a Macri para 2017» (2016), en *El Cronista* (16 de diciembre de 2016); «Respaldo unánime de empresarios al acuerdo con los holdouts» (2016), en *Parlamentario.com* (18 de marzo de 2016); «Wertheim hizo autocritica por corrupción y pidió fuerte apoyo a Macri» (2016), en *Iprofesional* (29 de junio de 2016).

³⁵ Véase «El mundo empresarial apoya la reforma tributaria de Macri» (2017), en *Perfil* (7 de noviembre de 2017).

³⁶ Véase «El Gobierno promulgó la ley de la cuestionada reforma previsional» (2017), en *Perfil* (28 de diciembre de 2017).

³⁷ Véase «Reforma laboral: Empresarios piden consenso y cambios en cargas sociales» (2017), en *El Cronista* (7 de noviembre de 2017).

diciembre agitado, se mostraba cada vez más difícil en términos políticos.³⁸ A su vez, más allá de la devaluación inicial, el atraso cambiario continuaba golpeando a la macroeconomía. Las ganancias, si bien mostraban cierta recuperación, todavía seguían siendo bajas, los déficits gemelos mantenían su vigor, y la inflación permanecía en valores elevados. Adicionalmente, con el endeudamiento creciente que exigía la naturaleza gradual del ajuste, aparecían como amenazas cada vez más cercanas la fuga de capitales y un creciente stock de Letras del Banco Central (LEBAC),³⁹ lo que prometía a futuro sumar una fuerte presión sobre la cotización del dólar. Este panorama mostraba un gobierno que si bien había avanzado en varios de sus objetivos, requería acelerar su tarea, pero que al momento se encontraba trabado por la relación de fuerzas vigente.

Llegado 2018, las dificultades del macrismo combinadas con el malestar que generaba el ajuste en amplias franjas de la población comenzaron a mostrar una posibilidad concreta de disputa. A esta situación se le sumó la tensión creciente entre la coalición gobernante y Hugo Moyano,⁴⁰ lo que terminó empujando al líder sindical a pasar a la ofensiva. De esta manera, la movilización organizada por el referente camionero para el 21 de febrero del 2018 se dio en un contexto especial, contando con una enorme convocatoria, y aunando a gran parte del sindicalismo que se encontraba por fuera de la CGT,⁴¹ lo que comenzó a dar forma al proceso de reagrupamiento de la oposición peronista.

5.3 2018-2019: El contexto internacional y la aceleración del gradualismo

En marzo de 2018 el dólar alcanzaba los 20 pesos, ascendiendo a ese valor mansamente, bajo la mirada atenta del Banco Central. Sin embargo, llegado abril del mismo año, esta pax cambiaria encontraría su fin.

³⁸ Véase «Freezer a la reforma laboral que inquieta a los empresarios» (2018), en *Forbes* (18 de enero de 2018).

³⁹ El Banco Central utilizaba estas letras para absorber saldos monetarios –entre ellos, el resultante de la compra de los dólares provenientes del endeudamiento– y así reducir la presión sobre los distintos precios de la economía. Estas letras se renovaban periódicamente, capitalizando sus intereses. En función de esto último, conforme pasaba el tiempo, el stock de LEBAC aumentaba, exigiendo niveles de interés cada vez más elevados, bajo la amenaza de una corrida al dólar en el caso de no concretarse su renovación masiva.

⁴⁰ Véase «De aliado a enemigo: la tormentosa relación entre Macri y Moyano» (2018), en *La Nación* (20 de julio de 2018).

⁴¹ Entre las principales representaciones se encontraron las dos CTA, el gremio bancario, y distintos movimientos sociales, los cuales en su mayoría se encontraban cercanos a diversos dirigentes kirchneristas. Véase «Miles de personas participaron de la movilización de Hugo Moyano» (2018), en *La Gaceta* (21 de febrero de 2018).

Con el incremento de la tasa de interés que hacía un tiempo venía realizando la Reserva Federal de Estados Unidos,⁴² muchos capitales especulativos se veían alentados a emprender su rumbo a destinos más seguros, exigiendo grandes cantidades de divisas para su salida. Esto vino acompañado por sucesivas devaluaciones en las monedas de la región, lo que aportó a la inestabilidad de la moneda local, aumentando también el riesgo país de Argentina.⁴³ De esta forma, a la salida de capitales se le sumaba una dificultad creciente para acceder al crédito internacional, planteando así un panorama complejo en el rubro financiero de la balanza de pagos. A la par de estas complicaciones, el bajo precio de las exportaciones locales se combinaba en 2018 con una cosecha pobre en términos históricos,⁴⁴ lo que trajo consigo una fuerte reducción en el ingreso de dólares por la vía comercial. De esta manera se potenció el déficit externo que el gobierno ya arrastraba, ejerciendo una mayor presión sobre el tipo de cambio, y quebrando así aquella calma de meses anteriores.

Frente a las presiones sobre el dólar, el gobierno actuó por medio de la venta de divisas y el incremento de la tasa de referencia de las LEBAC, con la finalidad de evitar mayores subas del tipo de cambio.⁴⁵ No obstante, en contraposición al lento ritmo de devaluación previo, el macrismo debió convalidar entre abril y mayo un aumento cercano al 25% en el precio de la divisa estadounidense, que pasó de casi 20 pesos a 25.

En tanto que Cambiemos no lograba implementar el ajuste de fondo y continuaba su rumbo la inflación y los déficits gemelos, la necesidad de deuda se mantenía vigente para sostener el gradualismo y la gobernabilidad. Fue por ello que, ante la inestabilidad global que amenazaba el ingreso de divisas por medio del endeudamiento, en mayo del 2018 la coalición gobernante avanzó en un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI),⁴⁶ con la finalidad de asegurarse aquel financiamiento en el tiempo.

Tanto la devaluación de mayo como el posterior acuerdo con el FMI implicaron en los hechos un quiebre en la trayectoria del macrismo, ya que obligaron a acelerar el ritmo de ajuste, quitándole así grados de libertad a la política económica. Mientras que la devaluación encarecía relativamente los

⁴² Véase «El aumento de la tasa de interés de EEUU mantiene en vilo al peso» (2018), en *La Nación* (5 de mayo de 2018).

⁴³ Este incremento en el riesgo país había comenzado a observarse a partir del cambio en las metas de inflación del Banco Central registrado en diciembre de 2017, pero se potenció con la sucesión de crisis en países emergentes. Véase «El efecto “cambio de meta” continúa golpeando el costo del endeudamiento de Argentina» (2018), en *BAE Negocios* (13 de marzo de 2018).

⁴⁴ Véase «Soja: la cosecha finalizó como la más baja en nueve años» (2018), en *La Nación* (7 de julio de 2018).

⁴⁵ Véase «Claves para entender la corrida cambiaria y la licitación de LEBACs de mayo» (2018), en *Cinco Ruedas* (14 de mayo de 2018); «Por la inflación, y para tener calma al dólar, el BCRA hizo una venta récord de reservas» (2018), en *La Nación* (25 de abril de 2018), entre otros.

⁴⁶ Para ahondar en los principales aspectos del mismo, véase CIFRA (2018b).

productos extranjeros mejorando el resultado comercial, el gobierno profundizaba el recorte fiscal exigido por el Fondo Monetario, eliminando reintegros a empresas exportadoras, suspendiendo la baja en las retenciones a los productos agropecuarios, y suprimiendo desde el Estado nacional diversas transferencias a las provincias.⁴⁷ En tanto que las primeras dos medidas mejoraban la situación fiscal al tiempo que afectaban parcialmente la rentabilidad de las empresas exportadoras y el nivel de actividad económica; la última política golpeaba directamente las condiciones de vida de amplias franjas de la población, ya que traía como consecuencia reducciones y retrasos en el pago de salarios provinciales.⁴⁸ Asimismo, el recorte de fondos hacia las provincias también hizo mella en la obra pública, golpeando también el nivel de ocupación.

Sumando a los problemas aparecía la tasa de interés de las LEBAC, la cual era utilizada para desalentar la compra de dólares e intentar descomprimir la presión sobre el tipo de cambio. En esta lógica, el alza de dicha tasa implicaba un incremento en el costo del financiamiento interno, lo que desalentaba aún más la actividad económica y traía aparejadas mayores tendencias recesivas.⁴⁹

Ya en la segunda mitad del 2018 las condiciones internacionales empeoraron aún más. Por un lado, al intensificarse la guerra comercial entre Estados Unidos y China, las exportaciones argentinas vieron reducido su precio internacional,⁵⁰ lo que agregó más dificultades a la entrada de dólares por la vía comercial. Acompañando a esto, la crisis de Turquía impulsó una nueva salida de capitales de todos los mercados emergentes,⁵¹ lo que decantó en una mayor presión sobre la cotización de la divisa. Toda esta sucesión de elementos devino en una nueva ronda devaluatoria, llevando el tipo de cambio a un valor cercano a los 40 pesos en septiembre de 2018.

La aceleración del ajuste y la devaluación trajo consigo diversas consecuencias. Como cuestión central, continuó su ritmo la mejora en la rentabilidad empresarial, observándose principalmente un aumento tanto en la masa de ganancias como en la tasa de explotación. Este fenómeno se debía principalmente a la fuerte devaluación, la cual mejoró la participación en el ingreso a favor de la burguesía. A su vez, la tasa de ganancia también mostró un cierto repunte en relación al período anterior, aunque en magnitudes

⁴⁷ Véase «El Gobierno juega todas las fichas al ajuste fiscal para estabilizar la economía» (2018), en *Infobae* (17 de agosto de 2018).

⁴⁸ Véase «La caída del salario real mejoró las cuentas públicas provinciales» (2019), en *El Cronista* (7 de enero de 2019).

⁴⁹ Véase «La Argentina y su dilema: ¿tasa de interés o actividad económica?» (2018), en *Infobae* (7 de noviembre de 2018).

⁵⁰ Véase «La tensión EEUU-China, derrumbó la soja a mínimos en más de 9 años» (2018), en *El Cronista* (6 de julio de 2018).

⁵¹ Véase «La caída de las divisas emergentes anuncia un periodo de turbulencias» (2018), en *El País* (29 de agosto de 2018).

inferiores a la masa de ganancia y a la tasa de plusvalía, debido a la ausencia de un aumento en la escala de explotación.

El escaso incremento que experimentó la tasa de ganancia demostró la ya nombrada dificultad del gobierno para avanzar a fondo con el ajuste sobre la clase trabajadora. No obstante, este resultado que se mostraba modesto en términos cuantitativos, representaba un enorme avance en términos cualitativos para la burguesía, ya que además de lograr la libre disposición de sus ganancias con el levantamiento del cepo, rompía con casi un lustro de caída en todos sus indicadores de rentabilidad. En función de lo anterior, a lo largo de todo su mandato la coalición gobernante continuó recibiendo repetidas muestras de apoyo de parte de las principales representaciones gremiales de la patronal.⁵²

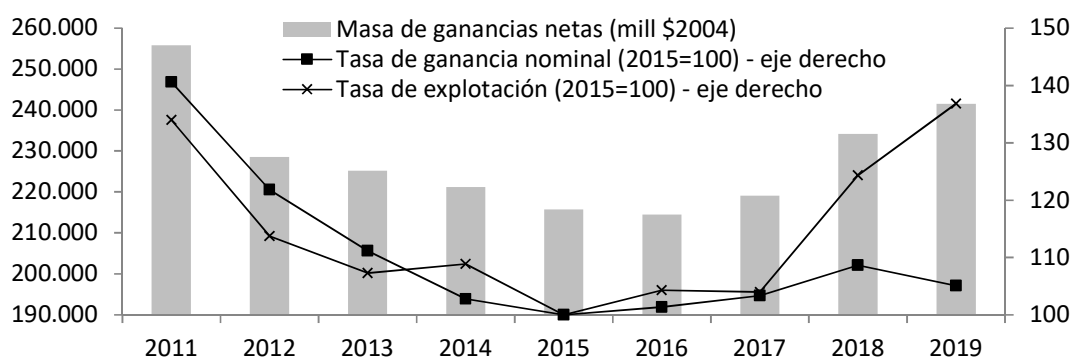


Figura 5.2. Masa de ganancias, tasa de explotación y tasa de ganancia nominal. Fuente: elaboración propia a partir de anexo estadístico.

Por otro lado, la devaluación y el recorte en las cuentas públicas redujeron los déficits gemelos, logrando algunas señales positivas ante los ojos del FMI. En tanto que a fines de 2018 ya se registraba un superávit en el intercambio comercial externo, para principio de 2019 se alcanzaba el equilibrio primario en las arcas fiscales, lo que daba cuenta de la fuerte aceleración del gradualismo. Asimismo, también para fines de 2018 comenzaba a reducirse el déficit financiero del Estado, mostrando un ritmo de caída inferior al del indicador primario, dados los cuantiosos intereses provenientes de la deuda externa.

⁵² Véase «Exposición Rural: Mauricio Macri jugó de local y en las tribunas cantaron “¡Sí, se puede!”» (2019), en *La Nación* (3 de agosto de 2019); «Fuerte respaldo a Mauricio Macri en la Bolsa de Comercio: “Apoyamos las políticas que estén lejos del populismo”» (2019), en *Clarín* (18 de julio de 2019); «La UIA respalda “la filosofía e ideas principales” de las reformas que impulsa el Gobierno» (2017), en *Télam* (7 de noviembre de 2017); «Los dueños de grandes firmas coparon IDEA y abrazan a Macri» (2017), en *Perfil* (14 de octubre de 2017); «Para la Asociación Empresaria Argentina, “Macri está tomando las medidas correctas”» (2018), en *Télam* (12 de mayo de 2018); «Precoloquio de IDEA: Macri y Pichetto le hablaron a los empresarios desde Vaca Muerta» (2019), en *Forbes* (12 de junio de 2019), entre otros.

Como contracara, el proceso devaluatorio trajo consigo un nuevo impulso en el nivel de precios, el cual solamente se vio amortiguado por la recesión vigente. A partir del aumento del tipo de cambio, entre 2018 y 2019 la inflación alcanzó los mayores valores registrados desde el año 1991, representando así el costado menos deseado del ajuste en marcha.

En tanto que ni las mayores ganancias, ni el equilibrio fiscal primario, ni el resultado positivo del intercambio externo tenían implicancias directas en el día a día de la población; la escalada inflacionaria y la caída de la actividad interna golpeaban de lleno las condiciones de vida de la clase trabajadora. En este sentido, aquellas noticias que contentaban a la burguesía y al FMI, representaban un problema para la imagen de Cambiemos de cara a sus votantes, poniendo de manifiesto las duras contradicciones del capitalismo argentino.

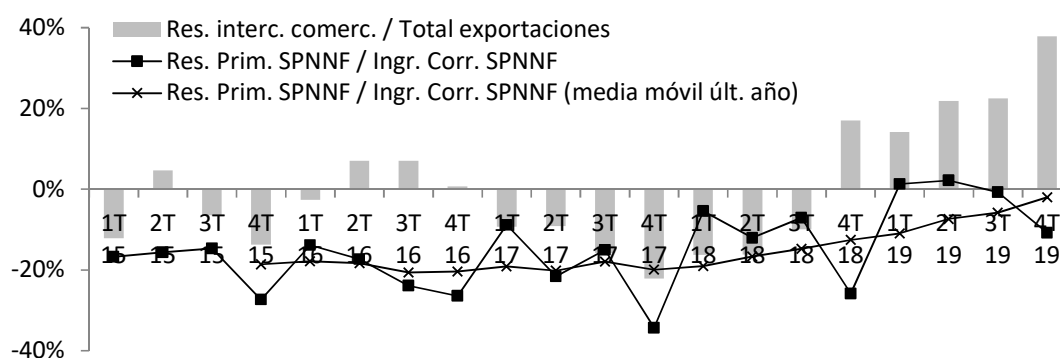


Figura 5.3. Resultado externo y resultado fiscal. Fuente: elaboración propia a partir de MECON (2020).

A la par del malestar creciente, con el correr del 2019 las distintas opciones de la oposición fueron ganando progresivamente lugar entre las preferencias del electorado, destacándose entre ellas la figura de Cristina Fernández.⁵³

A medida que avanzaba la oposición peronista en las encuestas, crecía el riesgo país y la demanda de dólares, presionando así sobre el tipo de cambio, ahora en un año electoral. En función de lo anterior, el gobierno profundizó su intervención en el mercado cambiario por medio de la operación sobre el precio de dólares futuros, el incremento de la tasa de interés, y la venta de reservas internacionales,⁵⁴ lo que luego de una breve escalada que dejó al dólar

⁵³ Véase «Acelerado crecimiento de Cristina Kirchner: subió 50% en ocho meses y lidera intención de voto» (2019), en *Iprofesional* (5 de enero de 2019); «Elecciones 2019: mejora Cristina, baja Macri y asoma Alternativa Federal en los sondeos» (2019), en *La Nación* (7 de abril de 2019), entre otros.

⁵⁴ Véase «La estampida del dólar y el riesgo país: cuatro medidas y una duda» (2019), en *Clarín* (27 de abril de 2019).

cerca de los 45 pesos en abril del 2019, permitió al macrismo volver a controlar el precio de la divisa.

Al son del empeoramiento de las condiciones de vida y de la emergencia de la oposición peronista en las encuestas, los representantes gremiales de la clase trabajadora ocupada y desocupada continuaron aquel proceso de coordinación iniciado por Hugo Moyano y las dos CTA hacía más de un año.⁵⁵ En este sentido, más allá de los debates internos,⁵⁶ la realidad empujó a que entre junio del 2018 y mayo de 2019 se llevaran adelante 3 paros generales,⁵⁷ lo que terminaba de expresar un cambio de actitud de parte de la mayoría de la dirigencia sindical hacia un macrismo que contaba cada vez con menos aceptación popular. A su vez, la misma dirigencia sindical se fue acercando progresivamente a las distintas variantes del peronismo, espacio que se mostraba cada vez más coordinado y con una intención de voto ascendente.

Frente a un contexto adverso, a lo largo del bienio 2018-2019 Cambiemos intentó paliar la caída de su popularidad. Apuntando a su tradicional electorado, la coalición gobernante profundizó aquellos elementos simbólicos que tiempo atrás le habían rendido frutos, recurriendo a la polarización con el kirchnerismo⁵⁸ y ahondando, tanto en las palabras como en las políticas concretas,⁵⁹ el costado más conservador de su impronta. Asimismo, entrado el 2019 avanzó en un incremento de los subsidios a la pobreza (Econométrica 2019), lo que apuntaba a contener los efectos del ajuste en las capas más pobres de la población. No obstante, a pesar de su caída, los encuestadores seguían planteando a Cambiemos como una coalición altamente competitiva de darse un potencial balotaje.⁶⁰

⁵⁵ Véase «21F: Junto a Yasky, Moyano lanzó una agrupación “multisectorial”» (2018), en *La Voz* (16 de agosto de 2018).

⁵⁶ Véase «La CGT resiste la presión de Hugo Moyano para lanzar un paro nacional: “No hay consenso”» (2019), en *Clarín* (1 de abril de 2019); «La vigencia de la huelga como protesta divide a los gremios» (2018), en *La Nación* (17 de noviembre de 2018).

⁵⁷ Véase «Informe: los cinco paros nacionales en la era Macri» (2019), en *Diario Popular* (29 de mayo de 2019).

⁵⁸ Véase «La Casa Rosada festejó el discurso: hablar a “los propios” y polarizar con “el pasado”» (2019), en *Perfil* (1 de marzo de 2019); «Macri agitó el fantasma del populismo para buscar el apoyo de los empresarios» (2018), en *Perfil* (20 de octubre de 2018), entre otros.

⁵⁹ Véase «La Policía de la Ciudad comenzará a utilizar pistolas Taser en el subte desde marzo» (2019), en *La Nación* (15 de enero de 2019); «Patricia Bullrich y el nuevo reglamento de seguridad: “La sociedad va a tener claro dónde está el bien y dónde el mal”» (2018), en *Clarín* (4 de diciembre de 2018), entre otros.

⁶⁰ Véase «Nuevas encuestas confirman la ventaja de Cristina sobre Macri» (2019), en *El Economista* (1 de mayo de 2019); «Tres nuevas encuestas: la pelea Macri-Cristina y efecto Lavagna en el balotaje» (2019), en *Clarín* (14 de abril de 2019).

5.4 La unidad del peronismo y el desenlace electoral

Recapitulando, para mediados de 2019 la aceleración del gradualismo llegaba acompañada de un fuerte empeoramiento de las condiciones de vida de la población, de un descenso de la imagen pública de Macri, de un incremento en la coordinación de las representaciones gremiales de la clase trabajadora, y de una tendencia a la intensificación en sus medidas de protesta. En este marco, todas las miradas esperaban la definición de Cristina Fernández sobre su posible postulación, dado que la viuda de Néstor Kirchner era la principal figura de la oposición peronista. Sorpresivamente, el 18 de mayo de 2019 la ex mandataria comunicó su decisión de competir por el cargo de vicepresidenta, detrás de Alberto Fernández, quien tiempo atrás fuera jefe de gabinete del kirchnerismo y luego un férreo crítico del mismo.⁶¹

La designación de Alberto Fernández expresaba cuestiones importantes del propio kirchnerismo. Por un lado, planteaba la aspiración de trascender aquel núcleo de votantes alcanzado en 2017, que si bien brindaba un elevado piso, también imponía un techo relativamente bajo en una segunda vuelta electoral, dada la elevada imagen negativa de la ex presidenta.⁶² Por otro lado, esta designación exhibía la búsqueda de una unidad más amplia tanto dentro del peronismo como por fuera del mismo, intentando alinear detrás del nuevo candidato a dirigentes que se planteaban reacios a la figura de Cristina Fernández.⁶³ En este marco, con el apoyo explícito de la mayoría del PJ, del sindicalismo y de los movimientos sociales, para fines de julio se terminaba de ordenar un variopinto arco opositor⁶⁴ que se denominó «Frente de Todos».

Con la conformación definitiva de todas las alianzas electorales, la mayoría de los encuestadores proyectaban que Alberto Fernández se impondría tanto en las elecciones primarias de agosto como en las generales de octubre. Asimismo, según las mismas encuestas, dada la escasa ventaja que sacaría el candidato del Frente de Todos sobre Mauricio Macri, el desenlace de las

⁶¹ Véase «Alberto Fernández: “Cristina dejó una Argentina enferma”» (2016), en *La Gaceta* (23 de febrero de 2016); «Alberto Fernández: “Cristina tiró por la borda todo lo que hizo Néstor”» (2012), en *La Nación* (27 de octubre de 2012), entre otros.

⁶² Véase «Macri, Lavagna o CFK: quién mide mejor a cinco meses de las PASO» (2019), en *El Cronista* (11 de marzo de 2019); «Solá: “CFK tiene un techo bajo pero es la esperanza de millones de argentinos”» (2019), en *Perfil* (11 de febrero de 2019), entre otros.

⁶³ Véase «Alberto Fernández y Sergio Massa cerraron un acuerdo electoral: se llamará “Frente de Todos”» (2019), en *Infobae* (12 de junio de 2019); «Omar Perotti sumó su apoyo y los gobernadores del PJ se encolumnan detrás de la fórmula Fernández-Fernández» (2019), en *Infobae* (26 de junio de 2019), entre otros.

⁶⁴ Véase «El Frente de Todos presentó las listas tras negociaciones de último momento» (2019), en *Télam* (26 de junio de 2019).

elecciones se daría recién en la segunda vuelta de noviembre, con un final que se mantenía abierto.⁶⁵

Sin embargo, en las primarias Alberto Fernández sorprendió a propios y ajenos, obteniendo casi el 48% de los votos, e imponiéndose sobre Mauricio Macri por más de 15 puntos. A partir de estos resultados, se hacía prácticamente irremontable la diferencia, por lo que tanto la población como los mercados financieros comenzaron a ver al candidato peronista como el próximo presidente.

La victoria de Fernández desató un nuevo salto en el tipo de cambio, que pasó de rondar los 45 pesos por dólar a casi 60. Esta reacción encontraba sus raíces tanto en los dichos previos del mismo Fernández sobre la baratura de la divisa,⁶⁶ como en la memoria cercana de los grandes jugadores del mercado cambiario que asociaban al ganador de las PASO con el cepo que se encontró vigente durante el último kirchnerismo.

De esta forma, los resultados de las primarias y la nueva ronda de devaluación tornaban casi imposible la ilusión de reelección macrista, hundiendo aún más las condiciones de vida de la población durante los meses subsiguientes. Frente a esto, Cambiemos siguió adelante con su iniciativa,⁶⁷ intentando proteger lo que quedaba de su capital político, y apuntando a los cargos electivos que aún podía mantener o conquistar en octubre. En esta línea, con la finalidad de volver a controlar el precio del dólar, el gobierno intensificó su intervención en el mercado cambiario, obligó a acelerar la liquidación de las divisas provenientes de las exportaciones e implementó una serie de restricciones a la compra de moneda extranjera,⁶⁸ configurando en los hechos una reedición del viejo y conocido cepo cambiario, aunque ahora con condiciones mucho más laxas que la versión anterior.⁶⁹

Finalmente, las elecciones generales terminaron de confirmar a Alberto Fernández como máximo mandatario, poniendo fin al macrismo e inaugurando un nuevo período presidencial con el peronismo en el poder.

⁶⁵ Véase «Últimas encuestas antes de las PASO: Cómo llegan Macri y Alberto al primer round» (2019), en *El Cronista* (2 de agosto de 2019).

⁶⁶ Véase «Para Alberto Fernández, el dólar quedó barato y habrá devaluación tras elecciones» (2019), en *Iprofesional* (20 de julio de 2019).

⁶⁷ Véase «Tras la devaluación, Macri pidió perdón, anunció bonos y congeló el precio de la nafta» (2019), en *LMneuquen* (14 de agosto de 2019).

⁶⁸ Véase «Límite de USD 200, compras en el exterior y blue: cómo funciona el “mega cepo”» (2019), en *Perfil* (20 de octubre de 2019); «Por DNU restringen la compra de dólares, obligan a exportadores a liquidar divisas, y autorizan el pago de impuestos con bonos» (2019), en *Clarín* (1 de septiembre de 2019).

⁶⁹ Véase «Cuáles son las cuatro diferencias entre el cepo M y el cepo K» (2019), en *Perfil* (29 de octubre de 2019); «Las diferencias entre el cepo actual y el de la era kirchnerista» (2019), en *El Economista* (15 de noviembre de 2019).

5.5 2015-2019: El macrismo en perspectiva: un intento trunco

Visto en perspectiva, Mauricio Macri asumió en un contexto objetivo extremadamente difícil para cualquier gobierno burgués: rentabilidad en descenso, déficits gemelos e inflación creciente, y un cepo cambiario que limitaba las decisiones de la burguesía sobre sus ganancias. Esta realidad era, por definición, insostenible en el mediano plazo para cualquier economía capitalista que quisiera evitar una crisis de gran escala. Asimismo, Cambiemos recibió el poder de parte del kirchnerismo, un gobierno que si bien había exacerbado los nombrados desequilibrios, logró llegar al traspaso de mando sin grandes sobresaltos, lo que dificultaba a los ojos de la población toda política regresiva. En resumidas cuentas, el macrismo asumió un capitalismo con grandes necesidades de ajuste, pero en un entorno donde la aplicación del mismo se tornaba altamente compleja.

A partir de su situación de inicio y sus objetivos, el nuevo gobierno optó por una estrategia gradualista, apuntando así a proteger su imagen y gobernabilidad. Este gradualismo consistió en una reducción selectiva de la presión tributaria, un sucesivo recorte del gasto público, una continua aplicación de techos a paritarias, una devaluación administrada, y la utilización del endeudamiento externo para cubrir los déficits que se mantenían vigentes a lo largo del proceso. Este cúmulo de políticas regresivas se llevaron adelante conjuntamente con la construcción de una impronta que polarizaba abiertamente con el gobierno anterior, planteando al individualismo y al orden como elementos centrales de su lógica, y exaltando valores de lo más conservadores en términos políticos. En función de los elementos objetivos y simbólicos, el macrismo contó con el favor de una amplia mayoría dentro de la burguesía, a la vez que recibió el apoyo de grandes franjas poblacionales que otrora se movilizaban contra las políticas kirchneristas. Asimismo, el ajuste se benefició de la quietud de los principales dirigentes sindicales, que aportaron a la gobernabilidad por medio de la desmovilización de sus bases y el aislamiento de los diferentes conflictos laborales. A su vez, este ajuste también supo explotar el rol de la oposición peronista, la cual osciló entre la mera denuncia discursiva y el colaboracionismo directo con el plan de Cambiemos.

La lógica general del gradualismo avanzó de manera continua durante los primeros dos años y medio de gestión macrista. No obstante, este avance no estuvo exento de complicaciones. Por un lado, se vio obstaculizado por varios hechos puntuales de desborde en la conflictividad callejera. Por otro lado, también se vio trabado por el creciente malestar social que se expresaba por medio de diversas encuestas de opinión. De esta manera, si bien el avance del gradualismo se mostró relativamente estable durante los primeros dos años, configuró un complejo proceso de prueba y error, donde la coalición

gobernante fue avanzando en sus políticas en tanto las relaciones de fuerza se lo permitieron.

Mientras que el gobierno contó con disponibilidad recursos, controló la velocidad del gradualismo, logrando alinear las necesidades de la acumulación capitalista –dado el ajuste en marcha– con los intereses de la burguesía –que vio mejoradas sus ganancias– y una nada despreciable capacidad de gobernabilidad propia, que posibilitó su triunfo en las elecciones legislativas de 2017.

Ya entre fines de 2017 y mediados de 2018, la situación de relativa calma que caracterizó a los primeros años del mandato cambió rotundamente. La reprobación social que trajo consigo la reforma previsional y la mala cosecha del 2018 se conjugaron con las complicaciones externas fruto de la suba de la tasa de interés estadounidense y la caída de los precios de los productos agropecuarios. Todos estos elementos empujaron al gobierno a buscar en el FMI un financista de última instancia, configurando así un contexto de inestabilidad cambiaria y limitaciones objetivas. En este marco, el macrismo aceleró la velocidad del ajuste, incrementando el ritmo devaluatorio y profundizando el recorte fiscal.

El resultado de la aceleración del gradualismo fue claro y trajo consigo distintas reacciones: en tanto que el aumento de las ganancias y la reducción de los déficits gemelos eran vistos con ojos entusiastas por la burguesía y el FMI; el incremento de la inflación y el empeoramiento de las condiciones de vida llegaron acompañados de un creciente malestar entre la clase trabajadora.

Con las malas noticias internacionales y la sucesiva aceleración del ajuste, el macrismo entraba en su propio círculo vicioso. A medida que se destruían las condiciones de vida, caía la imagen de Macri y mejoraban las posibilidades políticas de las opciones peronistas, al tiempo que este espacio ganaba cohesión y sumaba cada vez mayor cantidad de apoyos, tanto entre la población como entre las principales figuras del sindicalismo. Esta caída de la imagen presidencial traía aparejado un empeoramiento en las expectativas de los principales actores del mercado cambiario, lo cual terminaba decantando en una mayor presión sobre el tipo de cambio, deviniendo así en nuevas rondas de devaluación y de aceleración del ajuste en curso. Esto último volvía a golpear las condiciones de vida de la población, iniciando nuevamente el ciclo y hundiendo aún más las ilusiones de reelección de Mauricio Macri. A partir de esta lógica, el incremento en la velocidad del ajuste desembocó finalmente en la derrota de Cambiemos en las presidenciales de 2019, poniendo así fin a su período de gobierno.

Visto en perspectiva, el macrismo terminó siendo un intento trunco, ya que si bien pretendió poner en pie un nuevo ciclo de acumulación y una nueva estructura social, estas aspiraciones quedaron a medio camino. En términos concretos Cambiemos avanzó en su ajuste tanto como las relaciones de fuerza

se lo permitieron, pero la profundidad de dicho ajuste no le alcanzó ni para estabilizar el ámbito de acumulación de manera sostenida ni para relanzar significativamente la acumulación capitalista. Más allá de no lograr su cometido, el macrismo cumplió cierto rol en términos históricos, ya que significó la realización de gran parte de las demandas que el capitalismo argentino requería hacía ya varios años, dejando así para Alberto Fernández una buena parte del camino allanado.

Reflexiones finales

El capitalismo argentino y su recurrencia histórica

«Y vi a Sísifo, que soportaba duros trabajos, llevando una enorme piedra entre sus brazos. Hacía fuerza apoyándose con manos y pies y empujaba la piedra hacia arriba, en dirección a la cumbre, pero cuando iba a trasponer la cresta, una poderosa fuerza lo hacía volver una y otra vez llevando de modo insolente la piedra hacia la llanura. Sin embargo, él la empujaba de nuevo con los músculos en tensión, el sudor se deslizaba por su cuerpo y el polvo caía de su cabeza».

Homero

El recorrido realizado hasta aquí ha presentado distintos balances parciales de cada una de las etapas estudiadas. A partir de estos balances, en este apartado se dará una visión general sobre el devenir reciente del capitalismo argentino. A su vez, se plantearán algunas hipótesis sobre la lógica interna que dicho capitalismo ha tomado en sus últimos 50 años, para finalmente describir las distintas posibilidades de acción que tiene la clase trabajadora en el mediano y en el largo plazo.

A la luz de la historia, resulta evidente que las distintas coaliciones que han ejercido el poder han procurado mantener vigentes las relaciones de producción capitalistas y sus respectivas instituciones, ya que esta vigencia es condición necesaria para gestionar el Estado burgués y con ello lograr un lugar privilegiado tanto en términos materiales como en el esquema de decisiones políticas del país. También resulta evidente que cada una de estas coaliciones ha intentado conformar un capital político propio, tanto para alcanzar como para mantener aquellos privilegios. En este sentido, ha sido habitual observar diversas políticas apuntadas a lograr un ámbito estable para la acumulación

capitalista, con la finalidad de evitar cualquier tipo de crisis de gran escala que desestabilice al gobierno de turno. Complementando lo anterior, también ha sido frecuente la implementación de medidas orientadas a lograr un nivel elevado de ganancias para las empresas, buscando así obtener el favor de la burguesía y lograr una acumulación expansiva. Asimismo se pueden identificar a varios elencos gobernantes que han intentado brindar mejoras en las condiciones de vida de la clase trabajadora, logrando con ello seducir al electorado y apaciguar la conflictividad social.

En una situación ideal, cualquier coalición aspira a cumplir todos los objetivos enumerados con anterioridad, con el afán de mantener y consolidar su poder. No obstante, dada la lógica contradictoria del capitalismo, esta situación ha sido más bien excepcional a lo largo de la historia, registrándose con mayor cotidianidad realidades donde los distintos gobiernos han ido priorizando determinados objetivos por sobre otros.

El período analizado a lo largo del volumen no escapa a las ideas que se vienen planteando en estas reflexiones. Dicha etapa encontró a la crisis de 2001 como punto de inicio. Como ya comentamos, aquella crisis había dejado al capitalismo argentino en una delicada situación: recesión económica y miseria creciente se combinaban con enormes masas movilizadas al son del «que se vayan todos», configurando un tenue pero real manto de dudas sobre las instituciones burguesas. En este panorama, Duhalde combinó un ajuste ortodoxo –que incluyó la liberalización del tipo de cambio y una gran reducción del gasto público en términos reales– con políticas abiertamente reformistas –tales como subsidios a la pobreza o aumentos administrados de los salarios– logrando finalmente relanzar la acumulación capitalista y comenzar a dar forma a la reconstrucción de sus respectivas instituciones.

Con el camino allanado, Néstor Kirchner conjugó un capitalismo saneado en términos objetivos con políticas propias y un contexto internacional favorable, de manera tal que logró mantener una ganancia elevada, una acumulación creciente y una macroeconomía estable, sumando a esto mejoras concretas en las golpeadas condiciones de vida de la población. Dicha realidad le permitió forjar un importante capital político propio, al tiempo que aportó a alinear momentáneamente los intereses de los principales actores sociales y terminar de reconstruir las instituciones burguesas.

A partir del conflicto con la patronal agraria y la crisis internacional, un nuevo período se abrió para el kirchnerismo en términos estructurales. Si bien Cristina Fernández asumía en un contexto de crecientes limitaciones objetivas, también contaba con instituciones ya reconstruidas, lo cual le brindaba ciertos grados de libertad a su política. De esta forma, durante su primer mandato logró mantener –con sus vaivenes– la acumulación expansiva que había heredado, amortiguando con medidas activas los problemas internacionales y

consolidando la construcción política del kirchnerismo con una profundización de aquella impronta nacional y popular.

Ya para 2011 el capitalismo argentino volvía a mostrar abiertamente sus desequilibrios, contando con déficits gemelos y una inflación creciente. Frente a estos desequilibrios, la mandataria intentó proteger su capital político postergando el ajuste en el tiempo, lo que la llevó a incrementar la intervención del Estado en los distintos mercados. De esta forma, mientras que su marido había hecho gala de cierta ortodoxia en términos macroeconómicos, Cristina Fernández fue exacerbando progresivamente su reformismo, lo que derivó en un ámbito de acumulación cada vez más inestable y una acumulación capitalista que se vio estancada en términos netos durante su última gestión.

La victoria de Mauricio Macri prometía ser un nuevo giro hacia políticas más liberales, luego de casi 15 años de gobiernos que reivindicaban el ideario reformista. Priorizando las necesidades de acumulación del capitalismo argentino y su lógica alianza con la burguesía local, las medidas de Cambiemos apuntaron a estabilizar los desequilibrios macroeconómicos y relanzar la rentabilidad empresarial. Para esta labor, se planteaba como necesidad avanzar sobre las condiciones de vida del proletariado, clase que al presentar sus resistencias complicó la tarea del primer mandatario. De esta forma, el macrismo fue tan liberal como las relaciones de fuerza se lo permitieron, dejando como saldo un ajuste tan feroz para la clase trabajadora como insuficiente para las demandas de la acumulación capitalista.

La clase trabajadora y sus dilemas

Al igual que en el período estudiado, durante los últimos 50 años de la historia argentina se puede observar que las políticas más cercanas a los preceptos liberales han buscado –al menos en sus planes– ordenar los desequilibrios macroeconómicos y relanzar la ganancia y la acumulación capitalista, pero han traído consigo un creciente malestar social, producto del empeoramiento de las condiciones de vida que acarrea su implementación. Frente a la presión política emanada de aquel malestar, las medidas asociadas al reformismo han procurado recomponer parcialmente las condiciones de vida de la clase trabajadora, o al menos morigerar los ajustes sobre esta clase, a costo de empeorar los equilibrios macroeconómicos y lesionar la rentabilidad empresarial, dificultando así la acumulación capitalista. En estos términos, el alivio que trae consigo cada una de las partes de esta biblioteca incluye necesariamente una contraindicación que, al expresar sus síntomas, se vuelve a tratar con las recetas de la otra parte. Esta lógica presenta al liberalismo y al reformismo como dos formas que individualmente se muestran impotentes de

perdurar en el tiempo, pero que en su alternancia y complementariedad no hacen más que materializar la recurrencia histórica del capitalismo argentino.

Desde la década de 1970 a la fecha, aquella recurrencia histórica ha mediado entre las demandas de una burguesía en avance y la lucha de un proletariado que, inclusive en retroceso, continúa defendiendo sus intereses materiales. En este escenario, los elevados niveles de conflictividad social registrados en Argentina han obstaculizado repetidamente los planes del capital, obligando a las distintas coaliciones gobernantes a cubrir ciertas demandas y brindar algunas concesiones puntuales, alternando así medidas ortodoxas con sucesivas políticas intervencionistas. Como contracara, esta situación fue afectando negativamente el nivel de rentabilidad y la estabilidad del capitalismo argentino, decantando esto en ciclos de acumulación más cortos e inestables en comparación con los principales países de la región. Mirados en el largo plazo, estos ciclos cortos e inestables han redundado en bajos niveles de acumulación de capital, poco crecimiento de la productividad de la economía, y una secular pauperización de las condiciones de vida de quienes subsisten a partir de la venta de su fuerza de trabajo.

En función de los datos,¹ es claro que más allá de las mejoras coyunturales, la forma que ha asumido el capitalismo argentino hace tiempo que no derrama sus bondades de manera sostenida sobre la clase trabajadora. Frente a esta realidad, dicha clase se encuentra en una encrucijada donde las opciones son múltiples y las posibilidades son inciertas. La primera opción que se postula es tan trágica como heroica, ya que plantea al proletariado seguir como hasta ahora, dando siempre y en cada momento todas las luchas que se presenten, pero respetando a rajatabla los límites que impone el modo de producción capitalista, con la esperanza de que algún día un gobierno reformista pueda brindar mejoras reales y sostenidas en el tiempo. A la luz de la historia, es evidente que de tomar esta opción, el capitalismo argentino simplemente seguirá su rumbo errante y de baja productividad, por lo que las condiciones de vida de las mayorías continuarán en la decadencia que arrastran hace ya varias décadas.

La segunda opción es igual de trágica que la primera, aunque menos heroica. Esta opción consiste en que el proletariado acepte finalmente la derrota histórica, abandone la lucha y soporte mansamente el ajuste en el largo plazo. A partir de esto, debería esperar pacientemente que la burguesía, luego de obtener jugosas, seguras y estables ganancias, decida reinvertir sus utilidades dentro del país. En este hipotético escenario, luego de que las inversiones maduraran y mejoraran la productividad de la economía, podría darse que la patronal cediera parte de estas mejoras en forma de aumento

¹ Para ahondar en la productividad por trabajador o en la productividad por hora trabajada de los principales países latinoamericanos se recomienda consultar Ros (2014) y la base de datos de The Conference Board (TCB 2019). A su vez, para comparar la evolución de los niveles de vida de la población de dichos países se recomienda Schteingart (2017).

salarial, presentando esta opción no solo como lejana temporalmente, sino también como una alternativa con escasa probabilidad de ocurrencia.

Asimismo, cabe decir que cualquiera de estas opciones puede venir acompañada del descubrimiento de algún nuevo recurso natural en tierras argentinas, o simplemente de un aumento del precio de los bienes básicos, lo que permitiría momentáneamente al Estado captar parte del excedente y mejorar la existencia material de la población por medio de algún subsidio.

Dada la realidad descripta, las salidas que el proletariado tiene a mano dentro del capitalismo argentino se limitan a defender a capa y espada las bajas y estancadas condiciones de vida vigentes, o a rendirse y aceptar una caída en dichas condiciones a largo plazo, con la esperanza de lograr –en el más largo plazo aún– un proceso de acumulación que traiga consigo mejoras perdurables. En otras palabras, en tanto que el capitalismo argentino continúe en su recurrencia histórica, el proletariado seguirá atrapado en el dilema de abrazar su miseria o, cual Sísifo con su piedra, continuar su eterno peregrinaje a la cumbre del monte, viendo cómo sus esfuerzos y sus luchas caen en saco roto una y otra vez.

Sin embargo, la clase trabajadora puede tomar la historia en sus manos y desafiar aquel destino de tragedia. Esto exige necesariamente una organización unitaria e independiente para conquistar el poder y expropiar definitivamente a la burguesía. Ya con los medios de producción en manos del proletariado, las decisiones de inversión y distribución pasarían de regirse por la fría e injusta lógica de la ganancia, a verse guiadas por las necesidades humanas, lo que permitiría rápidamente –concentración de dichos medios de producción mediante– elevar la productividad de la economía y distribuir los frutos del esfuerzo social de una forma más justa y democrática. Si bien esta opción exige un enorme esfuerzo y compromiso de parte de la propia clase trabajadora, se debe remarcar que no solo es una salida posible, sino que es la única salida real que puede romper definitivamente con aquella tragedia recurrente a la cual esta clase parece estar condenada.

Anexo estadístico

Cuadro 1: Valor agregado bruto a precios básicos a precios de 2004 (VAB p2004), Participación asalariada en el ingreso (%W), Masa salarial a precios de 2004 (Masa W p2004):

	VAB p2004	%W	Masa W p2004
1990	281.329	38%	106.739
1991	307.554	42%	129.990
1992	332.312	45%	148.620
1993	349.408	45%	158.670
1994	371.398	41%	152.809
1995	362.886	40%	145.251
1996	381.834	37%	141.199
1997	410.525	36%	147.638
1998	426.770	37%	156.948
1999	412.692	40%	163.091
2000	409.207	39%	160.882
2001	392.168	41%	162.151
2002	354.096	34%	119.070
2003	382.869	33%	125.634
2004	412.427	34%	141.618
2005	450.303	37%	164.688
2006	484.489	39%	189.003
2007	523.314	40%	211.592
2008	542.819	43%	236.022
2009	511.684	48%	245.876
2010	562.998	46%	260.811
2011	593.520	48%	283.995
2012	585.086	51%	298.980
2013	597.996	52%	312.259
2014	587.117	52%	302.404
2015	602.940	53%	320.966
2016	589.623	52%	306.090
2017	603.848	52%	313.542
2018	588.412	48%	280.291
2019	578.148	45%	262.705

Cuadro 2: Inversión bruta en equipos durable de producción a precios de 2004 -pesos- (IB EDP p2004), Stock de equipos durable de producción a precios de 2004 -pesos- (Stock EDP p2004), Depreciación del stock de equipos durable de producción a precios de 2004 -pesos- (Depreciación EDP p2004).

	IB EDP p2004	Stock EDP p2004	Deprec. EDP p2004
1990	10.494	163.849	18.862
1991	14.541	160.038	18.352
1992	23.493	165.523	18.007
1993	28.699	176.077	18.146
1994	34.377	191.902	18.552
1995	28.258	200.830	19.330
1996	31.985	213.069	19.746
1997	39.370	232.473	19.966
1998	42.361	253.938	20.896
1999	35.988	268.086	21.840
2000	32.762	278.494	22.354
2001	24.556	280.087	22.963
2002	13.699	270.264	23.522
2003	19.901	266.685	23.481
2004	30.352	273.350	23.688
2005	38.457	287.251	24.555
2006	45.406	306.790	25.867
2007	60.378	339.717	27.451
2008	68.118	377.978	29.857
2009	49.966	395.144	32.800
2010	68.975	429.242	34.877
2011	86.062	477.562	37.742
2012	77.294	513.820	41.035
2013	80.099	550.326	43.593
2014	71.841	576.168	45.999
2015	75.084	602.959	48.293
2016	75.486	627.883	50.562
2017	85.445	660.866	52.462
2018	76.733	682.869	54.730
2019	58.319	684.313	56.874

Cuadro 3: Inversión bruta en construcción no residencial a precios de 2004 -pesos- (IB CnR p2004), Stock de construcción no residencial a precios de 2004 -pesos- (Stock CnR p2004); Depreciación del stock de construcción no residencial a precios de 2004 -pesos- (Depreciación CnR p2004), Stock de capital fijo reproductivo a precios de 2004 -pesos- (Stock CFR p2004), Depreciación del stock de capital fijo reproductivo a precios de 2004 -pesos- (Depreciación CFR p2004).

	IB CnR p2004	Stock CnR p2004	Deprec. CnR p2004	Stock CFR p2004	Deprec. CFR p2004
1990	9.430	296.509	9.596	460.358	28.458
1991	12.594	299.364	9.739	459.402	28.091
1992	15.424	304.841	9.947	470.364	27.954
1993	17.470	312.112	10.199	488.189	28.344
1994	19.531	321.148	10.494	513.050	29.046
1995	17.270	327.589	10.829	528.419	30.159
1996	18.567	335.039	11.117	548.108	30.863
1997	21.593	345.231	11.401	577.705	31.367
1998	22.986	356.486	11.732	610.424	32.628
1999	20.202	364.593	12.094	632.680	33.934
2000	18.959	371.162	12.390	649.656	34.744
2001	16.709	375.186	12.685	655.273	35.648
2002	10.601	372.858	12.928	643.123	36.451
2003	14.995	374.809	13.045	641.494	36.525
2004	19.612	381.165	13.256	654.514	36.943
2005	21.809	389.409	13.564	676.661	38.119
2006	24.728	400.237	13.901	707.027	39.768
2007	28.091	414.059	14.268	753.776	41.720
2008	29.784	429.108	14.735	807.086	44.592
2009	23.629	437.535	15.202	832.679	48.002
2010	28.216	450.218	15.532	879.461	50.409
2011	31.596	465.835	15.979	943.397	53.721
2012	30.196	479.533	16.498	993.353	57.534
2013	30.571	493.119	16.985	1.043.445	60.578
2014	29.411	505.046	17.484	1.081.214	63.483
2015	30.218	517.309	17.955	1.120.268	66.248
2016	26.633	525.520	18.422	1.153.404	68.984
2017	29.846	536.585	18.782	1.197.451	71.244
2018	29.441	546.870	19.156	1.229.739	73.886
2019	26.694	554.062	19.501	1.238.376	73.886

Cuadro 4: Masa de ganancias netas a precios de 2004 -pesos- (MG p2004), Tasa de ganancia - valores reales -porcentaje- (TG vr), Tasa de plusvalía - porcentaje- (TPV), Índice de precios implícitos – total de la economía, 2004=100 (IPI total, 2004=100), Índice de precios implícitos – Inversión bruta interna fija, 2004=100 (IPI IBIF, 2004=100), Tasa de ganancia – valores nominales -porcentaje- (TG vn).

	MG p2004	TG vr	TPV	IPI total, 2004=100	IPI IBIF, 2004=100	TG vn
1990	146.132	32%	137%	21,4	23,2	29%
1991	149.473	33%	115%	50,8	49,1	34%
1992	155.738	33%	105%	58,1	52,9	36%
1993	162.394	33%	102%	62,4	57,4	36%
1994	189.543	37%	124%	64,1	57,5	41%
1995	187.475	35%	129%	66,2	59,7	39%
1996	209.773	38%	149%	66,1	58,3	43%
1997	231.520	40%	157%	65,8	57,1	46%
1998	237.193	39%	151%	64,7	56,3	45%
1999	215.668	34%	132%	63,5	55,2	39%
2000	213.580	33%	133%	64,2	53,4	40%
2001	194.369	30%	120%	63,5	52,4	36%
2002	198.575	31%	167%	82,9	80,9	32%
2003	220.710	34%	176%	91,6	89,2	35%
2004	233.866	36%	165%	100,0	100,0	36%
2005	247.496	37%	150%	110,3	113,2	36%
2006	255.718	36%	135%	125,5	128,4	35%
2007	270.002	36%	128%	144,2	142,2	36%
2008	262.205	32%	111%	177,6	163,3	35%
2009	217.806	26%	89%	205,0	187,6	29%
2010	251.777	29%	97%	247,8	211,3	34%
2011	255.804	27%	90%	306,6	244,7	34%
2012	228.573	23%	76%	375,0	293,1	29%
2013	225.158	22%	72%	464,8	373,4	27%
2014	221.231	20%	73%	652,0	537,3	25%
2015	215.726	19%	67%	825,3	657,8	24%
2016	214.549	19%	70%	1.164,7	884,5	24%
2017	219.062	18%	70%	1.467,6	1.075,0	25%
2018	234.234	19%	84%	2.064,9	1.498,6	26%
2019	241.557	20%	92%	3.128,5	2.403,9	25%

Anexo metodológico

- Serie de **«Valor agregado bruto a precios básicos de 2004»**: Se toman los datos de Ferreres (2005) para los años 1990-2004, empalmados¹ con los datos de MECON (2020) para los años 2004-2019.
- Serie de **«Participación asalariada en el ingreso»**: Se toman los datos de Graña y Kennedy (2008) para los años 1990-1993, empalmados con los datos de Maito (2019) para los años 1993-2016, y empalmados con los datos de MECON (2020) para los años 2016-2019.
- Serie de **«Masa salarial a precios de 2004»**: Se calcula como Valor agregado bruto a precios básicos de 2004 * Participación asalariada en el ingreso.
- Serie de **«Inversión bruta en equipo durable de producción a precios de 2004»**: Se toman los datos de Ferreres (2005) para los años 1875-2004, empalmados con los datos de MECON (2020) para los años 2004-2019.
- Serie de **«Stock de equipo durable de producción a precios de 2004»** y **«Depreciación del stock de equipo durable de producción a precios de 2004»**: Se calculan a partir de las series de Inversión bruta en equipo durable de producción a precios de 2004 mediante el método de inventarios permanentes, utilizando depreciación lineal y vida útil de 19 años.
- Serie de **«Inversión bruta en construcción no residencial a precios de 2004»**: Se calcula inicialmente la inversión bruta en construcción total, tomando los datos de Ferreres (2005) para los años 1875-2004, empalmado con los datos de MECON (2020) para los años 2004-2019. A dicho resultado se lo multiplica por la relación entre construcción no residencial y construcción total, obteniendo así la inversión bruta en construcción no residencial a precios de 2004.
- La relación entre construcción no residencial y construcción total se toma para los años 1900-2004 los valores de Maia y Nicholson (2005), y luego se completa la serie hasta 2019 mediante una simulación construida a partir de una regresión lineal múltiple, la cual se calcula tomando en cuenta los valores de inversión en construcción total e inversión en maquinaria y equipo.
- Serie de **«Stock de construcción no residencial a precios de 2004»** y **«Depreciación del stock de construcción no residencial a precios de**

¹ Dentro del presente anexo, salvo indicación contraria, todos los empalmes se realizan hacia atrás, utilizando como referencia los valores de la serie más actual.

- 2004»:** Se calculan a partir de las series de Inversión bruta en construcción no residencial a precios de 2004 mediante el método de inventarios permanentes, utilizando depreciación lineal y vida útil de 48 años.
- Serie de **«Stock de capital fijo reproductivo a precios de 2004»:** Se calcula como Stock de equipo durable de producción a precios de 2004 + Stock de construcción no residencial a precios de 2004.
 - Serie de **«Depreciación del stock de capital fijo reproductivo a precios de 2004»:** Se calcula como Depreciación del stock de equipo durable de producción a precios de 2004 + Depreciación del stock de construcción no residencial a precios de 2004.
 - Serie de **«Masa de ganancias netas a precios de 2004»:** Se calcula como Valor agregado bruto a precios básicos de 2004 - Masa salarial a precios de 2004 - Depreciación del stock de capital fijo reproductivo a precios de 2004.
 - Serie de **«Índice de precios implícitos. Total de la economía, 2004 = 100»:** Se toman los datos de Ferreres (2005) para los años 1990-2004, empalmados con los datos de MECON (2020) para los años 2004-2019.
 - Serie de **«Índice de precios implícitos. Inversión bruta interna fija, 2004 = 100»:** Se toman los datos de Ferreres (2005) para los años 1990-2004, empalmados con los datos de MECON (2020) para los años 2004-2019.
 - Serie de **«Tasa de plusvalía»:** Se calcula como Masa de ganancias netas a precios de 2004 / Masa salarial a precios de 2004.
 - Serie de **«Tasa de ganancia, valores reales»:** Se calcula como Masa de ganancias netas a precios de 2004 / Stock de capital fijo reproductivo a precios de 2004.
 - Serie de **«Tasa de ganancia. Valores nominales»:** Se calcula como $(\text{Masa de ganancias netas a precios de 2004} * \text{Índice de precios implícitos. Total de la economía, 2004} = 100) / (\text{Stock de capital fijo reproductivo a precios de 2004} * \text{Índice de precios implícitos. Inversión bruta interna fija, 2004} = 100)$.

Referencias

Siglas

- ATE [Asociación Trabajadores del Estado] (2015). *Apuntes sobre la Precarización Laboral en el Sector Público Nacional*, coord. por Horacio Fernández, recuperado de http://www.ateargentina.org.ar/idep/documentos/134Analisis_sobre_la_precarizacion_laboral_en_el_sector_publico_nacional.pdf.
- BCRA [Banco Central de la República Argentina] (2016). *Base de datos*, recuperado de <http://www.bcra.gov.ar/Estadisticas/estser030100.asp>.
- BID [Banco Interamericano de Desarrollo] (2016). *Base de datos*, recuperado de <https://data.iadb.org/ViewIndicator/ViewIndicator?languageId=es&typeOfUrl=C&indicatorId=2301>.
- CIFRA [Centro de Investigación y Formación de la República Argentina] (2009). *La evolución del sistema previsional argentino*, documento de trabajo n.º 2, coord. por Eduardo Basualdo, recuperado de http://www.aaps.org.ar/pdf/area_politicassociales/Basualdo.pdf.
- (2012). *Información sobre asignaciones familiares e impuesto a las ganancias. Cómo afectan a los trabajadores*, documento de trabajo n.º 12, coord. por Eduardo Basualdo, recuperado de <http://www.centrocifra.org.ar/publicacion.php?pid=57>.
- (2015a). *La naturaleza política y la trayectoria económica de los gobiernos kirchneristas*, coord. por Eduardo Basualdo, recuperado de <http://www.centrocifra.org.ar/docs/final.pdf>.
- (2015b). *Principales resultados de pobreza e indigencia 2003-2015*, documento de trabajo n.º 12, coord. por Eduardo Basualdo, recuperado de <http://www.centrocifra.org.ar/docs/Pobreza%202015.pdf>.
- (2016). *La naturaleza política y económica de la Alianza Cambiemos*, documento de trabajo n.º 15, coord. por Eduardo Basualdo, recuperado de <http://www.centrocifra.org.ar/docs/DT%2015.pdf>.

- (2018a). *A 2 años, el balance de la gestión de Macri*, Informe de coyuntura n.º 26, recuperado de <<https://www.flacso.org.ar/noticias/cifra-informe-de-coyuntura-n-26>>
- (2018b). *Análisis del acuerdo de la Alianza Cambiemos con el FMI*, recuperado de <<http://www.centrocifra.org.ar/docs/Acuerdo%20FMI.pdf>>.
- CORREPI [Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional] (2015). *Antirrepresivo 2015*, recuperado de <<http://correpi.lahaine.org/?p=1589>>.
- EMVJ [Encuentro Memoria, Verdad y Justicia] (2012). *Informe sobre criminalización de la protesta*, recuperado de <<https://encuentromvyj.files.wordpress.com/2012/03/informe-criminalizacion-de-la-protesta-organismos-ddhh-emvj-marzo-2012.pdf>>.
- FIEL [Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas] (2015). *El sistema tributario argentino. Análisis y evaluación de propuestas para reformarlo*, documento de trabajo n.º 123, coord. por Daniel Artana, recuperado de <http://www.fiel.org/publicaciones/Documentos/DOC_TRAB_1440549015218.pdf>.
- GERES [Grupo de Estudios de la Realidad Económica y Social] (2017). *Base de datos*, recuperado de <http://www.economiageres.com/basededatos-AIzaSyCg-KorOqQ7i2DrEujrOeh1sL_plgpAUz.php>.
- INAES [Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social] (2017). *Base de datos*, recuperado de <<http://www.inaes.gob.ar/Entidades/BuscarEntidades>>.
- INDEC [Instituto Nacional de Estadísticas y Censos] (2016a). *Base de datos*, recuperado de <<http://www.indec.mecon.ar>>.
- (2016b). *Encuesta Industrial Mensual*, recuperado de <http://www.indec.gob.ar/series_historicas.asp?id_tema_1=3&id_tema_2=6&id_tema_3=16>.
- (2016c). *Información de archivo*, recuperado de <<http://www.indec.gov.ar/informacion-de-archivo.asp>>.
- MECON [Ministerio de Economía] (2010). *Papel Prensa. La verdad*, 1 de agosto de 2010, recuperado de <http://www.mecon.gov.ar/basehome/pdf/papel_prensa_informe_final.pdf>.
- (2016). *Contenidos destacados de Base de datos de la Secretaría de Finanzas*, recuperado de <<http://www.mecon.gov.ar/finanzas/sfinan>>.

- (2020). *Información Económica al día de Base de datos de la Secretaría de Política Económica y Planificación del Desarrollo*, recuperado de <<http://www.economia.gob.ar/secretarias/politica-economica/programacion-macroeconomica>>.
- MTSS [Ministerio de Trabajo y Seguridad Social] (2016). *Boletín de Estadísticas Laborales (BEL)*, recuperado de <http://www.trabajo.gov.ar/left/estadisticas/bel/?id_seccion=57>.
- ODS [Observatorio del Derecho Social] (2018). *Detenciones, causas penales y represión de la protesta social (2016-2017)*, recuperado de <http://obderechosocial.org.ar/docs/represion_y_criminalizacion_2016y2017.pdf>.
- TCB [The Conference Board] (2019). *Total Economy Database*, recuperado de <<https://www.conference-board.org/data/economydatabase/index%20.cfm?id=27762>>.
- UCA [Universidad Católica Argentina] (2016). *Base de datos*, recuperado de <<http://www.uca.edu.ar/index.php/site/index/es/uca/observatorio-de-la-deuda-social-argentina/encuesta-de-la-deudasocial/series-historicas-encuesta-deuda-social>>.
- UTDT [Universidad Torcuato Di Tella] (2019a). *Índice de Confianza del Consumidor*, recuperado de <http://www.utdt.edu/ver_contenido.php?id_contenido%20=8513&id_item_menu=16458>
- (2019b). *Índice de Confianza en el Gobierno*, recuperado de <http://www.utdt.edu/ver_contenido.php?id_contenido=1351&id_item_menu=2970>.

Referencias

- Acuña, C. (1994). El análisis de la burguesía como actor político. En *Realidad Económica* N° 128, pp. 45-77.
- Ahumada, Consuelo y Telma Angarita (comps.) (2003). *La región andina: entre los nuevos populismos y la movilización social*, Bogotá: Universidad Javeriana y Fundación Honrad Adenauer.

- Almeida, Marcela (2014). *No somos cómplices de la mentira: Los trabajadores del INDEC denuncian la destrucción de las estadísticas públicas tras siete años de Intervención*, Buenos Aires: CTA Ediciones.
- Álvarez, Lucía (2015) «El núcleo duro», en *Anfibia* (2 de marzo de 2015).
- Amadeo, Eduardo (2003). *La salida del abismo. Memoria política de la negociación entre Duhalde y el FMI*, Buenos Aires: Planeta.
- Argañaraz, Nadin y Andrés Mir (2015). *El incremento de la presión tributaria del impuesto a las ganancias para los trabajadores*, recuperado de <<https://drive.google.com/file/d/0BwPNVocxv2wBZnpGb3pKRkVYVm8/view>>.
- Aronskind, Ricardo (2015). «Intuiciones y confrontaciones. Para pensar la política económica kirchnerista», en *Márgenes*, n° 1, págs. 15-32.
- Audisio, Nahuel (2017). *Conflictos, luchas y condiciones de vida de los desocupados bajo el kirchnerismo (2003-2015)*, recuperado de <<http://razonyrevolucion.org/conflictos-luchas-y-condiciones-de-vida-de-los-desocupados-bajo-el-kirchnerismo-2003-2015-nahuel-audisio>>.
- Azpiazú, Daniel; Martín Schorr y Pablo Manzanelli (2011). *Concentración y extranjerización. La Argentina en la posconvertibilidad*, Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Bárbara, Ester y Ava Gómez Daza (2018). *¿Existe una nueva derecha en América Latina?*, 4 de marzo de 2018.
- Bartra, Roger (1972). *Breve diccionario de sociología marxista*, Barcelona: Grijalbo.
- Basualdo, Eduardo (2010). *Estudios de historia económica argentina: Desde mediados del siglo XX a la actualidad*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Becerra, Martín (2015). «Transgresión, propaganda, convergencia y concentración. El sistema de medios en el kirchnerismo», en *¿Década ganada? Evaluando el legado del kirchnerismo*, comp. por Carlos Gervasoni y Enrique Peruzzotti, págs. 89-111.
- Beltrán, Gastón (2014). «El empresariado argentino frente a la crisis. Alianzas, conflictos y alternativas de salida en la etapa final de la convertibilidad », en *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*, coord. por Alfredo Pucciarelli y Ana Castellani, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bezchinsky, Gabriel; Marcelo Dinenzon; Luis Giussani; Omar Caino; Beatriz López y Silvia Amiel (2007). *Inversión extranjera directa en la Argentina. Crisis,*

- reestructuración y nuevas tendencias después de la convertibilidad*, Santiago de Chile: CEPAL.
- Bhaduri, Amit y Stephen Marglin (1990) «Unemployment and the real wage: the economic basis for contesting political ideologies», en *Cambridge Journal of Economics*, n° 14, págs. 375-393.
- Bonnet, Alberto (2007). *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*, Buenos Aires: Prometeo.
- (2015). *La insurrección como restauración*, Buenos Aires: Prometeo.
- Burachik, Gustavo Martín (2010). *Extranjerización de grandes empresas en Argentina*, recuperado de <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0301-70362010000100006>.
- Caminos Lagorio, Catalina (2015). «El sindicalismo, ¿bastión del kirchnerismo?», en *Questión*, n° 46, págs. 39-49.
- Campione, Daniel (2002). *Argentina: La escritura de su historia: Ensayo*, Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación.
- Cantamutto, Francisco (2017). «Fases del kirchnerismo: de la ruptura a la afirmación particularista », en *Convergencia. Revista de ciencias sociales*.
- Castellani, Ana y Alejandro Gaggero (2017). «La relación entre el Estado y la élite económica», en *Los años del kirchnerismo. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal*, comp. por Alfredo Pucciarelli y Ana Castellani, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cavallo, Alberto; Guillermo Cruces y Ricardo Perez-Truglia (2013). *Manipulación de estadísticas y percepciones de inflación*, recuperado de <<http://focoeconomico.org/2013/10/09/manipulacion-de-estadisticas-y-percepciones-deinflacion>>.
- Cioce, Maricel (2015). «El Foro de Convergencia Empresarial», en *Realidad Económica*, n° 294, págs. 52-79.
- Cobe, Lorena (2009). *La salida de la convertibilidad. Los bancos y la pesificación*, Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Dagatti, Mariano (2013). «Contribuciones para una cartografía discursiva del primer kirchnerismo», en *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*, Buenos Aires: CCC y UNQUI.

- Delamata, Gabriela (2004). *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires: EUDEBA.
- Devoto, Fernando y Nora Pagano (2009). *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Diagnóstico Político (2020). *Ocho años consecutivos con más de 5.000 piquetes*, recuperado de <<http://diagnosticopolitico.com.ar/wp-content/uploads/2020/01/Ocho-anos-consecutivoscon-ma%C3%83os-consecutivoscon-ma%C3%81s-de-5.000-piquetes%20.%20pdf>>.
- Dobruskin, Laura Luna y Juan Ignacio Garay (2012). *Organizaciones sociales kirchneristas: aproximación a una perspectiva comparada*, recuperado de <<http://jornadassociologia.fahce.unlp.edu.ar/vii-jornadas-2012/actas/Dobruskin.pdf/view>>.
- Econometría (2019). *Asignación Universal por Hijo 2013-2019*, recuperado de <<https://www.econometria.com.ar/index.php/informesespeciales/359-inf-especial-2019-03-06>>.
- Eskenazi, Matías Ezequiel (2011). «Acumulación de capital y conflictividad laboral en Argentina 2002-2009. Ejercicio de periodización e hipótesis de trabajo», en *XXVIII Congreso ALAS*, Recife.
- Félez, Mariano (2015) «¿Neodesarrollismo a la deriva en la argentina? Hegemonía, proyecto de desarrollo y crisis transicional», en *Márgenes*, n° 1, págs. 95-118.
- Ferreres, Orlando (2005). *Dos siglos de economía Argentina (1810-2004)*, Buenos Aires: Fundación Norte y Sur. Los datos que no se encuentran publicados en el libro fueron provistos por Orlando Ferreres y Asociados, actualizados sobre bases consistentes con las utilizadas en la publicación.
- Fontana, Josep (2001). *La historia de los hombres*, Barcelona: Editorial Crítica.
- Frenkel Roberto y Rapetti, Martín (2007). *Política Cambiaria y Monetaria después del Colapso de la Convertibilidad*, recuperado de <<http://www.bcra.gov.ar/pdfs/investigaciones/ColapsoConvertibilidad.pdf>>.
- Gaggero, Alejandro y Martín Schorr (2016). «La cúpula empresaria durante los gobiernos kirchneristas», en *Realidad Económica*, n° 297, págs. 61-92.
- Gerchunoff, Pablo y Osvaldo Kacef (2016). *¿Y ahora qué hacemos? La economía política del kirchnerismo*, recuperado de <<http://ielat.com/inicio/index.php/publicaciones/documentos-de>>

- trabajo-blog/1978-dt-87-y-ahora-que-hacemos-la-economia-politica-del-kirchnerismo>.
- Giarracca, Norma y Miguel Teubal (comps.) (2009). *Del paro agrario a las elecciones de 2009: tramas, reflexiones y debates*, Buenos Aires: Antropofagia.
- Gómez, Marcelo (2007) «Origen y desarrollo de los patrones de acción y organización colectiva desafiante de los movimientos de desocupados en la Argentina», en *Movimientos sociales y acción colectiva en la Argentina hoy*, comp. por Ernesto Villanueva y Astor Massetti, Buenos Aires: Prometeo.
- (2014). «Radiografía de los movilizados contra el kirchnerismo. Resultados de una encuesta a la concurrencia del 8N», en *Sudamérica*, n° 3, págs. 75-100.
- Gordon, David (1980). «Etapas de acumulación y ciclos económicos largos», en *CIDE*, n°7, págs. 19-54.
- Gordon, David; Richard Edwards y Michael Reich (1986). *Trabajo segmentado, trabajadores divididos. La transformación histórica del trabajo en Estados Unidos*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Graña, Juan y Damián Kennedy (2008). *Salario real, costo laboral y productividad. Argentina 1947-2006*, recuperado de <<http://www.econ.uba.ar/www/institutos/economia/ceped/publicaciones/dts/DT%2012%20-%20Grana%20Kennedy.pdf>>.
- Guzmán, Miriam (2009). *Agenda pública. Fin de las AFJP*, recuperado de <<http://cdsa.aacademica.org/000-062/242.pdf>>.
- Hendler, Ariel; Mariano Pacheco y Juan Rey (2012). *Darío Santillán. El militante que puso el cuerpo*, Buenos Aires: Planeta.
- Heymann, Daniel y Adrián Ramos (2010). «Una transición incompleta. Inflación y políticas macroeconómicas en la Argentina post-convertibilidad», en *Revista de Economía Política de Buenos Aires*, vol. 7-8, págs. 9-48.
- Iñigo Carrera, Juan (2007). *La formación económica de la sociedad argentina, vol. 1: Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa*, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.
- Kabat, Marina (2015). *Divide y reinarás. Cristina y su política frente a la clase obrera*, recuperado de <<http://razonyrevolucion.org/dividey-reinaras-cristina-y-su-politica-frente-a-la-clase-obrera-marina-kabat>>.

- Kicillof, Axel; Pablo Ceriani y Cecilia Nahón (2007). «La trayectoria de las ganancias después de la devaluación: la “caja negra” del crecimiento argentino», en *Notas de la Economía Argentina*, n° 4, págs. 4-12.
- Kicillof, Axel y Cecilia Nahón (2006). «Las causas de la inflación en la actual etapa económica: un nuevo traspicé de la ortodoxia», en *Tiempo de Economía*.
- Kulfas, Matías (2016). *Los tres kirchnerismos: una historia de la economía argentina 2003-2015*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- La Nación (2016). *Base de datos La Nación Data*, recuperado de <<http://data.lanacion.com.ar/dataviews/70270/evoluciondel-precio-del-dolar-precio-para-la-venta>>.
- Laclau, Ernesto (2006). «Consideraciones sobre el populismo latinoamericano», en *Cuadernos del CENDES vol. 23, n° 62*, págs. 115-120.
- Larrondo, Marina (2013). «El discurso político kirchnerista hacia la juventud en contextos de actos de militancia», en *Astrolabio*, n° 11, págs. 334-363.
- Lukács, György (2013). *Historia y conciencia de clase: Estudios sobre la dialéctica marxista*, Buenos Aires: CEICS.
- Maia, José Luis y Pablo Nicholson (2005). *El stock de capital y la productividad total de los factores en la Argentina*, Buenos Aires: Dirección Nacional de Coordinación de Políticas Macroeconómicas. Ministerio de Economía.
- Maito, Esteban (2015). *Base de datos*, recuperado de <<https://uba.academia.edu/EstebanMaito/Datasets>>. Los datos que no se encuentran publicados en la base de datos fueron provistos por Esteban Maito, actualizados sobre bases consistentes con las utilizadas en la publicación.
- (2017). *Tasa de ganancia, ciclos y distribución en Argentina (1993-2016)*, recuperado de <https://www.academia.edu/34766043/Maito_Esteban_Ezequiel_-_Tasa_de_ganancia_ciclos_y_distribuci%C3%B3n_en_Argentina_1993-2016_>.
- (2019) *La distribución funcional del ingreso en Argentina (1993-2016)*, recuperado de <https://www.academia.edu/24913060/Maito_Esteban_Ezequiel_La_distribuci%C3%B3n_funcional_del_ingreso_en_Argentina_1993-2016_Revista_Trabajo_y_Sociedad_N_32_pp._53-78_>.
- Mandel, Ernest (1980a). *El capitalismo tardío*, México, DF: Era.

- (1980b). *Las ondas largas del desarrollo capitalista*. La interpretación marxista, Madrid: Siglo XXI.
- Manzanelli, Pablo (2012). *La tasa de ganancia durante la posconvertibilidad. Un balance preliminar*, recuperado de <http://www.apuntesparaelcambio.com.ar/apc_n3.pdf>.
- Marchini, Ignacio (2019). *Cambiamos es el gobierno más represor desde la vuelta de la democracia*, recuperado de < <https://www.marcha.org.ar/cambiamos-es-el-gobierno-mas-represor-desde-la-vuelta-de-la-democracia/>>.
- Mario, Agustín (2017). «Ampliando el significado del trabajo: el Programa Ingreso Social con Trabajo-Argentina Trabaja como un empleador de última instancia limitado», en *Trabajo y Sociedad*, n° 29, págs. 555-581.
- Marticorena, Clara (2015). «Avances en el estudio de la relación entre sindicalismo y kirchnerismo», en *Sociohistórica* n° 36, págs. 1-22.
- Martínez, Fabiana (2013) «Aproximación a algunos tópicos del “discurso kirchnerista”», en *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*, comp. por Javier Balsa, Buenos Aires: CCC y UNQUI, págs. 53-67.
- Merino, Gabriel (2012). «El Movimiento Obrero Organizado, la crisis de 2001 y el gobierno de Duhalde: El caso de la CGT disidente», en *Sociohistórica*, n° 30, págs. 87-119.
- (2016). *El Grupo Productivo y el cambio del modelo. Luchas por la conducción del Estado en Argentina entre 1999 y 2003*, Posadas: Universidad Nacional de Misiones.
- Michelena, Gabriel (2009). «La evolución de la tasa de ganancia en la Argentina (1960- 2007): caída y recuperación», en *Realidad Económica*, n° 248, págs. 83-106.
- Murillo, Susana (2008). *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América Latina. El caso argentino desde Blumberg a Cromañón*, Buenos Aires: CLACSO.
- Mussi, Emiliano (2015). *Aproximación al análisis del sector financiero durante la década kirchnerista. Notas en torno a la unidad del capital financiero e industrial (2003-2014)*, recuperado de <https://www.academia.edu/23171247/Aproximaci%C3%B3n_al_an%C3%A1lisis_del_sector_financiero_durante_la_d%C3%A9cada_kirchnerista._Notas_en_torno_a_la_unidad_del_capital_financiero_e_industrial_2003-2014_>.

- Natalucci, Ana (2016). «La cultura política del kirchnerismo», en *Pensamiento alternativo en la Argentina contemporánea, vol. 3: Derechos Humanos, resistencia y emancipación (1960-2010)*, ed. por Hugo Biagini y Gerardo Oviedo, Buenos Aires: Biblos, págs. 409-424.
- Natalucci, Ana y Germán Pérez (2012). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Neffa, Julio (2009). «El Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados. Análisis de sus características y objetivos. Fortalezas y debilidades», en *Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales*, ed. por Julio Neffa; Enrique de la Garza Toledo y Leticia Muñiz Terra, Buenos Aires: CLACSO, págs. 281-348.
- Novaro, Marcos (2010). *Historia de la Argentina: 1955-2010*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Novaro, Marcos; Alejandro Bonvecchi y Nicolás Cherny (2014). *Los límites de la voluntad*, Buenos Aires: Ariel.
- Nueva Mayoría (2015). *Indicadores de conflictividad social (1980-2014)*, recuperado de <<http://nuevamayoria.com/images/stories/celaforum/lab1501.pdf>>.
- (2016). *Los cortes de rutas y vías públicas (1997-2016)*, recuperado de <<http://nuevamayoria.com/images/stories/celaforum/lab1602cortes.pdf>>, referencia citada en página 51.
- Ollier, María Matilde (2015). «El ciclo de las presidencias dominantes: Néstor y Cristina Kirchner (2003-2013)», en *¿Década ganada? Evaluando el legado del kirchnerismo*, comp. por Carlos Gervasoni y Enrique Perozzotti, Buenos Aires: Debate, págs. 61-88.
- Patrouilleau, María Mercedes (2010). *Discurso y narración en las dinámicas de constitución identitaria. La experiencia kirchnerista en Argentina*, recuperado de <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-35692010000100003>.
- Peralta Ramos, Mónica (2007). *La economía política argentina: poder y clases sociales 1930-2006*, Buenos Aires: FCE.
- Picón, Azul y Laura Santillán (2014). «Los pueblos originarios frente a la barbarie capitalista», en *Ideas de Izquierda*, n° 8, págs. 13-18.
- Piva, Adrián (2015). *Economía y política en la Argentina kirchnerista*, Buenos Aires: Batalla de ideas.

- (2017). *La épica de un país ordenado. En torno a la caracterización del Gobierno Cambiemos*, recuperado de <https://www.academia.edu/36438842/La_%C3%A9pica_de_un_pa%C3%ADs_ordenado._En_torno_a_la_caracterizaci%C3%B3n_del_Gobierno_Cambiemos>.
- Plataforma [2012] (2013). *La década kirchnerista y las violaciones de derechos humanos*, 11 de diciembre de 2013, recuperado de <<http://rebelion.org/noticia.php?id=178011>>.
- Poder Ciudadano (2011). *Informe sobre Publicidad Oficial en la Argentina año 2011*, recuperado de <<http://www.publicidadoficial.org.ar/index.php/es/nacion/informe-sobre-publicidadoficial-en-la-argentina-ano-2011>>.
- Poliarquía Consultores (2017). *Novedades e indicadores: Índice de Optimismo Ciudadano (IOC)*, recuperado de <<http://poliarquia.com/novedades-e-indicadores>>.
- Ponce, Santiago y Gonzalo Sanz Cerbino (2018). *La armada herencia. El presupuesto para fuerzas represivas*, recuperado de <<https://razonyrevolucion.org/la-armada-herencia-el-presupuesto-para-fuerzas-represivas>>.
- Raiter, Alejandro (2013). «¿Existe una lógica discursiva kirchnerista? Constancias y alternativas», en *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*, comp. por Javier Balsa, Buenos Aires: CCC y UNQUI, págs. 105-141.
- Rapoport, Mario (2007). *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, Buenos Aires: Emecé.
- Retamozo, Martín (2013). «Discurso y lógicas políticas en clave K. Movimientos, populismo y hegemonía en Argentina», en *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*, comp. por Javier Balsa, Buenos Aires: CCC y UNQUI, págs. 143-155, referencia citada en página 51.
- Rocca Rivarola, María Dolores (2017). «La militancia kirchnerista. Tres momentos del compromiso activo oficialista (2003 y 2015)», en *Los años del kirchnerismo. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal*, comp. por Alfredo Pucciarelli y Ana Castellani, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rodríguez, Esteban (2015). *El uso progresista de la Gendarmería*, recuperado de <<http://www.pensamientopenal.com.ar/system/files/2014/12/doctrina36139.pdf>>.

- Rodríguez Diez, Alejandro (2003). *Historia secreta. Devaluación y pesificación*, Buenos Aires: Bifronte Editores.
- Rodríguez Games, Nicolás; Santiago Fernández y Marcelo Sain (2016). *Seguridad y gobiernos locales en Argentina*, Buenos Aires: Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo.
- Rojas, Diego (2012). *¿Quién mató a Mariano Ferreyra?*, Buenos Aires: Booket.
- Romero, Alejandro (2015). «Kirchnerismo y peronismo en momentos de inflexión», en *Márgenes*, n° 1, págs. 55-80.
- Romero, Luis Alberto (2014). *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ros, Jaime (2014). *Productividad y crecimiento en América Latina: ¿por qué la productividad crece más en unas economías que en otras?*, recuperado de <<https://repositorio.cepal.org/handle/11362/36770>>.
- Ruiz, Natalio (2016). *Base de datos*, recuperado de <<http://elhombrecitodelsombbreroigris.blogspot.com.ar/p/ipc-y-tcre.html>>.
- Sartelli, Eduardo (comp.) (2008). *Patrones en la ruta. El conflicto agrario y los enfrentamientos en el seno de la burguesía*, Buenos Aires: Ediciones RyR.
- Sartelli, Eduardo y Fabián Harari (2018) «Continuidades que alarman. Estado y represión en Argentina: del gobierno de la Alianza a los inicios del macrismo (2000-2016)», en *Revista Argumentos*, n° 86, págs. 153-173.
- Schneider, Alejandro (2013). «Política laboral y protesta obrera durante la presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007)», en *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.
- Schorr, Martín (coord.). (2013). *Argentina en la posconvertibilidad. ¿Desarrollo o crecimiento industrial? Estudios de economía política*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Schorr, Martín y Andrés Wainer (2015). «Algunos determinantes de la restricción externa en la Argentina», en *Márgenes*, n° 1, págs. 33-54.
- Schteingart, Daniel (2017). *No somos un país de mierda*, recuperado de <<http://revistaanfibia.com/ensayo/no-somos-pais-de-mierda/>>.
- Schuttenberg, Mauricio (2017). «La política de la despolitización. Un análisis de la construcción del relato PRO», en *Revista Desafíos*, n° 29, págs. 277-311.

- Scolnik, Fernando (2009). «El movimiento obrero argentino entre dos crisis: las organizaciones de base antiburocráticas en el área metropolitana de Buenos Aires durante el período 2003-2007», en *Conflicto Social*, n° 2, referencia citada en página 46.
- Selva, Rafael (2014). «Desendeudamiento y después», en *Entrelíneas de la Política Económica*, n° 38, págs. 26-38.
- Servetti, Carla (2013). *Programa Fútbol para Todos e interés público, ¿hacia una democratización de las imágenes televisivas del fútbol*, recuperado de <<https://www.aacademica.org/000-076/288.pdf>>.
- Sivak, Martín (2015). *Clarín, la era de Magnetto*, Buenos Aires: Planeta.
- Tagina, María Laura (2015). *Detrás de las encuestas: el perfil del votante*, recuperado de <<http://revistaanfibia.com/ensayo/detras-de-las-encuestas-el-perfil-de-los-votantes/>>.
- Thwaites Rey, Mabel (2010). «Después de la globalización neoliberal. ¿Qué Estado en América Latina?», en *OSAL*, n° 27, págs. 20-43.
- Trujillo, Lucía (2017). «La Argentina kirchnerista: Alcances y límites de una experiencia democrática sobre la distribución del ingreso (2003-2015)», en *Polis*, vol. 16, n° 46, págs. 99-126.
- Tufró, Manuel y Marcela Perelman (2014). *Operativos territoriales de seguridad del Gobierno Nacional*, 3 de diciembre de 2014, recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4261/ev.4261.pdf>.
- Varela, Paula (2013). «Los sindicatos en la Argentina kirchnerista: Entre la herencia de los 90 y la emergencia de un nuevo sindicalismo de base», en *ARCHIVOS de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, n° 2, págs. 77-100.
- Vázquez, Melina (2013). «La juventud en el kirchnerismo: sobre los principios de construcción pública de los compromisos y las adhesiones militantes», en *Sociales en debate*, n° 6, págs. 13-23.
- (2015). «Del que se vayan todos a militar por, para, y desde el Estado», en *El sistema es antinosotros*, ed. por Juan Manuel Valenzuela Arce, Tijuana: Gedisa, págs. 383-428.
- Vilar, Pierre (1983). *Economía, derecho, historia: conceptos y realidades*, Barcelona: Ariel.

- Vilas, Carlos (2005). «La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares», en *Nueva Sociedad*, n° 197, págs. 84-99.
- Vitale, María Alejandra (2013). «Ethos y legitimación política en los discursos de asunción de la presidente argentina Cristina Fernández de Kirchner», en *ICONO14. Revista científica de comunicación y tecnologías emergentes*, n° 11, págs. 5-26.
- Vommaro, Gabriel (2016). «“Unir a los argentinos”: el proyecto de “país normal” de la nueva centroderecha en Argentina», en *Nueva Sociedad*, n° 261, págs. 4-12.
- Vommaro, Pablo (2015). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina*, Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Wortman, Ana (2015). «La construcción simbólica del poder kirchnerista. Continuidades y rupturas en la construcción de imágenes y significados del peronismo», en *¿Década ganada? Evaluando el legado del kirchnerismo*, comp. por Carlos Gervasoni y Enrique Perozzotti, Buenos Aires: Debate, págs. 367-387.
- Wyczykier, Gabriela y Cecilia Anigstein (2013). «La distribución del excedente: proyecto de participación en las ganancias empresarias», en *Realidad Económica*, n° 280, págs. 104-129.
- Wyczykier, Gabriela y Damián Corral (2014). *La disputa sociopolítica del excedente: Un estudio sobre el Estado y las organizaciones corporativas del trabajo en torno al Impuesto a las Ganancias*, recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4720/ev.4720.pdf>.